HISTORIA

DE LA

CIVILIZACIÓN ANTIGUA




1020131965



HISTORIA

DE LA

CIVILIZACIÓN ANTIGUA

POR

CH. SEIGNOBOS
Doctor en letras

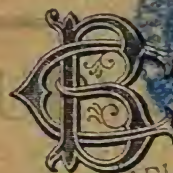
ORIENTE, GRECIA Y ROMA
Obra de texto en Francia para la enseñanza secundaria especial

---

VERSIÓN CASTELLANA

POR

FRANCISCO GUTIÉRREZ BRITO



LIBRERÍA DE CH. BOURET

PARÍS
23, Rue Visconti, 23

MÉXICO
14, Cinco de Mayo, 14

1891
Propiedad del Editor.



HISTORIA

DE LA

CIVILIZACIÓN ANTIGUA.

ORIENTE, GRECIA Y ROMA.

INTRODUCCIÓN.

LOS HOMBRES Y LA HISTORIA.

MAX MULLER, *Ciencia del lenguaje.* — QUATREFAGES, *La Especie humana.* — GROTE, *Historia de Grecia.* — VAN DEN BERG, *Pequeña historia antigua.* — SCHLIEMANN, *Troya.* — SCHLIEMANN, *Micenes.* — BOISSIER, *Paseos arqueológicos.*

RAZAS Y PUEBLOS.

La etnografía. — Los hombres que pueblan la tierra no se parecen exactamente. Diferénciase al contrario en la estatura, la forma de los miembros y de la cabeza, las facciones, y el color de los ojos y del pelo. También se distinguen en el idioma, la inteligencia y los sentimientos. Estas diferencias sirven para reunir á los habitantes del planeta en varios grupos llamados *razas*. Se da este nombre al conjunto de seres humanos que se parecen entre sí y que no se asemejan á los restantes. Los rasgos comunes de una raza, los que la distinguen de



HISTORIA

DE LA

CIVILIZACIÓN ANTIGUA.

ORIENTE, GRECIA Y ROMA.

INTRODUCCIÓN.

LOS HOMBRES Y LA HISTORIA.

MAX MULLER, *Ciencia del lenguaje.* — QUATREFAGES, *La Especie humana.* — GROTE, *Historia de Grecia.* — VAN DEN BERG, *Pequeña historia antigua.* — SCHLIEMANN, *Troya.* — SCHLIEMANN, *Micenes.* — BOISSIER, *Paseos arqueológicos.*

RAZAS Y PUEBLOS.

La etnografía. — Los hombres que pueblan la tierra no se parecen exactamente. Diferéncianse al contrario en la estatura, la forma de los miembros y de la cabeza, las facciones, y el color de los ojos y del pelo. También se distinguen en el idioma, la inteligencia y los sentimientos. Estas diferencias sirven para reunir á los habitantes del planeta en varios grupos llamados *razas.* Se da este nombre al conjunto de seres humanos que se parecen entre sí y que no se asemejan á los restantes. Los rasgos comunes de una raza, los que la distinguen de

las demás (se les denomina *caracteres*) forman el *tipo* de la misma. Por ejemplo, el tipo de la negra está caracterizado por la piel de este color, los cabellos crespos, los dientes blancos, una nariz aplastada, labios arremangados y una mandíbula muy desarrollada. El estudio de las razas y de sus subdivisiones es la *etnografía* (1), ciencia poco adelantada todavía, porque es muy reciente, y muy complicada, por ser numerosos y á menudo difíciles de distinguir los grupos de hombres.

Las razas. — Las principales razas son:

1°. La blanca, que puebla Europa, el norte de África y el oeste de Asia. Esta es la nuestra.

2°. La amarilla, en el Asia oriental, á que corresponden los chinos, los mongoles, los turcos y los húngaros; estos últimos penetraron en Europa por la conquista. Tienen piel amarilla, ojos pequeños y oblicuos, pómulos salientes y barba rala.

3°. La negra en el África central. La forman los negros de piel obscura, nariz aplastada, y pelo lanoso.

4°. La raza colorada, en América. La constituyen los Pieles Rojas, de cutis cobrizo y cabellos lasos.

Los pueblos civilizados. — Casi todos los pueblos civilizados pertenecen á la raza blanca. Los hombres de las restantes han seguido siendo salvajes ó bárbaros, como los de las edades prehistóricas (2). Los primeros grupos civilizados se constituyeron en los confines de Asia y de África; fueron los egipcios en la llanura del

(1) Cuando el estudio de las razas se limita á examinar sus caracteres físicos, se le llama *antropología*.

(2) Únicamente los chinos, pueblo de raza amarilla, han llegado por sí mismos á crear una industria, un gobierno regular y una sociedad civilizada. Pero su situación en lo más remoto de Asia ha impedido que ejercieran acción sobre los restantes pueblos.

Nilo y los caldeos en la del Eufrates. Ambos estaban compuestos de campesinos pacíficos y sedentarios, de cutis obscuro, cabellera corta y poblada y gruesos labios. No se sabe exactamente de dónde procedían y los hombres de ciencia no saben qué nombre darles, llamándolos ya kuschitas, ya camitas. Más tarde, entre los siglos veinte y veinticinco antes de Jesucristo bajaron de las montañas de Asia unas bandas de pastores belicosos, que se extendieron por la parte occidental de esa parte del mundo y por toda Europa. Éstos se dividen en dos grupos, los aryas y los semitas.

Aryas y Semitas. — Entre éstos no hay ninguna diferencia exterior claramente determinada. Ambos son de raza blanca, tienen la figura oval, las facciones regulares, el cutis claro, la cabellera abundante, los ojos grandes, los labios delgados y la nariz recta. Todos ellos eran en su origen pastores nómadas y guerreros que bajaron de las montañas: los semitas venían de la Armenia, los aryas de los países situados detrás del Himalaya. Lo que los distingue es el carácter de su inteligencia y sobre todo el idioma; en otro tiempo también la religión. — Se ha convenido en llamar aryas á los pueblos que hablan una lengua aryana: en Asia, los indostánicos y los persas; en Europa, los griegos, los italianos, los españoles, los germanos (alemanes), los escandinavos, los eslavos (rusos, polacos y servios) y los celtas (1).

Análogamente, se llama semitas á los pueblos que hablan una lengua de ese origen: árabes, judíos, sirios; pero un pueblo puede servirse de un idioma aryano ó semítico sin ser por eso de la misma raza; así como un

(1) Los ingleses y los franceses proceden de una mezcla de celtas y de germanos.

negro habla inglés sin por ello ser de raza inglesa. Muchos europeos que incluímos entre los aryas proceden quizás únicamente de una antigua raza vencida por éstos y que adoptó su lengua, como los persas con la de los árabes sus conquistadores. Estos dos nombres designan, pues, en la actualidad grupos de pueblos más bien que verdaderas razas. Pero, tomando las cosas en ese sentido, puede afirmarse que todos los pueblos superiores han sido semitas ó aryas. — Á los primeros pertenecen los fenicios, el pueblo de la marina; los judíos, el de la religión; y los árabes, el de la guerra. Los aryas, que en parte se dirigieron hacia la India y en parte hacia Europa, son los padres de las naciones que han estado y están todavía al frente de la historia; — en los tiempos antiguos, los hindus ó indostánicos, pueblos de las grande ideas filosóficas y religiosas; los griegos, creadores del arte y de la ciencia; los persas y los romanos, fundadores unos en Oriente y otros en Occidente de los principales imperios de la antigüedad: — en los tiempos modernos, los italianos, los españoles, los franceses, los alemanes, los portugueses, los holandeses, los rusos y los ingleses.

La historia de la civilización empieza con los egipcios y los caldeos; pero á partir del siglo XXV antes de nuestra era, se convierte en la de los pueblos aryas y semitas.

LA HISTORIA.

Las leyendas. — Los relatos más antiguos sobre los pueblos y sus aventuras se han transmitido por *tradición oral;* antes de escribirlos se les repitió mucho tiempo de palabra, por lo cual están mezclados con incidentes fabulosos. Los griegos referían que sus más antiguos héroes habían exterminado monstruos, combatido gigantes y luchado contra los dioses; los romanos contaban que Rómulo fué amamantado por una loba y llevado al cielo. Casi todos los pueblos tienen en sus orígenes tradiciones análogas; no es, por tanto, posible fiarse de esas leyendas.

La historia. — La historia no empieza verdaderamente sino cuando hay relatos auténticos, es decir, escritos por hombres bien enterados. Este momento no es el mismo para todas las naciones. La historia de Egipto empieza más de 3000 años antes de Jesucristo, la de los griegos á 800 apenas; la de Alemania no existe sino desde el siglo I de nuestra era, y la de Rusia en el X; aun hoy existen tribus salvajes que no tienen historia.

Grandes divisiones. — La historia de la civilización empieza con el primer pueblo civilizado y continúa hasta el presente. Llámase *antigüedad* el período más antiguo, y *tiempos modernos* al actual.

Historia antigua. — La historia antigua empieza con las naciones conocidas desde los tiempos más remotos, egipcios y caldeos por los años 3000 a. de J. C; relata las vicisitudes de los pueblos de Oriente, hindus, persas, fenicios y al fin de los romanos, terminando en el siglo V de nuestra era, cuando se derrumba el imperio de Occidente.

Historia moderna. — La historia moderna empieza á fines del siglo XV, con la invención de la imprenta, el descubrimiento de América y de las Indias, el Renacimiento de las ciencias y de las artes. Ésta se ocupa sobre todo de los pueblos de Occidente, españoles, portugueses, italianos, franceses, ingleses, alemanes, rusos y americanos.

Edad media. — Entre la edad antigua y la moderna transcurren unos diez siglos, que ya no pertenecen al precedente período, porque la civilización antigua se ha derrumbado y que no son todavía modernos, porque la civilización de este nombre no ha nacido aún.

Se les agrupa con el nombre de Edad media.

FUENTES DE CONOCIMIENTO PARA LA HISTORIA DE LAS CIVILIZACIONES ANTIGUAS.

Las fuentes. — Ya no hay asirios, griegos ni romanos; todos los pueblos de la antigüedad han perecido. Para conocer sus religiones, sus costumbres y sus artes debemos buscar datos en los restos que nos quedan de de ellos, en sus libros, monumentos, inscripciones y lenguas. Estos son los medios que hay para estudiar las civilizaciones antiguas. Se les llama *fuentes* porque sacamos de ellos nuestros conocimientos; la historia antigua brota y mana de ellas.

Los libros. — Los antiguos pueblos escribieron libros apenas supieron servirse de la pluma. Algunos como los persas y los judíos tenían libros sagrados; los griegos y los romanos han dejado historias, poemas, discursos y tratados de filosofía.

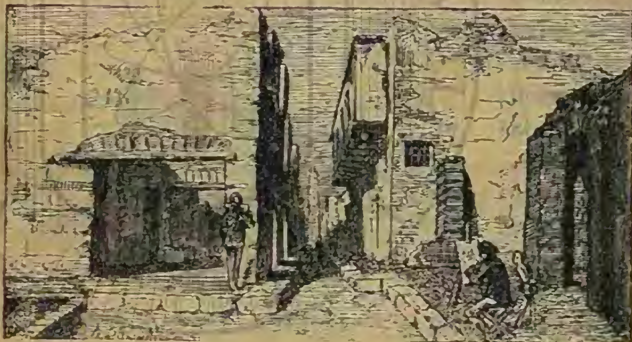
Esas obras distan mucho de suministrarnos todos los datos necesarios. No poseemos ni un solo libro asirio ó fenicio y de los demás pueblos nos quedan muy pocos. Primeramente, los antiguos escribían menos que nosotros; además, de cada obra sólo existían ejemplares en escaso número, pues era preciso copiarlos todos á mano. La mayor parte de esos manuscritos se perdieron ó se han destruído. Los que subsisten son difíciles de leer. El arte de descifrarlos se denomina *paleografía*.

Los monumentos. — Los pueblos antiguos construían monumentos como nosotros : templos para sus dioses, palacios para sus reyes, tumbas para sus muertos, fortalezas, puentes, acueductos, arcos de triunfo. Muchos de esos monumentos han sido arrasados, destruídos por los enemigos ó los habitantes. Pero hay algunos que no han querido ó no han podido destruir, y que están aún en pie, derruídos como los antiguos castillos porque se ha dejado de repararlos; pero bastante conservados para dejar ver lo que eran en otro tiempo. Algunos se alzan aún sobre la superficie del suelo. Tales son : en Egipto las Pirámides, los templos de Tebas y de la isla de Filae; en Persia los palacios de Persépolis; en Grecia el Partenón; en Roma el Coliseo; en Francia la Casa cuadrada y el puente del Gard. El viajero puede visitarlos como si se tratara de edificios modernos. La mayor parte han ido cubriéndose poco á poco de tierra, de arenas, de aluviones y escombros. Es preciso quitarles esa espesa capa que los cubre, y excavar el suelo, á menudo profundamente. Para encontrar los palacios asirios ha sido preciso abrir montículos; para llegar á las tumbas de los reyes de Micenes, se ha necesitado abrir una zanja de doce metros. — El tiempo no ha sido el solo que ha trabajado en cubrir las ruinas; los hombres le han ayudado. Cuando los antiguos querían edi-



Ruinas egipcias de la isla de Filae.

ficar, no se tomaban como nosotros el trabajo de nivelar ni de limpiar el terreno, sino que al contrario, en vez de retirar los escombros, los acumulaban y edificaban encima. La nueva construcción se derruía á su vez, aglomerándose sus restos sobre los de la anterior, y así se formaban varios pisos de escombros. Cuando Schliemann practicó las excavaciones de Troya, atravesó cinco capas de escombros; era que había allí cinco ciudades dormidas una encima de otra, hallándose la más antigua á quince metros de profundidad. En Roma se en-



Ruinas de Pompeya.

cuentran á veces tres edificios superpuestos y tantos materiales se han acumulado, que al pie de las colinas, el suelo se ha elevado varios metros.

Un accidente nos ha conservado intacta una ciudad entera. El año 79 después de J. C. el volcán del vesubio vomitó un torrente de lava líquida y lanzó una lluvia de cenizas, sepultando así súbitamente dos ciudades romanas, Herculano bajo la lava y Pompeya bajo la ceniza. El torrente de fuego quemó los objetos; mientras que al contrario la ceniza los envolvió, preservándolos del aire y conservándolos sin deterioro. Á medida que se

van retirando las cenizas reaparece Pompeya tal como era hace diez y ocho siglos. Aún se ven en sus calles los surcos abiertos por las ruedas de los carros, en las paredes dibujos hechos con carbón, en las casas las pinturas, los muebles, los utensilios y hasta pan, nueces y aceitunas; acá y acullá se descubren algunos esqueletos de habitantes sorprendidos por la catástrofe. — Los monumentos nos enseñan mucho sobre los pueblos antiguos; la ciencia que los estudia se denomina *arqueología*.

Las inscripciones. — Se da este nombre á todos los escritos no contenidos en los libros. Las inscripciones están en su mayor parte grabadas en piedras, y algunas en placas de bronce; en Pompeya se han encontrado varias hechas en las paredes con pintura ó carbón. Las hay puramente conmemorativas, análogas á las que nosotros ponemos en nuestras estatuas ó edificios. Así, en el monumento de Ancira, el emperador Augusto expone la historia de su vida. La mayor parte son epitafios grabados en las tumbas. Otras eran lo que los carteles y bandos modernos y contienen una ley ó reglamento que se quería dar á conocer al público. La ciencia de las inscripciones se denomina *epigrafía*.

Las lenguas. — También los idiomas que hablaban los pueblos antiguos suministran datos sobre su historia. Comparando las palabras de dos lenguas diferentes se llega á descubrir en ocasiones que ambas tienen el mismo origen; en consecuencia, los pueblos que las hablan proceden del mismo tronco. — La ciencia de las lenguas se llama *lingüística*.

Deficiencias. — No vaya á creerse que los libros,

los monumentos, las inscripciones, y las lenguas bastan para dar á conocer de manera perfecta la historia de la antigüedad. Es cierto que proporcionan muchos detalles; pero con frecuencia ocurre que abundan en los insignificantes y contienen muy pocos de los que tendrían importancia real. Los sabios continúan, pues, excavando y descifrando; cada día se descubre alguna inscripción ó monumento hasta entonces desconocido. Pero aun hay muchas deficiencias y así será probablemente siempre.

ORIENTE.

I. — LOS EGIPCIOS.

LENORMAND, *Historia antigua de los pueblos de Oriente.* — MASPERO, *Historia antigua.* — VAN DEN BERG, *Pequeña historia antigua.* — PERROT, *Historia del arte de la antigüedad.* — ISAMBERT, *Itinerario de Oriente.*

EGIPTO.

El país. — Egipto no es sino el valle del Nilo, estrecha banda de tierra fértil que se prolonga por ambas orillas del río, entre dos cadenas de rocas; apenas mide 5 leguas de ancho por 240 de largo. Donde terminan las rocas empieza el Delta (1), extensa llanura cruzada en todos sentidos por los brazos del río y los canales. De modo que este país es, según la frase de Herodoto, un *presente del Nilo.*

El Nilo. — Todos los años, al llegar el solsticio de verano, el Nilo crece por deshelarse las nieves en las montañas de Abisinia, y, saliendo de madre, inunda las tierras secas de Egipto. Suele elevarse hasta 8 y 10 metros sobre su nivel ordinario; con lo cual el país se convierte en un lago en que los pueblos, construídos sobre terraplenes, surgen á manera de islotes. Las aguas bajan en Septiembre, y al fin del año el río ha vuelto á su cauce, después de depositar por toda la región una

(1) Llamado así por su forma de Δ, la letra *d* griega al revés.

los monumentos, las inscripciones, y las lenguas bastan para dar á conocer de manera perfecta la historia de la antigüedad. Es cierto que proporcionan muchos detalles; pero con frecuencia ocurre que abundan en los insignificantes y contienen muy pocos de los que tendrían importancia real. Los sabios continúan, pues, excavando y descifrando; cada día se descubre alguna inscripción ó monumento hasta entonces desconocido. Pero aun hay muchas deficiencias y así será probablemente siempre.

ORIENTE.

I. — LOS EGIPCIOS.

LENORMAND, *Historia antigua de los pueblos de Oriente.* — MASPERO, *Historia antigua.* — VAN DEN BERG, *Pequeña historia antigua.* — PERROT, *Historia del arte de la antigüedad.* — ISAMBERT, *Itinerario de Oriente.*

EGIPTO.

El país. — Egipto no es sino el valle del Nilo, estrecha banda de tierra fértil que se prolonga por ambas orillas del río, entre dos cadenas de rocas; apenas mide 5 leguas de ancho por 240 de largo. Donde terminan las rocas empieza el Delta (1), extensa llanura cruzada en todos sentidos por los brazos del río y los canales. De modo que este país es, según la frase de Herodoto, un *presente del Nilo*.

El Nilo. — Todos los años, al llegar el solsticio de verano, el Nilo crece por deshelarse las nieves en las montañas de Abisinia, y, saliendo de madre, inunda las tierras secas de Egipto. Suele elevarse hasta 8 y 10 metros sobre su nivel ordinario; con lo cual el país se convierte en un lago en que los pueblos, construídos sobre terraplenes, surgen á manera de islotes. Las aguas bajan en Septiembre, y al fin del año el río ha vuelto á su cauce, después de depositar por toda la región una

(1) Llamado así por su forma de Δ, la letra *d* griega al revés.

capa de cieno fértil que sirve de abono. Entonces se siembra la tierra mojada, casi sin prepararla. De modo que el Nilo lleva á Egipto el agua y la tierra. Si el río cambiara su curso, ese país se convertiría en un desierto de arena estéril como los que lo rodean y donde nunca llueve. Los antiguos habitantes no ignoraban lo que debían á su bienhechor. Hé aquí un cántico en honra suya : « Salve, oh Nilo, oh tú que te has presentado en esta

TRAJES EGIPCIOS.



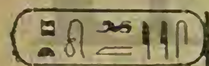
Rey. Señora. Guerrero. Gentes del pueblo.

tierra y que vienes en son de paz á dar la vida á Egipto... ¿Crece? Pues entonces la tierra se llena de alegría; todos los estómagos se alegran, todo ser recibe su alimento, todos los dientes tienen algo que mascar. Él nos trae provisiones exquisitas, él crea cuanto bueno existe, él hace nacer la hierba para los animales. »

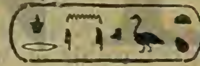
Riqueza del país. — El Egipto es en realidad un oasis en medio del desierto de África. Produce con abundancia trigo, habas, lentejas y todos las legumbres; las palmeras forman allí verdaderos bosques; en los prados que riega el Nilo pacen ganados de bueyes, de cabras y de gansos. Aunque su territorio es apenas equivalente al de Bélgica (29.400 kilómetros cuadrados), Egipto alimenta aun hoy más de 5.500.000 habitantes. Ningún país de Europa tiene proporcionalmente tantos; y en la antigüedad estaba más poblado que ahora.

Los relatos de Herodoto. — Ya los griegos conocían el Egipto mejor que los demás países de Oriente. Herodoto, que lo visitó en el siglo V antes de J. C., describe en su Historia las inundaciones del Nilo, las costumbres, los trajes, la religión de los habitantes, y refiere hechos de su vida social y aun muchas consejas que sus guías le contaron. Diodoro y Estrabón hablan también de este país; pero todos ellos lo conocieron durante su decadencia y no sabían nada de los antiguos egipcios.

Champollión. — La expedición de los franceses á Egipto (1798-1801) abrió la región á los hombres de



Ptolemeo.



Berenice.

ciencia, que vieron de cerca las Pirámides y las ruinas de Tebas é hicieron copias de los dibujos y de las inscripciones; pero nadie podía descifrar la escritura egipcia, los *jeroglíficos*. Era creencia general equivocada que cada signo de ella debía representar una palabra entera. Champollión, sabio francés, siguió otros rumbos en 1821. Un oficial había recogido en Roseta una inscripción en tres escrituras diferentes : al lado de los jeroglíficos había una traducción en griego. El nombre del rey Ptolomeo estaba contenido en un cartón arqui-

tectónico; así logró Champollión conocer las formas de las letras P, T, O, L, M, I, S. Comparándolas con otros nombres de reyes, encerrados también en líneas análogas, pudo constituir un alfabeto, que le sirvió para leer los jeroglíficos. Estaban escritos en un idioma parecido al *copto*, lengua hablada por los egipcios en tiempos de los romanos y que era ya conocida.

Los egiptólogos. — Otros muchos sabios siguieron á Champollión en esa vía, visitando el país entero y haciendo excavaciones en él. Se les da el nombre de *egiptólogos*. Los hay en todas las naciones de Europa. Uno de ellos, el francés Mariette (1821-1881) ha practicado excavaciones por cuenta del virrey de Egipto y con los objetos reunidos ha formado el museo de Bulaq. Francia posee en el Cairo una escuela de egiptología dirigida por Maspero.

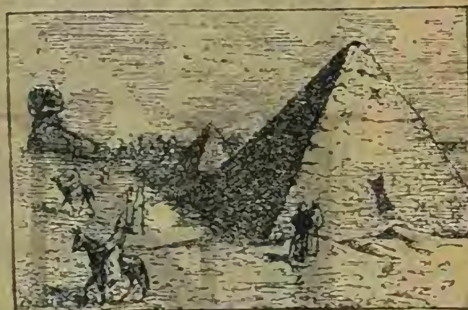
Descubrimientos modernos. — En ningún país se han encontrado tantos objetos preciosos. Los egipcios construían tumbas que parecían casas, y en ellas depositaban para uso de los muertos objetos de todas clases, muebles, telas, armas, provisiones de boca. El territorio entero estaba lleno de esas sepulturas. Lo seco del clima ha hecho que los objetos se conserven intactos á pesar de haber estado enterrados cuatro ó cinco mil años. Ningún pueblo antiguo ha dejado tantos restos como los egipcios; ninguno nos es mejor conocido.

EL IMPERIO EGIPCIO.

Antigüedad del pueblo egipcio. — Un sacerdote egipcio decía á Herodoto: « Ustedes los griegos son unos niños. » Los egipcios se consideraban como el

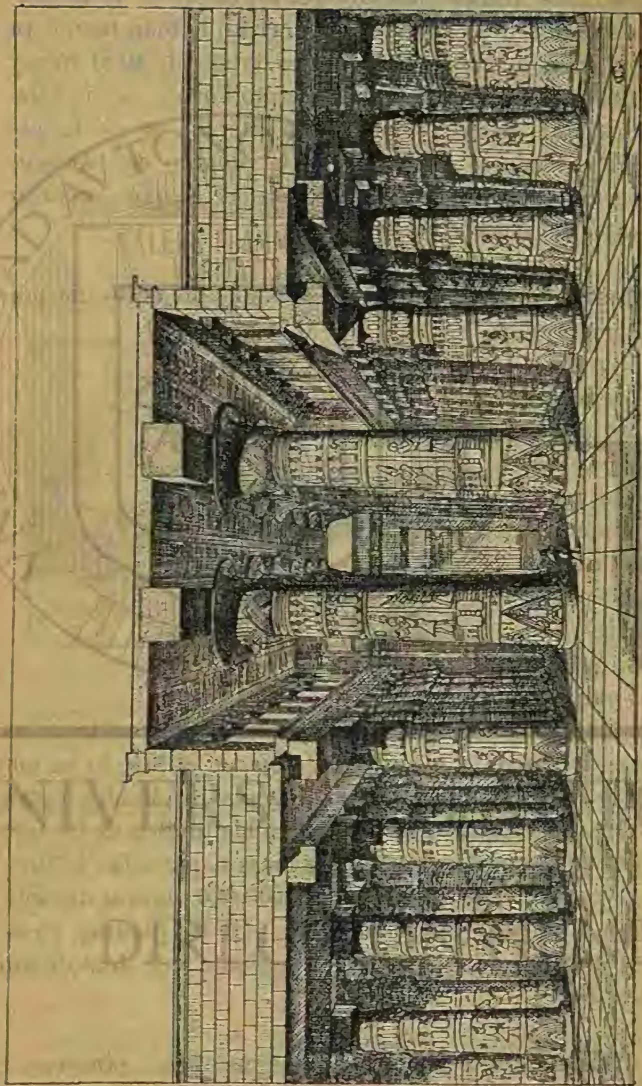
pueblo más antiguo del mundo. En la época de la conquista persa (520 antes de Jesucristo) habían tenido ya 26 dinastías de reyes. La primera databa de 4000 años y durante esos cuarenta siglos, Egipto formó un imperio. La capital estuvo primero en Menfis en el Egipto inferior, hasta la décima dinastía (tiempo del *Antiguo Imperio*), después en Tebas, en el Egipto superior (tiempo del *Nuevo Imperio*).

Menfis y las Pirámides. — Menfis fué edificada por el primer rey de Egipto; un enorme dique la protegía. La ciudad ha durado más de 5000 años; pero á partir del siglo XIII los indígenas empezaron á coger las piedras de las ruinas para construir las casas del Cairo, y lo que ellos dejaron el Nilo lo ha cubierto. Las Pirámides, situadas cerca de Menfis, datan también del Antiguo Imperio; son las tumbas de los tres reyes de la cuarta dinastía. La mayor, que mide 147 metros de alto, exigió el trabajo de 100.000 obreros durante 30 años. Para llevar hasta la cúspide las piedras, construyeron calzadas de suave pendiente que demolieron después.



Las Pirámides y la Esfinge.

Civilización egipcia. — Las estatuas, pinturas é instrumentos que se encuentran en las tumbas de esta



Sala hipóstila de Karnac (Tomada de la *Hist. del arte* de Perrot.

época prueban la civilización de aquel pueblo. 3.500 años antes de nuestra era, cuando todas las naciones después ilustres, hindus, persas, judíos, griegos, romanos están todavía en la barbarie, los egipcios sabían, desde mucho tiempo atrás, cultivar la tierra, tejer telas, trabajar los metales, pintar, esculpir y escribir; y poseen una religión organizada, un rey y una administración.

Tebas. — Con la décima primera dinastía pasó la capital de Menfis á Tebas. Las ruinas de esta ciudad están aún en pie. Son prodigiosas y se extienden por ambas márgenes del Nilo en unos doce kilómetros de circuito. En la orilla izquierda se encuentra una hilera de palacios y templos que conducen á vastos cementerios. En la derecha hay dos pueblos, Luqsor y Karnak, situados á media hora de distancia y edificados ambos en medio de las ruinas. Comunican entre sí por una alameda de esfinges, dispuestas en dos filas; en otro tiempo debieron ser esas figuras más de mil. El mayor de esos templos derruídos debió ser el de Ammón, en Karnak. Estaba rodeado por un recinto de 2.300 metros de perímetro; la célebre *sala hipóstila*, la mayor del mundo, que medía 102 metros de largo por 53 de ancho, descansaba en 134 columnas; doce de ellas tienen 20 metros de alto, es decir, la altura de la columna Vendôme de París. Tebas fué durante mil quinientos años la capital y la ciudad santa, la residencia de los reyes y la morada de los sacerdotes.

El Faraón. — El rey de Egipto, llamado *Faraón*, era considerado como hijo del dios Sol y su imagen en la tierra; se le tenía por una divinidad. En una pintura se ve al rey Ramsés II en pie, adorando á su propia figura que se halla entre dos deidades; el rey, en cuanto

hombre, se inclina ante sí mismo como dios. Esta calidad de divino convierte al Faraón en dueño absoluto de los hombres; así es que manda según le place á los grandes señores de su corte, á los guerreros y á sus vasallos todos. Mas, los sacerdotes al adorarle, le rodean y le vigilan; su jefe, el gran sacerdote del dios Ammon, acaba por tener más poder que el rey, en cuyo nombre y lugar gobierna muchas veces.



Ramsés II adorándose á sí mismo.

Los vasallos. — Todo Egipto pertenece al rey, á los sacerdotes, los guerreros y los señores; los demás no hacen sino trabajar para ellos. El rey tiene á su servicio *escribas* que los gobiernan y cobran las rentas, con frecuencia á palos. Hé aquí en qué términos escribe á cierto amigo uno de esos funcionarios: « ¿ No te has imaginado la existencia del labrador que cultiva la tierra? El recaudador de la hacienda se presenta en el muelle á cobrar el diezmo de las mieses, llevando consigo agentes armados de palos y negros con varas de palmera. Todos gritan: « ¡ ea, los cereales! » Si el labrador no tiene que dar, lo arrojan al suelo cuan largo es, lo atan, lo arrastran hasta el canal y lo echan dentro cabeza abajo. »

Despotismo. — El pueblo egipcio ha sido siempre (todavía lo es) alegre, indolente, suave, dócil como un niño, y fácil de tiranizar. Así es que en ese país el palo era instrumento de educación y de gobierno. « El joven, decían los escribas, tiene espaldas para ser apaleado, y cuando le pegan pone cuidado. » — « Cierto día, escribe Máximo du Camp en su libro *El Nilo*, lleno de asombro al contemplar las ruinas de Tebas, exclamé: — ¡ Pero cómo han podido hacer eso! — Mi guía se echó á reir y tocándome en el brazo, señaló á una palmera diciendo: « Con aquello. Crea V. que con cien mil ramas de palmera rotas sobre las espaldas de gentes que siempre las llevan desnudas, se pueden construir palacios y templos por añadidura. »



Escena de apaleo representada en un monumento egipcio.

Aislamiento de los egipcios. — Los egipcios viajaban poco. El mar les causaba horror y por esto no tenían marina ni comerciaban con los demás pueblos (sólo poseyeron marina en tiempo de la dinastía XXVI). Tampoco eran una nación militar. Sin embargo, sus reyes hacían con frecuencia expediciones, al frente de los guerreros de profesión, ya contra los negros de Etiopia, ya contra las tribus sirias. Así alcanzaban victorias que luego mandaban pintar en las paredes de sus palacios y volvían con bandas de cautivos que ocupaban en construir sus monumentos; pero nunca llevaron á

cabo grandes conquistas. Los extranjeros han ido más veces á Egipto que los egipcios al extranjero.

RELIGIÓN DE LOS EGIPCIOS.

« Los egipcios, decía Herodoto, son los más religiosos de los hombres. » No se conoce ningún pueblo tan devoto; casi todas sus pinturas representan hombres orando ante algún dios, y casi todos sus manuscritos son libros piadosos.

Dioses egipcios. — La principal divinidad es un dios sol, creador, bienhechor, « que sabe todo, que existe desde el principio. » Tiene una mujer y un hijo, divinos como él. Todos los egipcios adoraban esta trinidad, pero sin darle el mismo nombre. Cada región los llamaba de modo distinto. En Menfis, el padre se denominaba Phtah, la madre Sekhet y el hijo Imuthés; en Abidos, sus nombres eran Osiris, Isis y Horo; en Tebas, Ammón, Mutb y Chons. Más tarde los habitantes de una región adoptaron los dioses de las otras. Al mismo tiempo, de cada deidad se derivaron varias. Así se fueron multiplicando y la religión se complicó.

Osiris. — Estos dioses tienen su historia, que es la del Sol, pues dicho astro parecía á los egipcios, lo mismo que á la mayor parte de los pueblos primitivos, el más poderoso de los seres y por consiguiente un dios. Osiris, el sol, fué muerto por Set, dios de la noche; Isis, la luna, su mujer, lo llora y le da sepultura. Horo, su hijo, el sol naciente, lo venga destruyendo á su matador.

Ammon-Rá. — Ammon-Rá, dios de Tebas, es representado atravesando diariamente el cielo en una barca (« la buena barca de los millones de años »); las almas

de los muertos la impulsan sirviéndose al efecto de largos remos; el dios se mantiene en la proa, dispuesto á herir al enemigo con su lanza. Hé aquí el himno cantado en honra suya (1): « Loor á ti, que te despiertas bienhechor, verídico, oh señor de ambos horizontes... Recorres el cielo desde lo alto y tus enemigos son humillados. El cielo se alegra, la tierra se regocija, los dioses y los hombres tributan con júbilo gloria á Rá, cuando lo ven alzarse en su barca y derribar á sus enemigos. Oh Rá, da vida perfecta al Faraón, pan á su vientre, agua á su garganta y perfumes á su cabellera. »



Osiris. Isis. Horus. Ammon-Rá.

Dioses de cabeza de animal. — Los egipcios representaban frecuentemente á sus dioses con forma humana; pero más aún en la de un animal. Cada deidad tiene el suyo: Phtah se encarna en el escarabajo, Horo en el gavilán, Osiris en el buey. No es raro que ambas figuras se confundan en un hombre con cabeza de animal ó en un animal con cabeza de hombre. Todo dios puede revestir cuatro formas: por ejemplo, Horo, las de hombre, de gavilán, de hombre con cabeza de gavilán, ó de gavilán con cabeza de hombre.

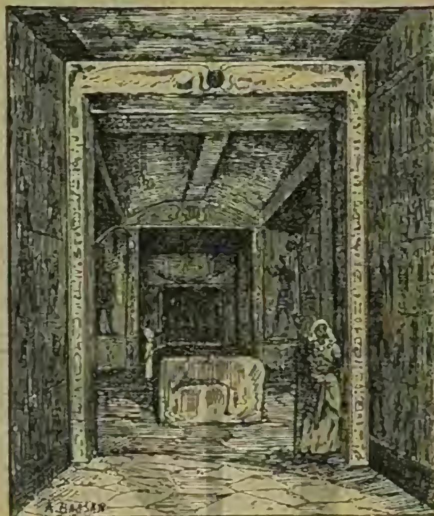
(1) Himno á Ammon-Rá. (Maspero, *Hist. ant.*, cap. I.)

Animales sagrados. — ¿Qué querían significar los egipcios con estos símbolos? No se sabe. Lo cierto es que así llegaron á considerar como sagrados los animales que les servían á representar los dioses : el buey, el escarabajo, el ibis, el gavilán, el gato y el cocodrilo ; los alimentaban y los protegían. Un siglo antes de J. C. ocurrió que un ciudadano romano mató en Alejandría un gato; al saberlo, el pueblo se amotinó, se apoderó del culpable y, á pesar de los ruegos del rey le dió muerte, no obstante su terror de Roma. En cada templo había un animal que adoraban. El viajero Estrabón refiere una visita que hizo á un cocodrilo sagrado de Tebas : « El animal estaba echado á orillas de un estanque, los sacerdotes se acercaron, dos de ellos le abrieron las fauces y otro le echó dentro pasteles, pescado asado y una bebida hecha con miel. »

El buey Apis. — El más venerado de todos ellos era el buey Apis, que representaba á Osiris y á Phtah al mismo tiempo ; vivía en una capilla de Menfis donde los sacerdotes cuidaban de él. Al morir se convertía en un Osiris (Osar-hapi), lo embalsamaban, y se depositaba su momia en un sepulcro. Las tumbas de los « Osar-hapi » formaban un monumento gigantesco, el *Serapeum* sacado á luz en 1851 por Mariette.

Culto de los muertos — Los egipcios adoraban también el alma de los muertos. Al principio parece que creyeron que todo hombre tiene su « segundo », un doble (Ka) y que una vez muerto él, su doble seguía viviendo. Esto es lo que piensan todavía algunos pueblos salvajes contemporáneos nuestros. La sepultura egipcia de tiempos del antiguo imperio se llama « *la casa del segundo ó del doble* ». Es una pieza poco elevada, dispuesta como

un dormitorio, en que se colocaban para servicio del « doble » un mobiliario completo, sillas, mesas, camas, cofres, ropa blanca, telas, trajes, objetos de tocador, armas y en ocasiones un carro de guerra ; para su recreo, estatuas, pinturas y libros ; y para su alimentación, trigo y provisiones de boca. Después de esto se depositaba allí un *doble* del muerto, que consistía en una estatua de madera ó de piedra parecida á él. La operación terminaba tapiando la entrada de la tumba, en que queda encerrado el *doble*, si bien los vivos continúan cuidándolo. Así es que le llevan alimentos ó ruegan á un dios que se los proporcione, como en esta inscripción (1) : « Ofrenda á Osiris para que conceda provisiones de pan, liquidos, bueyes, gansos, leche, vino, cerveza, vestidos, perfumes y de todas las cosas buenas y puras que usa el dios al Ka del difunto N. »


Interior de una tumba.
(Tomada de la *Historia del arte* por Perrot.)

Juicio del alma. — Más adelante, á partir de la dinastía XI, los egipcios creyeron que el alma salía del cadá-

(1) Lenormand, *Hist. ant.*, III, p. 239, 7.ª edición.

ver é iba al encuentro de Osiris, debajo de la tierra en que el sol parece hundirse diariamente. Allí el dios pronuncia sus fallos, en compañía de 42 jueces; el alma comparece ante ellos para dar cuenta de su vida pasada. Sus acciones se pesan en la balanza de verdad, y su « *corazón* » es citado como testigo. « Oh corazón, exclama el muerto, corazón que debo á mi madre, corazón mío cuando yo vivía en la tierra, no afirmes nada contra mí, no me acuses ante el gran dios. » El alma perversa es aniquilada al cabo, después de ser sometida á tormentos durante siglos. La buena se lanza á través de los espacios y al cabo de multitud de pruebas, acaba por reunirse y confundirse con los dioses.

Momias. — Durante esta peregrinación puede desear el alma volver al cuerpo para descansar. Era necesario, en consecuencia, conservar intactos los cuerpos; los egipcios aprendieron á embalsamarlos. Llenaban el cadáver de aromas, remojábanlo en un baño de natrón, rodeábanlo con bandas de tela y lo dejaban transformado en *momia*. Esta era depositada en un ataúd de madera ó de yeso y colocada en la tumba con todos los objetos necesarios para la vida.

Libro de los muertos. — Al lado de la momia ponían un pequeño libro, el de los muertos, en que se explica lo que el alma debe decir en el otro mundo para defenderse ante el tribunal de Osiris : « No he cometido fraude; no he hecho daño á la viuda; no he hecho nada de cuanto está prohibido; no he estado ocioso; no he hablado mal del esclavo á su dueño; no he robado los panes de los templos; no he sustraído las bandas ni las provisiones de los muertos; no he alterado las medidas de granos; no he cazado los animales ni

he pescado los peces sagrados... He dado de comer al hambriento, de beber al sediento y he vestido al desnudo. He ofrecido á los dioses sacrificios y comidas



El peso de las almas. — Viñeta del libro de los muertos.

fúnebres á los difuntos. » En esto se consigna toda la moral egipcia : observar las ceremonias, respetar lo que pertenece á los dioses, ser sincero, honrado y benéfico.

LAS ARTES.

Industria. — Los egipcios fueron los primeros en practicar las artes necesarias á un pueblo civilizado.



Escena de labranza.

Hay pinturas fúnebres de la época de las primeras dinastías, 3000 años antes de J. C., que representan hombres labrando la tierra, sembrando, recogiendo las mieses, batiendo y aventando el cereal; manadas

de bueyes, de carneros, de patos, de cerdos ; personas suntuosamente vestidas, procesiones y fiestas en que se toca el arpa, poco más ó menos lo mismo que treinta siglos más tarde. Los egipcios de esa época sabían tra-

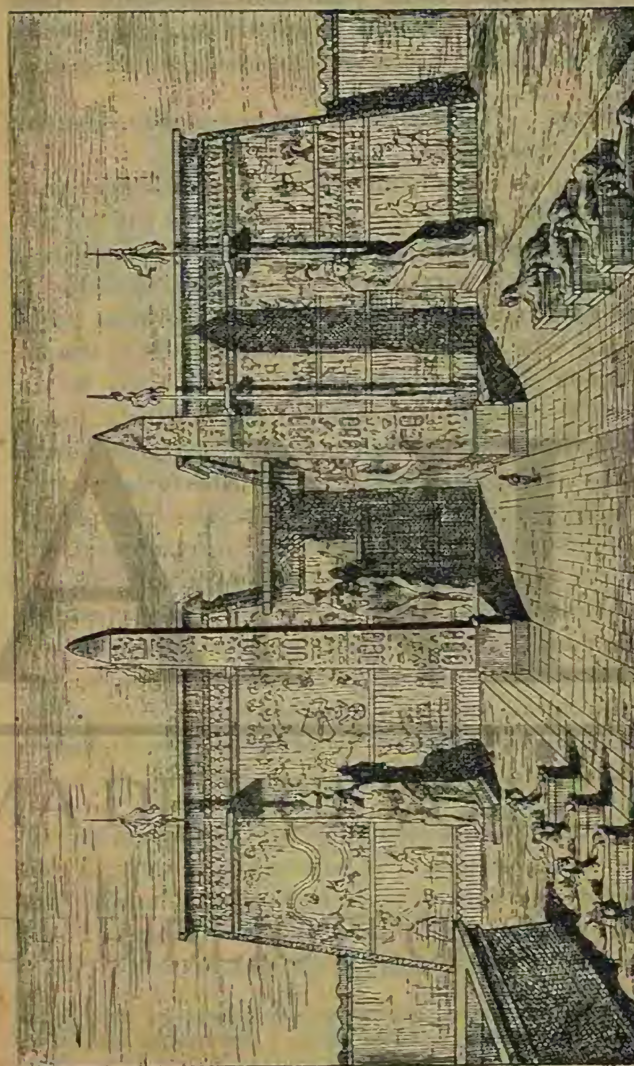


Aventando el trigo.

bajar el oro, la plata, el bronce, hacer armas y joyas, fabricar vidrio, loza, esmalte, y tejían telas de lino y de lana, telas transparentes y bordados de oro.

Arquitectura. — Los egipcios fueron los más antiguos artistas del mundo. Edificaron monumentos gigantescos que parecen eternos, pues el tiempo no ha podido destruirlos aún. No construían según hacemos nosotros con destino á los vivos, sino para los muertos ; templos y tumbas. Apenas quedan algunos restos de sus casas y los palacios mismos de los reyes eran como decían los griegos, simples « hosterías » cuando se les comparaba con sus sepulcros. Era que la casa debía servir únicamente durante la vida, y la tumba por una eternidad.

Tumbas. — La principal Pirámide es una sepultura regia. Las tumbas antiguas tenían esta forma ; todavía se conservan en el Egipto inferior pirámides dispuestas en filas, ó dispersas irregularmente, unas grandes y otras pequeñas. Son los sepulcros de los reyes y de los señores. Andando el tiempo, las tumbas fueron subterráneas, unas abiertas en el suelo, otras en el granito



Fachada de un templo egipcio. — Reconstitución ideal por M. Chipiez. (Tomada de la *Historia del arte* de Perrot.)

de las montañas. Cada generación necesitaba otras nuevas, y así fué formándose junto á la ciudad de los vivos la más vasta y suntuosa de los muertos (*necrópolis*).

Templos. — También los dioses necesitaban moradas eternas y espléndidas.

Sus templos se componen de un magnífico santuario, residencia del dios, y que está rodeado de patios, jardines, habitaciones para los sacerdotes, sus servidores, y guardarropías para depositar sus joyas, utensilios y ropas. Esta reunión de edificios, obra de varias generaciones, está rodeada por una muralla. En el templo de Ammón en Tebas trabajaron reyes de todas las dinastías, desde la décimosegunda hasta la última. Generalmente hay delante del monumento una gran puerta de caras inclinadas, el *pilono*. Á los lados forman juego dos *obeliscos*, agujas de piedra con la punta dorada, ó bien dos *colosos* de piedra que representan un gigante sentado. La mayor parte de las veces se llega al templo por una larga alameda de *esfinges* de piedra colocadas en dos filas.

Pirámides, pilonos, colosos, esfinges, obeliscos son los rasgos característicos de esta arquitectura, en que todo es robusto, corto y sobre todo *ancho*. Por eso los monumentos egipcios parecen pesados, pero al mismo tiempo indestructibles.

Escultura. — Los escultores egipcios empezaron por imitar la naturaleza. Las estatuas más antiguas son admirables de vida y sencillez : probablemente eran imágenes de los muertos. Á esa clase pertenece el famoso escriba sentado del Museo del Louvre (1). Pero á

(1) Este museo contiene gran número de objetos descubiertos en Egipto. Examinándoles se forma segura y rápidamente idea de la civilización egipcia. Los catálogos siguientes : *Noticia de los monumentos egipcio* por de Rougé, *Catálogo de la sala histórica* de Pie-

partir de la dinastía oncena, el escultor pierde la libertad de representar á su antojo el cuerpo humano, y tiene que atenerse á una regla determinada por la religión. En consecuencia, todas las estatuas se parecen en ade-



Estatua de un funcionario del antiguo Imperio.



El escriba sentado (Museo del Louvre).

lante, con sus piernas paralelas, sus pies juntos, sus brazos cruzados sobre el pecho y el rostro inmóvil ; con frecuencia son majestuosas, pero siempre duras y monótonas. El arte cesa de reproducir la naturaleza, y se convierte en símbolo convencional.

Pintura. — Los egipcios usaban colores muy firmes, que después de cincuenta siglos transcurridos, siguen aún frescos y vivos. Pero sólo sabían dar color á un dibujo y desconocían los tonos, las sombras y la perspectiva. La pintura, lo mismo que la escultura, estaba

rret y *Catálogo de los manuscritos egipcios* por Deveria, son excelentes guías.

sometida á reglas religiosas y era monótona como ella; cuando el artista tiene que representar cincuenta personajes, los hace todos iguales.

Literatura. — Los egipcios poseían una literatura. En las tumbas se encuentran, no sólo obras de medicina, de magia y de piedad, sino también poemas, cartas, relatos de viajes y hasta novelas.

Destinos de la civilización egipcia. — Los egipcios conservaron sus costumbres, su religión y sus artes aun después de la caída de su Imperio. Lo mismo cuando estuvieron sometidos á los persas que cuando fueron vasallos de los griegos y de los romanos, siguieron con las antiguas prácticas, sus jeroglíficos, sus momias, sus animales sagrados. Finalmente entre los siglos tercero y segundo antes de J. C., se extinguió lentamente su civilización.

II. — ASIRIOS Y BABILONIOS.

Lenormand, *Historia de los pueblos de Oriente*. — Maspero, *Historia antigua*. — Van den Berg, *Pequeña historia antigua*. — Menant, *Anales de los reyes de Asiria*. — Perrot, *Historia del arte*.

A CALDEA.

El país. — De las altas montañas nevadas de Armenia descienden dos profundos y rápidos ríos, el Tigris al este y el Eufrates al Oeste. Al principio corren uno cerca de otro, mas al llegar á la llanura se alejan: el Tigris sigue recto y el Eufrates da una gran vuelta hacia los desiertos de arena, para al fin confundirse antes de llegar al mar. El país que circundan es la Caldea, llanura inmensa formada por tierra de miga, en que llueve raras veces y en que el calor es sofocante. Pero los ríos dan el agua y cuando ese terreno arcilloso es

regado por canales, se convierte en el más fértil del mundo. El trigo y la cebada producen doscientos y en los años buenos trescientos por uno. Las palmeras formaban allí grandes bosques, y de ellas sacaban vino, miel y harina (1).

Los habitantes. — Caldea estuvo desde muy temprano, quizás tanto como Egipto, habitada por pueblos civilizados. En esas grandes llanuras se habían encontrado y mezcládose varias razas diversas de distintos orígenes. Había turanios de color amarillo, parecidos á los chinos, que venían del N. E.; kuschitas, de color moreno obscuro, de la familia egipcia, procedentes del E.; semitas de cutis blanco, hermanos de los árabes, que llegaban del N. La mezcla de estos elementos dió origen al pueblo caldeo.

Las ciudades. — Según los sacerdotes caldeos, sus reyes habían reinado ciento cincuenta mil años, lo cual es fabuloso si bien no les faltaba razón para considerar muy antiguo su imperio.

El suelo de esta región está sembrado de montículos, que son reuniones de escombros, cada uno de ellos resto de una ciudad destruída. Se han hecho excavaciones en varios, sacando á luz diversas poblaciones (Ur, Larsam, Bal-ilú) y descubriendo algunas inscripciones.

Esos antiguos pueblos son todavía mal conocidos; pero quedan muchos montículos que explorar y se espera hallar en ellos nuevos documentos. Se daban á sí mismos los nombres de sumires y de accades. Su imperio cayó por los años 2300 antes de J. C. probablemente después de larga existencia. De modo que quizás data de 30 siglos antes de nuestra era.

(1) Una canción persa enumera 360 modos distintos de utilizar la palmera.

sometida á reglas religiosas y era monótona como ella; cuando el artista tiene que representar cincuenta personajes, los hace todos iguales.

Literatura. — Los egipcios poseían una literatura. En las tumbas se encuentran, no sólo obras de medicina, de magia y de piedad, sino también poemas, cartas, relatos de viajes y hasta novelas.

Destinos de la civilización egipcia. — Los egipcios conservaron sus costumbres, su religión y sus artes aun después de la caída de su Imperio. Lo mismo cuando estuvieron sometidos á los persas que cuando fueron vasallos de los griegos y de los romanos, siguieron con las antiguas prácticas, sus jeroglíficos, sus momias, sus animales sagrados. Finalmente entre los siglos tercero y segundo antes de J. C., se extinguió lentamente su civilización.

II. — ASIRIOS Y BABILONIOS.

LENORMAND, *Historia de los pueblos de Oriente*. — MASPERO, *Historia antigua*. — VAN DEN BERG, *Pequeña historia antigua*. — MENANT, *Anales de los reyes de Asiria*. — PERROT, *Historia del arte*.

A CALDEA.

El país. — De las altas montañas nevadas de Armenia descienden dos profundos y rápidos ríos, el Tigris al este y el Eufrates al Oeste. Al principio corren uno cerca de otro, mas al llegar á la llanura se alejan: el Tigris sigue recto y el Eufrates da una gran vuelta hacia los desiertos de arena, para al fin confundirse antes de llegar al mar. El país que circundan es la Caldea, llanura inmensa formada por tierra de miga, en que llueve raras veces y en que el calor es sofocante. Pero los ríos dan el agua y cuando ese terreno arcilloso es

regado por canales, se convierte en el más fértil del mundo. El trigo y la cebada producen doscientos y en los años buenos trescientos por uno. Las palmeras formaban allí grandes bosques, y de ellas sacaban vino, miel y harina (1).

Los habitantes. — Caldea estuvo desde muy temprano, quizás tanto como Egipto, habitada por pueblos civilizados. En esas grandes llanuras se habían encontrado y mezcládose varias razas diversas de distintos orígenes. Había turanios de color amarillo, parecidos á los chinos, que venían del N. E.; kuschitas, de color moreno obscuro, de la familia egipcia, procedentes del E.; semitas de cutis blanco, hermanos de los árabes, que llegaban del N. La mezcla de estos elementos dió origen al pueblo caldeo.

Las ciudades. — Según los sacerdotes caldeos, sus reyes habían reinado ciento cincuenta mil años, lo cual es fabuloso si bien no les faltaba razón para considerar muy antiguo su imperio.

El suelo de esta región está sembrado de montículos, que son reuniones de escombros, cada uno de ellos resto de una ciudad destruída. Se han hecho excavaciones en varios, sacando á luz diversas poblaciones (Ur, Larsam, Bal-ilú) y descubriendo algunas inscripciones.

Esos antiguos pueblos son todavía mal conocidos; pero quedan muchos montículos que explorar y se espera hallar en ellos nuevos documentos. Se daban á sí mismos los nombres de sumires y de accades. Su imperio cayó por los años 2300 antes de J. C. probablemente después de larga existencia. De modo que quizás data de 30 siglos antes de nuestra era.

(1) Una canción persa enumera 360 modos distintos de utilizar la palmera.

LOS ASIRIOS.

La Asiria. — El país situado detrás de la Caldea sobre el Tigris es la Asiria, región también fértil, pero en que la llanura empieza á quebrarse, cubriéndose de colinas y de rocas. Como está situado cerca de las montañas, recibe nieve en invierno y en verano violentas tempestades.

Los orígenes. — Caldea estaba desde hacía mucho tiempo cubierta de ciudades cuando los asirios vivían aún obscurecidos en sus montañas. En el siglo décimotercio fué cuando empezaron sus reyes á invadir las llanuras, al frente de grandes ejércitos, fundando un imperio que tuvo á Ninive por capital.

Relatos antiguos. — Lo único que hace cuarenta años sabíamos sobre los asirios era una leyenda referida por el griego Diodoro de Sicilia. Según ella Nino fundó á Ninive y conquistó después toda el Asia Menor; su mujer Semíramis, hija de una diosa, sometió Egipto y después se transformó en paloma. Sus descendientes fueron, por espacio de 1300 años, reyes incapaces; el último de ellos, llamado Sardanápalo, se quemó con sus mujeres al verse sitiado en su capital. En todo esto no hay ni una palabra de verdad.

Ninive. — En ese estado se encontraban los conocimientos sobre el antiguo imperio asirio, cuando en 1842 el cónsul de Francia en Mosul, M. Botta, descubrió cerca de la miserable aldea de Korsabad los escombros de un inmenso palacio, reunidos en un montículo cubierto de arena. Allí es donde fué posible contemplar por primera vez las obras del arte asirio; los toros alados de piedra situados en la puerta del palacio estaban intactos y fueron enviados al Museo del Louvre. Las excavaciones

de Botta llamaron la atención en Europa, é inmediatamente se formaron varias expediciones sobre todo inglesas; Place y Layard exploraron otros montículos y descubrieron otros monumentos. Las ruinas, cubiertas por una capa de tierra, se han conservado bien en ese clima seco. Halláronse paredes cubiertas de pinturas y bajo relieves, de estatuas é inscripciones en gran número, tanto que fué posible estudiar sobre el terreno la disposición de los edificios y publicar la descripción de los monumentos y de las esculturas.

El primer palacio descubierto, el de Khorsabad, fué construído por el rey Sargón, en el terreno que ocupaba la capital de los reyes de Asiria, Ninive. La ciudad se extendía por varias colinas y estaba rodeada por un recinto amurallado de 260 estadios (unos 43 kilómetros) de circuito, en forma de cuadrilátero. La muralla era exteriormente de ladrillo, é interiormente de tierra que se ha desmoronado. Las casas de la ciudad han desaparecido sin dejar rastro; pero se han sacado á luz varios palacios construídos por diferentes reyes de Asiria.

Ninive fué residencia real hasta que los medas y los caldeos destruyeron el imperio.

Inscripciones hechas en ladrillos. — En estas inscripciones, cada letra se forma por una reunión de sig-



Ar-di-su Nabu-kudur-usur rni-ri.

nos en forma de flecha ó de *cuña*, razón por la cual se ha dado á la escritura asiria el calificativo de *cuneiforme*. Para hacer esos signos se usaba un punzón acabado en punta triangular. Escribían en la arcilla todavía blanda y después la metían en el horno para

endurecerla y hacer indelebles las letras. En el palacio de Asurbanipal se ha encontrado una biblioteca entera, en que el ladrillo hizo veces de papel.

Escritura cuneiforme. — En descifrar esa escritura han trabajado durante años con singular empeño varios hombres de ciencia (1). Ha sido muy difícil leerla, primero porque la empleaban cinco lenguas diferentes, el asirio, el susiánico, el meda, el caldeo y el arménico, sin contar el antiguo persa, y esos cinco idiomas eran desconocidos; además es muy complicada, por distintos motivos:

1°. Se compone al mismo tiempo de signos *simbólicos*, cada uno de los cuales representa una palabra (sol, dios, pez) y de signos *silábicos*, es decir, que indican una sílaba;

2°. Hay cerca de 200 signos silábicos, muchos de ellos parecidos y fáciles de equivocar;

3°. El mismo signo sirve á menudo para representar al mismo tiempo una palabra y una sílaba;

4°. También suele un mismo signo (y esto es lo peor de todo) indicar sílabas diferentes. Tal es el que unas veces se lee *ilú* y otras *an*.

La escritura cuneiforme era difícil aun para los que la escribían. « Algo más de la mitad de los monumentos cuneiformes que poseemos (2), se compone de libros de colegiales (gramáticas, diccionarios, tablas), que pueden servirnos para descifrar la otra mitad, y que hoy consultamos, según hacían hace 2500 años, los estudiantes del país de Asur. » En este caso se ha procedido como para descifrar los jeroglíficos: había una larga inscripción en tres lenguas: asirio, meda y persa. La última sirvió para poner en claro las otras dos.

(1) Rawlinson, Hincks, Oppert, Menant.
(2) Lenormand, *Hist. antigua*

El pueblo asirio — Los asirios eran una raza de cazadores y guerreros. Sus bajo-relieves los representan de ordinario armados con el arco y la lanza y en ocasiones á caballo. Eran buenos jinetes, ágiles, valientes, tan diestros en las escaramuzas como en las batallas, pero orgullosos, taimados y sanguinarios. Devastaron el Asia durante seis siglos, cayendo constantemente sobre sus vecinos y reduciendo pueblos enteros á la esclavitud. Parece que hacían la guerra por el gusto de matar, saquear y robar; ningún pueblo los ha igualado en ferocidad.

El rey. — Conforme á la costumbre asiática, creían que su rey era el representante de Dios en la tierra, y le prestaban ciega obediencia. El soberano era, pues, dueño absoluto de todos sus súbditos; reuníalos en armas y se lanzaba á su frente contra los pueblos de Asia. Cuando regresaban, hacía consignar sus hazañas en las paredes del palacio y la inscripción relataba sus victorias, y daba cuenta del botín recogido, de las ciudades quemadas, y de los cautivos que habían sido degollados ó despellejados en vida.



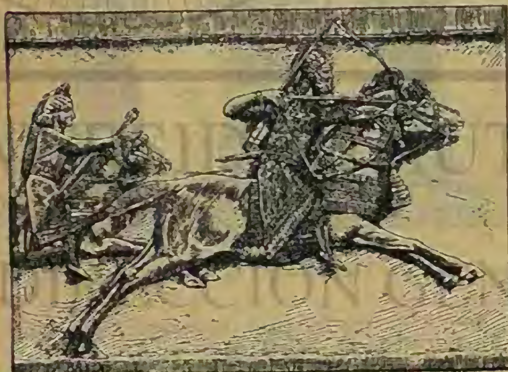
El rey Sargón y su ministro.

Las expediciones. — Hé aquí unos trozos de esos boletines de campañas : « Mandé construir, dice Asur-



Rey asirio con su séquito.

nazirpahal en 882, una pared delante de las puertas principales de la ciudad; hice despellejar á los jefes de la rebelión y tapicé la muralla con sus cueros. Algunos fueron emparedados vivos, otros crucificados ó ensartados á lo largo de la pared ; á muchos les hice



El rey Asurnazirhapal cazando.

arrancar el pellejo en mi presencia. Mandé reunir sus cabezas á manera de coronas y formar guirnaldas con sus cadáveres. » En 745 escribe Tuklatabalasar : « Encerré al rey en su morada y reuní delante de las puertas montones de cadáveres. He destruído, devastado ó quemado todas sus ciudades. He dejado el país desierto, convirtiéndolo en colinas y montones de escombros. » En el siglo VII, Sennaquerib dice : « Pasé como un huracán devastador. Los harneses y las armas nadaban sobre la tierra en la sangre de los enemigos como en un río. Amontoné á modo de trofeos los cadáveres de sus soldados y les corté las extremidades. Á los que cogí vivos los mutilé y en castigo los privé de las manos. » — En un bajo relieve que representa la rendición de Susa al rey Asurbanipal están los asirios torturando á los jefes de los vencidos : algunos de éstos tienen las orejas cortadas, á otros les han sacado los ojos ó les han arrancado la barba. Uno ha sido desollado vivo. Es evidente que esos reyes gustaban de los incendios, los suplicios y las matanzas.

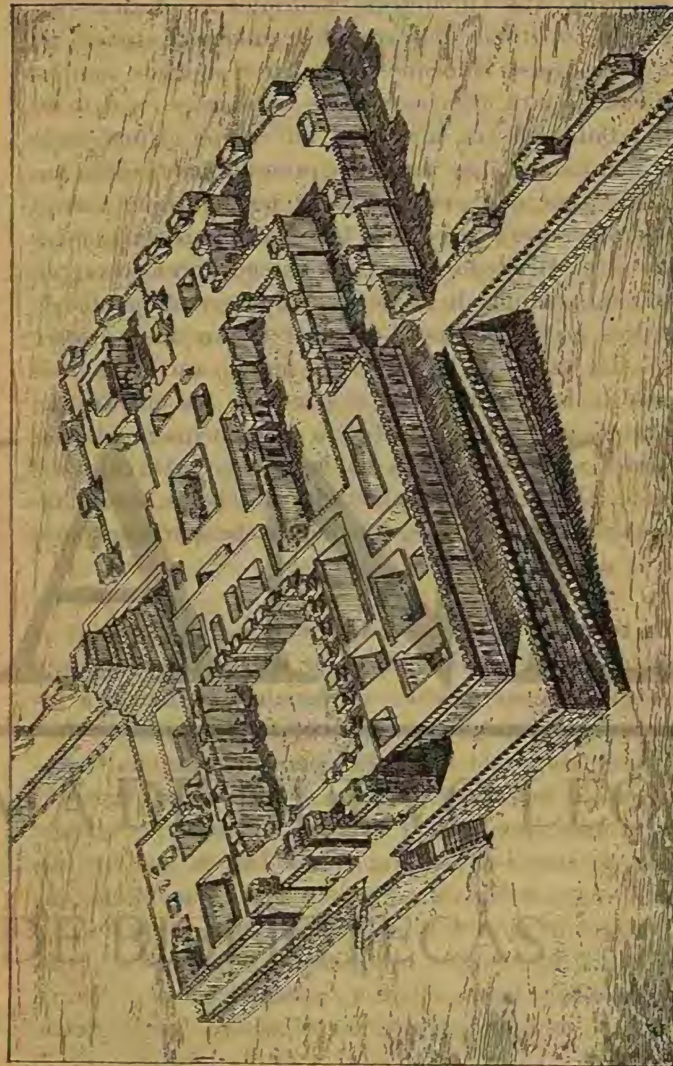
Ruina del imperio asirio. — Este régimen empezó en el siglo XIII con la toma de Babilonia (por los años de 1270). Á partir del siglo IX, los asirios viven en perpetuas expediciones, sometiendo ó devastando ya la Caldea, ya la Siria, la Palestina ó Egipto. Los vencidos se rebelan sin cesar y las matanzas empiezan de nuevo. Al fin los asirios agotan las fuerzas de su imperio, y entonces los medas y los babilonios se alían para destruirlo. Su capital, Nínive, « el antro de los leones, la ciudad sanguinaria, llena de rapiña », como la llaman los profetas judíos, fué tomada en 625 y destruída para no volver á levantarse. « Nínive ha perecido, dice el profeta Nahum, ¿ quién puede sentir compasión por ella. »

LOS BABILONIOS.

El segundo imperio caldeo. — En lugar del derrocado imperio asirio, se formó otro en la antigua Caldea. Los historiadores lo llaman babilónico ó segundo caldeo. Un profeta judío pone en boca del Eterno las siguientes palabras : « Voy á dar carta blanca á los caldeos, esta nación cruel y móvil, que recorre todos los países para apoderarse de las moradas de los demás. Sus caballos son más ligeros que los leopardos. Su caballería se difundirá por todas partes y sus jinetes volarán como el águila que cae sobre su presa. » Eran, en efecto, un pueblo de jinetes, belicosos y conquistadores, análogo á los asirios. Sometió la Susiana, la Mesopotania, la Siria, la Judea; pero su poderío, duró poco : el imperio babilónico, fundado en 625, fué destruído por los persas ochenta y siete años más tarde, en 538.

Rabilonia. — El más poderoso de sus reyes, Nabu-Kudurusur (Nabucodonosor) (604-561), el que destruyó Jerusalén y redujo á cautiverio los israelitas, hizo construir en Babilonia, su capital, varios templos y palacios. Estos monumentos eran de ladrillo sin cocer, pues la llanura del Eufrates no suministra piedra; así es que al venirse abajo no han dejado sino enormes montones de tierra y escombros. Sin embargo, ha sido posible descubrir algunas inscripciones en el sitio donde estuvo esa ciudad, y trazar el plano de ésta. El griego Herodoto, que estuvo en Babilonia (1) en el siglo V antes de J.C. la describe minuciosamente. Estaba rodeada por un recinto cuadrado, que el Eufrates dividía en dos partes,

(1) Herodoto, que no tenía noticia de Nabucodonosor, atribuye las maravillas de Babilonia á dos reinas, Nitocris y Semíramis.



Palacio asirio. (Reconstitución según la *Historia del arte* de Perrot.)

y ocupaba 513 kilómetros cuadrados es decir, siete veces la superficie de París. Este inmenso espacio no era todo casas, sino que había en él muchos campos cultivados, para alimentar á los habitantes en caso de sitio : Babilonia era más bien un campo atrincherado que una ciudad. Las murallas presentaban grueso suficiente para que pudiera andar por ellas un carro : estaban además provistas de torres y tenían cien puertas de bronce. Alrededor de ellas se extendía un foso ancho, profundo, siempre lleno de agua, con revestimientos de ladrillos en sus bordes. Las casas tenían tres ó cuatro pisos, las calles se cruzaban en ángulo recto. Lo más digno de admiración eran el puente y los muelles del Eufrates, el palacio fortificado y principalmente los *jardines suspendidos*, una de las « siete maravillas del mundo. » Eran alamedas plantadas de árboles, sostenidas por columnas y bóvedas, y superpuestas por pisos unas detrás de otras.

La torre de Babel. — Nabucodonosor quiso edificar al lado de su capital la torre de Babel. Este soberano dice en una inscripción : « Queriendo asombrar á los hombres, he rehecho y renovado la maravilla de Borsippa, el templo de las siete esferas del mundo, construyéndolo según debió ser en los tiempos antiguos. » Este templo, que tenía la forma de un cuadrado, se componía de siete torres, también cuadradas, que se iban alzando unas sobre otras; cada una de ellas estaba consagrada á un planeta y pintada del color que la religión atribuía á dicho astro. El orden era el siguiente, empezando por la torre inferior : Saturno (negro), Venus (blanco), Júpiter (purpurino), Mercurio (azul), Marte (bermejo), la Luna (plateado) y el Sol (dorado). En el piso ó torre más elevada había una capilla con una mesa

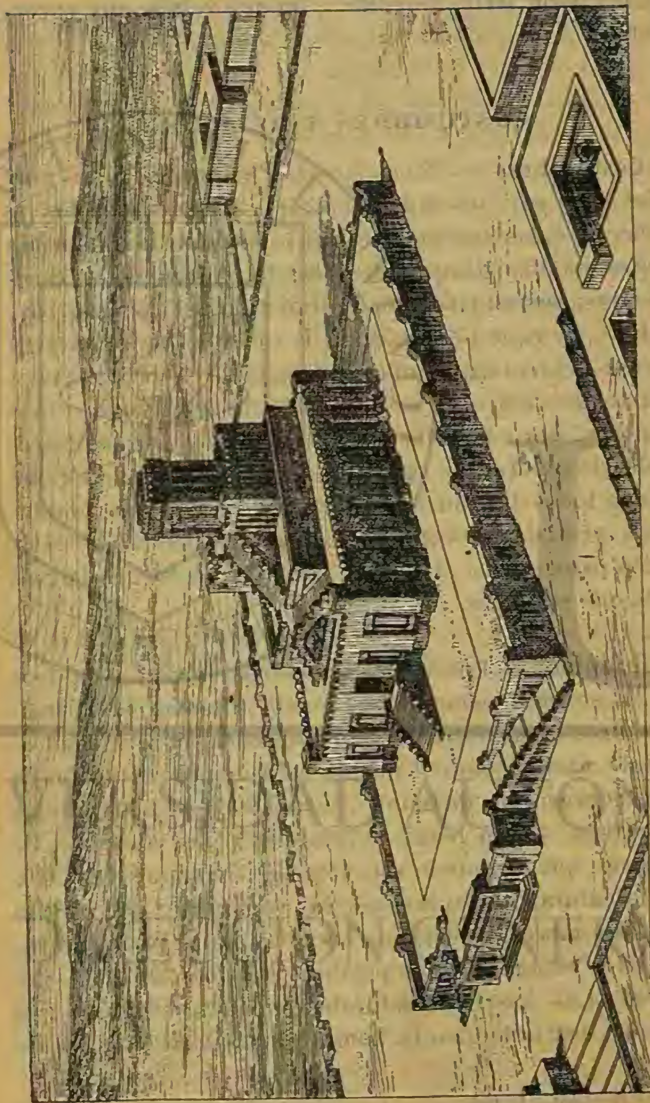
de oro y un lecho magnífico, en que velaba una sacerdotisa.

COSTUMBRES Y RELIGIÓN.

Costumbres. — No conocemos los mencionados pueblos sino por sus monumentos, y casi todos éstos se refieren á las acciones de sus reyes. Los asirios están representados siempre guerreando, cazando ó en ceremonias; sus mujeres no figuran nunca en ningún bajo relieve, porque permanecían encerradas en el harén y no se presentaban nunca en público. — Por el contrario, los caldeos eran un pueblo de labradores y mercaderes, pero no sabemos nada sobre su vida. Herodoto (1) refiere que reunían una vez al año en sus ciudades todas las muchachas casaderas; las más bonitas eran vendidas y con ese dinero dotaban á las feas. « Me parece, dice el ilustre griego, que ésta es la más sabia de sus leyes. »

Religión. — Los asirios adoptaron la de los caldeos y, en consecuencia, ambos pueblos tenían la misma. Nosotros la encontramos muy obscura, porque seguramente nació, como el pueblo caldeo, por la fusión de varias creencias distintas é inconciliables. Los turanios pensaban, según hacen todavía las tribus amarillas de Siberia, que el mundo está lleno de demonios (la peste, la calentura, los fantasmas, los vampiros), que rodean á los hombres procurando hacerles daño; para librarse de ellos recurrían á las palabras mágicas de los hechiceros. Los kuschitas adoraban un par de dioses : el macho era la fuerza, la hembra la materia. Los sacer-

(1) Herodoto, I, 196.



Templo caldeo. (Reconstitución hecha por M. Chipiez, inserta en la *Historia del arte* de Perrot.)

dotes caldeos, que constituían una agremiación poderosa, fundieron en una sola las dos creencias.

Los dioses. — El dios supremo se llamaba Ilú en Babilonia y Asur en Asiria; no tenía templo. De él proceden otros tres: Anú, « señor de las tinieblas », bajo la forma de un hombre con cola de águila y cubierta la cabeza con una de pescado; Bel, « soberano de los espíritus », representado como un rey en su trono; y Nuah, « señor del mundo visible », bajo la forma de un genio provisto de cuatro alas desplegadas. Cada uno de ellos tiene una diosa hembra que simboliza la fecundidad. Después y por debajo vienen la Luna, el Sol y los cinco planetas, pues en el transparente cielo de Caldea, los astros resplandecen como divinidades. Así es que los habitantes les elevaban templos, verdaderos observatorios en que el hombre que los adora puede seguir sus movimientos.

Astrologia. — Los sacerdotes creían que, siendo esos astros dioses poderosos, ejercían acción considerable en la vida de los hombres. Todo el que nace viene al mundo bajo la influencia de un planeta y ese momento decide su destino: si se sabe bajo qué astro nació, puede profetizarse su porvenir. Hé ahí el origen del *horóscopo*. — Lo que pasa en el cielo es signo de lo que ocurrirá en la tierra: así, pongamos por ejemplo, un cometa anuncia una revolución. Los sacerdotes caldeos pensaban que observando el cielo podían predecir los acontecimientos: tal es el origen de la *astrologia*.

Hechiceria. — Los caldeos poseían también palabras mágicas, que pronunciaban, ya para alejar á los espíritus, ya para evocarlos. Esta práctica, resto de la

religión turania, es el origen de la *hechicería*, que con la astrología pasó de Caldea al Imperio romano y más adelante á las naciones modernas. En las fórmulas cabalísticas del siglo XVI es fácil distinguir palabras asirias corrompidas (1).

Ciencias. — En cambio, la astronomía tuvo allí su principio. De Caldea nos han venido el zodíaco, la semana de los siete días en honra de los siete planetas, la división del año en doce meses, del día en veinticuatro horas, de la hora en sesenta minutos, del minuto en sesenta segundos, y también el sistema de pesos y medidas fundado en la unidad de longitud que todos los pueblos antiguos adoptaron.

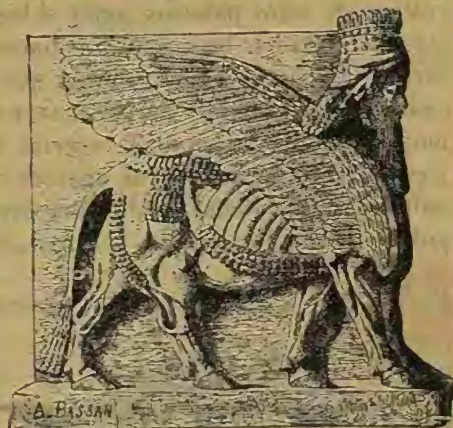
ARTES.

Arquitectura. — No conocemos directamente el arte de los caldeos, puesto que sus monumentos se han desplomado; pero los artistas asirios, cuyas obras poseemos, imitaron á los primeros; es, por tanto, lícito juzgar al mismo tiempo el arte de ambas regiones. — Estos pueblos edificaban con ladrillos sin cocer secos al sol; pero revestían exteriormente con piedra.

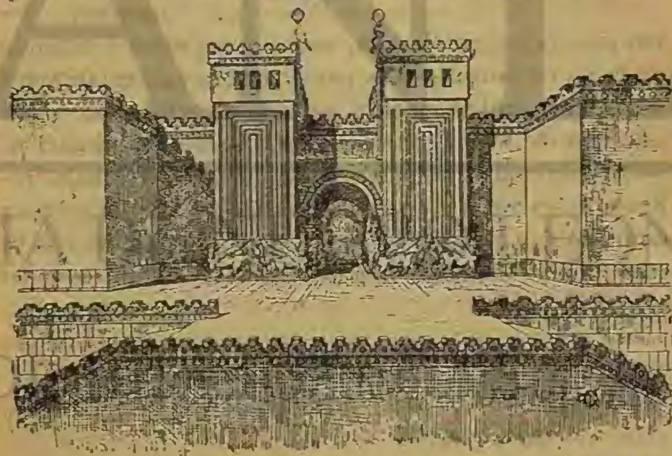
Los palacios. — Construían los palacios (2) en eminencias artificiales, haciéndolos bajos y planos, como grandes azoteas. El ladrillo crudo no se presta á bóvedas anchas ó elevadas, por lo cual las salas tenían que ser estrechas y bajas; este inconveniente se compensaba construyéndolas muy largas. Así es que un pala-

(1) Tal es *hilka, hilka, bescha, bescha*: vete, vete, malo, malo.
(2) Los templos eran pirámides de pisos, análogas á la torre de Borsippa.

cio asirio parecía una serie de galerías. Los techos eran terrados planos provistos de almenas; en sus puertas ponían enormes toros alados de figura humana. Las paredes estaban revestidas interiormente, ya de artesonados hechos con maderas olorosas, ya de ladrillos esmaltados ó de placas de alabastro esculpido. Las habitaciones solían



Toro alado de Khorsabad.


Fachada de un palacio asirio. (Reconstitución según la *Historia del arte* de Perrot.)

estar pintadas y hasta había muebles llenos de suntuosas incrustaciones.

Escultura. — Lo más digno de admiración es la escultura de estos palacios, pues si bien las estatuas son escasas y bastas, los escultores hacían en grandes placas de alabastro bajos relieves que eran verdaderos cuadros. En general, las escenas que representan son muy complicadas, batallas, cacerías, sitios de ciudades, y ceremonias en que el rey aparece rodeado por magnífico séquito. Nada puede compararse con la escrupulosidad de los detalles; vense allí largas filas de criados que llevan la comida del rey, bandas de obreros ocupados en construir su palacio, jardines, campos, estanques, peces en el agua, aves en sus nidos ó volando de rama en rama. — Los personajes se presentan todos de perfil, probablemente porque el artista no sabía hacerlos de frente; pero tienen nobleza y animación. — Los animales abundan, sobre todo en los bajo relieves de cacerías; en general están hechos de manera admirable. Los asirios observaban la naturaleza y la reproducían fielmente; en esto consiste el mérito de su arte.


León herido. Leona herida.

Los griegos se formaron en esa escuela, imitando sus bajos relieves; y aunque los superaron, puede afirmarse que en la representación de animales el arte asirio no tiene rival.

III. — LOS FENICIOS.

LENORMAND, *Historia antigua*, — MASPERO, *Historia antigua.* — VAN DEN BERG, *Pequeña historia antigua.* — RENÁN, *Misión de Fenicia.* — HEEREN, *Política y comercio de los pueblos de la antigüedad.* — MOVERS, *Los fenicios.*

TIRO Y CARTAGO.

El país. — La Fenicia es la estrecha banda de tierra, de 50 leguas de largo, de 8 á 10 de ancho, comprendida entre el mar de Siria y la elevada cordillera del Líbano. Compónese de una serie de valles estrechos y de cañadas contenidas entre colinas abruptas que se dirigen hacia el mar; esos valles y cañadas son recorridos hasta fines de la primavera por torrentes que las nieves ó los huracanes producen; pero en verano no queda agua sino en los pozos y las cisternas. En otro tiempo las montañas de esa región estaban cubiertas de árboles; en lo alto los famosos cedros del Líbano, en las vertientes pinos y cipreses, más abajo las palmeras hasta las orillas del mar. En los valles se daban el olivo, la vid, la higuera y el granado.

Las ciudades. — Á lo largo de esa costa rocallosa, de trecho en trecho, hay promontorios ó islas que forman puertos naturales. En ellos fundaron los fenicios sus ciudades; Tiro y Arad estaban edificadas en dos islotes; así es que los habitantes tenían que vivir en casas de 6, 7 y 8 pisos. El agua dulce era transportada en barcas. Las restantes poblaciones, Gebel, Berite y Sidón estaban en el continente. El propio suelo no bastaba para alimentar ese semillero de hombres; los fenicios tuvieron que buscar recursos en la navegación y el comercio.

Escultura. — Lo más digno de admiración es la escultura de estos palacios, pues si bien las estatuas son escasas y bastas, los escultores hacían en grandes placas de alabastro bajos relieves que eran verdaderos cuadros. En general, las escenas que representan son muy complicadas, batallas, cacerías, sitios de ciudades, y ceremonias en que el rey aparece rodeado por magnífico séquito. Nada puede compararse con la escrupulosidad de los detalles; vense allí largas filas de criados que llevan la comida del rey, bandas de obreros ocupados en construir su palacio, jardines, campos, estanques, peces en el agua, aves en sus nidos ó volando de rama en rama. — Los personajes se presentan todos de perfil, probablemente porque el artista no sabía hacerlos de frente; pero tienen nobleza y animación. — Los animales abundan, sobre todo en los bajo relieves de cacerías; en general están hechos de manera admirable. Los asirios observaban la naturaleza y la reproducían fielmente; en esto consiste el mérito de su arte.


León herido. Leona herida.

Los griegos se formaron en esa escuela, imitando sus bajos relieves; y aunque los superaron, puede afirmarse que en la representación de animales el arte asirio no tiene rival.

III. — LOS FENICIOS.

Lenormand, *Historia antigua*, — Maspero, *Historia antigua*. — Van den Berg, *Pequeña historia antigua*. — Renán, *Misión de Fenicia*. — Heeren, *Política y comercio de los pueblos de la antigüedad*. — Movers, *Los fenicios*.

TIRO Y CARTAGO.

El país. — La Fenicia es la estrecha banda de tierra, de 50 leguas de largo, de 8 á 10 de ancho, comprendida entre el mar de Siria y la elevada cordillera del Líbano. Compónese de una serie de valles estrechos y de cañadas contenidas entre colinas abruptas que se dirigen hacia el mar; esos valles y cañadas son recorridos hasta fines de la primavera por torrentes que las nieves ó los huracanes producen; pero en verano no queda agua sino en los pozos y las cisternas. En otro tiempo las montañas de esa región estaban cubiertas de árboles; en lo alto los famosos cedros del Líbano, en las vertientes pinos y cipreses, más abajo las palmeras hasta las orillas del mar. En los valles se daban el olivo, la vid, la higuera y el granado.

Las ciudades. — A lo largo de esa costa rocallosa, de trecho en trecho, hay promontorios ó islas que forman puertos naturales. En ellos fundaron los fenicios sus ciudades; Tiro y Arad estaban edificadas en dos islotes; así es que los habitantes tenían que vivir en casas de 6, 7 y 8 pisos. El agua dulce era transportada en barcas. Las restantes poblaciones, Gebel, Berite y Sidón estaban en el continente. El propio suelo no bastaba para alimentar ese semillero de hombres; los fenicios tuvieron que buscar recursos en la navegación y el comercio.

Ruinas fenicias. — Ningún libro de este pueblo se ha conservado, ni siquiera los religiosos. Sus ruinas han sido visitadas; pero como dice el profesor que dirigió las excavaciones, « las ruinas se conservan sobre todo en los paises donde no se ocupan de ellas », y los sirios han hecho precisamente lo contrario, abriendo las tumbas para apoderarse de las alhajas de los muertos, demoliendo los edificios para aprovechar sus materiales, y rompiendo las esculturas pues los musulmanes las odian (1). Sólo se encuentran á estas horas trozos de mármol en fragmentos, cisternas y lagares abiertos en la roca, y algunos sarcófagos de piedra. Estos restos son poco instructivos y lo único' que sabemos de los fenicios es lo que refieren los escritores griegos y los profetas judios.

Organización de los fenicios. — Este país no formaba un imperio, sino que cada ciudad tenía su pequeño territorio independiente, sus asambleas, su rey, y se gobernaba á sí misma. Cuando había asuntos generales que discutir se reunían delegados en la población principal; desde el siglo XIII estas juntas se celebraron en Tiro. Los fenicios no eran un pueblo militar; así fue que se sometieron á todos los conquistadores, egipcios, asirios, babilonios, persas. Con pagar tributo salían del paso.

Tiro. — Tiro fué desde el siglo XIII la más importante de estas ciudades; el islote no pudo contener más casas y entonces se construyó frente á él una población nueva. Los mercaderes de Tiro fundaron colonias en todo el Mediterráneo. La plata de las minas de España y los productos de todo el mundo antiguo iban á parar á sus manos. El profeta Isaía los llama príncipes; Ezequiel describe las caravanas que les llegaban de todas partes. Un rey de Tiro, Hiram, fué quien proporcionó á Salomón los obreros que edificaron el palacio y el templo de Jerusalén.

(1) Hé aquí un ejemplo de esta aversión por las figuras. « En Trípoli vi un sarcófago que servia de fuente pública, y cuya parte anterior esculpida estaba vuelta á la pared. Me dijeron que un gobernador lo había mandado colocar así, para que no se distrajesen los habitantes. » (Renan, *Misión de Fenicia*, p. 818.)

Cartago. — Una colonia de Tiro llegó á ser más poderosa que su metrópoli. Unos tirios expulsados de su ciudad en el siglo IX por una revolución, fundaron en la costa de África, cerca de Túnez, la ciudad de Cartago. Una mujer, Elisar, á quien nosotros llamamos Dido (la fugitiva) los guiaba. Los habitantes del país no quisieron venderle según la leyenda sino el espacio que podría cubrir una piel de buey; pero ella la cortó en tiras muy delgadas, abarcando así gran extensión, en que edificó la ciudadela. Su situación en el centro del Mediterráneo, y sus dos puertos, ayudaron mucho á la prosperidad de Cartago, que no tarda en enviar colonias, en realizar conquistas y en ser dueña de la costa de África, de España y de Cerdeña. La nueva ciudad tenía en todas partes factorías para su comercio y vasallos que le pagaban tributo.

Ejército cartaginés. — Para proteger esas factorías y contener á sus vasallos, siempre dispuestos á rebelarse, se necesitaba un buen ejército, y como la vida de un cartaginés era demasiado preciosa pora arriesgarla sin necesidad, la ciudad prefería pagar soldados mercenarios, que reclutaba entre los bárbaros de su imperio y los aventureros del mundo. Esa fuerza era una abigarrada multitud, en que se hablaban todas las len-

guas, se practicaban todos los cultos y en que cada soldado usaba traje y armas diferentes. Había en ella númidas vestidos con una piel de león que les servía de cama, montados en pelo en caballos rápidos, y que tiraban el arco á la carrera; libios de negro cutis provistos de picas; iberos españoles con trajes blancos adornados de rojo y que usaban una larga y puntiaguda lanza; galos desnudos hasta la cintura, con enormes escudos y una espada redonda que cogían con ambas manos; baleares acostumbrados desde la infancia á lanzar con la honda piedras ó balas de plomo. Los generales eran cartagineses; el gobierno desconfiaba de ellos, los vigilaba atentamente y si eran vencidos, los mandaba crucificar.

Los cartagineses. — En Cartago había dos reyes; pero el verdadero soberano era el senado, compuesto por los mercaderes más ricos de la ciudad. Así es que para este gobierno toda cuestión revestía carácter mercantil. Los cartagineses eran universalmente detestados; se les consideraba crueles, rapaces y pérfidos. Sin embargo, como tenían buenos barcos, dinero con que comprar soldados y un gobierno enérgico, lograron mantener su imperio sobre los pueblos bárbaros y divididos de la cuenca occidental del Mediterráneo durante tres siglos (desde el VI al III).

La religión fenicia. — Fenicios y cartagineses tenían religión análoga á la de los caldeos. El Dios macho (Baal) (1) es un dios sol; el dios hembra (Baaleth) es un dios luna; pues los fenicios consideraban estos astros como las grandes fuerzas que crean y destruyen. Cada ciudad

(1) En Caldea lo llamaban Bel.

tiene su pareja divina; en Sidón, Baal-Sidón (el sol) y Astoreth (la luna); en Gebel, Baal Tammuz y Baaleth; en Cartago, Baal-Hamón y Tanith. Pero el mismo dios cambia de nombre según se le considera como creador ó como destructor; así, Baal es adorado en cartago como destructor con el nombre de Moloch. — Estos dioses, representados por ídolos, tienen templos, altares y sacerdotes. En cuanto son creadores, se les honra con orgías y ruidosas fiestas; y con sacrificios humanos si se les considera como destructores. Astoreth, la gran diosa de Sidón, que representan con una media luna y una paloma, tenía en los bosques sagrados sus templos. Baal Moch era en Cartago un coloso de bronce con los brazos extendidos y caídos. Para calmar su ira colocaban en sus manos niños vivos que caían inmediatamente en un abismo de fuego. Durante el sitio de la ciudad por Agatocle, los próceres sacrificaron doscientos hijos suyos á Moloch.

Esta sensual y sanguinaria doctrina llenaba de horror á los demás pueblos, que sin embargo la imitaban: los judíos hacían sacrificios á Baal en las montañas, los griegos adoraban á Astarté y Sidón con el nombre de Afrodita y á Baal Melkhart de Tiro con el de Heracles (1).

EL COMERCIO FENICIO.

Ocupaciones de los fenicios. — Como su territorio era insuficiente, los fenicios tenían que buscar recursos en el comercio. Ni los demás pueblos de Oriente, egipcios, caldeos, asirios, ni las tribus bárbaras de Occidente (españoles, galos, italianos) tenían marina. Los fenicios eran los únicos que en aquel tiempo se atrevían á nave-

(1) Venus y Hércules.

gar. Fueron, pues, los comisionistas del mundo antiguo: iban á comprar sus mercancías á cada pueblo, y en cambio le vendían las de otros países. Este tráfico se efectuaba por tierra con Oriente y por mar con Occidente.

Las caravanas. — Las caravanas terrestres seguían tres distintas direcciones :

1ª. La de Arabia, de donde volvían con oro, ágata y ónix, incienso, mirra y perfumes de dicha región; y con perlas, especias, marfil, ébano, plumas de avestruz y monos de la India;

2ª. La de Asiria, á donde iban en busca de telas de algodón y de hilo, de asfalto, piedras preciosas, aguas de olor y seda de China;

3ª. La del mar Negro, en busca de caballos, esclavos y de vasos de cobre fabricados por los montañeses del Cáucaso.

La marina. — Para navegar construían con los grandes cedros del Líbano barcas de remo y velas. No necesitaban seguir las costas, pues sabían guiarse en alta mar mirando la estrella polar que les indicaba el Norte. Eran audaces marinos que se lanzaban en sus pequeñas embarcaciones hasta la extremidad de Mediterráneo, y aun se atrevían á pasar el estrecho de Gibraltar ó como decían los antiguos, las *columnas de Hércules* (1), y penetraban Océano adentro hasta las costas de Inglaterra y quizás las de Noruega. Varios fenicios al servicio de un rey de Egipto partieron en el siglo VII del Mediterráneo para dar la vuelta al África, y

(1) Estas columnas, levantadas según la tradición por Hércules, son sin duda resto del culto fenicio. Hércules no es sino Melkhart, dios de Tiro.

según parece, volvieron al cabo de tres años por el mar Rojo. Una expedición cartaginesa siguió la costa hasta el golfo de Guinea; su comandante Hannón escribió una relación de ese viaje.

Las mercancías. — Los fenicios compraban á los pueblos civilizados los productos de su industria; entre los bárbaros iban á buscar lo que no hallaban en Oriente. En las costas de Grecia recogían unos mariscos de que sacaban el color rojo llamado púrpura, que servía en la antigüedad para teñir los trajes de los reyes y de los grandes señores. En España y Cerdeña recogían la plata que los habitantes sacaban de las minas. Como necesitaban estaño para hacer bronce, aleación de dicho metal y de cobre, y como en Oriente no lo había, fueron á buscarlo hasta las costas de Inglaterra, en las *islas del estaño* (Casitérides). Además, recogían esclavos en todas partes, ya comprándolos, como hacían los negreros hasta nuestros mismos días en las costas de África, ya desembarcando de pronto en un punto y apoderándose de las mujeres y de los niños. Luego los llevaban á sus ciudades, ó los vendían á otros pueblos, pues entonces todos poseían esclavos. Si la ocasión era propicia, pirateaban y despojaban á los demás de sus bienes sin ningun escrúpulo.

Secreto observado por los fenicios. — Este pueblo evitaba cuidadosamente que los demás le hicieran competencia. Así es que al volver de sus expediciones no decían nada sobre su ruta. Nadie sabía en la antigüedad dónde estaban las famosas *Islas Casitérides* de donde sacaban el estaño. Un bajel griego descubrió por casualidad la España, que los fenicios conocían y explotaban hacía ya siglos. Cartago mandaba ahogar los merca-

deres extranjeros que encontraba por los parajes de Cerdeña ó de Gibraltar. Una vez que un barco cartaginés notó que otro extranjero lo seguía, su piloto lo hizo varar á fin de que éste no viera á dónde iba.

Colonias. — Los fenicios fundaron en los países con que traficaban factorías que eran fortalezas edificadas á orillas del mar en un puerto natural. Allí desembarcaban sus mercaderías, que eran generalmente telas, loza, alhajas é ídolos (1); los indígenas acudían con sus artículos y efectuaban el cambio, según se practica todavía en la costa de África entre europeos y negros. Hubo mercados de esta clase en Chipre (2), en Egipto y en todos los países entonces bárbaros del Mediterráneo, en Creta, Grecia, Sicilia, en África, en Malta, en Cerdeña, las costas de España (Málaga, Cádiz) y quizás en Galia (Mónaco). Á menudo ocurría que los indígenas edificaban sus cabañas en torno de los edificios y el mercado se convertía en una ciudad. Los habitantes adoptaron los dioses fenicios, y aun después que la ciudad había pasado á ser griega, seguía adorándose en ella la diosa de la paloma (como en Citerea), el dios Melkhart (como en Corinto) ó el dios de cara de toro que devora víctimas humanas (como en Creta).

Influencia de los fenicios. — Es seguro que los fenicios no pensaban al fundar sus factorías más que en su negocio; pero con todo, sus colonias prestaron gran servicio á la civilización. Los bárbaros de Occidente recibían las telas, joyas y utensilios de los pueblos más adelantados de Oriente y aprendían á imitarlos. Por

(1) Estos ídolos se encuentran en todos los países en que los fenicios comerciaban; constituían uno de las principales artículos de exportación.

(2) El cobre ha recibido el nombre de esta isla, *Cuprium*, hoy Chipre.

ALFABETOS

EGIPCIO, FENICIO.	GRIEGO.	LATINO.
	Α alpha	A
	Β bêta	B
	Γ gamma	G y C
	Δ delta	D
	Ε epsilon	E
	Υ upsilon	U
	Ζ zêta	Z
	Η êta	H
	Θ thêta	
	Ι iota	I
	Κ kappa	K
	Λ lambda	L
	Μ mu	M
	Ν nu	N
	Σ sigma	S
	Ο omicron Ω oméga	O
	Π pi	P
	Φ phi	F
	Χ chi	Q
	Ρ rho	R
	Τ tau	T
	Ξ i	
	Ψ psi	

mucho tiempo no tuvieron los griegos sino vasos, alhajas é ídolos de origen fenicio, y estos objetos les sirvieron de modelos. Los fenicios transportaban de Egipto y de Asiria las mercancías y la industria al mismo tiempo.

El alfabeto. — Al mismo tiempo propagaban su *alfabeto*. Es indudable que los fenicios no inventaron la escritura; los egipcios la conocían desde siglos atrás, y hasta se servían de letras como las nuestras que expresaban cada una un solo sonido; pero usaban además signos antiguos que representaban ya una sílaba, ya una palabra entera. Los fenicios necesitaban un sistema más sencillo, probablemente para sus libros de comercio. Así fué que rechazaron los signos *silábicos* é *ideográficos*, no conservando sino 22 letras, cada una de las cuales indica un sonido (ó mejor dicho, una articulación de la lengua). Los restantes pueblos imitaron ese alfabeto; unos, como los judíos, siguieron escribiendo de derecha á izquierda, á la manera fenicia; otros, como los griegos, de izquierda á derecha. Todos han modificado algo las letras; pero la escritura fenicia se encuentra en el fondo de esos alfabetos todos: judío, licio, griego, itálico, etrusco, ibérico, y quizás hasta en el *rúnico* de los noruegos. Ese pueblo de mercaderes enseñó á escribir al mundo.

IV. — LOS JUDÍOS.

La Biblia. — LENORMAND, *Historia antigua.* — MASPERO, *Historia antigua.* — VAN DEN BERG, *Pequeña historia antigua.* — LUIS MENARD, *Historia de los pueblos antiguos.* — MUNK, *La Palestina.*

LOS HEBREOS.

La Biblia. — Los judíos reunieron todos sus libros santos en un solo cuerpo que recibe un nombre griego,

la *Biblia*, es decir, el *Libro*. Este es el libro por excelencia, sagrado para los judíos y que ha llegado á serlo también para los cristianos (1). La Biblia es al mismo tiempo la historia (2) de la nación. Cuanto se sabe sobre el pueblo del Señor, lo debemos á esos libros.

Los hebreos. — Cuando los semitas bajaron de las montañas de Armenia á las llanuras del Eufrates, una de sus tribus se inclinó hacia el este, en tiempos del primer imperio caldeo, atravesó el Eufrates y el desierto, después la Siria, y llegó finalmente al país del Jordán, detrás de Fenicia. Esta tribu era llamada de los *Hebreos*, nombre que significa gentes de allende el río. Eran, como la mayor parte de los semitas, pastores nómadas, que no cultivaban la tierra ni tenían casas, sino que iban de un punto á otro con sus ganados de bueyes, carneros y camellos, buscando pastos y viviendo en tiendas, según hacen todavía los árabes del desierto. En el Génesis se puede ver la pintura de esta vida nómada.

Los patriarcas. — La tribu era una gran familia, compuesta del jefe, de sus mujeres, hijos y servidores. El primero ejercía autoridad absoluta y era al mismo tiempo padre, sacerdote, juez y rey. Esos jefes de tribus han recibido el nombre de *patriarcas*. Los principales fueron Abrahán y Jacob, uno padre de los hebreos y otro de los israelitas. La Biblia representa á ambos como hombres designados por Dios para llegar á ser

(1) Los cristianos le han añadido los Evangelios, las Actas de los Apostoles, las Epístolas y la Revelación de San Juan, que forman el *Nuevo Testamento*.

(2) Los libros que contienen esta historia son el Génesis, el Éxodo, Josué, los Jueces, Samuel, los Reyes, las Crónicas, Esdras, Nehemias, y los Macabeos.

mucho tiempo no tuvieron los griegos sino vasos, alhajas é ídolos de origen fenicio, y estos objetos les sirvieron de modelos. Los fenicios transportaban de Egipto y de Asiria las mercancías y la industria al mismo tiempo.

El alfabeto. — Al mismo tiempo propagaban su *alfabeto*. Es indudable que los fenicios no inventaron la escritura; los egipcios la conocían desde siglos atrás, y hasta se servían de letras como las nuestras que expresaban cada una un solo sonido; pero usaban además signos antiguos que representaban ya una sílaba, ya una palabra entera. Los fenicios necesitaban un sistema más sencillo, probablemente para sus libros de comercio. Así fué que rechazaron los signos *silábicos* é *ideográficos*, no conservando sino 22 letras, cada una de las cuales indica un sonido (ó mejor dicho, una articulación de la lengua). Los restantes pueblos imitaron ese alfabeto; unos, como los judíos, siguieron escribiendo de derecha á izquierda, á la manera fenicia; otros, como los griegos, de izquierda á derecha. Todos han modificado algo las letras; pero la escritura fenicia se encuentra en el fondo de esos alfabetos todos: judío, licio, griego, itálico, etrusco, ibérico, y quizás hasta en el *rúnico* de los noruegos. Ese pueblo de mercaderes enseñó á escribir al mundo.

IV. — LOS JUDÍOS.

La Biblia. — LENORMAND, *Historia antigua*. — MASPERO, *Historia antigua*. — VAN DEN BERG, *Pequeña historia antigua*. — LUIS MENARD, *Historia de los pueblos antiguos*. — MUNK, *La Palestina*.

LOS HEBREOS.

La Biblia. — Los judíos reunieron todos sus libros santos en un solo cuerpo que recibe un nombre griego, la *Biblia*, es decir, el *Libro*. Este es el libro por excelencia, sagrado para los judíos y que ha llegado á serlo también para los cristianos (1). La Biblia es al mismo tiempo la historia (2) de la nación. Cuanto se sabe sobre el pueblo del Señor, lo debemos á esos libros.

Los hebreos. — Cuando los semitas bajaron de las montañas de Armenia á las llanuras del Eufrates, una de sus tribus se inclinó hacia el este, en tiempos del primer imperio caldeo, atravesó el Eufrates y el desierto, después la Siria, y llegó finalmente al país del Jordán, detrás de Fenicia. Esta tribu era llamada de los *Hebreos*, nombre que significa gentes de allende el río. Eran, como la mayor parte de los semitas, pastores nómadas, que no cultivaban la tierra ni tenían casas, sino que iban de un punto á otro con sus ganados de bueyes, carneros y camellos, buscando pastos y viviendo en tiendas, según hacen todavía los árabes del desierto. En el Génesis se puede ver la pintura de esta vida nómada.

Los patriarcas. — La tribu era una gran familia, compuesta del jefe, de sus mujeres, hijos y servidores. El primero ejercía autoridad absoluta y era al mismo tiempo padre, sacerdote, juez y rey. Esos jefes de tribus han recibido el nombre de *patriarcas*. Los principales fueron Abrahán y Jacob, uno padre de los hebreos y otro de los israelitas. La Biblia representa á ambos como hombres designados por Dios para llegar á ser

(1) Los cristianos le han añadido los Evangelios, las Actas de los Apóstoles, las Epístolas y la Revelación de San Juan, que forman el *Nuevo Testamento*.

(2) Los libros que contienen esta historia son el Génesis, el Éxodo, Josué, los Jueces, Samuel, los Reyes, las Crónicas, Esdras, Nehemías, y los Macabeos.

tronco de un pueblo sagrado. Abrahán celebra alianza con Dios y promete obedecerle, tanto él como sus hijos. Dios promete al patriarca posteridad más numerosa que las estrellas del cielo. Por su parte, Jacob recibe de Dios la promesa de que será origen de una gran nación.

Los israelitas. — Una visión que Jacob tuvo le hizo adoptar el nombre de *Israel* (que lucha contra Dios). Su tribu se llamó de los Beni-Israel (hijos de Israel) ó israelitas. La Biblia refiere que Jacob, acosado por el hambre, dejó el país del Jordán para establecerse con todos los suyos en la frontera oriental de Egipto, á donde le llamaba uno de sus hijos, que había llegado á ser ministro de un Faraón. Allí permanecieron varios siglos los hijos de Israel, multiplicándose de tal modo, según la Biblia, que de 70 que eran al llegar, subieron á 600.000 hombres, sin contar las mujeres y los niños.

Vocación de Moisés. — El rey de Egipto empezó á oprimirlos, haciéndoles fabricar mortero y ladrillos destinados á construir plazas fuertes. Entonces fué cuando uno de ellos, Moisés, recibió de Dios la misión de libertarlos. Un día que estaba guardando su ganado en la montaña, se le apareció un ángel en medio de una zarza ardiente y oyó estas palabras : « Soy el Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob. He visto la aflicción de mi pueblo, que está en Egipto, he oído sus voces contra los que lo oprimen y he sabido sus sufrimientos. Así es que he venido para librarlos de manos de egipcios y llevarlos al país en que manan la leche y la miel, á la región de los cananeos. Ven y te enviaré á dar con Faraón y sacarás de Egipto *á los hijos de Israel, mi pueblo* (1). » Los israelitas huyeron de esa nación al

(1) Éxodo, III, 1-10.

mando de Moisés. Esto es lo que se llama el *Éxodo* (la salida); pasaron por la falda del monte Sinaí, en que recibieron la ley de Dios, y durante una generación entera vagaron por los desiertos situados al sur de Siria.

Israel en el desierto. — Los fugitivos quisieron volver atrás varias veces. « Nos acordamos, decían, de los peces, de los pepinos, melones, puerros y cebollas que comíamos en Egipto. Nombremos un jefe que nos conduzca allá de nuevo. » Sin embargo, Moisés los mantuvo sumisos, y al fin llegaron á la *tierra prometida* por Dios á su raza.

La tierra de promisión. — Se llamaba tierra de Canaán ó Palestina; los judíos le dieron el nombre de *tierra de Israel* y más tarde el de Judea; los cristianos el de tierra santa. Es una región seca, ardiente en verano, pero montañosa. La Biblia la describe en los siguientes términos : « El Eterno tu Dios te lleva á un buen país, lleno de torrentes, de manantiales subterráneos que salen á la luz en el valle y en la altura; país de trigo, de cebada, de vides, de higueras, de granados; país de olivos, de aceite y de miel, donde comerás tu pan sin temer el hambre y donde no te faltará nada. » Según el censo que entonces hicieron, los israelitas eran 601.700 hombres en estado de usar armas, divididos en 12 tribus, 10 que descendían de Jacob y 2 de José, sin contar los sacerdotes ó levitas, que subían á 23.000. El país estaba ocupado por varios grupos de habitantes llamados cananeos. Los israelitas los exterminaron y acabaron por reemplazarlos.

LA RELIGIÓN DE ISRAEL.

El Dios único. — Los demás pueblos antiguos adoraban dioses múltiples : los israelitas creen en un solo Dios, inmaterial, que ha hecho y que gobierna el mundo. « En el principio, dice el Génesis, creó Dios el cielo y la tierra. » Hizo las plantas y los animales y « formó el hombre á su imagen ». Así pues, todos los hombres son obra de Dios.

El pueblo de Dios. — Pero entre ellos, Dios eligió á los hijos de Israel como « su pueblo ». Llamó á Abrahán y le dijo : « Haré alianza contigo y con tus hijos, para ser tu Dios y el de tu posteridad. » Se apareció á Jacob : « Soy, le dijo, el Dios fuerte, el Dios de tu padre; no temas ir á Egipto, allí te convertiré en una gran nación. » Cuando Moisés le pregunta su nombre, contesta : « Dirás á los hijos de Israel : el Eterno, el Dios de vuestros padres, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob me envía á vosotros. Hé ahí mi nombre para siempre. »

La alianza. — Entre los israelitas y Dios hay, pues, alianza. *Jehová* (el Eterno) ama y protege á esa raza, que constituye « una nación santa », « su joya más preciosa entre todos los pueblos. » Les promete hacerlos poderosos y felices; y en cambio, los israelitas se comprometen á adorarlo, á servirle y obedecerle, como « á legislador, juez y dueño. »

Los diez mandamientos. — El Eterno, legislador de los israelitas, dicta sus mandamientos á Moisés en el monte Sinaí, en medio de relámpagos y truenos. Esos preceptos están inscritos en las dos *Tablas de la ley* y

dicen : « Oye, Israel soy Jehová (1), tu Dios, que te ha sacado de Egipto, de la tierra de servidumbre.

» I. No tendrás más Dios que yo.

» II. No adorarás ídolo alguno, no te prosternarás ante ellos, y no les servirás, pues soy el Eterno tu Dios, un Dios fuerte y celoso.

» III. No jurarás el nombre de Jehová, tu Dios, en vano.

» IV. Recuerda el día del descanso para santificarlo. Trabajarás seis días; pero el séptimo es el de Jehová tu Dios, y en él no harás obra alguna.

» V. Honra á tu padre y á tu madre.

» VI. No matarás.

» VII. No cometerás adulterio.

» VIII. No hurtarás.

» IX. No prestarás falso testimonio contra tu prójimo.

» X. No desearás la casa de tu prójimo, ni su mujer, ni su servidor, ni su criada, ni su buey, ni su asno, ni nada que sea suyo. »

La ley. — Además de esos diez mandamientos, los israelitas debían cumplir otras muchas órdenes divinas, que están consignadas en los cinco primeros libros de la Biblia (el Pentateuco) y que forman *la ley* de Israel. Ésta determina las ceremonias del culto, las fiestas (el sábado cada siete días, la Pascua en recuerdo de la salida de Egipto, la semana de las mieses, la fiesta de los Tabernáculos durante las vendimias) : organiza el matrimonio, la familia, la propiedad, el gobierno; enuncia los crímenes y las penas; y hasta indica los alimentos y las medicinas. Es al mismo tiempo un código religioso, político, civil y penal. Dios es el señor y dueño de

(1) La costumbre ha hecho adoptar esta forma; pero la correcta es. Iaveh.

los israelitas, y como tal, tiene derecho á reglamentar los actos todos de su vida.

La religión ha formado el pueblo judío. — Los israelitas no aceptaron dócilmente el gobierno de Dios. Moisés pudo decir á los levitas cuando les entregó, ya en su lecho de muerte, el libro de la ley (1): « Tomad este libro, á fin de que sea como un testimonio contra ti, Israel, pues sé hasta qué punto es rebelde tu espíritu y dura tu cabeza. Durante mi vida no has cesado de rebelarte contra Jehová; ¡cuánto más lo harás después de mi muerte! » Por espacio de muchos siglos hubo hebreos idólatras, tal vez la mayoría de la nación; pero éstos llegaron á ser semejantes á los demás semitas de la Siria. Únicamente los israelitas que permanecieron fieles á Jehová formaron el pueblo judío. La religión del Dios único es la que convirtió poco á poco una tribu obscura en la nación santa, pequeña sin duda; pero una de las que mayor influencia han ejercido en la historia del mundo.

EL REINO DE JERUSALÉN.

Los Jueces. — Una vez establecidos en Palestina, los hebreos permanecieron divididos durante algunos siglos. « En ese tiempo, dice la Biblia, no había en Israel reyes; cada cual hacía lo que se le antojaba. » Con frecuencia ocurrió que los israelitas olvidaron á Jehová y adoraron á los dioses de las tribus vecinas. Entonces « la ira del señor se encendía contra los israelitas y los abandonaba en manos de sus enemigos. » Cuando se arrepentían y se humillaban, Jehová les mandada *Jueces* que los

(1) Deuteronomio, XXXI, 27.

libraban de los invasores. Pero solía suceder que cuando moría el juez, « se corrompían de nuevo... prosternándose ante otros dioses. » Estos *jueces*, Gedeón, Jefté, Sansón, eran guerreros que acudían á libertar las tribus en nombre del Señor; pero después el pueblo caía de nuevo en la idolatría y la servidumbre.

Los reyes. — Al fin los israelitas se cansaron y pidieron al gran sacerdote Samuel que les diese un rey. Éste lo hizo sin mucha voluntad, y designó á Saúl. El soberano debió ser instrumento dócil de las voluntades de Jehová; pero como tratase de desobedecerle, el gran sacerdote le dijo: « Has rechazado la palabra del Señor; pues el Señor te arroja de la monarquía. » En lugar suyo entró á gobernar un jefe militar, David, que venció á todos los enemigos de Israel, les tomó la montaña de Sion y transportó á ella su capital; la nueva ciudad fué Jerusalén.

Jerusalén. — Comparándola con Babilonia y Tebas, esta capital era poca cosa (1). Los hebreos no sabían edificar y su religión les prohibía construir capillas. Las casas de los particulares debían parecerse á esos cubos de piedra que se venden en las vertientes del Líbano, en medio de las vides y de las higueras. Pero Jerusalén fué la ciudad santa de los judíos. El rey tenía allí su palacio, el de Salomón, que maravillaba á los hebreos con su trono de marfil (2); Jehová tuvo también su templo, el primero que construyó este pueblo.

El Templo. — El templo de Jerusalén, edificado en

(1) No queda nada de la Jerusalén antigua, como tampoco de las demás ciudades judías.

(2) « Este trono tenía seis escalones... En ellos había 12 leones, uno en cada lado de cada escalón. En ningún reino se ha hecho nada parecido. » Reyes, X. 19.

tiempos de Salomón, estaba dividido en tres partes, lo mismo que el Tabernáculo:

1°. En el fondo, el *Santo de los Santos* (*sancta sanctorum*), donde se encontraba el arca de la alianza; sólo el gran sacerdote tenía derecho á entrar allí, una vez al año.

2°. En el centro el *Lugar Santo* donde estaban el altar de los aromas, el candelero de los siete brazos y

TRAJES JUDÍOS.



Gentes del pueblo. Sacerdote. Guerrero.

la mesa de los panes; los sacerdotes penetraban allí para quemar los perfumes y depositar las ofrendas.

3°. Delante, el *atrio*, abierto al pueblo, en el cual se sacrificaban las víctimas sobre el altar mayor.

Este Templo fué en adelante el centro de la nación; toda la Palestina acudía á sus ceremonias y el gran sacerdote, que dirigía el culto, tuvo en ocasiones más poder que el rey.

LOS PROFETAS.

Desastres de Israel. — Salomón fué el último rey poderoso. Después de su muerte se separaron de la nación 10 tribus, formando el *reino de Israel*, cuyos habi-

tantes adoraron los becerros de oro y los dioses fenicios. Sólo dos tribus permanecieron fieles á Jehová y al rey de Jerusalén y constituyeron el *reino de Judá* (977). Ambos Estados consumieron sus fuerzas en hacerse la guerra. Después llegaron los ejércitos de los conquistadores del Este; Israel fué destruído por Sargón, rey de Asiria (722); Judá por Nabucodonosor, rey de Caldea (586).

Sentimientos de los israelitas. — Los israelistas fieles consideraron estas desdichas como un castigo que Dios imponía á su pueblo por haberle desobedecido; en venganza lo entregaba á los conquistadores, como en tiempo de los jueces. « Los hijos de Israel habían pecado contra Jehová su Dios, edificando elevadas casas en sus ciudades é imitando á los pueblos vecinos, no obstante habérselo prohibido el Eterno; fundían imágenes; se prosternaban ante todo el ejército de los cielos (las estrellas) y adoraban á Baal. Por esto rechazó Jehová á la raza de Israel, afligiéndola y entregándola en manos de los que la despojaron. »

Los profetas. — Entonces aparecieron los profetas ó, según decían, los *videntes*: Elías, Jeremías, Isaías, Ezequiel. Éstos salían casi siempre del desierto, donde habían ayunado, orado y meditado. Se presentaban en nombre de Dios, no como guerreros según hacían los jueces, sino como predicadores; excitaban á los israelitas á arrepentirse, á derribar los ídolos y volver á Jehová, y les anunciaban todas las desgracias que Dios les enviaría en el caso de no arrepentirse. De modo que aconsejaban y predecían al mismo tiempo.

La nueva doctrina. — Estos hombres inspirados por el espíritu divino encontraban frío y mezquino el culto

oficial de Jerusalén. ¿Por qué degollar bueyes y quemar incienso en honra de Dios, á la manera de los idólatras? « Oid, exclamaba Isaías, oid la palabra de Jehová: ¿Qué voy á hacer con la multitud de vuestros sacrificios? Estoy harto de holocaustos de carneros y de sebo de animales; no encuentro gusto ninguno á la sangre de los toros, de los corderos ó de los machos... No continuéis tributándome ofrendas como esas; vuestro incienso me da asco... Cuando extendáis vuestras manos, me ocultaré los ojos para no verlas, pues están llenas de sangre. Levantaos, limpiaos, cesad de obrar mal. Aprended á hacer el bien, procurad ser rectos, proteged á los oprimidos, haced justicia al huérfano y defended á la viuda. Y entonces, aunque vuestros pecados fueran rojos como el carmesí, quedaréis blancos como la nieve. » Los profetas quieren sustituir las prácticas del sacrificio por la justicia y las buenas obras.

El Mesias. — Israel ha merecido sus desgracias; pero el castigo tendrá un término. « Pueblo mío, dice Isaías en nombre del Eterno, no temas al asirio, que te castigará con su vara como el egipcio en otro tiempo; pero pronto se calmará mi ira, y la carga caerá de tu espalda. » Los profetas enseñaron al pueblo judío á esperar la venida de El que debia libertarlos, y prepararon así los caminos al *Mesías*.

EL PUEBLO JUDÍO.

Vuelta á Jerusalén. — Los hijos de Judá, esclavos en las llanuras del Eufrates, no olvidaron á su patria y la celebraban en sus cánticos. « Sentados en las orillas de los ríos de Babilonia, hemos llorado pensando en Sion. Nuestras arpas estaban supendidas en los sauces

de la ribera y los que nos llevaron allá nos decían: Cantadnos algunos cánticos de Sion. Pero ¿cómo cantar un cántico del Señor en tierra extranjera? » Después de setenta años de cautiverio, Ciro, vencedor de Babilonia, permitió á los judíos que regresaran á Jerusalén. Así lo hicieron, reconstruyendo la capital, reedificando el Templo, restaurando las fiestas y recogiendo los libros sagrados. En señal de que volvian á ser el pueblo de Jehová, renovaron su alianza con él, por medio de un tratado en regla, que escribieron y firmaron los principales personajes del pueblo.

Los judíos. — El pequeño reino de Jerusalén se conservó durante siete siglos, gobernado ya por un rey, ya por el gran sacerdote; pero pagando siempre tributo á los dueños de la Siria, primero á los persas, después á los macedonios, á los sirios, y por fin á Roma. Los *judíos* (1) fueron en adelante fieles á Jehová y continuaron practicando la ley de Moisés y celebrando las fiestas y sacrificios. El gran sacerdote y un consejo auxiliar de notables conservaban la ley, los *escribas* la copiaban, los *doctores* la explicaban al pueblo, y los fieles la observaban escrupulosamente hasta en sus menores detalles. Los que más se distinguian por su celo en el cumplimiento de todas las prácticas eran los *fariseos*.

Las sinagogas. — Sin embargo los judíos se extendieron fuera de su país para comerciar, yendo á Egipto, á Siria, al Asia Menor y hasta la Italia. Los había en todas las grandes ciudades, Alejandría, Damasco, Antioquía, Éfeso, Corinto y Roma. Dispersos en medio de los paganos, reuníanse para conservar su religión.

(1) Judeanos (por el nombre de Judá, única tribu que permaneció fiel).

Como la Ley lo prohibía, no edificaban templos. Sólo podía existir uno, el de Jerusalén, donde se celebraban as fiestas solemnes. Pero se reunían para leer y comentar la palabra de Dios. Estos sitios de reunión recibieron el nombre griego de *sinagogas* (asambleas).

Destrucción del Templo. — Cristo apareció en ese momento. Los judíos lo crucificaron y persiguieron á sus discípulos, no sólo en Judea, sino en todas las ciudades donde su número les daba poder para hacerlo. En el año 70, Jerusalén fué tomada por los romanos, contra quienes se había rebelado, y sus habitantes todos perecieron ó fueron vendidos como esclavos. Los vencedores pegaron fuego al Templo y se llevaron los vasos sagrados. En adelante no volvió á haber centro de la religión judía.

Destino de los judíos después de la dispersión. — La nación judía sobrevivió á la ruina de su capital. Sus miembros aprendieron poco á poco á pasarse del Templo; pero conservando sus libros santos escritos en hebreo, la lengua primitiva de Israel. Cuando terminó el cautiverio de Babilonia, los judíos no lo hablaban ya, sino que habían adoptado las lenguas de los pueblos vecinos, el sirio, el caldeo y sobre todo el griego. Mas, algunos hombres instruídos en la religión, los *rabinos*, continuaban cultivando el idioma nacional, y explicaban comentándolas las Escrituras (1). Así se conservó la creencia y, gracias á ella, el pueblo que la profesara; aun se dió el caso de que hiciera prosélitos en el extranjero. Numerosos fueron en el Imperio romano los *judaizantes*, esto es, gentes que practicaban la religión de Jehová sin ser de raza judía.

(1) Esos comentarios reunidos y acumulados forman el *Talmud*.

La Iglesia cristiana empezó á perseguir á los judíos en el siglo IV, apenas tuvo poder para ello, y esa persecución ha durado hasta nuestros mismos días. En general se toleraba á los partidarios de la expresada doctrina porque eran ricos y hacían las operaciones de banca, pero se les mantenía en el aislamiento, no permitiéndoles empleo ni función alguna. En la mayor parte de las ciudades los obligaban á llevar un traje especial, y á vivir en un barrio separado (1), oscuro, sucio, y malsano; y en ocasiones á enviar uno de ellos para ser abofeteado en la fiesta de Pascuas. El pueblo los acusaba de envenenar las fuentes, de matar á los niños, y de profanar las hostias consagradas; á menudo se lanzaba contra ellos, y los destruía ó saqueaba. Los jueces los mandaban envenenar, torturar ó quemar con el menor pretexto, y los gobiernos los expulsaban en masa de sus países, confiscándoles sus bienes. Los judíos acabaron por desaparecer de Francia (2), de España, de Inglaterra y de Italia. Refugiáronse en Portugal, Alemania, Polonia y los países mahometanos, y desde allí volvieron á extenderse por Europa desde que cesó la persecución.

V. — LOS PERSAS.

LENORMAND, *Historia antigua*. — MASPERO, *Historia antigua*. — VAN DEN BERG, *Pequeña historia antigua*. — *El Zend-Avesta*. — HERODOTO, *libros I, II y III*. — DARMESTETER, *Ormuz y Ahrimán*.

LA RELIGIÓN DE ZOROASTRO.

El Irán. — Entre el Tigris y el Indo, entre el mar Caspio y el golfo Pérsico se eleva la región del Irán,

(1) En Roma lo llamaban el *Ghetto*, y este nombre ha pasado á ser el de todos los barrios judíos.
(2) Menos de Aviñón, ciudad que pertenecía al Papa.

Como la Ley lo prohibía, no edificaban templos. Sólo podía existir uno, el de Jerusalén, donde se celebraban as fiestas solemnes. Pero se reunían para leer y comentar la palabra de Dios. Estos sitios de reunión recibieron el nombre griego de *sinagogas* (asambleas).

Destrucción del Templo. — Cristo apareció en ese momento. Los judíos lo crucificaron y persiguieron á sus discípulos, no sólo en Judea, sino en todas las ciudades donde su número les daba poder para hacerlo. En el año 70, Jerusalén fué tomada por los romanos, contra quienes se había rebelado, y sus habitantes todos perecieron ó fueron vendidos como esclavos. Los vencedores pegaron fuego al Templo y se llevaron los vasos sagrados. En adelante no volvió á haber centro de la religión judía.

Destino de los judíos después de la dispersión. — La nación judía sobrevivió á la ruina de su capital. Sus miembros aprendieron poco á poco á pasarse del Templo; pero conservando sus libros santos escritos en hebreo, la lengua primitiva de Israel. Cuando terminó el cautiverio de Babilonia, los judíos no lo hablaban ya, sino que habían adoptado las lenguas de los pueblos vecinos, el sirio, el caldeo y sobre todo el griego. Mas, algunos hombres instruídos en la religión, los *rabinos*, continuaban cultivando el idioma nacional, y explicaban comentándolas las Escrituras (1). Así se conservó la creencia y, gracias á ella, el pueblo que la profesara; aun se dió el caso de que hiciera prosélitos en el extranjero. Numerosos fueron en el Imperio romano los *judaizantes*, esto es, gentes que practicaban la religión de Jehová sin ser de raza judía.

(1) Esos comentarios reunidos y acumulados forman el *Talmud*.

La Iglesia cristiana empezó á perseguir á los judíos en el siglo IV, apenas tuvo poder para ello, y esa persecución ha durado hasta nuestros mismos días. En general se toleraba á los partidarios de la expresada doctrina porque eran ricos y hacían las operaciones de banca, pero se les mantenía en el aislamiento, no permitiéndoles empleo ni función alguna. En la mayor parte de las ciudades los obligaban á llevar un traje especial, y á vivir en un barrio separado (1), oscuro, sucio, y malsano; y en ocasiones á enviar uno de ellos para ser abofeteado en la fiesta de Pascuas. El pueblo los acusaba de envenenar las fuentes, de matar á los niños, y de profanar las hostias consagradas; á menudo se lanzaba contra ellos, y los destruía ó saqueaba. Los jueces los mandaban envenenar, torturar ó quemar con el menor pretexto, y los gobiernos los expulsaban en masa de sus países, confiscándoles sus bienes. Los judíos acabaron por desaparecer de Francia (2), de España, de Inglaterra y de Italia. Refugiáronse en Portugal, Alemania, Polonia y los países mahometanos, y desde allí volvieron á extenderse por Europa desde que cesó la persecución.

V. — LOS PERSAS.

LENORMAND, *Historia antigua*. — MASPERO, *Historia antigua*. — VAN DEN BERG, *Pequeña historia antigua*. — *El Zend-Avesta*. — HERODOTO, *libros I, II y III*. — DARMESTETER, *Ormuz y Ahrimán*.

LA RELIGIÓN DE ZOROASTRO.

El Irán. — Entre el Tigris y el Indo, entre el mar Caspio y el golfo Pérsico se eleva la región del Irán,

(1) En Roma lo llamaban el *Ghetto*, y este nombre ha pasado á ser el de todos los barrios judíos.
(2) Menos de Aviñón, ciudad que pertenecía al Papa.

que abarca un territorio cinco veces igual al de Francia pero estéril en parte. Compónese de ardientes desiertos de arena y de mesetas heladas, que cruzan profundos y montuosos valles. Como está rodeada de altas montañas, los ríos no pueden abrirse paso y van á perderse en los arenales ó en los lagos salados. El clima es duro, muy desigual, ardiente en verano y glacial en invierno, en algunos puntos se pasa de 40 grados sobre cero á cuarenta por debajo, del calor del Senegal al frío de Siberia. Reinan allí vientos impetuosos « cortantes como espadas »; pero en los valles, á lo largo de los ríos, la tierra es fértil. De ese país de frutos y pastos nos han venido los cerezos y los durazneros.

Los iranios. — El Irán estaba habitado por unas tribus aryas, consagradas como todas ellas al pastoreo; pero que además gustaban de las armas y de la guerra. Combatían á caballo, tiraban el arco, y para resguardarse del áspero viento de su país, llevaban vestidos de pieles ajustados al cuerpo.

Zoroastro. — Al principio adoraron, como los restantes aryas, las fuerzas naturales, sobre todo el Sol (Mithra); pero su religión fué reformada entre los siglos décimo y séptimo antes de nuestra era por un sabio, Tarathustra, que nosotros llamamos Zoroastro y del que sólo se conoce con certeza el nombre.

El Zend-Avesta. — No se conserva ningún escrito suyo; pero su doctrina, recopilada mucho tiempo después de él, está consignada en el Zend-Avesta (ley y reforma) libro sagrado de los persas. Era una colección escrita en una antigua lengua que los fieles no comprendían, y que nosotros llamamos el *zend*. Según la leyenda, se dividía en 21 libros, escritos en 12.000 cueros de vaca, reunidos por medio de hilos de oro. Los musulmanes lo destruyeron al invadir la Persia; pero algunas familias de esta nación que permanecieron fieles á la doctrina de Zoroastro se refugiaron en la India. Sus descendientes, llamados todavía *parsis*, han conservado allí la antigua religión. Uno de ellos conservaba un libro entero del Zend-Avesta y fragmentos de otros dos.

Ormuz y Ahrimán. — Hé aquí, según esos libros, la religión de Zoroastro: Ahura Mazda (nosotros decimos *Ormuz*), « el soberano que sabe todo, » ha creado el mundo. Se le ruega en estos términos: « Invoco y celebro al creador Ahura Mazda, luminoso, resplandeciente, muy grande y bueno, muy perfecto y enérgico, muy inteligente y hermoso, eminente en pureza, que posee la buena ciencia, manantial de placer, que nos ha creado, formado y alimentado. » Como es perfectamente bueno, no ha podido crear sino lo que también lo es. Cuanto malo existe en el mundo se debe á un dios malo, Angra Manyou, « el espíritu de angustia » (nosotros decimos *Ahrimán*).

Ángeles y demonios. — Frente á Ormuz, bueno y creador, se alza Ahrimán, malvado y destructor. Ambos tienen á sus órdenes una legión de espíritus. Los soldados de Ormuz son los ángeles buenos (yazatas), los de Ahrimán los demonios perversos (devs). Los primeros moran al este, en la luz de levante; los segundos en el oeste, en las tinieblas del crepúsculo. Estos ejércitos viven en perpetua lucha, teniendo al mundo por campo de batalla, pues ambos están presentes en todas partes. Ormuz y sus ángeles procuran conservar á los

hombres y hacerlos buenos y felices ; Ahrimán y sus demonios andan en torno suyo tratando de destruirlos y de hacerlos infelices y malvados.

Criaturas de Ormuz y de Ahrimán. — Cuanto hay de bueno en la tierra se debe á Ormuz y sirve para el bien : el Sol y el fuego que ahuyentan la noche, las estrellas, la bebida fermentada que parece un fuego líquido, el agua que calma la sed del hombre, los campos cultivados que lo alimentan, los animales domésticos, sobre todo el perro (1), las aves, porque viven en la luz, entre todos el gallo, porque anuncia el día. — Por el contrario, cuanto es nocivo procede de Ahrimán y sirve para el mal : la noche, la sequía, el frío, el desierto, las plantas venenosas, las espinas, los animales de rapiña, las serpientes, los parásitos (mosquitos, pulgas, chinches), y los brutos que viven en madrigueras oscuras, lagartos, escorpiones, sapos, ratas y hormigas.

Análogamente, en el mundo moral, la vida, la pureza, la verdad, el trabajo, son buenos y proceden de Ormuz; la muerte, la suciedad, la mentira, la pereza, son malos y se deben á Ahrimán.

El culto. — De esta creencia se derivan el culto y la moral. El hombre debe adorar al buen dios (2), y combatir en su favor. « La costumbre de los persas, dice Herodoto (3), no es elevar á los dioses estatuas, templos

(1) He creado el perro, dice Ormuz, con olfato fino y dientes robustos, afecto al hombre, hostil al enemigo y para proteger los ganados. Ladrones y lobos no se acercan al redil cuando el perro está sano, en voz y cerca del ganado.

(2) Ciertos herejes persas de nuestros dias no adoran, por el contrario, sino al dios malo, pues, según dicen, siendo bueno é indulgente por sí el principio del bien, no necesita que se le halague. Se les llama Yezidis (adoradores del diablo).

(3) Herodoto, I, 131.

y altares; llaman insensatos á los que lo hacen pues no creen, como los griegos, que los dioses tengan forma humana. » Ormuz no se manifiesta sino bajo la forma del fuego ó del Sol. Por esto es por lo que los persas celebran su culto al aire libre sobre las montañas, delante de una hoguera encendida. Para adorar á Ormuz, recitan himnos en honra suya y le sacrifican animales.

La moral. — El hombre combate por Ormuz favoreciendo su obra y destruyendo la de Ahrimán. Lucha con las tinieblas conservando el fuego con leña seca y perfumes; con el desierto cultivando la tierra y edificando casas; con los animales de Ahrimán matando serpientes, lagartos, parásitos y animales feroces. — Lucha con la impureza manteniéndose limpio, apartando de sí cuanto es materia muerta, como las uñas y el pelo « pues donde esas cosas cortadas están juntas se reunen los demonios impuros. » — Combate la mentira siendo siempre verídico. « Los persas, dice Herodoto (1) no creen que haya nada más vergonzoso que mentir y, después de esto, que contraer deudas, porque el que las tiene miente necesariamente. — Batalla con la muerte casándose y teniendo muchos hijos. « Las casas desprovistas de posteridad, dice el Zend-Avesta, son horribles. »

Los funerales. — Cuando un hombre muere, su cadáver pertenece al espíritu del mal. Hay, pues, que echarlo de la casa. No se debe quemarlo (pues esto impurificaría el fuego) ni enterrarlo (cosa que mancharía la tierra) ni echarlo al agua (pues la ensuciaría). Tales cosas equivaldrían á hacerse eternamente impuros. Así es que empleaban un procedimiento distinto. Deposita-

(1) Herodoto, I, 138.

ban el cuerpo en un sitio elevado y cubierto, con la cara vuelta al Sol y bien mantenido con piedras; después se retiraban huyendo de los demonios, que se reunen « en los lugares de sepultura, allí donde residen la enfermedad, la fiebre, la suciedad, el escalofrío y el cabello viejo. » Los animales impuros purifican el cuerpo al devorarlo.

Destino del alma. — El alma del difunto se separa del cuerpo. En la noche tercera que sigue á la muerte es conducida al *puente de la reunión* (Schinvat) que lleva al Paraíso por encima del abismo del infierno. Allí la interroga Ormuz sobre su vida pasada. Si ha obrado bien, las almas puras y las de los perros la sostienen, la ayudan á atravesar el puente, y la hacen penetrar en la mansión de los bienaventurados: los demonios huyen, pues no pueden soportar el olor de las almas virtuosas. Por el contrario, el alma del malvado llega al puente sin fuerzas, vacilante, y como nadie la ayuda, los demonios la arrastran al abismo, donde el mal espíritu se apodera de ella, para encadenarla en el fondo de las tinieblas.

Carácter del Mazdeismo. — Esta religión (1) nació en un país de violentos contrastes, en que se ven unos junto á otros valles risueños y estepas desoladas, frescos oasis y ardientes desiertos, campos cultivados y llanuras de arena; una región en que las fuerzas de la naturaleza parecen hacerse encarnizada guerra. El Iranio tomó como ley del universo ese combate que veía en torno suyo. Así se formó sin duda una religión muy pura, que impulsa al hombre hacia el trabajo y la virtud; pero también esta creencia en el diablo y los de-

(1) La llamamos Mazdeísmo por el nombre de *Ahura-Mazda*.

monios que debía propagarse por Occidente y atormentar á todos los pueblos de Europa.

EL IMPERIO PERSA.

Los Medas. — El Irán estaba habitado por varias tribus, dos de las cuales se han hecho célebres: los Medas y los Persas.

Los Medas al O., más cercanos á los asirios, destruyeron el imperio ninivita y su capital (625); pero no tardaron en afeminarse, vistiendo trajes flotantes, lle-

TRAJES PERSAS.



Rey. Guerreros.

vando vida ociosa y aceptando la religión de los asirios degenerados, con los cuales acabaron por confundirse.

Los Persas. — Los persas, situados al E., conservaron sus costumbres, su religión y su energía. « Hasta la edad de veinte años, dice Herodoto, los persas no enseñan á sus hijos más que tres cosas, montar á caballo, tirar el arco y decir la verdad. »

Ciro. — Por los años de 560, su jefe Ciro destronó al rey de los Medas, reunió todos los pueblos del Irán y después conquistó la Lidia, la Babilonia, toda el Asia

Menor. Sobre ese príncipe se formó una leyenda que Herodoto cuenta con minuciosidad. Él se titula en una inscripción del siguiente modo : « Soy Kurus, rey de las legiones, rey grande, rey poderoso, rey de Babilonia, de Sumir y de Accad, rey de las cuatro regiones, hijo de Kambuzya, gran rey de Susiana, nieto de Kurus, rey de Susiana. »

La inscripción de Behistún. — El hijo mayor de Ciro, Cambises, dió muerte á su hermano Esmerdis y conquistó Egipto. Una inscripción nos dice lo que ocurrió luego. — Aun hoy se ve en la frontera de Persia, en medio de una llanura, una enorme peña trabajada á pico, de 450 metros de altura, la roca de Behistún.


Bajo relieve de Behistún.

Un bajo relieve grabado en ella representa un rey, con su corona en la cabeza y en la mano izquierda un arco ; á sus pies yace un cautivo y delante de él aparecen encadenados otros nueve prisioneros. Una inscripción en tres idiomas refiere la vida del rey. Éste es Darío, que declara : « Hé aquí lo que hice antes de ser rey. Cambises, hijo de Ciro, de nuestra raza, reinaba aquí antes de mí. Ese Cambises tenía un hermano, Esmerdis, del mismo padre y de la misma madre. — Cuando Cambises mató á Esmerdis, el pueblo ignoró el hecho. Después de esto, Cambises fué á Egipto y mientras estaba allí, el pueblo se volvió rebelde; entonces era frecuente la mentira en el país, en Media y en las restantes provincias. Había un mago llamado Gaumata, que engañó al

pueblo diciéndole : soy Esmerdis, hijo de Ciro. Entonces el pueblo entero se alzó y se agrupó en torno suyo, abandonando á Cambises..... Éste murió á poco hiriéndose á sí mismo... Cuando Gaumata el mago hubo arrebatado á Cambises la Persia y la Media y los demás países, hizo en ellos su voluntad, fué rey. El pueblo lo temía por su crueldad ; hubiera sido capaz de acabar con el pueblo, á fin de que no se pudiera saber que no era Esmerdis, hijo de Ciro. — Darío el rey lo declara, no había un hombre ni en Persia ni en Media que se hubiese atrevido á arrancar la corona á ese Gaumata el mago. Entonces yo me presenté, pedí protección á Ormuz y éste me la concedió..... En compañía de hombres afectos á mi persona, maté á ese Gaumata y á sus principales cómplices, y fuí rey por la voluntad de Ormuz. Así he restaurado el imperio que había sido arrebatado á nuestra raza. Los altares derribados por Gaumata el mago los he restaurado yo como salvador del pueblo, restableciendo los cantos y las ceremonias santas. » Después de destronar al usurpador, Darío tuvo que combatir á varios jefes alzados en armas. « He dado 19 batallas, dice, y he vencido á 9 reyes. »

El Imperio persa. — De modo que Darío sometió á todos los rebeldes y restableció el imperio persa ; es más, lo engrandeció, conquistando la Tracia y una provincia de la India. Este imperio reunía todos los pueblos de Oriente, medas y persas, asirios y caldeos, judíos, fenicios, sirios, lidios, egipcios, indostánicos, abarcando todos los países desde el Danubio al O. hasta el Indus al E., desde el mar Caspio al N. hasta las cataratas del Nilo al Sur. Era el mayor que hasta entonces se había visto : una tribu de montañeses que llegaba á última hora, recogía de este modo la herencia de todos los imperios de Asia.

Las satrapías. — Los reyes de Oriente no se ocupan de sus súbditos más que para sacarles dinero, soldados y homenajes, sin pretender nunca intervenir en sus asuntos. Darío hace como los demás, dejando á todos los pueblos de su imperio administrarse como les parece, conservar su idioma, su religión, sus leyes, y hasta con frecuencia sus antiguos jefes. Lo que no dejaba á otros era el cuidado de determinar los tributos que debían pagarle. Dividió sus Estados en veinte (1) gobiernos llamados *satrapías*, en cada una de las cuales había pueblos muy distintos por la lengua, las costumbres, las creencias; esos gobiernos debían al año un tributo fijo, parte en metal (oro y plata) y parte en especie (trigo, caballos, marfil). El *sátrapa* (nombre del gobernador) cobraba el tributo y lo mandaba al rey.

Rentas del Imperio. — La renta total del rey subía á 80 millones de francos actuales en peso, sin contar los tributos en especie. Teniendo en cuenta *el valor* de los metales en aquella época, los ochenta millones vendrían á ser como 600 en nuestros días (120 millones de pesos). Esta suma servía al rey para pagar sus sátrapas, su ejército, sus criados y su lujosa corte, después de lo cual le quedaban todavía cada año enormes lingotes de metal que se acumulaban en sus arcas. El rey de Persia hacía estribar su vanidad, como todos los orientales, en poseer un inmenso tesoro.

El gran rey. — Ningún rey había sido tan rico y poderoso. Los griegos lo llamaban el *gran rey*. Éste tenía, según la costumbre oriental, poder absoluto tanto sobre los pueblos sometidos como sobre los persas. Herodoto refiere cómo trataba Cambises á los grandes señores de su corte. « ¿Qué piensan de mí los persas? preguntó ese soberano un día á Prexaspes, cuyo hijo era su copero. — Señor, os colman de alabanzas; pero creen que os gusta demasiado el vino. — Vas á ver, exclama Cambises irritado, si los persas dicen la verdad. Si hiero en mitad del corazón á tu hijo que ves allí en el vestíbulo, esto significará que los persas no saben lo que dicen ». Tiende su arco y una flecha atraviesa al hijo de Prexaspes. El joven cae al suelo, y el rey lo manda abrir, para ver dónde había dado el golpe. La flecha había atravesado el corazón. El príncipe entonces exclama riendo y lleno de alegría, dirigiéndose al padre de la víctima : « Ya ves que los persas han perdido el juicio; dime si has visto alguien que apunte mejor. — Señor, contestó Prexaspes, no creo que el dios en persona pueda tirar tan bien (1). »

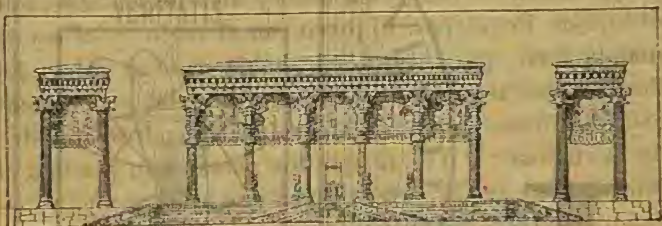
(1) Herodoto indica 20; pero en las inscripciones se cuentan hasta 31.

Servicios prestados por los persas. — Pero los pueblos de Asia habían en todas las épocas pagado tributo á conquistadores y obedecido á déspotas. Por lo menos los persas prestaron un gran servicio; al someter á todos los pueblos al mismo dueño, les impedían destruirse mutuamente. Con ellos no volvieron á verse ciudades quemadas, campos devastados, pueblos enteros pasados á cuchillo ó llevados por bandas como esclavos. Su imperio fué un período de paz.

Susa y Persépolis. — Los reyes medas y persas se hacían construir palacios, lo mismo que los de Asiria; entre estos monumentos, son bastante conocidos los de Darío en Susa y en Persépolis. Las ruinas del primero han sido excavadas pocos años há por el ingeniero

(1) Herodoto, III, 34, 35. Véanse otros rasgos de despotismo en el mismo autor, III, 98, 90 (historia de Intafernes) y el libro de Ester.

francés Dieulafoi, quien descubrió allí esculturas y ladrillos esmaltados, prueba de gran adelanto en el arte. El de Persépolis ha dejado ruinas considerables. Se le edificó en una inmensa plataforma labrada en la roca de la montaña. Se subía hasta ella por un terraplén de suave pendiente, bastante ancho para dar paso á diez jinetes de frente.



Fachada de un palacio persa.

Arquitectura persa. — Los arquitectos persas copiaron los palacios asirios. En Persépolis se observan también los techos planos en forma de azotea, las puertas guardadas por monstruos de piedra, los bajo relieves representando cacerías y ceremonias. Sin embargo, los persas perfeccionaron sus modelos en tres puntos:

1°. Empleaban mármol y piedra en vez de ladrillo;

2° Hacían en sus salas techos de madera pintada;

3°. Y Construían columnas ligeras en forma de árbol; son las más esbeltas que se conocen y tenían de alto doce veces su ancho.

Á esto se debe que su arquitectura sea más elegante y placentera que la de Asiria.

El pueblo persa no hizo progresar mucho las artes; pero parece haber sido el más honrado, el más sano y valeroso de su época. Durante dos siglos proporcionó al Asia el régimen menos injusto y cruel que esta parte del mundo ha conocido.

LOS GRIEGOS.

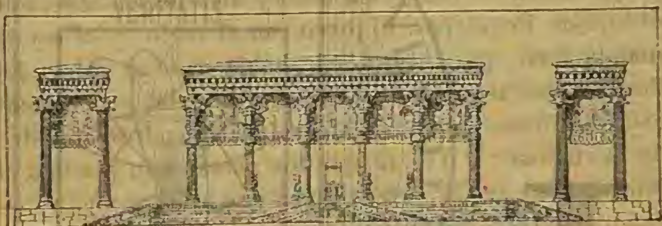
VI. — LOS PUEBLOS DE GRECIA.

La Iliada y la Odisea. — Herodoto. — Grote, *Historia de Grecia.* Curtius, *Historia de Grecia.* — Duruy, *Historia de los griegos.* Van den Berg, *Pequeña historia griega.* — Taine, *Filosofía del arte en Grecia.* — Fustel de Coulanges, *La Ciudad antigua.* — Schliemann, *Troya, Micenes.*

EL SUELO.

Aspecto del suelo. — La Grecia es un país muy pequeño (57.000 kil. cuad.), un poco mayor que Suiza apenas; pero muy variado, cubierto de montañas, recortado por golfos, región original, muy á propósito para influir sobre el carácter de los hombres que lo habitan. — Una cordillera central (el Pindo) atraviesa Grecia por su centro y la cubre con sus estribaciones rocallosas; al llegar al istmo de Corinto disminuye su elevación; pero al otro lado se alza el Peloponeso á 600 metros de altura, como una ciudadela coronada por altas cimas nevadas y abruptas, que caen á pico sobre el mar. Las islas, desparramadas á lo largo de la costa, no son sino montañas sumergidas, cuya punta sale por encima del agua. En ese terreno tan quebrado hay poca tierra vegetal; casi en todas partes aparece la piedra desnuda. Los ríos, verdaderos torrentes, no dejan entre su cauce medio seco y la roca estéril de la montaña sino una banda extrecha de suelo productivo. En ese pintoresco país habia algunos bosques, cipreses, laureles, palmeras,

francés Dieulafoi, quien descubrió allí esculturas y ladrillos esmaltados, prueba de gran adelanto en el arte. El de Persépolis ha dejado ruinas considerables. Se le edificó en una inmensa plataforma labrada en la roca de la montaña. Se subía hasta ella por un terraplén de suave pendiente, bastante ancho para dar paso á diez jinetes de frente.



Fachada de un palacio persa.

Arquitectura persa. — Los arquitectos persas copiaron los palacios asirios. En Persépolis se observan también los techos planos en forma de azotea, las puertas guardadas por monstruos de piedra, los bajo relieves representando cacerías y ceremonias. Sin embargo, los persas perfeccionaron sus modelos en tres puntos:

1°. Empleaban mármol y piedra en vez de ladrillo;

2° Hacían en sus salas techos de madera pintada;

3°. Y Construían columnas ligeras en forma de árbol; son las más esbeltas que se conocen y tenían de alto doce veces su ancho.

Á esto se debe que su arquitectura sea más elegante y placentera que la de Asiria.

El pueblo persa no hizo progresar mucho las artes; pero parece haber sido el más honrado, el más sano y valeroso de su época. Durante dos siglos proporcionó al Asia el régimen menos injusto y cruel que esta parte del mundo ha conocido.

LOS GRIEGOS.

VI. — LOS PUEBLOS DE GRECIA.

La Iliada y la Odisea. — HERODOTO. — GROTE, *Historia de Grecia.* CURTIUS, *Historia de Grecia.* — DURUY, *Historia de los griegos.* VAN DEN BERG, *Pequeña historia griega.* — TAINE, *Filosofía del arte en Grecia.* — FUSTEL DE COULANGES, *La Ciudad antigua.* — SCHLIEMANN, *Troya, Micenes.*

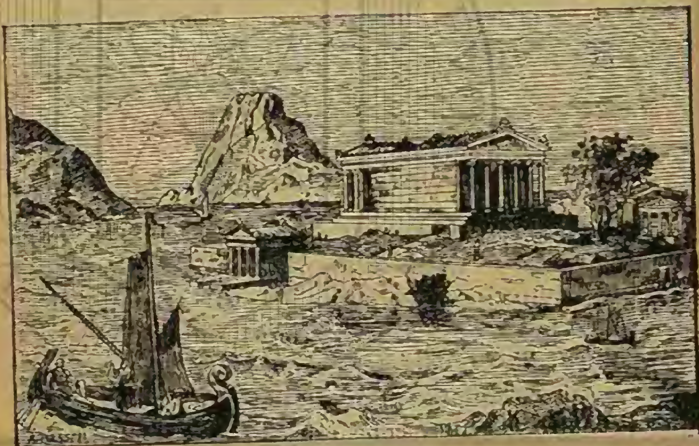
EL SUELO.

Aspecto del suelo. — La Grecia es un país muy pequeño (57.000 kil. cuad.), un poco mayor que Suiza apenas; pero muy variado, cubierto de montañas, recortado por golfos, región original, muy á propósito para influir sobre el carácter de los hombres que lo habitan. — Una cordillera central (el Pindo) atraviesa Grecia por su centro y la cubre con sus estribaciones rocallosas; al llegar al istmo de Corinto disminuye su elevación; pero al otro lado se alza el Peloponeso á 600 metros de altura, como una ciudadela coronada por altas cimas nevadas y abruptas, que caen á pico sobre el mar. Las islas, desparramadas á lo largo de la costa, no son sino montañas sumergidas, cuya punta sale por encima del agua. En ese terreno tan quebrado hay poca tierra vegetal; casi en todas partes aparece la piedra desnuda. Los ríos, verdaderos torrentes, no dejan entre su cauce medio seco y la roca estéril de la montaña sino una banda extrecha de suelo productivo. En ese pintoresco país había algunos bosques, cipreses, laureles, palmeras,

5.

y acá y acullá en las rocallosas colinas algunas vides; pero no ricas mieses ni buenos pastos (1). Un suelo semejante produce montañeses esbeltos, activos y sobrios.

El mar. — En Grecia todo se vuelve costas: siendo más pequeña que Portugal, tiene tantas como España. El mar penetra en ella por gran número de golfos, ensenadas y quebraduras; en general, las riberas están



Isla Esferia en la costa de Argólida.

rodeadas de rocas que avanzan mar adentro ó de islas que forman con su proximidad un puerto natural. Este mar parece un lago; ni tiene mareas ni asola sus orillas; no presenta ese color pálido y siniestro del Océano, sino que en general está tranquilo, reluciente y, según dice Homero, es « de color de violetas. » Ninguno se presta más á la navegación. Cada mañana sopla la brisa del norte, que lleva las barcas de Atenas al Asia, y cada

(1) « Al nacer encontró Grecia una hermana de leche, la pobreza. »

tarde se levanta la del sur que las vuelve al puerto. De Grecia al Asia Menor las islas se escalonan como las piedras de un ajedrez; cuando el tiempo está claro, un navío que hace la travesía tiene siempre una tierra á la vista. Semejante mar invita á los hombres á atravesarla. Así es que los griegos fueron marinos, negociantes, viajeros, piratas, aventureros; y como los fenicios, se extendieron por todo el mundo antiguo, llevando á sus ciudades las mercaderías y los inventos de Egipto, de Caldea y de Asia.

El clima. — El clima de Grecia es suave. En Atenas no hiela sino cada veinte años y en verano las brisas del mar moderan el calor (1). Aun hoy, el pueblo duerme en las calles desde Mayo hasta fines de Septiembre. El aire es tibio y transparente; desde algunas leguas de distancia se divisa en la Acrópolis de Atenas el penacho de la estatua de Palas. Los contornos de las montañas lejanas no aparecen como en las regiones del norte envueltas en la bruma, sino que se destacan de manera precisa sobre el claro cielo. Es un país hermoso, que impulsa al hombre á considerar la vida como un festín, pues todo sonríe en torno suyo. « Pasearse en los jardines durante la noche, oir las cigarras, sentarse á la luz de la luna tocando la flauta, ir á beber el agua en la montaña, llevar consigo vino que se bebe después de cantar, pasar los días bailando, hé ahí los placeres griegos, goces de una raza pobre, económica y eternamente joven. »

Sencillez de la vida griega. — En ese suelo, el hombre no es ni aniquilado por el calor ni entorpecido

(1) Eurípides dice: « Nuestra atmósfera es suave y clemente. El frío del invierno carece de rigor para nosotros y los rayos del Sol no nos hieren.

por el frío; vive al aire libre, alegremente y sin mucho gasto. No necesita alimentación abundante ni ropas de mucho abrigo, ni casa lujosa. El griego podía vivir con un puñado de aceitunas y una sardina. Como vestido, usaba unas sandalias, una túnica y un espeso manto; con frecuencia salía descalzo y sin nada en la cabeza (1). Su casa era una construción estrecha, poco sólida donde entraban los ladrones haciendo un agujero en la pared. Sus muebles cosistían en una cama con varias mantas, un cofre, algunos hermosos jarrones y una lámpara. En las paredes, blanqueadas con cal, no había nada. Esta casa sólo servía para dormir.


Mujer griega poniéndose la túnica.

LA GRECIA PRIMITIVA.

Origen de los griegos. — El pueblo que habitaba esa encantadora región era aryo, hermano de los indostánicos y de los persas, oriundo como éstos de las montañas de Asia. Sin embargo, los griegos habían olvidado el largo viaje llevado á cabo por sus antecesores y se decían « naturales del suelo (2), » como las cigarras.

(1) Esta figura representa una mujer griega en las tres actitudes necesarias para ponerse su túnica; su traje se compone únicamente de una pieza de tela.
(2) Autóctonos.

Pero su lengua y los nombres de sus dioses no dejan duda acerca de su origen. Los griegos primitivos se alimentaban, como todos los aryas primitivos, con la leche y la carne de sus ganados, iban siempre armados y dispuestos á la pelea, y se reunían en tribus gobernadas por patriarcas.

Las leyendas. — Los griegos ignoraban sus orígenes, según ocurría á todos los pueblos antiguos. No sabían ni de dónde vinieran sus mayores ni qué habían hecho. Para conservar el recuerdo exacto de los acontecimientos, precisa tener un medio de fijarlos, y los griegos no empezaron á saber la escritura sino hacia el siglo VIII a. de J. C. Ni siquiera tenían medio de calcular el número de años. Más tarde adoptaron la costumbre de contarlos por la fiesta general que celebraban en Olimpia cada cuatro años; un período de esta duración se llamaba una olimpiada. La primera era en 776 y hasta ahí únicamente subía la cronología griega.

Sin embargo, en el país circulaban gran número de leyendas sobre este período primitivo; eran sobre todo las aventuras de antiguos reyes y de héroes que adoraban como á semidioses. Estos relatos tenían tantos rasgos fabulosos, que no hay manera de saber hasta qué punto son verdad. En Atenas contaban que el primer Cecrops, había sido mitad hombre y mitad serpiente; en Tebas, que Cadmo, fundador de la ciudad, había llegado de Fenicia, en busca de su mujer Europa, robada por un toro; que mató un dragón y sembró sus dientes, de los cuales salieron guerreros, que dieron origen á las familias nobles del país. En Argos referían que la familia real descendía de Pelops, á quien el dios Zeus dió un hombro de marfil para reemplazar el que le había comido una diosa. Así pues, cada país tenía sus leyen-

das, que los griegos repitieron hasta el fin de su vida nacional, tributando culto á sus antiguos héroes: Perseo, Belerofonte, Heracles, Teseo, Minos, Cástor y Pólux, Meleagro y Edipo. La mayor parte de los griegos, aun entre los más cultos, admitían, por lo menos en parte, la verdad de estas tradiciones, aceptando como hechos históricos la guerra entre los dos hijos de Edipo, rey de Tebas, y la expedición de los Argonautas, que fueron en busca del *Bellocino de Oro*, custodiado por dos toros de pies de bronce, que vomitaban llamas.

Guerra de Troya. — La leyenda más extendida y célebre era, entre todas, la de la guerra de Troya. Decíase que allá por el siglo XII antès de J. C. dominaba toda la costa de Asia una ciudad rica y poderosa, Troya. Un príncipe troyano, Paris, que estuvo en Grecia, robó á Helena, mujer de Menelao rey de Esparta. El de Argos, Agamenón, formó una liga en que entraban todos los griegos, y un ejército helénico se presentó ante Troya, en mil doscientos bajeles, á ponerle sitio. La guerra duró diez años, porque el dios máximo, Zeus, era favorable á los troyanos. Todos los guerreros de Grecia tomaron parte en él. El más valiente y hermoso de ellos, Aquiles, dió muerte al principal defensor de Troya, Héctor, arrastrando su cuerpo en torno de los muros de la ciudad; pero aunque combatía con una armadura que le dió al nacer su madre, una diosa del mar, murió herido por una flecha en el talón, único punto vulnerable de su cuerpo. Desesperados los griegos, viendo que no podían tomar por fuerza la ciudad, recurrieron á la astucia: fingieron que se embarcaban y dejaron en el campo un enorme caballo de madera donde estaban escondidos los jefes del ejército. Los troyanos introdujeron esa máquina en sus baluartes y durante la noche los jefes salieron de dentro

de ella y abrieron á los griegos las puertas de la ciudad. Troya fué entregada al fuego, los hombres pasados á cuchillo y las mujeres reducidas á esclavitud.

Pero los jefes de los griegos fueron asaltados por la tempestad al regresar. Muchos de ellos perecieron, y otros fueron lanzados á lejanas tierras. El más astuto de todos, Ulises, anduvo vagando por el mundo durante diez años, perdiendo sucesivamente todos sus navíos y acabando por escapar solo al naufragio.

La antigüedad entera creyó firmemente en la guerra de Troya. El fin del sitio se calculaba en el año 1184 y hasta se indicaba el punto donde estuvo la ciudad. Schliemann tuvo la idea de hacer excavaciones en este punto en 1874, y hubo de atrevesar los restos de varias ciudades superpuestas. Al fin encontró á 15 metros de profundidad, en la capa más profunda de escombros, los restos de una plaza fuerte reducida á cenizas, y en las ruinas del principal edificio una cajita llena de alhajas de oro, que llamó *tesoro de Priamo*. No había ninguna inscripción y la ciudad, cuyo recinto había podido ponerse al descubierto, era muy pequeña; allí se han encontrado en gran número pequeños ídolos muy bastos, representando una diosa con cabeza de lechuza (figura que daban los griegos á Palas). Por lo demás, no se ha podido obtener ninguna prueba que esta diminuta población se llamara Troya.

Poemas homéricos. — Lo que ha hecho célebre en el mundo entero la guerra de Troya son los dos poemas atribuídos á Homero, la *Iliada*, que cuenta los combates de los grigos y las proezas de Aquiles ante la ciudad, y la *Odisea*, consagrada á referir la aventuras de Ulises (*Odysseus*) después de la conquista.

Ambos poemas se conservaron durante siglos sin estar

escritos; unos cantores ambulantes, los *rápsodas*, sabían de memoria pasajes enteros y los recitaban en las fiestas. En el siglo sexto Pisistrato, príncipe de Atenas, los mandó coleccionar y copiar. Desde entonces fueron esas obras, y han seguido siéndolo, las más admiradas de la literatura griega.

Los helenos decían que su autor fué Homero, griego de Jonia, que vivía por los siglos noveno ó décimo; lo representaban como un anciano ciego, pobre y errante. Siete ciudades se disputaban la honra de haberle servido de cuna. Esta tradición fué admitida sin dificultad hasta que á fines del siglo XVIII observó un sabio alemán, Wolf, ciertas contradicciones en esos poemas, é indicó que debían ser, no obra de un solo poeta, sino una colección de fragmentos de escritores distintos. Esta doctrina ha sido defendida y atacada con pasión, y durante medio siglo se ha luchado con singular vivacidad en pro ó en contra de la existencia de Homero. Hoy se empieza á considerar insoluble la cuestión. Lo cierto es que estos poemas son muy antiguos, probablemente del siglo IX. La *Iliada* fué compuesta en Asia Menor, y quizás está formada por la reunión de dos poemas, uno consagrado á los combates de los troyanos y otro á las aventuras de Aquiles. La *Odisea* parece obra de un solo autor; pero no se puede afirmar que sea del mismo que la *Iliada*.

Los griegos en tiempos de Homero. — No es posible elevarse muy atrás en la historia de Grecia; el documento más antiguo que acerca de ella existe son los poemas de Homero. Cuando éstos fueron compuestos, en el siglo IX antes de J. C., no había aún un nombre general para designar á todos los habitantes de Grecia: Homero les da los de sus principales tribus. Si son como los pinta, se ve que han realizado progresos, á partir

del momento en que abandonaron el Asia. Saben labrar la tierra, construir ciudades fortificadas y organizarse en pequeños pueblos; obedecen á reyes, tienen un consejo de ancianos y una asamblea del pueblo. Consideran con orgullo sus gobiernos y desprecian á los pueblos inmediatos menos adelantados, que llaman *Bárbaros*. Ulises dice para indicar la rudeza de los cíclopes: « No tienen reglas de justicia ni sitios donde deliberar; cada cual gobierna á su mujer y á sus hijos, y no se ocupan unos de otros. » Sin embargo, los propios griegos son todavía semibárbaros: no conocen la escritura ni la moneda, ni el arte de trabajar el hierro; apenas se atreven á aventurarse en el mar y se imaginan que Sicilia está poblada de monstruos.

INVASIONES Y EMIGRACIONES EN GRECIA.

La Grecia histórica. — No todos los pueblos de Grecia habitaban desde hacía mucho tiempo las regiones en que se les encuentra establecidos al llegar el siglo séptimo, cuando se empieza á tener datos exactos acerca de ellos. Algunos conservaban el recuerdo de su llegada al país y se distinguían de los restantes que vivían en el mismo punto con anterioridad á ellos. Varios se presentaron en son de conquista; otros se retiraron ante los invasores. Estas inmigraciones violentas y estos éxodos eran demasiado antiguos para que estuvieran consignados por escrito; así es que su recuerdo se conservaba por tradición. Los griegos decían que empezaron en el siglo XII (80 años después de la toma de Troya). Este dato carece de valor, puesto que el pueblo de que hablamos no tenía medio de calcular una época tan remota; pero se le admitía sin discusión.

Los habitantes más antiguos de Grecia se llamaban

los pelasgos (nombre que tal vez significa los primitivos) pero no se sabía nada acerca de ellos, y hasta se ignoraba si eran de raza griega ó de alguna otra, y nosotros vivimos en análoga ignorancia. Tampoco se sabe cómo se cambió ese nombre en el de helenos, expresión que no se encuentra todavía en los poemas homéricos. Pero se sabe que diversos países conservaban señales de una conquista y de una invasión. Un pueblo bárbaro llegado del Epiro (hoy la Albania) invadió la gran llanura del Peneo, que después se llamó Tesalia; los recién venidos formaron una nobleza de caballeros y los antiguos habitantes que no perecieron, se vieron reducidos á labrar la tierra como arrendatarios. Los que prefirieron no someterse pasaron al valle del Cefiso, que tomó su nombre y se llamó Beocia.

Más tarde, un pequeño pueblo de montañeses, los dorios, procedentes de las montañas del Pindo, atravesó el istmo de Corinto, invadió el Peloponeso, y se estableció en los países más ricos, la Laconia, la Mesenia, la Argólida, en Siciona, Corinto y Megara. Estos referían que habían sido llamados por los antiguos soberanos del país, los Heráclidas (descendientes del dios Heracles) para vencer á sus vasallos rebelados y restaurarlo en el trono; y en efecto, los reyes de Esparta se consideraban, no como dorios, sino como descendientes de los antiguos habitantes. El pueblo que ocupaba los países invadidos por los dorios se vió reducido á la condición de labradores.

Una banda de etolios, que había acompañado á los dorios, se apoderó de la Elida al oeste.

Los antiguos habitantes, los aqueanos, que no quisieron someterse, se dirigieron hacia la costa norte del Peloponeso, arrojaron de allí á los jonios y fundaron las doce ciudades aqueas.

Los jonios expulsados se refugiaron en el Ática, donde

se confundieron con los antiguos habitantes; á partir de entonces, los atenienses fueron considerados como un pueblo jonio.

También ocurrió que de esos diferentes pueblos se desprendieron algunos grupos, que marcharon á establecer colonias allende el mar; los más antiguos fueron los de los eolios en Asia; después desembarcaron en la misma costa algunos jonios, y los dorios ocuparon la Creta.

Más adelante colonizaron los griegos la Sicilia y la Italia meridional.

Los dorios. — Llamaban *dorios* á los descendientes de los montañeses llegados del norte que habían expulsado ó sometido á las habitantes de las llanuras y de la costa de la Grecia meridional (el *Peloponeso*). Estos invasores contaban que unos reyes de Esparta, descendientes de Hércules, expulsados por sus súbditos, se refugiaron en sus montañas. Ellos, los dorios, los siguieron por amor á Hércules y los restauraron en su trono, despojando al mismo tiempo á los habitantes y ocupando su puesto. — Eran una raza hermosa, robusta y sana, acostumbrada al frío, al alimento grosero y vida pobre. Hombres y mujeres llevaban una pequeña túnica que no bajaba de la rodilla. Hablaban un idioma áspero y primitivo. Fué un pueblo de soldados, obligado á mantenerse siempre sobre las armas; el menos civilizado de Grecia, por-



Trajes dóricos.

que como habitaba lejos del mar, conservó las costumbres de la época bárbara; y sin embargo, fué igualmente



Trajes jónicos.

el más griego de todos, porque como vivía aislado, no pudo



Trajes de mujeres jónicas.

mezclarse con los extranjeros ni imitar sus costumbres.

Los jonios. — Los pueblos del Ática, de las islas y

del Asia se llamaban *jonios*, nombre cuyo origen se ignora. Esta raza es, al contrario que los dorios, dada á la navegación y el comercio, la más culta de Grecia, porque se ha instruído por el trato con los pueblos más civilizados de Oriente, y al mismo tiempo la menos griega porque se mezcla con los asiáticos y adopta en parte sus costumbres. Son pacíficos é industriosos, llevan vida lujosa, hablan una lengua suave y usan largos trajes que les arrastran (1), á manera de los orientales.

Los helenos. — Las razas más notables y opuestas de Grecia son, pues, los dorios y los jonios. Esparta es dórica, Atenas jónica; pero la mayoría de los habitantes de la península no pertenecen á ninguna de ellas: llámanlo *eolios*, nombre vago que incluye pueblos muy diferentes: eolios, acarnanios, focidios, beocios, en la Grecia central; aqueos en el Peloponeso. Desde entonces toman el nombre de *helenos*, que después se les ha dado siempre. ¿De dónde procede? Tan poco lo saben ellos como nosotros; lo único que decían es que Doro y Eolo eran hijos de Hellen y Ion su nieto.

LAS COLONIAS DE LOS GLIEGOS.

La colonización griega. — Los helenos no habitaban solamente la Grecia, sino que colonias salidas de sus ciudades fueron á fundar otras nuevas en las regiones próximas. Había pequeños Estados griegos de ese origen en todas las islas del Archipiélago, en la costa de Asia Menor, en Creta, Chipre, en el Cáucaso y Crimea, á lo largo de Turquía de Europa, entonces llamada Tracia; en la costa de Africa, en Sicilia, en la Italia del sur y hasta en las costas de Francia y de España.

(1) Un poeta antiguo los llama « Jonios de largas túnicas. »

Carácter de estas colonias. — Las colonias griegas databan de todas las épocas, desde el siglo XII hasta el V antes de J. C.; salieron de todas las ciudades y las fundaron todas las razas, dórica, jónica, eólica, ya en un sitio desierto, ya en un país habitado, ya mediante la conquista, ya con el consentimiento de los indígenas; sus creadores fueron marinos unas veces, y otras desterrados, traficantes ó aventureros. Pero no obstante esta diversidad de tiempo, lugar, raza y origen, todas tenían un carácter común: el de haber sido establecidas de un golpe y con arreglo á ciertas reglas fijas. Los colonos griegos no llegaban uno á uno ó en pequeñas bandas, ni procedían al acaso, edificando hoy una habitación y otra mañana hasta constituir una ciudad, según hacen los colonos europeos de América. Todos ellos se ponían en marcha al mismo tiempo bajo la dirección de un jefe, y la nueva ciudad surgía en un solo día. Esta creación era una ceremonia religiosa: el *fundador* trazaba un recinto sagrado y construía un altar en que se encendía un fuego también santo.

Tradiciones relativas á las colonias. — Los antiguos relatos sobre la fundación de algunas de esas colonias indican hasta qué punto eran distintas de las modernas. Hé aquí cómo referían los principios de Marsella. Euxenio, ciudadano de Focea, que llegó á la Galia, á bordo de un buque de comercio, fué convidado por un jefe galo á las bodas de su hija. Con arreglo á la costumbre de ese pueblo, al fin de la comida entró la joven con una copa que debía presentar al elegido de su corazón, y parándose delante del griego le tendió la copa. Este acto inesperando pareció una inspiración del cielo; el jefe galo dió su hija á Euxenio y le permitió fundar con sus compañeros una ciudad en el golfo de Marsella. Cuando más adelante vieron los focios sitiada su ciudad por los persas, embarcaron sus familias, sus muebles, las estatuas y alhajas de su templo y se hicieron á la mar; en ese momento arrojaron al agua una masa de hierro hecho ascua y juraron no volver nunca á Focea, hasta que ese hierro subiera de nuevo á la supeficie. Muchos de ellos violaron el juramento y volvieron; pero los restantes continuaron su navegación y al cabo de infinitas aventuras llegaron á Marsella.

Los jonios que fundaron la ciudad de Mileto no llevaron consigo mujeres; así fué que se apoderaron de una ciudad habitada por los indígenas del Asia, dieron muerte á todos los hombres y se casaron por fuerza con las mujeres y las hijas de sus víctimas. Éstas juraron todas en su indignación no comer nunca con sus maridos y no darles jamás el nombre de esposos, y esta costumbre se conservó por espacio de algunos siglos entre las mujeres de Mileto.

La colonia de Cirene en África fué fundada por orden expresa del oráculo de Apolo. Los habitantes de Tera, que habían recibido esta orden, no acogieron con gusto la idea de marchar á países desconocidos. Así fué que no cedieron sino al cabo de siete años, porque su isla sufría de gran sequía y se imaginaron que este era un castigo impuesto por Apolo. Los que habían ido á fundar la colonia por fuerza, quisieron volver; pero sus conciudadanos los atacaron obligándolos á volverse. Después de pasar dos años en una isla donde todo les salía mal, lograron por fin establecerse definitivamente en Cirene, que no tardó en ser una ciudad próspera (1).

Importancia de las colonias. — Los colonos formaban en los puntos donde se establecían un nuevo

(1) Este interesantísimo relato se encuentra con sus detalles en Herodoto, IV, 150-158.

Estado absolutamente independiente del que le diera origen. Así fué que todo el Mediterráneo acabó por ver cubiertas sus riberas de ciudades griegas independientes unas de otras. Muchas de ellas llegaron á ser más ricas y poderosas pue sus metrópolis, pues poseían territorio más vasto y fértil y, en consecuencia, mayor población. Sibaris tenía, según cuentan, 300.000 hombres en estado de llevar las armas. Crotona pudo poner en pie de guerra 120.000. Siracusa en Sicilia y Mileto en Asia superaron en fuerzas aun á Esparta y Atenas. La Italia del sur se denominó *Grecia Mayor*, y, en efecto, en comparación con esta extensa región cubierta de colonos griegos, los países de donde ellos procedían eran realmente una Grecia Menor. Así fué que, los helenos no nacidos en Grecia superaban en número á los otros. Muchos de los hombres célebres de entonces nacieron en las colonias : tal pasó con Homero, Alceo, Safo, Tales, Pitágoras, Heráclito, Demócrito, Empédocles, Aristóteles, Arquímedes, Teócrito y muchísimos más.

Las ciudades. — Sea cual fuere el país en que se establecieron, los helenos siguieron divididos en pequeños pueblos como en tiempo de Homero. Las montañas y el mar dividen el suelo de Grecia y el de Italia del Sur en multitud de pequeños cantones naturales, cada uno de ellos separado del inmediato por un brazo de mar ó una muralla de rocas, de modo que es fácil la defensa y difíciles las comunicaciones. Cada cantón formaba un Estado independiente llamado *ciudad*. Había más de ciento y, contando las colonias, más de mil. — Para los modernos, un Estado griego era una miniatura. El Ática entera no llega á la mitad del departamento francés más pequeño, y el territorio de Corinto ó de Megara se reduce á lo que hoy son afueras de una capital.

Generalmente, el Estado no es sino una ciudad con una playa, un puerto y algunas aldeas dispersas en la campiña en torno de una ciudadela. De un Estado se ven la ciudadela, las montañas ó el puerto del Estado inmediato. Muchos de ellos sólo cuentan unos miles de habitantes y los mayores apenas doscientos ó trescientos mil.

Los helenos no formaron nunca un cuerpo nacional, ni cesaron jamás en combatirse y destruirse mutuamente. Sin embargo, todos ellos hablaban la misma lengua, adoraban los mismos dioses y llevaban la misma vida, desde las costas de España hasta el fondo del mar Negro. En estos caracteres se fundaba su pretensión de constituir una misma raza y se distinguían de los demás pueblos, que miraban con desprecio, llamándolos bárbaros.

VII. — LA RELIGION GRIEGA.

La Iliada y la Odisea. — *Los himnos homéricos* PAUSANIAS, *Viaje á Grecia*. — DECHARME, *Mitologia de Grecia*. — COLIGNON, *Mitologia figurada de la Grecia*. — GROTE, *Historia griega*. — TAINE, *Filosofía del arte en Grecia*. — FUSTEL DE COULANGES, *La Ciudad antigua*.

LOS DIOSES.

Politeismo. — Los griegos tenían numerosas deidades, como todos los antiguos aryas. Faltábales el sentimiento de lo infinito y de la eternidad, y no concebían un Dios único para el cual la tierra no es sino un peldaño y el cielo una tienda. Toda fuerza de la naturaleza, el aire, el sol, el mar, es para ellos una fuerza divina ; y como no pueden creer que una sola causa produzca fenómenos tan diversos, atribuyen cada una á un dios particular. Así es que creen en gran número de deidades : son *politeistas*.

Estado absolutamente independiente del que le diera origen. Así fué que todo el Mediterráneo acabó por ver cubiertas sus riberas de ciudades griegas independientes unas de otras. Muchas de ellas llegaron á ser más ricas y poderosas pue sus metrópolis, pues poseían territorio más vasto y fértil y, en consecuencia, mayor población. Sibaris tenía, según cuentan, 300.000 hombres en estado de llevar las armas. Crotona pudo poner en pie de guerra 120.000. Siracusa en Sicilia y Mileto en Asia superaron en fuerzas aun á Esparta y Atenas. La Italia del sur se denominó *Grecia Mayor*, y en efecto, en comparación con esta extensa región cubierta de colonos griegos, los países de donde ellos procedían eran realmente una Grecia Menor. Así fué que los helenos no nacidos en Grecia superaban en número á los otros. Muchos de los hombres célebres de entonces nacieron en las colonias : tal pasó con Homero, Alceo, Safo, Tales, Pitágoras, Heráclito, Demócrito, Empédocles, Aristóteles, Arquímedes, Teócrito y muchísimos más.

Las ciudades. — Sea cual fuere el país en que se establecieron, los helenos siguieron divididos en pequeños pueblos como en tiempo de Homero. Las montañas y el mar dividen el suelo de Grecia y el de Italia del Sur en multitud de pequeños cantones naturales, cada uno de ellos separado del inmediato por un brazo de mar ó una muralla de rocas, de modo que es fácil la defensa y difíciles las comunicaciones. Cada cantón formaba un Estado independiente llamado *ciudad*. Había más de ciento y, contando las colonias, más de mil. — Para los modernos, un Estado griego era una miniatura. El Ática entera no llega á la mitad del departamento francés más pequeño, y el territorio de Corinto ó de Megara se reduce á lo que hoy son afueras de una capital.

Generalmente, el Estado no es sino una ciudad con una playa, un puerto y algunas aldeas dispersas en la campiña en torno de una ciudadela. De un Estado se ven la ciudadela, las montañas ó el puerto del Estado inmediato. Muchos de ellos sólo cuentan unos miles de habitantes y los mayores apenas doscientos ó trescientos mil.

Los helenos no formaron nunca un cuerpo nacional, ni cesaron jamás en combatirse y destruirse mutuamente. Sin embargo, todos ellos hablaban la misma lengua, adoraban los mismos dioses y llevaban la misma vida, desde las costas de España hasta el fondo del mar Negro. En estos caracteres se fundaba su pretensión de constituir una misma raza y se distinguían de los demás pueblos, que miraban con desprecio, llamándolos bárbaros.

VII. — LA RELIGION GRIEGA.

La Iliada y la Odisea. — *Los himnos homéricos* PAUSANIAS, *Viaje á Grecia.* — DECHARME, *Mitologia de Grecia.* — COLIGNON, *Mitologia figurada de la Grecia.* — GROTE, *Historia griega.* — TAINE, *Filosofía del arte en Grecia.* — FUSTEL DE COULANGES, *La Ciudad antigua.*

LOS DIOSES.

Politeismo. — Los griegos tenían numerosas deidades, como todos los antiguos aryas. Faltábales el sentimiento de lo infinito y de la eternidad, y no concebían un Dios único para el cual la tierra no es sino un peldaño y el cielo una tienda. Toda fuerza de la naturaleza, el aire, el sol, el mar, es para ellos una fuerza divina ; y como no pueden creer que una sola causa produzca fenómenos tan diversos, atribuyen cada una á un dios particular. Así es que creen en gran número de deidades : son *politeistas*.

Antropomorfismo. — Cada dios es una fuerza de la naturaleza y lleva nombre distinto. Y como el pueblo de que hablamos tenía viva imaginación, se representan bajo aquel nombre un ser vivo, que reviste la forma más bella, la humana. Así es que consideran un dios ó una diosa como un hombre ó una mujer hermosas. Cuando Ulises ó Telémaco encuentran una persona alta y bella, empiezan por preguntarle si no es un dios. En el escudo de Aquiles está pintado un ejército. Al describirla Homero añade: Ares y Ateneo la conducían, vestidos ambos de oro, hermosos y altos *según conviene á los dioses*, pues los hombres eran más pequeños. Los dioses griegos son hombres que poseen trajes, palacios, cuerpo semejante al nuestro y que pueden, ya que no morir, al menos ser heridos. Homero cuenta que Ares, el dios de la guerra, herido por un adversario, huyó lanzando alaridos de dolor. Esta costumbre de crearse dioses parecidos al hombre es lo que se llama *antropomorfismo*.

Mitología. — Como los dioses son de naturaleza humana, tienen padres, hijos y una familia. Su madre es una deidad, lo mismo que sus hermanos, y sus hijos son dioses ú hombres semidivinos (semidioses). Esta genealogía sagrada es lo que se llama *teogonia*. También tienen una historia de modo que se conoce su origen y se saben sus aventuras y sus hazañas. Por ejemplo, Apolo nació en la isla de Delos, donde se había refugiado su madre Latona, y mató un monstruo que devastaba el país situado al pie del Monte Parnaso. Cada cantón griego poseía sus tradiciones relativamente á los dioses, tradiciones que recibían el nombre de *mitos* (relatos); su conjunto era la *mitologia* ó historia de los dioses.

Los dioses locales. — Los dioses griegos seguían siendo, no obstante su figura humana, una fuerza de la naturaleza, lo mismo que al principio. Se los representaban como hombres y fuerzas naturales al mismo tiempo. La Náyade es una joven y una fuente á la vez. Homero se imagina como un dios al río Xanto y sin embargo agrega. « El Xanto se arrojó sobre Aquiles, hirviendo de furor, lleno de ruido, de espuma y de cadáveres. » Aun el pueblo decía: Zeus llueve ó Zeus truena. Para un griego, el dios era ante todo lluvia, torrente, cielo ó sol; y no el cielo, el sol, la tierra en general, sino el pedazo de cielo que lo cobijaba, la tierra de su cantón, el río que le suministraba el agua. Así es que cada ciudad tenía sus divinidades, su dios-sol, su diosa-tierra, su dios-mar, que no se confundían con el sol, la tierra, el mar de la ciudad vecina. El Zeus de Esparta no es el de Atenas; á veces invocan en un mismo juramento dos Ateneos ó dos Apolos. Un viajero que recorría la Grecia (1) se encontraba, pues, con miles de dioses locales (los llamaban *poliades*, dioses de la ciudad). No había torrente, bosque ó montaña que no tuviera su divinidad propia (2) con frecuencia desprovista de importancia, y que sólo era adorada por las gentes de las cercanías, teniendo por todo santuario, una gruta abierta en las peñas.

Los dioses mayores. — Por encima de la innumerable legión de los dioses menores de cada cantón, imaginaban los griegos algunas divinidades mayores, el Cielo, el Sol, la Tierra, el Mar, que se llamaban en todas partes de la misma manera, y que tenían en todas partes su templo y su santuario. Cada una representaba una de las principales fuerzas de la naturaleza. Estos dioses comu-

(1) Véase el relato del viajero Pausanias.
(2) Hesiodo dice: « En la fecunda tierra hay 30.000 dioses. »

nes á todos los griegos no fueron nunca muy numerosos; contándolos todos se llega difícilmente á veinte (1). Nosotros hemos adquirido la mala costumbre de darles el nombre de un dios latino. Hé aquí cómo se llamaban en realidad :

Zeus (Júpiter), — Hera (Juno), — Atenea (Minerva), — Apolo, — Artemisa (Diana), — Hermes (Mercurio), — Hefaistos (Vulcano). — Hestia (Vesta). — Ares (Marte), — Afrodita (Venus), — Poseidón (Neptuno), — Anfitrite, — Proteo. — Cronos (Saturno), — Rea (Cibeles), — Deméter (Ceres), — Persefone (Proserpina), — Hades (Plutón), — Dionisio (Baco).

Esta reducida cantidad de dioses era la que se adoraba ordinariamente en casi todos los templos, y que había costumbre de invocar en las oraciones.

Atributos de los dioses. — Cada uno de estos dioses tiene su figura propia, su traje, sus instrumentos (lo que se denomina sus *atributos*); así es como los fieles se los imaginaban y como los representan los escultores (2). Cada cual tiene su carácter, perfectamente conocido por sus adoradores; cada cual desempeña en el mundo papel y funciones determinadas, ordinariamente con ayuda de divinidades secundarias que le obedecen.

Atenea, virgen de claros ojos, es representada en pie, armada con una lanza, un casco en la cabeza y en el pecho brillante armadura. Esta es la diosa del aire límpido, de la sabiduría, de la invención, deidad severa y majestuosa.

(1) Los eruditos griegos habían formado una sociedad escogida de 12 dioses y diosas, pero la elección era arbitraria, y no todos aceptaban los mismos nombres.

(2) Los griegos de los diversos países y épocas representaban con frecuencia el mismo dios con formas diferentes. Así es que la mayor parte de ellos parecen no tener atributos precisos y determinados. La razón de esto es que no en todas partes les daban los mismos.

Hefaistos, dios del fuego, es representado con un martillo, bajo el aspecto de un herrero cojo y feo. Él es quien fabrica el rayo.

Artemisa, virgen agreste, armada de arco y carcax, recorre los bosques, cazando con una banda de ninfas. Esta es la diosa de los bosques, de la caza y de la muerte.



Artemisa. Hefaistos.

Hermes, á quien representan con sandalias aladas, es el dios de la lluvia que fecunda; pero tiene otras misiones, como cuidar de las calles y de las plazas, y proteger el comercio y á los ladrones; es el dios de la elocuencia. Guía las almas de los muertos, es el mensajero de los dioses, y cuida de la cría del ganado.

Un dios griego desempeña casi siempre varias funciones que á nosotros nos parecen muy distintas, pero entre las cuales encontraban ciertas relaciones los griegos.

El Olimpo y Zeus. — Cada uno de estos dioses es como un rey en su territorio. Sin embargo, los griegos habían observado que las fuerzas de la naturaleza no

obran al acaso y que actúan siempre reunidas; y se servían de la misma palabra para decir *orden* y *universo*. Así fué que supusieron que sus dioses se concertaban para dirigir las cosas del mundo, y que tenían leyes y un gobierno que obedecer lo mismo que los hombres. En el norte de Grecia había una montaña de nevada cima que ningún hombre había subido, el Olimpo. Allí es donde se supuso que los dioses celebraban sus asambleas, en medio de las nubes que ocultan la cúspide del monte. Discutían los negocios del mundo reunidos en celeste luz. El más poderoso de todos presidía: era Zeus, el dios del cielo y de la luz, el « que aglomera las nubes » y que lanza el rayo, anciano majestuoso de luenga barba, sentado en un trono de oro. Él manda y los restantes dioses acatan su autoridad. Si alguno se atreve á resistir, Zeus lo amenaza; hé aquí las palabras que Homero pone en su boca (1): « Atad al cielo una cadena de oro de que todos vosotros, dioses y diosas, os colgaréis. Todos vuestros esfuerzos reunidos no arrastrarán hacia la tierra á Zeus, el soberano ordenador. Por el contrario, si yo quisiera tirar de la cadena, me llevaría con ella la tierra y aun el mar. Después la ataría en la cima del Olimpo y allí quedaría colgado todo el universo. Tanta es mi superioridad sobre los dioses y los hombres. »

Moralidad de la mitología griega. — Los griegos se imaginaban la mayor parte de sus dioses como seres violentos, sanguinarios, mentirosos y de relajadas costumbres, y les atribuían acciones poco honradas y aventuras escandalosas. Hermes era conocido como ladrón, Afrodita era célebre por su coquetería, Ares por su ferocidad. Todos ellos eran tan vanidosos, que perseguían á los que no les hacían sacrificios. Bastó que Niobe se jactara de poseer numerosa familia para que Apolo le matara á flechazos sus hijos. Eran tan celosos, que no podían ver un hombre enteramente feliz; los griegos consideraban una prosperidad demasiado grande como el mayor de los peligros, pues atraía infaliblemente la cólera de los dioses; á esta ira la convirtieron á su vez en una deidad, *Nemesis*, y referían anécdotas como ésta: Policrato de Samos, que había llegado á ser muy poderoso, tuvo un día miedo de la ira de los dioses; para que su dicha no fuera completa, arrojó al mar un anillo de oro cuya posesión le contentaba mucho. Poco después, un pescador llevó á Policrato un enorme pez, que se había tragado el anillo. Esto era anuncio seguro de desgracia. Policrato fué sitiado en su ciudad, hecho prisionero y crucificado. Los dioses castigaban su dicha.

(1) Iliada, VIII, 18.

La mitología griega era inmoral en el sentido de que los dioses daban malos ejemplos á los hombres. Ya lo decían los filósofos griegos, indignándose contra los poetas que habían difundido esos relatos. Un discípulo de Pitágoras contaba que habiendo bajado su maestro á los infiernos, había visto el alma de Homero colgando de un árbol y la de Hesiodo atada á una columna, en castigo de haber calumniado á los dioses. « Homero y Hesiodo, decía Jenófanes, han atribuído á los dioses todos los actos que entre los hombres son censurables y vergonzosos. No hay más que un dios, que no se parece á los mortales en el cuerpo ni en el espíritu. » Y luego añadía esta profunda reflexión: « Si los bueyes y los leones tuvieran manos y pudieran dibujar como los hombres, habrían dado á sus dioses cuerpos parecidos á los suyos propios, los caballos cuerpos de caballos,

los bueyes de bueyes... Los hombres piensan que los dioses tienen sus sentimientos, su voz y su mismo cuerpo. » Jenófanes decía la verdad: los griegos primitivos imaginaron dioses á su imagen y semejanzas, haciéndolos, según eran ellos entonces, sanguinarios, falsos, envidiosos y llenos de vanidad. Cuando con el tiempo mejoraron sus costumbres, sus descendientes empezaron á considerar con escándalo esos vicios; pero como la historia y carácter de las divinidades estaban determinados por antiguos relatos, las nuevas generaciones aceptaron, sin atreverse á cambiarlos, los dioses groseros y perversos de sus mayores.

LOS HÉROES.

El héroe. — En Grecia el héroe es un hombre notable que después de su muerte se ha convertido en un espíritu poderoso, no un dios, sino un semidiós. Los héroes no habitan en el Olimpo, en el cielo de los dioses, ni dirigen el conjunto de las cosas. Sin embargo, también ellos tienen poder superior á cualquiera humano, que les permite ayudar á sus amigos y destruir á sus enemigos. Así es que los griegos les tributan culto como á los dioses é imploran su protección. No hay ciudad, ni tribu, ni familia que no tenga su héroe, fantasma protector á que tributa adoración.

Diversas clases de héroes. — Muchos de estos héroes son personajes legendarios (Aquiles, Ulises, Agamenón); otros (Heráclео, Edipo) no existieron probablemente nunca; los hay, como Helen, Doro y Eolo, que son simples nombres. Pero sus adoradores los consideraban como hombres de otras edades, y en efecto, la mayor parte de los héroes existieron, siendo muchos

de ellos personajes históricos: generales como Leonidas y Lisandro, filósofos como Demócrito y Aristóteles, legisladores como Licurgo y Solón. Las gentes de Crotona llegaron hasta adorar á uno de sus conciudadanos, llamado Filipo, por haber sido en su tiempo el hombre más hermoso de Grecia. El jefe que había guiado á los colonos y fundado una ciudad, pasaba á ser para los habitantes *héroe fundador*, al cual erigían un templo, ofreciéndole sacrificios cada año. El ateniense Milciades era venerado de este modo en una ciudad de Tracia. El espartano Brasidas, que murió defendiendo Anfipolis, tenía su culto en esta ciudad, porque los habitantes habían querido considerarlo como fundador de ella.

Presencia de los héroes. — El héroe continuaba residiendo en el país donde estaba enterrado su cuerpo, sea en su tumba, sea en los alrededores. Herodoto (1) refiere una historia que pinta de manera muy viva esta creencia. La ciudad de Sicione adoraba al héroe Adrasto, y en la plaza pública había un santuario en honra suya. El tirano de Sicione, Clistenes, tuvo la idea de librarse de ese héroe, y fué á preguntar al oráculo de Delfos si lograría expulsar á Adrasto de su ciudad. El oráculo le contestó que éste era rey de los sicionianos y él un bandido. Clistenes no se atrevió con esto á expulsar al héroe y se valió de una astucia; al efecto mandó á buscar á Tebas los huesos de otro héroe, Melanipo, y los instaló con gran pompa en el santuario de Sicione. « Procedió de este modo, dice Herodoto, porque Melanipo había sido en vida el mayor enemigo de Adrasto, á quien le mató su hermano y su yerno. » Después atribuyó á Melanipo las fiestas y sacrificios que

(1) Herodoto, V, 67.

hasta entonces se tributaban á su rival. Clistenes estaba persuadido, y lo mismo todos los griegos, que Adrasto, lleno de ira, abandonaría la ciudad.

Intervención de los héroes. — Los héroes tienen una fuerza divina, y pueden, como los dioses, enviar á los hombres bienes ó males. El poeta Estesícoro había hablado mal de la famosa Elena (la que según la leyenda fué llevada á Troya); esto le valió quedarse ciego y cuando se retractó, recobró la vista. Se supone que Elena, convertida en semidiosa después de su muerte, envió primero al poeta la enfermedad y la curación después. — Los héroes protectores de una ciudad apartaban de ella las enfermedades y el hambre y hasta combatían contra sus enemigos. En la batalla de Maratón, los soldados atenienses vieron en medio de ellos á Teseo, el héroe fundador de Atenas, cubierto con brillante armadura. Durante la batalla de Salamina, Ajax y Telamón, héroes que fueron en otro tiempo reyes de dicha ciudad, se aparecieron en la cima más elevada de la isla, extendiendo sus manos en dirección de la escuadra griega. « Los dioses y los héroes, que no nosotros, decía Temístocles, son los que han vencido á los persas. » En una tragedia de Sófocles, *Edipo en Colona*, Edipo recibe, cuando está á punto de morir, la visita del rey de Atenas y de Tebas; ambos le piden que consienta en dejar enterrar su cuerpo en su respectivo territorio y en convertirse en héroe protector suyo. El moribundo acepta la proposición del ateniense y dice al rey: « Una vez muerto, no seré un habitante inútil de esta región, sino que constituiré para vosotros baluarte superior á millones de combatientes. » Un héroe valía por sí solo tanto como un ejército entero; ese espectro era más temible que todos los hombres vivos.

EL CULTO.

Principios del culto de los dioses. — Unos dioses y héroes tan poderosos derramaban según querían todos los bienes ó todos los males sobre los hombres. Era peligroso tenerlos por enemigo y prudente que fueran amigos. Creíanlos semejantes á los hombres, irritados cuando no se ocupaban de ellos, contentos en el caso contrario. Tal era la razón del culto, que consistía en hacer cosas gratas á los dioses, para alcanzar así sus favores. Platón expresa en estos términos (1) la opinión del vulgo: « La piedad, que hace prosperar á los particulares y al Estado, consiste en saber decir y hacer cosas agradables á los dioses, sea en las oraciones, sea en las ofrendas. Lo contrario es la impiedad, que todo lo destruye. » — « Es natural, dice Jenofonte al final de su *Tratado sobre la caballería*, que los dioses favorezcan principalmente á los que no sólo los consultan en sus angustias, sino que los honran en el seno de la prosperidad. » La religión era ante todo un contrato: el griego procuraba dar gusto á los dioses, y en cambio le pedía favores. « Hace mucho tiempo, dice un sacerdote de Apolo á su dios (2), que quemo toros gordos en honra tuya; ahora, atiende tú mis votos y lanza tus flechas contra mis enemigos. »

Las grandes fiestas. — Como los dioses tenían los sentimientos del hombre, se hacía para agradarles lo que se hubiese hecho para complacer á seres humanos. Llevábanles leche, vino, pasteles, fruta y carne; edificábanles palacios; y les daban fiestas, pues eran « unos

(1) En el *Diálogo de Eutifrón*.
(2) Iliada, I, 37.

dioses alegres » que gustaban de los regocijos y los espectáculos. Una fiesta era, no como entre nosotros una diversión, sino una ceremonia religiosa. En esos días estaba prohibido trabajar y había que regocijarse en público delante del dios. Sin duda el griego se alegraba, pero hacía las fiestas por sus dioses y no por sí mismo. « Los jonios, dice á Apolo un antiguo himno, se divierten con el pugilato, el canto y el baile. »

Los juegos solemnes. — Estos regocijos fueron el origen de los juegos solemnes. Cada ciudad celebraba algunos en honra de sus dioses, no admitiendo en tal caso más que á sus ciudadanos; pero en cuatro puntos de Grecia (1) había otros á que podían asistir todos los helenos; llamábanlos los *cuatro juegos mayores*, y los principales eran los de Olimpia, que se celebraban cada cuatro años en honra de Zeus, durante cinco ó seis días. La multitud, que acudía de todos los puntos de Grecia, llenaba el circo. Se empezaba por sacrificar víctimas y por dirigir un ruego á Zeus y á los demás dioses. Después venían los certámenes, á saber :

La carrera á pie en torno del estadio;

El combate llamado *pentatlo* porque comprendía cinco ejercicios : los concurrentes debían saltar, correr de un punto del estadio á otro, lanzar á lo lejos el disco de metal, arrojar dardos y luchar cuerpo á cuerpo;

El pugilato, en que se luchaba con los brazos cubiertos de tiras de cuero;

Las carreras de carros que se efectuaban en el hipódromo; los carros eran ligeros y cada tiro se componía de cuatro caballos.

Los jueces de los juegos se presentaban vestidos de púrpura y coronados de laureles. Después del combate,

(1) Olimpia, Delfos, Nemea y el istmo de Corinto.

un heraldo proclamaba ante la asamblea entera el nombre del vencedor y de su ciudad. El premio consistía sólo en una corona de olivo; pero cuando el vencedor volvía á su patria, sus conciudadanos lo recibían en triunfo y en ocasiones derribaban un lienzo de muralla para que entrara por allí. Llegaba en un carro de cuatro caballos, vestido de púrpura y escortado por todo el pueblo. « Estas victorias, que nosotros dejamos hoy para los hércules ambulantes, parecían entonces las mayores de todas. Los poetas más ilustres las celebraban; Píndaro, el primer lírico de la antigüedad, no hizo sino cantar carreras de carros. Cuéntase que un tal Diágoras vió en un mismo día coronar como vencedores á sus dos hijos; éstos lo pasearon en triunfo ante la asamblea. El pueblo, que consideraba demasiado grande para un mortal semejante dicha, le gritaba : Muere, Diágoras, pues sea como fuere no puedes aspirar á convertirte en dios. » Y el anciano falleció efectivamente en brazos de sus hijos sofocado por la emoción; para él como para todos los griegos, el colmo de la felicidad terrestre consistía en saber que sus hijos tenían los puños más robustos y las piernas más ágiles de toda Grecia (1). » Los griegos tenían motivo para admirar tanto la fuerza física; en sus guerras, donde se combatía cuerpo á cuerpo, los mejores soldados eran los atletas más vigorosos.

Los presagios. — En cambio de tantos homenajes, fiestas y ofrendas, los griegos esperaban de sus dioses multitud de servicios. Éstos protegían á sus devotos, enviándoles la salud, la riqueza y la victoria. Les daban aviso de las desgracias que los amenazaban, presentando ante sus ojos ciertos signos que los hom-

(1) Taine, *Filosofía del arte*.

bres interpretaban, los *presagios*. Herodoto (1) dice: « Cuando una ciudad debe experimentar alguna gran desgracia, su infortunio viene siempre precedido por algunos signos. Las gentes de Chio tuvieron presagios de su derrota; de un coro de cien jóvenes que habían mandado á Delfos, sólo volvieron dos, habiendo perecido de la peste los restantes. Por esa misma época se derrumbó encima de los niños que aprendían á leer el techo de una escuela; de ciento veinte que eran, sólo se salvó uno. Tales fueron los anuncios previos que les envió lo divinidad. »

Los griegos consideraban como signos divinos los ensueños, el vuelo de las aves que cruzaban el firmamento, las entrañas de los animales que sacrificaban, en una palabra, cuanto veían, desde los temblores de tierra y los eclipses hasta un simple estornudo. Durante la expedición á Sicilia, Nicias, general de los atenienses, fué detenido por un eclipse de luna; esto le hace pensar que los dioses han enviado ese prodigio para indicar á los atenienses que no continúen su empresa. Asi es que Nicias espera, permaneciendo en la inacción por espacio de veintisiete días en que hizo á los dioses constantes sacrificios, á fin de calmarlos. Entretanto, sus enemigos cierran el puerto, destruyen sus barcos y exterminan su ejército. Al saberlo, los atenienses no reprochan á Nicias sino una cosa, y es haber ignorado que para un ejército que se retira, la luna que se oculta es un signo favorable. — Durante la retirada de los Diez Mil, su general, Jenofonte. pronunció esta frase al hacerles un discurso (2) : « Con los dioses tenemos la más fundada esperanza de salvarnos con gloria. » En este momento estornudó un soldado, y todos adoran inmediatamente al dios que lés envía este presagio. « Puesto que Zeus nos manda un presagio en el momento de deliberar sobre nuestra salvación, hagamos voto de ofrecerle sacrificios. »

(1) Herodoto, VI, 27.
(2) Jenofonte, *Anabasis*, III, 2.

Los oráculos. — Con frecuencia ocurre que el dios contesta á los fieles, no con un signo mudo, sino por boca de un personaje inspirado. Los creyentes van al santuario en busca de respuesta y de consejos, es decir, de *oráculos*. Los hay en muchos puntos de Grecia y de Asia, estando los más célebres en Dordona de Epiro y en Delfos, al pie del Parnaso. En el primero, quien da las repuestas es Zeus, valiéndose al afecto del susurro de los robles sagrados. En Delfos el consultado es Apolo. Una corriente de aire frío que sale por una hendedura de una gruta situada en su templo es, según los griegos, enviada por el dios, como lo prueba el delirio que acomete á cuantos lo respiran. Sobre ese resquicio se coloca un trípode donde se sienta una mujer (*la pitonisa*), después de prepararse á recibir la inspiración mediante un baño en un manantial sagrado; en seguida la acomete delirio nervioso y lanza gritos y prorrumpe en palabras entrecortadas.

Los anfictionados. — Doce de los más importantes pueblos de Grecia formaron para proteger el santuario de Delfos un *anfictionado ó liga anfictiónica* (1). Los representantes de los aliados se reunían todos los años en Delfos para celebrar la fiesta de Apolo y ver si el templo no tenía nada que temer, pues como contenía inmensas riquezas era posible que alguien pensara en saquearlo. Los habitantes de Cirra, ciudad inmediata á Delfos confiscaron efectivamente esos tesores; pero la

(1) Había asociaciones análogas en Delos, Calauria y Onquesto.

liga anfictiónica les declaró la guerra como á sacrílegos. La población fué tomada y de ella no quedó piedra sobre piedra; los habitantes fueron vendidos como esclavos y el territorio quedó inculto.

No se debe creer, sin embargo, que la asamblea de los anfictiones fuese como un Senado de Grecia. La liga no se ocupaba sino del templo de Apolo, dejando completamente á un lado los asuntos políticos. Ni siquiera impedía que los aliados se batiesen entre sí. El oráculo y la liga anfictiónica de Delfos fueron más poderosos que sus semejantes; pero nunca reunieron á todos los griegos en una sola nación.

VIII. — ESPARTA.

JENOFONTE, *República de los lacedemonios*. — PLUTARCO, *Vida de Licurgo*. — TAINE, *Filosofía del arte en Grecia*. — GROTE, *Historia griega*. — CURTIUS, *Historia griega*.

LA POBLACIÓN.

La Laconia. — Cuando los montañeses dorios invadieron el Peloponeso, la mayor parte se estableció en Esparta, punto de Laconia. Ésta se reduce á un estrecho valle, recorrido por un caudaloso torrente (el Eurotas) entre dos enormes cordilleras de nevadas cimas. Un poeta la describe de este modo : « País rico en tierras de labradío, pero difícil de cultivar; es una concavidad limitada por dos montañas de áspera vertiente, agreste é inaccesible á la invasión. » Los dorios de Esparta vivían en ese país cerrado, en medio de los antiguos habitantes, convertidos unos en vasallos y otros en siervos suyos. Así es que en Laconia había tres clases : ilotas, periecos y espartanos.

Los ilotas. — Los ilotas vivían en chozas diseminadas por el campo y cultivaban la tierra; pero ésta no les pertenecía y ni siquiera les era lícito abandonarla. Parecíanse, pues, á los siervos de la edad media, adcritos á la gleba de padre á hijo, y trabajaban para un propietario espartano á quien correspondía la mejor parte de su cosecha. Los espartanos los despreciaban, los temían y los maltrataban. Obligábanlos á vestir de modo muy grosero, les pegaban sin motivo para recordarles su condición de esclavos, y en ocasiones les hacían embriagarse para inspirar á sus hijos horror á la bebida. Un poeta espartano compara á los ilotas con « asnos cargados que vacilan bajo el peso de los fardos que llevan y de los golpes que reciben. »

Los periecos. — Los periecos (que viven alrededor) habitaban un centenar de aldeas en las montañas ó la costa. Éstos navegaban, comerciaban y fabricaban los objetos necesarios á la vida. Eran libres y se administraban con independencia, pero pagaban un tributo á los habitantes de Esparta y les obedecían.

Situación de los espartanos. — Tanto los ilotas como los periecos odiaban á sus señores los espartanos. « Cuando se les habla de ellos, dice Jenofonte (1), no hay ninguno que pueda ocultar el placer que tendría en comérselos vivos. » Una vez estuvo un temblor de tierra á punto de destruir á Esparta; al saberlo, los ilotas acudieron de todas partes, para matar á los espartanos que habían escapado á la catástrofe. Los periecos, por su parte, se sublevaron negándose á obedecer. — Por lo demás, los señores se conducían de modo á propósito para exasperarlos. Después

(1) Jenofonte, *Helénicas*, III, 3, 6.

liga anfictiónica les declaró la guerra como á sacrílegos. La población fué tomada y de ella no quedó piedra sobre piedra; los habitantes fueron vendidos como esclavos y el territorio quedó inculto.

No se debe creer, sin embargo, que la asamblea de los anfictiones fuese como un Senado de Grecia. La liga no se ocupaba sinó del templo de Apolo, dejando completamente á un lado los asuntos políticos. Ni siquiera impedía que los aliados se batiesen entre sí. El oráculo y la liga anfictiónica de Delfos fueron más poderosos que sus semejantes; pero nunca reunieron á todos los griegos en una sola nación.

VIII. — ESPARTA.

JENOFONTE, *República de los lacedemonios*. — PLUTARCO, *Vida de Licurgo*. — TAINE, *Filosofía del arte en Grecia*. — GROTE, *Historia griega*. — CURTIUS, *Historia griega*.

LA POBLACIÓN.

La Laconia. — Cuando los montañeses dorios invadieron el Peloponeso, la mayor parte se estableció en Esparta, punto de Laconia. Ésta se reduce á un estrecho valle, recorrido por un caudaloso torrente (el Eurotas) entre dos enormes cordilleras de nevadas cimas. Un poeta la describe de este modo : « País rico en tierras de labradío, pero difícil de cultivar; es una concavidad limitada por dos montañas de áspera vertiente, agreste é inaccesible á la invasión. » Los dorios de Esparta vivían en ese país cerrado, en medio de los antiguos habitantes, convertidos unos en vasallos y otros en siervos suyos. Así es que en Laconia había tres clases : ilotas, periecos y espartanos.

Los ilotas. — Los ilotas vivían en chozas diseminadas por el campo y cultivaban la tierra; pero ésta no les pertenecía y ni siquiera les era lícito abandonarla. Parecíanse, pues, á los siervos de la edad media, adcritos á la gleba de padre á hijo, y trabajaban para un propietario espartano á quien correspondía la mejor parte de su cosecha. Los espartanos los despreciaban, los temían y los maltrataban. Obligábanlos á vestir de modo muy grosero, les pegaban sin motivo para recordarles su condición de esclavos, y en ocasiones les hacían embriagarse para inspirar á sus hijos horror á la bebida. Un poeta espartano compara á los ilotas con « asnos cargados que vacilan bajo el peso de los fardos que llevan y de los golpes que reciben. »

Los periecos. — Los periecos (que viven alrededor) habitaban un centenar de aldeas en las montañas ó la costa. Éstos navegaban, comerciaban y fabricaban los objetos necesarios á la vida. Eran libres y se administraban con independencia, pero pagaban un tributo á los habitantes de Esparta y les obedecían.

Situación de los espartanos. — Tanto los ilotas como los periecos odiaban á sus señores los espartanos. « Cuando se les habla de ellos, dice Jenofonte (1), no hay ninguno que pueda ocultar el placer que tendría en comérselos vivos. » Una vez estuvo un temblor de tierra á punto de destruir á Esparta; al saberlo, los ilotas acudieron de todas partes, para matar á los espartanos que habían escapado á la catástrofe. Los periecos, por su parte, se sublevaron negándose á obedecer. — Por lo demás, los señores se conducían de modo á propósito para exasperarlos. Después

(1) Jenofonte, *Helénicas*, III, 3, 6.

de una guerra (1) en que muchos ilotas combatieron al lado de sus amos, éstos les ordenaron que designaran ellos mismos á los más distinguidos por su valor, prometiendo declararlos libres. Era una celada para descubrir á los más enérgicos y capaces de sublevarse. Los ilotas designaron 2000, que se pasearon en procesión alrededor de los templos con una corona en la cabeza en prueba de libertad. Después de esto, no se volvió á saber de ellos; y nunca se descubrió cómo los habían destruído.

Ahora bien, los oprimidos eran mucho más numerosos que los opresores. Había, en efecto, 200.000 ilotas, 120.000 periecos y todo lo más 9.000 jefes de familia espartanos. Era por consiguiente indispensable, so pena de muerte, que cada espartano valiese tanto como 20 ilotas. Y siendo los combates cuerpo á cuerpo, era preciso hacer de los opresores hombres ágiles y robustos. Esparta fué una especie de campamento abierto y su pueblo un ejército dispuesto á combatir en todo momento.

LA EDUCACION.

Los hijos varones. — La educación militar empezaba desde la hora del nacimiento. El niño era presentado ante un consejo de revisión: si parecía débil ó deforme se le abandonaba en una montaña, pues un ejército no necesita más que hombres válidos. Los que merecen vivir son retirados desde la edad de siete años del seno de sus familias, y se les educa en común como á los huérfanos de nuestros militares. Andan descalzos y no tienen sino un manto, que es el mismo en invierno y verano. Duermen sobre un haz de cañas y se bañan en

(1) Tucídides, IV, 80.

las aguas frías del Eurotas. Comen poco, de prisa y su alimento es grosero. Así aprenden á no cargarse el estómago. — Forman bandas de ciento, que tienen sus jefes. Con frecuencia se les hace pelear uno con otros á patadas y puñetazos. En la fiesta de Artemisa los azotan hasta hacerles sangre delante de la estatua de la diosa; algunos mueren por consecuencia de los golpes, pero su pundonor les impide exhalar una queja. Así pretenden enseñarlos á luchar y sufrir. — Con frecuencia los dejan sin darles de comer, á fin de que roben su alimento; si se dejan coger, los castigan con severidad. Un niño espartano que había robado una zorra pequeña, ocultándola debajo de su manto se dejó, según parece, devorar el vientre antes que venderse. De este modo los preparaban á buscarse recursos en la guerra. — Andaban mirando al suelo, silenciosos, con las manos debajo del manto, sin volver la cabeza, sin hacer más ruido que una estatua. En la mesa les estaba prohibido hablar y tenían que obedecer á todos los hombres que encontraban. Así los acostumbraban á la disciplina.

Las hembras. — Los restantes griegos conservaban á sus hijas dentro de sus casas, ocupadas en hilar la lana; pero los espartanos quisieron poseer mujeres robustas, capaces de dar á la ciudad hijos vigorosos; por esto las educaban casi como á los varones. En los gimnasios las acostumbraban á correr, saltar, lanzar el disco y el dardo. Un poeta describe un juego en que las muchachas espartanas, « parecidas á potros, con la cabellera flotante, levantan nubes de polvo en torno suyo. » Tenían fama de ser las mujeres más sanas y valerosas de toda Grecia.

La disciplina. — También los hombres llevan vida

perfectamente reglamentada, una existencia de soldados; no se puede permitir que sus fuerzas se relajen cuando están rodeados de enemigos. El espartano empieza á servir á los diez y siete años y así va hasta los sesenta. En la vida civil está todo determinado por un reglamento, como en los cuarteles : el traje, la hora de levantarse y de acostarse, las comidas y los ejercicios. Cuando los espartanos no hacen la guerra, tienen que prepararse á ella, acostumbrándose á correr, saltar y servirse de sus armas; debe ejercitar cada día todas las partes del cuerpo, el cuello, los brazos, los hombros, las piernas. No puede comerciar, ni ejercer una industria, ni cultivar la tierra : es soldado y no puede dejarse apartar de su deber por ningún trabajo. No le es lícito vivir como se le antoja en su familia; comen juntos por compañías y no pueden salir del país sin permiso. Es la disciplina de un regimiento acampado en país enemigo.

El laconismo. — Estos guerreros llevaban vida dura, tenían aspecto orgulloso y altanero y hablaban empleando frases cortas, modo de expresarse que se llamó *laconismo*, y que aun conservan nuestras lenguas. Los griegos citaban multitud de ejemplos de tal costumbre. Cuando una guarnición estaba en peligro de dejarse sorprender, el gobierno le enviaba este mensaje : « ¡ Alerta! » — Un ejército espartano recibe orden del rey de los persas que rinda las armas. El jefe contesta : « Ven á buscarlas. » — Cuando Lisandro tomó á Atenas, escribió á su patria : « Atenas ha caído. »

La música; el baile. — Las artes de este pueblo eran las que convenían á un ejército. Poseían un género de música particular, *el modo dorio*, serio, viril, duro casi. Era una música militar; en los combates marchaban al son de la flauta para conservar el paso. Su baile era un desfile militar. En la *pírrica*, los bailarines llevan sus armas é imitan los movimientos todos de un combate, haciendo como si hiriesen, parasen, retrocediesen ó lanzaran el dardo arrojadizo.

Heroismo de las mujeres. — Las mujeres excitaban á los hombres al combate; sus rasgos de valor eran célebres en Grecia y hasta se les había reunido en libros (1). Una madre espartana que vió volver á su hijo huyendo de un combate, lo mató por su propia mano diciendo : « El Eurotas no corre para los ciervos. » — Otra, á quien dicen que sus cinco hijos han muerto, exclama : « No pregunto eso ¿ha vencido Esparta? — Sí. — Pues corramos á dar gracias á los dioses. »

LAS INSTITUCIONES.

Los reyes y el consejo. — Los espartanos tuvieron en los comienzos, lo mismo que los restantes griegos, reyes, un consejo de ancianos y una asamblea del pueblo; y estas instituciones se conservaron, pero sólo en la forma. Los soberanos, descendientes del Dios Heracles, eran colmados de honras; sentábanlos en las comidas en los sitios de preferencia y les servían ración doble; cuando fallecían, todos los habitantes se vestían de luto. Pero no tenían ningún poder y eran estrechamente vigilados. — El senado se componía de 28 ancianos, miembros de las familias ricas y antiguas y cuya misión era vitalicia; pero no gobernaba.

Los éforos. — Los verdaderos señores de Esparta son los *éforos* (nombre que significa inspectores), 5 magis-

(1) Se ha conservado una colección de Plutarco.

trados elegidos anualmente. Éstos deciden de la paz y de la guerra, juzgan los procesos; cuando el rey manda el ejército, lo acompañan, dirigen las operaciones y hasta lo obligan á regresar á la ciudad. En general, consultan á los senadores y toman una resolución de acuerdo con ellos. Después reunen á los espartanos en una plaza, les notifican lo que se ha acordado y les piden su aprobación. El pueblo aprueba con sus aclamaciones, sin discutir. Se ignora si tenía derecho á rechazar las medidas propuestas; la verdad es que como estaba acostumbrado á obedecer, nunca negaba su asentimiento. De modo que el gobierno estaba en manos de una aristocracia de varias familias. Esparta no era un país de igualdad. Había, en efecto, hombres que se llamaban los *iguales*, pero porque lo eran entre sí; los restantes se denominaban los *inferiores* y no tenían participación ninguna en el gobierno.

El ejército. — Gracias á este régimen (1), pudieron los espartanos conservar sus rudas costumbre de montañeses, pero no tuvieron escultores, ni arquitectos, ni oradores, ni filósofos. Todo lo sacrificaron á la guerra y llegaron á ser « artistas en el arte militar (2) », y los maestros de los demás griegos. Las principales innovaciones que introdujeron son éstas : un método de combate mejor, y un método de ejercicios preferible á los anteriores.

Los hoplitas. — Antes de ellos, los griegos marchaban al combate sin orden ninguno; los jefes corrían delante en sus caballos ó en sus carros ligeros, y los

(1) Según decían, las instituciones de Esparta eran obra de Licurgo, héroe venerado en el país y sobre el cual no se sabe nada cierto.

(2) Expresión de Jenofonte.

infantes les seguían, cada cual armado á su manera, á la desbandada, sin poder ejercer una acción común ó resistir. Una batalla se reducía á una serie de duelos y á una matanza. En Esparta, por el contrario, todos los soldados tienen las mismas armas : para defenderse, la coraza que protege el busto, el casco que resguarda la cabeza, la espinillera para las piernas y el escudo que se mantiene delante del cuerpo; — para atacar, una espada corta y una lanza larga. El hombre armado de



Combate de Aquiles y de Héctor armados como hoplitas.

esta manera se llama *hoplita* (revestido con una armadura). Los hoplitas espartanos están repartidos en regimientos, batallones, compañías y secciones, poco más ó menos como hoy; cada uno de esos grupos está mandado por un oficial, que transmite á sus hombres las órdenes del oficial superior, de tal modo que el general en jefe puede hacer ejecutar el mismo movimiento á todas sus tropas. Este sistema que nos parece hoy tan sencillo, constituía para los griegos asombrosa novedad.

La falange. — Cuando llegan frente al enemigo, los soldados se ponen en línea, ordinariamente en ocho

filas, cada cual muy junto á su vecino, formando una masa compacta que se denomina *falange*. El rey, que manda el ejército, sacrifica una cabra á los dioses; si las entrañas de la víctima son de buen augurio, entona un cántico que todos los soldados repiten en coro. Entonces todos se ponen en movimiento, y con paso rápido, llevando el compás, gracias al sonido de la flauta, se lanzan sobre el enemigo en masas compactas, con la lanza en alto y el escudo delante del cuerpo, lo desbaratan gracias á su coherencia y su empuje, y después se paran á fin de no romper su falange. En efecto, mientras permanecen así, cada cual es protegido por su vecino y forman en totalidad una muralla impenetrable, contra la cual no puede nada el enemigo. Táctica rudimentaria, pero suficiente para vencer á una tropa desordenada; los hombres aislados no son capaces de resistir masa semejante. Los restantes griegos lo comprendieron y en cuanto les fué posible los imitaron. En toda Grecia se armó á los soldados como hoplitas y se adoptó la formación de la falange.

La gimnástica. — Para caer sobre el enemigo en filas compactas y deshacerlo por el choque, se necesitaban hombres ágiles y robustos: el soldado tenía que ser un atleta. Así es que los espartanos organizaron ejercicios corporales; los restantes griegos los imitaron, y la *gimnástica* se convirtió en un arte nacional, el más estimado de todos, el que se premiaba en las grandes fiestas. Una ciudad griega era fácil de conocer en los más distantes y lejanos países, ya fuera entre los bárbaros de la Galia ó del Mar Negro, porque siempre poseía un *gimnasio*. Éste consistía en un gran recinto rodeado de pórticos ó de alamedas, ordinariamente junto á una fuente, con baños y salas de ejercicio. Los ciudadanos

iban allí á pasearse y hablar: el gimnasio era un sitio de reunión. Los jóvenes asistían á él todos los días por lo menos durante dos años, y allí aprendían á saltar, correr, lanzar el disco y el dardo y á luchar cuerpo á cuerpo; para endurecer sus músculos y dar firmeza á su piel, se bañaban en agua fría, se untaban el cuerpo con aceite y se frotaban con un rascador, el *estrigilo*.



El estrigilo. Ejercicio del disco

Los atletas. — Muchos de ellos continuaban toda la vida esos ejercicios y cifraban su orgullo en ser *atletas*. Los hubo que llegaron á tener fuerza prodigiosa. Según cuentan, Milón, de Crotona en Italia, cargaba sobre sus espaldas un toro y paraba un carro lanzado á la carrera agarrándose á él por



Grupo griego: representa la lucha de dos atletas.

detrás. Estos atletas servían en los combates como soldados y en ocasiones como generales. La gimnástica era la escuela de la guerra.

Misión de los espartanos. — Este pueblo enseñó á los griegos á ejercitar sus fuerzas y á combatir; nadie puso nunca en duda que los espartanos eran los atletas más vigorosos y los mejores soldados de Grecia. Eran generalmente respetados. Cuando los restantes pueblos helénicos tuvieron que combatir unidos contra los persas, no vacilaron y se pusieron á las órdenes de los espartanos, « con razón », según decía un orador ateniense.

IX. — ATENAS.

JENOFONTE, *Económicas*. — GROTE, *Historia de Grecia*. — CURTIUS, *Historia griega*. — FUSTEL DE COULANGES, *La ciudad antigua*.

EL PUEBLO ATENIENSE.

El Ática. — Los atenienses se jactaban de haber vivido siempre en el mismo país; según decían, sus antepasados nacieron en aquel suelo mismo, como las cigarras. Los montañeses conquistadores pasaron cerca del país sin invadirlo; el Ática no era á propósito para tentar su ambición. Compónese efectivamente de una masa de rocas que penetra como un triángulo en el mar. Esas peñas, célebres por sus mármoles y la miel de sus colmenas (1) son peladas y estériles. Entre ellas y el mar quedan tres pequeñas llanuras, de terreno liviano, mal regado (los arroyos se secan en verano), incapaz de sustentar una numerosa población.

Atenas. — En la mayor de esas llanuras, á una legua

(1) El mármol del Pentélico y la miel del monte Himeto.

del mar, se alza una enorme peña aislada, á cuyo pie estaba construída Atenas; la ciudad antigua, la *Acrópolis* (ciudad alta) ocupaba la cima de la roca. — Los habitantes del Ática empezaron por no formar un Estado único; cada caserío tenía su rey y se gobernaba independientemente. Al fin se reunieron bajo un solo soberano (1), el de Atenas, y constituyeron una *ciudad* única. Esto no quiere decir que se estableciesen todos en la ciudad; al contrario, siguieron viviendo en sus aldeas y cultivando sus campiñas; pero todos adoraron á una misma divinidad protectora, Atenea, diosa de Atenas, y todos obedecieron al mismo rey.

Las revoluciones de Atenas. — Más adelante se suprimió el rey, y en lugar suyo se establecieron nueve jefes (los *arcontas*) que cambiaban cada año. Conocemos muy mal toda esta historia pues no queda escrito ninguno de la época. Decíase que durante muchos siglos vivieron los atenienses en la discordia; los propietarios nobles (*eupátridas*) oprimían á los trabajadores de sus dominios y los acreedores vendían como esclavos á sus deudores. Queriendo al fin vivir en paz, este pueblo encargó al sabio Solón de que le dictase leyes (594).

Solón llevó á cabo tres reformas:

1°. Disminuyó el valor de la moneda, con lo cual pudieron los deudores pagar más fácilmente sus deudas

2°. Hizo á los campesinos propietarios de las tierras que cultivaban; desde entonces hubo en Ática más pequeños propietarios que en ningún otro país griego;

3°. Dividió á los ciudadanos en cuatro categorías según sus rentas; cada cual debía pagar impuestos y servir en el ejército con arreglo á sus medios. Los pobres estaban exentos de contribución y de servicio.

(1) Este rey legendario recibió el nombre de Teseo.

detrás. Estos atletas servían en los combates como soldados y en ocasiones como generales. La gimnástica era la escuela de la guerra.

Misión de los espartanos. — Este pueblo enseñó á los griegos á ejercitar sus fuerzas y á combatir; nadie puso nunca en duda que los espartanos eran los atletas más vigorosos y los mejores soldados de Grecia. Eran generalmente respetados. Cuando los restantes pueblos helénicos tuvieron que combatir unidos contra los persas, no vacilaron y se pusieron á las órdenes de los espartanos, « con razón », según decía un orador ateniense.

IX. — ATENAS.

JENOFONTE, *Económicas*. — GROTE, *Historia de Grecia*. — CURTIUS, *Historia griega*. — FUSTEL DE COULANGES, *La ciudad antigua*.

EL PUEBLO ATENIENSE.

El Ática. — Los atenienses se jactaban de haber vivido siempre en el mismo país; según decían, sus antepasados nacieron en aquel suelo mismo, como las cigarras. Los montañeses conquistadores pasaron cerca del país sin invadirlo; el Ática no era á propósito para tentar su ambición. Compónese efectivamente de una masa de rocas que penetra como un triángulo en el mar. Esas peñas, célebres por sus mármoles y la miel de sus colmenas (1) son peladas y estériles. Entre ellas y el mar quedan tres pequeñas llanuras, de terreno liviano, mal regado (los arroyos se secan en verano), incapaz de sustentar una numerosa población.

Atenas. — En la mayor de esas llanuras, á una legua

(1) El mármol del Pentélico y la miel del monte Himeto.

del mar, se alza una enorme peña aislada, á cuyo pie estaba construída Atenas; la ciudad antigua, la *Acrópolis* (ciudad alta) ocupaba la cima de la roca. — Los habitantes del Ática empezaron por no formar un Estado único; cada caserío tenía su rey y se gobernaba independientemente. Al fin se reunieron bajo un solo soberano (1), el de Atenas, y constituyeron una *ciudad* única. Esto no quiere decir que se estableciesen todos en la ciudad; al contrario, siguieron viviendo en sus aldeas y cultivando sus campiñas; pero todos adoraron á una misma divinidad protectora, Atenea, diosa de Atenas, y todos obedecieron al mismo rey.

Las revoluciones de Atenas. — Más adelante se suprimió el rey, y en lugar suyo se establecieron nueve jefes (los *arcontas*) que cambiaban cada año. Conocemos muy mal toda esta historia pues no queda escrito ninguno de la época. Decíase que durante muchos siglos vivieron los atenienses en la discordia; los propietarios nobles (*eupátridas*) oprimían á los trabajadores de sus dominios y los acreedores vendían como esclavos á sus deudores. Queriendo al fin vivir en paz, este pueblo encargó al sabio Solón de que le dictase leyes (594).

Solón llevó á cabo tres reformas:

1°. Disminuyó el valor de la moneda, con lo cual pudieron los deudores pagar más fácilmente sus deudas

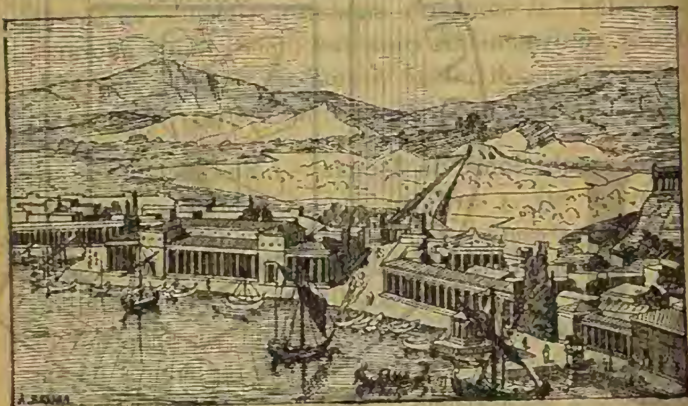
2°. Hizo á los campesinos propietarios de las tierras que cultivaban; desde entonces hubo en Ática más pequeños propietarios que en ningún otro país griego;

3°. Dividió á los ciudadanos en cuatro categorías según sus rentas; cada cual debía pagar impuestos y servir en el ejército con arreglo á sus medios. Los pobres estaban exentos de contribución y de servicio.

(1) Este rey legendario recibió el nombre de Teseo.

Después de Solón, gobernó á Atenas un ciudadano poderoso é inteligente, Pisistrato; pero en 510 empezaron de nuevo las discordias.

Reforma de Clistenes. — Un jefe de partido llamado Clistenes aprovechó esas turbulencias para efectuar una profunda revolución. En el Ática se hallaban establecidos multitud de extranjeros, casi todos marinos y



El Pireo.

mercaderes que vivían en el Pireo cerca del puerto. Clistenes les concedió el derecho de ciudadanía, igualándolos á los antiguos habitantes. Desde entonces hubo en la ciudad dos grupos, las gentes del Ática y las del Pireo. Tres siglos más tarde se les conocía aún en la diferencia de las fisonomías: los primeros se parecían á los demás griegos; los segundos tenían facciones asiáticas. El nuevo y mayor pueblo ateniense que de ahí resultó, fué el más turbulento de Grecia.

En el siglo V estaba definitivamente constituída la sociedad de Atenas. El Ática contaba tres clases de habitantes: los esclavos, los extranjeros y los ciudadanos.

Los esclavos. — Los esclavos formaban la mayoría; ningún hombre era tan pobre que no poseyese por lo menos uno; ciertos personajes tenían hasta 500. La mayor parte de ellos permanecían en la casa, ocupados en moler el trigo (1), en amasar el pan, en hilar y tejer los vestidos, en guisar y servir á sus amos. Otros trabajaban en los talleres como herreros, tintoreros, en las canteras de piedra ó en las minas de plata. Su amo los alimentaba, pero vendía en provecho propio cuanto ellos producían, sin darles más que el sustento. Todos los criados, los mineros y la mayor parte de los artesanos eran esclavos. Estos hombres vivían en la sociedad sin formar parte de ella, y no disponían ni siquiera de sus personas; pertenecían enteramente á otro. Se les consideraba sólo como objetos de propiedad y á menudo se les llamaba *cuerpos*. Para ellos no había más ley que cumplir la voluntad del amo, y éste podía obligarlos á lo que quería, pudiendo hacerlos trabajar, encerrarlos, privarlos de alimento y castigarlos. Cuando un ateniense tenía un pleito, su contrario podía exigir que se diera tormento á sus esclavos para hacerles decir lo que supieran. Algunos oradores atenienses ensalzan esta costumbre, como un procedimiento ingenioso para obtener un testimonio sincero. « La tortura, exclama Iseo, es el medio más seguro de prueba; así es que cuando queréis poner en claro un punto dudoso, no recurrís á los hombres libres, sino que procuráis descubrir la verdad *dando tormento á los esclavos.* »

Los extranjeros. — Se llamaba *metecas* (los que viven con otro) á gentes de origen extranjero establecidos en el Ática. Para llegar á ser ciudadano de Atenas no bas-

(1) Los antiguos no conocían los molinos de agua, y la molienda se hacía á brazo.

taba, como en los tiempos modernos, nacer en el territorio, sino que además se necesitaba ser hijo de ciudadano. Aunque los extranjeros residieran en el Ática por espacio de varias generaciones sus familia no llegaban á ser atenienses. Así es que los metecas no podían tener participación en el gobierno, ni casarse con una ciudadana, ni adquirir bienes raíces. Pero eran libres y podían navegar y hacer operaciones de banca ó de comercio, con la única condición de tomar un *patrono* que los representara ante la justicia. En Atenas había más de 10.000 familias de metecas, banqueros ó traficantes en su mayor parte.


Trajes atenienses.

Los ciudadanos. — Para ser ciudadano de Atenas precisa ser hijo de ciudadano y ciudadana. Al llegar á la edad de hombre, los veintiocho años próximamente, el joven ateniense se presenta en la asamblea del pueblo, recibe las armas que va á usar y presta juramento. « Juro, dice, no deshonrar estas armas sagradas, no abandonar mi puesto, obedecer á los magistrados y las leyes y venerar la religión de mi patria. » Al mismo tiempo pasa á ser ciudadano y soldado. En adelante, y mientras cumple sesenta años, está obligado al servicio militar; en cambio posee el derecho de figurar en la asamblea y de desempeñar funciones públicas. Á veces consiente el pueblo de Atenas en hacer ciudadano á un hombre que no es hijo de tal; pero esto ocurre pocas veces y constituye favor extraordinario. Es preciso que

la asamblea vote la admisión del extranjero y que, nueve días después, en otra reunión análoga y en escrutinio secreto, voten en favor suyo 6.000 ciudadanos por lo menos. El pueblo de Atenas es una especie de sociedad cerrada, en que no entran más miembros nuevos que los aceptados de buena gana por los antiguos, y este favor lo reservaban á sus propios hijos.

EL GOBIERNO.

La asamblea. — Los atenienses llaman á su gobierno *democracia* (gobierno por el pueblo); pero éste no es, como entre nosotros, la masa de los habitantes, sino la corporación de los ciudadanos, verdadera aristocracia de 15 á 20 mil hombres, que gobiernan como soberanos toda la nación. Este cuerpo tiene poder absoluto y es el dueño de Atenas. Se reune á lo menos tres veces cada mes para deliberar y votar. La asamblea se celebra al aire libre en la plaza del Pnyx; los ciudadanos se sientan en bancos de piedra dispuestos en anfiteatro, y los magistrados que se colocan frente á aquéllos en un estrado, abren la sesión con una ceremonia religiosa y una oración, después de lo cual, un heraldo proclama en alta voz el asunto que se va á discutir y pregunta quién desea usar de la palabra. Todos los ciudadanos pueden pedirla; los oradores suben á la tribuna por orden de edad. Una vez que todos han hablado, el presidente pone el punto á votación. La asamblea se pronuncia en favor de la afirmativa cuando la mayoría levanta las manos; después se disuelve.

Los tribunales. — Como el pueblo era soberano, juzgaba por si mismo. Todo ciudadano que había cumplido treinta años, podía formar parte de la asamblea

de justicia (heliada). Los *heliastas* se reunían en grandes salas por grupos de 500; en ciertos procesos se reunían dos ó tres grupos y entonces el tribunal se componía de una multitud de 1000 á 1500 jueces. Los atenienses no tenían, como nosotros, fiscales que se encargaban de perseguir los crímenes; la acusación tenía que ser formulada por un ciudadano. Acusado y acusador, ó bien el demandante y demandado si se trataba de un pleito civil, comparecían ante el tribunal. Cada cual pronunciaba un discurso que no debía durar más que el tiempo marcado por un reloj de agua. Después de esto votaban los jueces depositando en la urna una piedra blanca ó negra. Si el acusador no reunía cierto número de votos, lo condenaban á él.

Los magistrados. — El pueblo soberano necesitaba de un consejo para preparar los negocios y de magistrados para ejecutar sus acuerdos. El consejo se componía de 500 ciudadanos sorteados cada año. Los magistrados eran sumamente numerosos: 10 estrategas para mandar el ejército, 30 empleados de hacienda, 60 de policía para vigilar la vía pública los mercados, los pesos y medidas (1), etc.

Caracteres de este gobierno. — El poder no pertenecía en Atenas á los ricos y á los nobles, según ocurría en Esparta. En la asamblea se tomaban los acuerdos por mayoría de votos y todos éstos eran iguales. Los jurados, los miembros del consejo entero y los magistrados, menos los generales, eran designados por la suerte. Los ciudadanos eran iguales, no sólo en teoría sino también en la práctica. Sócrates decía á un ateniense de quien

(1) Sin contar los nueve arcontas que no se habían atrevido á suprimir.

tenía elevada idea, y que no se atrevía á hablar ante el pueblo (1). ¿Cuáles temes, los bataneros, los zapateros, los mamposteros, los labradores ó los comerciantes? pues esa gente es la que compone la asamblea. » Entre tantos hombres, muchos necesitaban de su trabajo para vivir y no podían servir al Estado gratuitamente. Así fué que se decretó una dieta: todo ciudadano que asistía á la asamblea ó al tribunal, recibía por cada día de sesión 3 óbolos (9 centavos ó 0,45 de franco), lo absolutamente necesario para vivir durante ese tiempo. Á partir de entonces, los pobres dominaron.

Los demagogos. — Como todos los asuntos importantes, ya en la asamblea ya en los tribunales, se decidían con debates y discursos, los hombres más influyentes fueron los que hablaban mejor. El pueblo se acostumbró á oir á los oradores, á seguir sus consejos, á encomendarles las embajadas y hasta á nombrarlos generales. Esos hombres eran llamados *demagogos* (directores del pueblo). El partido de los ricos se burlaba de ellos. Aristóteles representa al pueblo (demos) en una de sus comedias bajo la forma de un anciano imbécil. « Eres ridículamente crédulo, deja que los aduladores y los intrigantes te gobiernen llevándote cogido por la nariz, y te sientes transportado de alegría cuando te arengan. — Y el coro exclama, dirigiéndose á un aventurero: « Eres grosero, perverso, posees voz robusta, elocuencia impudente y gesto atrevido; créeme, reunes las cualidades necesarias para gobernar á Atenas. »

LA VIDA PRIVADA.

Los atenienses habían creado tantos empleos, que

(1) Jenofonte, *Memorables*, III, 7, 6.

parte de los ciudadanos estaban consagrados á desempeñarlos. El ciudadano de Atenas era absorbido por los negocios públicos, como el funcionario ó el soldado de nuestra época. Su vida se reducía á guerrear y gobernar. Sus días los pasaba en la asamblea, en el tribunal, en el ejército, en el gimnasio ó el mercado, y si bien



Escena escolar (1).

tenía casi siempre mujer é hijos, porque la religión se lo mandaba, no por esto vivía en su familia.

Los hijos. — Cuando nacía un niño, el padre tenía el derecho de rechazarlo. En este caso se le depositaba fuera de la casa, y allí moría abandonado, á menos de que un transeunte no lo recogiera para convertirlo en esclavo. Atenas seguía en esto la costumbre de todos los pueblos griegos. Lo que principalmente repudiaban eran las hembras. « Un hijo, dice un autor cómico, es

(1) Esta pintura ha sido descubierta en la ciudad greco-romana de Pompeya.

siempre educado, aun cuando se viva en la mayor miseria : una hija se repudia y se expone, aun en el caso de ser rico. » Si el padre aceptaba el hijo, éste entraba en la familia. Primero lo dejaban en las habitaciones de las mujeres, junto á su madre. Las hijas seguían allí hasta la época de su casamiento ; los varones salían á la edad de siete años.

Entonces era confiado el nuevo ateniense á un preceptor (*pedagogo*) encargado de enseñarle á conducirse bien y á obedecer; ese maestro era casi siempre un esclavo, pero el padre le concedía el derecho de castigar á su discípulo. Esta costumbre era general en la antigüedad. Más tarde iba el niño á la escuela, donde aprendía á leer, escribir, contar, recitar versos y á cantar en coro al son de la flauta;



Comida griega.

por último venía la gimnástica. Á esto se reducía toda la instrucción, que formaba hombres sanos de cuerpos y tranquilos de espíritu, lo que los griegos llamaban *buenos y bellos*. Por lo que toca á la hembra, que seguía al lado de su madre, no aprendía nada, pues consideraban que tenía bastante con saber obedecer. Jenofonte nos presenta á un ateniense rico y bien educado, que hablando de su mujer con Sócrates decía (1) : « Tenía quince años apenas cuando me casé con ella; hasta entonces la tuvieron sometida á estrecha vigilancia, pues no querían que viera ú oyese casi nada. ¿ No era acaso bastante con

(1) Jenofonte, *Memorables*.

encontrar en ella una mujer que supiera hilar la lana para hacer vestidos y que supiera distribuir á los servidores sus quehaceres ? » Al proponerle su marido que fuera su auxiliar, le contestó sorprendida : « ¿ En qué podría yo ayudarte? ¿de qué soy capaz ? Mi madre me ha dicho siempre que toda mi misión consiste en ser buena. » Ser buena, esto es, obedecer, hé ahí la virtud que se exige á la mujer griega.

El matrimonio. — La casaban á los quince años. Los padres habían elegido el marido, que era, ya un joven de una familia vecina, ya un hombre formado amigo del padre, y siempre un ciudadano de Atenas. La joven no lo conocía casi nunca y jamás la consultaban. Herodoto escribe hablando de un griego : « Ese Callias merece que se hable de él por la conducta que tuvo con sus hijas, pues cuando llegaron á la edad de casarse, les dió rica dote y les permitió designar ellas mismas sus esposos en el pueblo, uniéndolas á sus elegidos. »

Las mujeres. — En el fondo de la casa ateniense había un local apartado, que se destinaba á las mujeres, el *gineceo*. Allí no entraban más que el marido y la familia. La dueña de la casa permanecía constantemente en él con sus criadas esclavas, vigilándolas haciéndolas limpiar y arreglar la casa, dándoles lana que hilar y ella se ocupaba á su vez en tejer los vestidos. Salía poco, excepto en las solemnidades religiosas. No se presentaba nunca en la sociedad de los hombres. « Nadie se atrevería seguramente, dice el orador Iseo, á comer en casa de una mujer casada ; éstas no salen para ir á comer con hombres, ni se permiten presentarse en la mesa con extraños. » Una ateniense que hubiera llevado vida análoga á la nuestra de sociedad, no habría sido consi-

derada como honrada. — La mujer, que vivía de este modo encerrada y en la ignorancia, no era de trato agradable. El hombre la había tomado, no como compañera de su vida, sino para cuidar de su casa, darle hijos y porque las costumbres y la religión exigían que el griego tomara estado. Platón dice que si los hombres se casan no es por gusto, sino « porque la ley lo manda ». El poeta cómico Menandro llegó á decir : « En realidad, el matrimonio es un mal, pero un mal necesario. » Todos estos motivos hicieron que la mujer griega ocupase puesto insignificante en la sociedad.



Mujer griega en su tocador.

X. — LAS GUERRAS MÉDICAS.

HERODOTO, *Historia*. — TUCÍDIDES, *Guerra del Peloponeso*. — JENOFONTE, *Helénicas*. — GROTE, *Historia de Grecia*. — CURTIUS, *Historia griega*.

LAS GUERRAS MÉDICAS.

Causa de las guerras médicas. — Mientras los griegos acababan de organizar sus ciudades, el rey de los persas reunía en un solo imperio todos los países de Oriente. Así llegaron á verse frente á frente la monarquía meda y las ciudades helénicas. El primer choque se efectuó en Asia Menor; allí había varias colonias griegas, muy pobladas y opulentas (1). Ciro, rey de Persia, quiso

(1) 12 jónicas, 12 eólicas y 4 dóricas.

encontrar en ella una mujer que supiera hilar la lana para hacer vestidos y que supiera distribuir á los servidores sus quehaceres ? » Al proponerle su marido que fuera su auxiliar, le contestó sorprendida : « ¿ En qué podría yo ayudarte? ¿de qué soy capaz ? Mi madre me ha dicho siempre que toda mi misión consiste en ser buena. » Ser buena, esto es, obedecer, hé ahí la virtud que se exige á la mujer griega.

El matrimonio. — La casaban á los quince años. Los padres habían elegido el marido, que era, ya un joven de una familia vecina, ya un hombre formado amigo del padre, y siempre un ciudadano de Atenas. La joven no lo conocía casi nunca y jamás la consultaban. Herodoto escribe hablando de un griego : « Ese Callias merece que se hable de él por la conducta que tuvo con sus hijas, pues cuando llegaron á la edad de casarse, les dió rica dote y les permitió designar ellas mismas sus esposos en el pueblo, uniéndolas á sus elegidos. »

Las mujeres. — En el fondo de la casa ateniense había un local apartado, que se destinaba á las mujeres, el *gineceo*. Allí no entraban más que el marido y la familia. La dueña de la casa permanecía constantemente en él con sus criadas esclavas, vigilándolas haciéndolas limpiar y arreglar la casa, dándoles lana que hilar y ella se ocupaba á su vez en tejer los vestidos. Salía poco, excepto en las solemnidades religiosas. No se presentaba nunca en la sociedad de los hombres. « Nadie se atrevería seguramente, dice el orador Iseo, á comer en casa de una mujer casada; éstas no salen para ir á comer con hombres, ni se permiten presentarse en la mesa con extraños. » Una ateniense que hubiera llevado vida análoga á la nuestra de sociedad, no habría sido consi-

derada como honrada. — La mujer, que vivía de este modo encerrada y en la ignorancia, no era de trato agradable. El hombre la había tomado, no como compañera de su vida, sino para cuidar de su casa, darle hijos y porque las costumbres y la religión exigían que el griego tomara estado. Platón dice que si los hombres se casan no es por gusto, sino « porque la ley lo manda ». El poeta cómico Menandro llegó á decir : « En realidad, el matrimonio es un mal, pero un mal necesario. » Todos estos motivos hicieron que la mujer griega ocupase puesto insignificante en la sociedad.



Mujer griega en su tocador.

X. — LAS GUERRAS MÉDICAS.

HERODOTO, *Historia*. — TUCÍDIDES, *Guerra del Peloponeso*. — JENOFONTE, *Helénicas*. — GROTE, *Historia de Grecia*. — CURTIUS, *Historia griega*.

LAS GUERRAS MÉDICAS.

Causa de las guerras médicas. — Mientras los griegos acababan de organizar sus ciudades, el rey de los persas reunía en un solo imperio todos los países de Oriente. Así llegaron á verse frente á frente la monarquía meda y las ciudades helénicas. El primer choque se efectuó en Asia Menor; allí había varias colonias griegas, muy pobladas y opulentas (1). Ciro, rey de Persia, quiso

(1) 12 jónicas, 12 eólicas y 4 dóricas.

someterlas; y ellas pidieron auxilio á los espartanos que pasaban por los más valientes de todos los griegos, y avisaron á Ciro, que contestó (1) : « Nunca he temido á esa especie de gente que tienen en medio de sus ciudades una plaza en que se reunen para engañarse con mutuos juramentos » (Hablaba del mercado). Los griegos de Asia fueron vencidos y se convirtieron en vasallos del gran rey. Los atenienses enviaron veinte navíos para sostener la rebelión de los jonios, y sus soldados entraron en Lidia, tomaron por sorpresa á Sardes y la incendiaron. Darío se vengó destruyendo las ciudades de los griegos de Asia, pero no olvidó tampoco á los de Europa. Según cuentan, tenía mandado que en todas las comidas se le presentase un oficial á repetirle : « Señor, acordaos de los atenienses. » Al fin envió emisarios que reclamasen de las ciudades griegas *la tierra y el agua*. Este símbolo significaba entre los persas que un pueblo sometía su país al Gran Rey. La mayor parte de los griegos se intimidaron y cedieron. Los espartanos echaron en un pozo á los embajadores, para que cogiesen allí tierra y agua que llevar al persa. De este modo empezaron las guerras médicas.

Contraste de los dos adversarios. — La diferencia entre dos mundos que entraban en lucha está perfectamente caracterizado por Herodoto (2), bajo forma de una conversación entre el gran rey Jerjes y un espartano desterrado, Demarates. — « Me atrevo á asegurarte, dijo Demarates, que los espartanos te atacarán, aun cuando todos los demás griegos se pusieran de parte tuya, aunque su ejército no pasara de 1.000 hombres. — ¡Cómo! exclamó riéndose Jerjes, 1.000 hombres se atreverían con

(1) Herodoto, I, 153.
(2) Herodoto, VII, 103, 104.

un ejército tan numeroso. Me temo que en tus palabras haya demasiada jactancia. Admitiendo que sean 5.000, nosotros somos más de mil por uno. Si tuvieran un dueño, como los persas, el miedo al castigo les inspiraría valor, y marcharían á latigazos contra un ejército más numeroso. Pero siendo libres y no dependiendo de nadie, es imposible que tengan más valor que el que les ha dado la naturaleza. — Los espartanos, contestó Demarates, no son inferiores á nadie en un combate cuerpo á cuerpo y reunidos formando tropa, son los más valerosos de los hombres. En efecto, su libertad no es absoluta. Tienen un dueño, que es *la ley*, más temida en Esparta que tú en Persia. Todos la cumplen, y ella les manda permanecer firmes en su puesto y vencer ó morir. » — Ahí están bien pintados los dos partidos que iban á combatir : por una parte, multitud de vasallos unidos por la fuerza bajo un déspota caprichoso, y por la otra varias pequeñas repúblicas guerreras, cuyos ciudadanos se gobiernan á sí mismos con sujeción á leyes respetadas.

Primera guerra médica. — Hubo dos guerras médicas. La primera se redujo á una expedición contra Atenas. Seiscientos buques mandados por Darío desembarcaron un ejército persa en la pequeña llanura de Maratón, á siete horas de Atenas.

La religión prohibía á los espartanos ponerse en marcha antes del plenilunio, y por entonces sólo se estaba en el primer cuarto creciente; así fué que los atenienses tuvieron que pelear sin esperarlos. Diez mil ciudadanos armados como hoplitas fueron á acampar frente á los persas. Tenían 10 generales, que mandaban por turno, cada uno un día. Al tocar el mando á Milcíades, dispuso sus fuerzas en orden de batalla. Los atenienses

se lanzaron sobre el enemigo en masas compactas; los persas, que los vieron llegar de este modo, sin caballería y sin arqueros, los creyeron locos. Esta era la primera vez que los griegos se atrevían atacar á los persas en batalla campal. Los atenienses empezaron por desbaratar las dos alas de los medas y volviéndose luego contra el centro, lo hicieron huir desordenadamente hasta la playa, en busca de sus barcos. La victoria de Maratón libertó á los atenienses y los hizo célebres en toda Grecia (490).

Segunda guerra médica. — La segunda guerra médica empezó diez años después con una invasión. Jerjes, hijo de Darío, reunió todos los pueblos de su imperio y, según parece, el ejército ascendía á 1.700.000 hombres. Iban en él medas y persas vestidos con la túnica de mangas, armados de corazas de hierro, escudos, arcos y flechas; — asirios con coraza de lino, y mazas llenas de puntas de hierro: — indios vestidos de algodón, con arcos y flechas de bambú; — salvajes de Etiopía cubiertos con pieles de leopardo; — nómadas cuyo armamento consistía en una cuerda con su lazo corredizo; — frigios con picas cortas y pequeños escudos; — lidios equipados á la griega; — tracios con dardos arrojadizos y puñales. La enumeración llena veinte capítulos en Herodoto. Estos guerreros llevaban consigo multitud igual de no combatientes, criados, esclavos, mujeres, y enorme masa de mulas, de caballos, camellos y carros llenos de bagajes.

Esta turba atravesó el Helesponto por un puente de barcas en la primavera de 481: durante siete días y siete noches desfiló á latigazos y después de cruzar la Tracia, marchó sobre Grecia, arrastrando consigo por la fuerza á los pueblos que encontraba á su paso. — La flota

persa, compuesta de 1.200 buques de guerra, seguía la costa de Tracia, atravesando el canal del monte Atos, que Jerjes hizo abrir expresamente con tal fin.

Los griegos se llenaron de espanto y la mayor parte se sometieron al gran rey, uniendo sus tropas á las persas. Los atenienses mandaron á consultar el oráculo de Delfos, que empezó por contestar: « Atenas será destruída enteramente. » Como le suplicaran que diese una contestación más favorable, dijo: « Zeus concede á Palas (protectora de Atenas, un muro de madera, único que no podrá ser tomado, y que será vuestra salvación y la de vuestros hijos. » Los adivinos, á quienes se pidió que interpretaran este oráculo, excitaron á los atenienses á abandonar el Ática y á ir á establecerse en otra parte; pero Temístocles explicó que « el muro de madera » significaba los bajeles; en consecuencia, había que embarcarse y luchar con los persas en el mar.

Resueltas Atenas y Esparta á la resistencia, trataron de formar una liga de los griegos contra los persas; sólo algunas ciudades tuvieron osadía bastante para entrar en ella; pactóse al fin y se confió el mando (la hegemonía) á Esparta.

Cuatro batallas reñidas en un año decidieron la victoria. En las Termópilas, Leonidas, rey de Esparta, que procuraba impedir la entrada en un desfiladero, fué copado y destruído por los persas; en Salamina, la escuadra persa aglomerada en un estrecho, donde sus barcos no podían maniobrar, fué derrotada por la escuadra griega (480). En Platea, el ejército persa que había quedado en Grecia fué destruído por los hoplitas helénicos: de 300.000 hombres escaparon apenas 40.000. El mismo día desembarcaba junto á Micala, en la costa de Asia, un ejército griego y desbarataba á los persas (479): los griegos habían vencido al Gran Rey.

Razón de la victoria de los griegos. — La guerra médica no fué una lucha nacional entre griegos y bárbaros. Todos los helenos de Asia y la mitad de los de Europa combatían en el ejército persa. Otros muchos no tomaron partido. En realidad, la contienda se efectuó entre el Gran Rey y sus súbditos por una parte, y Atenas y Esparta con sus aliados por otra. — En aquel tiempo pareció prodigioso que dos pueblos tan pequeños vencieran á tan inmensa multitud; los griegos explicaban la victoria diciendo que los dioses habían combatido en favor suyo. El asombro disminuye cuando se examina con atención á los dos adversarios. El ejército persa era innumerable y Jerjes creía sencillamente que el número da la victoria.

Mas, aquella turba se estorbaba á sí propia, pues no sabía cómo procurarse víveres, marchaba lentamente y no podía moverse á la hora del combate. Lo mismo ocurría con los barcos, que estando muy juntos, hacían penetrar sus espolones en el navío inmediato y le rompían sus remos. Por otra parte, en tan inmensa multitud había, según la frase de Herodo, « muchos hombres y pocos soldados. » Únicamente los persas y los medas, que eran gente escogida, combatían con vigor; los demás no andaban sino á latigazos, pues habían ido por fuerza á una guerra que no excitaba su interés mal armados, sin disciplina, y dispuestos á desertar así que pudieran. Los únicos que en Platea y en Micala combatieron fueron los persas y los medas; los otros huyeron. — Finalmente, aun los soldados persas estaban mal equipados; sus largas vestiduras les estorbaban, lo único que protegía sus cabezas eran unos gorros de fieltro y el cuerpo un escudo de junco. Como armas llevaban un arco, un puñal y una pica demasiado corta. No podían combatir sino desde lejos y hombre á hombre. — En cambio, los espartanos y sus aliados se sentían protegidos por largo escudo, el casco y las espinilleras; marchaban en masas compactas é irresistibles y deshacían al enemigo con sus largas lanzas. La batalla no tardaba en reducirse á una matanza.

Consecuencias de las guerras médicas. — Esparta había mandado las tropas griegas; pero, como dice Herodoto (1), Atenas fué la que libertó á Grecia, dando la señal de resistencia y formando la escuadra vencedora en Salamina. Atenas fué también la que aprovechó la victoria. Todas las ciudades jónicas de las islas y de la costa de Asia se sublevaron, y se aliaron contra los persas. Los espartanos que, como montañeses no podían dirigir una guerra marítima, se retiraron. Entonces la hegemonía pasó á manos de Atenas. Arístides, general de su flota, reunió en 476 á los representantes de las ciudades confederadas, quienes resolvieron continuar la guerra contra el gran rey, comprometiéndose á suministrar hombres, barcos y un tributo anual de 460 talentos (1.700.000 francos). El tesoro estaba depositado en Delos, en el templo de Apolo, dios de los jonios. Atenas tenía la misión de mandar las fuerzas de la liga y de recaudar el tributo. Queriendo Arístides que el pacto fuera irrevocable, mandó arrojar al mar una masa de hierro hecho ascua, y todos juraron respetar el convenio hasta que ese metal volviera á la superficie. — Sin embargo, llegó un momento en que cesó la guerra. Los griegos, siempre vencedores, pactaron con el Gran Rey la paz, ó á lo menos una tregua (2). El persa renunció á sus pretensiones de dominación sobre los griegos de Asia (por los

(1) Herodoto, VII, 139.

(2) Se le llama tratado de Cimón; pero es muy dudoso que este general celebrara un convenio de esa clase.

años de 449). — ¿Qué iba á ser del pacto de Arístides? ¿Debían seguir pagando su tributo las ciudades confederadas ahora que no tenían á quién combatir? Algunas se negaron á ello, aun antes de terminar la lucha. Atenas sostuvo que el compromiso era perpetuo é irrevocable y obligó á todo el mundo á pagar. Una vez acabada la lucha, el tesoro de Delos no tenía objeto. Así fué que los atenienses lo transportaron á su ciudad y lo emplearon en construir monumentos. Según ellos, como los aliados pagaban por verse libres de los persas, no tenían nada que reclamar mientras Atenas los protegiese eficazmente. Esto modificó la posición de los confederados; en vez de aliados, se convirtieron en tributarios, no tardando en pasar á la categoría de súbditos. Atenas aumentó el tributo, obligó á sus ciudadanos á comparecer ante los tribunales atenienses, y hasta les quitó parte de las tierras que poseían para dárselas á colonos del Ática. De este modo quedaron sometidas al gobierno de Atenas más de 300 ciudades, diseminadas por las islas y las costas del Archipiélago, que pagaban á su señora un tributo de 600 talentos.

XI. — LAS ARTES EN GRECIA.

Taine, *Filosofía del arte en Grecia.* — Collignon, *La arqueología griega.* — Croiset, *Historia de la literatura griega.* — Van den Berg, *Pequeña historia de los griegos* (apéndice). — Curtius, *Historia griega.* — Grote, *Historia de Grecia.* — Boutmy, *Filosofía de la arquitectura en Grecia.*

ATENAS EN TIEMPO DE PERICLES.

Pericles. — Á mediados del siglo V, era Atenas la ciudad más poderosa de Grecia. Al frente del gobierno estaba entonces un hombre de prosapia ilustre, que no prodigaba sus discursos ni su persona, y que no procu-

raba halagar la vanidad del pueblo. Los atenienses lo respetaban y obedecían sus consejos; sabiendo que conocía los detalles todos de la administración y los recursos del Estado, lo dejaban mandar á su antojo. Esta situación duró cuarenta años y, según decía Tucídides, contemporáneo de Pericles, «la democracia subsistía nominalmente, pero en realidad tenía Atenas un gobierno personal, el de su primer ciudadano.»

Atenas y sus monumentos. — Las casas particulares eran en Atenas, como en la mayor parte de las ciudades griegas pequeñas, bajas de techo, estaban muy apiñadas y no formaban sino calles estrechas, tortuosas y mal empedradas (1). Los atenienses reservaban el lujo para los monumentos públicos. Desde que impusieron á sus aliados contribuciones de guerra, tenían á su disposición grandes sumas que gastar; las emplearon en construir monumentos. En la plaza del mercado edificaron un pórtico adornado con pinturas (el Pecilo) y en la ciudad un teatro, un templo consagrado á Teseo, y el Odeón, para los certámenes musicales. Pero los monumentos más suntuosos, que se alzaron en la roca de la Acrópolis, como sobre gigantesco pedestal, fueron dos templos (el Partenón, que era el principal, estaba consagrado á Atenea, diosa protectora de la ciudad), una estatua colosal de bronce que representaba también á esta deidad, y una escalera monumental que conducía á los propileos. Desde entonces fué Atenas la más hermosa de las ciudades griegas (2).

(1) El barrio del puerto (el Pireo), que fué edificado más adelante bajo la dirección de un ingeniero, tenía por el contrario calles anchas y regulares.

(2) Los modernos han dado á esa época el nombre de *siglo de Pericles*, porque éste gobernaba entonces y fué amigo de varios grandes artistas; pero los antiguos no usaron nunca dicha expresión.

años de 449). — ¿Qué iba á ser del pacto de Arístides? ¿Debían seguir pagando su tributo las ciudades confederadas ahora que no tenían á quién combatir? Algunas se negaron á ello, aun antes de terminar la lucha. Atenas sostuvo que el compromiso era perpetuo é irrevocable y obligó á todo el mundo á pagar. Una vez acabada la lucha, el tesoro de Delos no tenía objeto. Así fué que los atenienses lo transportaron á su ciudad y lo emplearon en construir monumentos. Según ellos, como los aliados pagaban por verse libres de los persas, no tenían nada que reclamar mientras Atenas los protegiese eficazmente. Esto modificó la posición de los confederados; en vez de aliados, se convirtieron en tributarios, no tardando en pasar á la categoría de súbditos. Atenas aumentó el tributo, obligó á sus ciudadanos á comparecer ante los tribunales atenienses, y hasta les quitó parte de las tierras que poseían para dárselas á colonos del Ática. De este modo quedaron sometidas al gobierno de Atenas más de 300 ciudades, diseminadas por las islas y las costas del Archipiélago, que pagaban á su señora un tributo de 600 talentos.

XI. — LAS ARTES EN GRECIA.

TAINE, *Filosofía del arte en Grecia.* — COLLIGNON, *La arqueología griega.* — CROISET, *Historia de la literatura griega.* — VAN DEN BERG, *Pequeña historia de los griegos* (*apéndice*). — CURTIUS, *Historia griega.* — GROTE, *Historia de Grecia.* — BOUTMY, *Filosofía de la arquitectura en Grecia.*

ATENAS EN TIEMPO DE PERICLES.

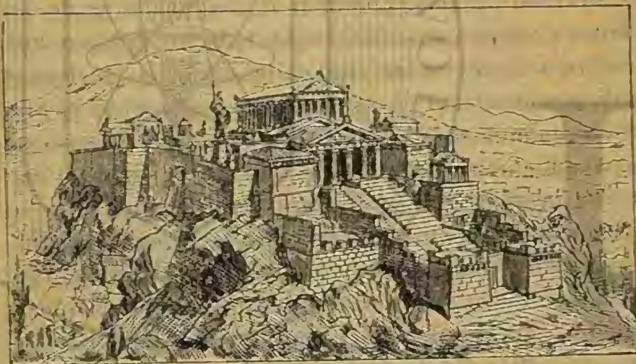
Pericles. — Á mediados del siglo V, era Atenas la ciudad más poderosa de Grecia. Al frente del gobierno estaba entonces un hombre de prosapia ilustre, que no prodigaba sus discursos ni su persona, y que no procuraba halagar la vanidad del pueblo. Los atenienses lo respetaban y obedecían sus consejos; sabiendo que conocía los detalles todos de la administración y los recursos del Estado, lo dejaban mandar á su antojo. Esta situación duró cuarenta años y, según decía Tucídides, contemporáneo de Pericles, «la democracia subsistía nominalmente, pero en realidad tenía Atenas un gobierno personal, el de su primer ciudadano.»

Atenas y sus monumentos. — Las casas particulares eran en Atenas, como en la mayor parte de las ciudades griegas pequeñas, bajas de techo, estaban muy apiñadas y no formaban sino calles estrechas, tortuosas y mal empedradas (1). Los atenienses reservaban el lujo para los monumentos públicos. Desde que impusieron á sus aliados contribuciones de guerra, tenían á su disposición grandes sumas que gastar; las emplearon en construir monumentos. En la plaza del mercado edificaron un pórtico adornado con pinturas (el Pacilo) y en la ciudad un teatro, un templo consagrado á Teseo, y el Odeón, para los certámenes musicales. Pero los monumentos más suntuosos, que se alzaron en la roca de la Acrópolis, como sobre gigantesco pedestal, fueron dos templos (el Partenón, que era el principal, estaba consagrado á Atenea, diosa protectora de la ciudad), una estatua colosal de bronce que representaba también á esta deidad, y una escalera monumental que conducía á los propileos. Desde entonces fué Atenas la más hermosa de las ciudades griegas (2).

(1) El barrio del puerto (el Pireo), que fué edificado más adelante bajo la dirección de un ingeniero, tenía por el contrario calles anchas y regulares.

(2) Los modernos han dado á esa época el nombre de *siglo de Pericles*, porque éste gobernaba entonces y fué amigo de varios grandes artistas; pero los antiguos no usaron nunca dicha expresión.

Importancia de Atenas. — Esta ciudad se convirtió al mismo tiempo en centro de los artistas. Allí se reunían con sus obras maestras los poetas, los oradores, arquitectos, pintores y escultores, unos naturales de Atenas y otros procedentes de las distintas partes del mundo griego. Indudablemente, hubo muchos artistas griegos que no vivieron en Atenas, tanto antes como después del siglo V; pero jamás se vieron reunidos los genios en número igual y al mismo tiempo en una sola ciudad. La mayor parte de los griegos eran muy inteli-



Acropolis de Atenas. (Reconstitución ideal).

gentes en materia de arte; pero los atenienses superaron á los demás en la delicadeza del gusto, la educación del espíritu y la afición á la belleza. Ahora bien, si el pueblo helénico ocupa puesto eminente en la historia de la civilización, no es por el papel que desempeñaron en el mundo sus pequeños Estados y sus diminutos ejércitos; sino por haber sido un pueblo de artistas. De aquí que el siglo V sea el periodo más brillante de la historia de Grecia y de ahí también que Atenas haya eclipsado con su celebridad á todas las restantes ciudades helénicas.

LAS LETRAS (1).

Los oradores. — Atenas es ante todo la ciudad de la elocuencia. Los discursos que se pronuncian en la asamblea del pueblo deciden la paz, la guerra, los impuestos y todos los grandes asuntos políticos; las oraciones pronunciadas ante los tribunales, hacen condenar ó absolver á los ciudadanos y á los súbditos. Los oradores disponen del poder, y el pueblo sigue sus consejos, elevándolos á menudo hasta los empleos superiores: Cleón se hace nombrar general; Demóstenes dirigió la guerra contra Filipo. También poseen gran influjo, y se sirven de su palabra para acusar á sus enemigos políticos. Á menudo llegan por ese camino á la riqueza, pues los partidos pagan sus arengas; Esquines recibe dinero del rey de Macedonia, y Demóstenes del de Persia.

Los hubo, que en vez de hablar por su cuenta, lo hacían en nombre de otros. Cuando un ciudadano ateniense tenía un pleito, no podía valerse como nosotros de un abogado, pues la ley le exigía que hablara en persona. Así es que iba á dar con un orador y le compraba un discurso que se aprendía de memoria para recitarlo ante el tribunal.

Finalmente, otros recorrían las ciudades de Grecia hablando sobre temas diversos, pronunciando lo que actualmente llamamos conferencias (2).

Los oradores más antiguos hablaban con mucha sencillez, limitándose á exponer los hechos sin movimientos

(1) Tenemos que concretarnos á indicar las *condiciones* en que fueron producidas las obras literarias. Por lo que respecta á los detalles sobre los escritores, véase la *Hist. de la lit. griega* de Croiset.

(2) Entre los oradores hubo diez que se distinguieron más que los otros; se les llama los *diez oradores áticos*.

oratorios; cuando subían á la tribuna permanecían inmóviles sin gritar ni gesticular. Pericles pronunciaba sus discursos con aire sumamente tranquilo, sin siquiera desarreglar los pliegues de su manto. El pueblo decía al verle en la Tribuna con una corona de hojas en la frente, según era costumbre, «que podía tomársele por un dios del Olimpo.» Pero más adelante, los oradores quisieron conmover al público, adoptaron estilo animado y hablaron paseándose en la tribuna, declamando y haciendo gestos. El pueblo se acostumbró pronto á este género de elocuencia. La primera vez que Demóstenes hizo uso de la palabra, el auditorio prorrumpió en grandes risas, porque el orador no sabía pronunciar y carecía de elegancia. Desde entonces se ejercitó en declamar y gesticular llegando á ser el favorito del pueblo. Al preguntarle uno en cierta ocasión, cuál era la principal condición del orador, Demóstenes contestó: « La acción. — ¿Y la segunda? — La acción. — ¿Y la tercera? — La aceión también. » La *acción*, esto es, el modo de decir, interesaba á los griegos más que el fondo del discurso.

Los sabios. — Hacía ya siglos que entre los griegos, y principalmente los de Asia, habían existido hombres que observaban y reflexionaban sobre las cosas. Se les designaba con una palabra que quería decir al mismo tiempo *prudente* é *instruido;* estudiaban la física, la astronomía, la historia natural, pues la ciencia y la filosofía se confundían entonces. Á esa categoría pertenecieron en el siglo VII los famosos *Siete Sabios de Grecia.*

Los sofistas. — En la época de Pericles llegaron á Atenas unos hombres que tenían por oficio enseñar la sabiduría. Sus discípulos eran numerosos y sus lecciones

costaban caras. Su tema principal consistía en ataques á la religión, las costumbres y las instituciones de las ciudades griegas, para demostrar que no se fundaban en la razón. De ahí deducían que el hombre no sabe nada exacto (lo que entonces era hasta cierto punto verdad), que no puede saber nada y hasta que nada es verdadero ni falso: « Nada existe, decía uno de ellos, y aun cuando algo existiese, sería imposible conocerlo. » Estos profesores de escepticismo se llamaban *sofistas*. Algunos eran al mismo tiempo oradores.

Sócrates y los filósofos. — Sócrates, anciano ateniense, se propuso combatirlos. Era éste un hombre pobre, feo, sin elocuencia, que no tenía como los sofistas una escuela, y que se contentaba con ir por la ciudad, hablando con los que encontraba, y conduciéndolos á fuerza de preguntas á pensar lo mismo que él. Procuraba hacer prosélitos sobre todo entre los jóvenes, á quienes instruía y aconsejaba. Sócrates no pretendía el título de sabio: « Toda mi ciencia consiste en saber que no sé nada. » Así fué que adoptó el calificativo de *filósofo* (amante de la sabiduría) en vez del de *sabio* que habían adoptado los otros. No meditaba sobre la naturaleza del mundo ni sobre las ciencias; sólo se interesaba por el hombre. Su divisa era: « Conócete á ti mismo. » Sócrates fué principalmente un predicador de virtud.

Como siempre estaba hablando de moral y de religión, los atenienses lo tomaron por un sofista (1) En 399 lo llevaron ante el tribunal, acusándolo « de no adorar á los dioses de la ciudad, de introducir otros nuevos y de corromper á la juventud. » No procuró defenderse y

(1) Aristófanes representa á Sócrates, en su comedia de las *Nubes*, encargado de la educación de un joven, á quien enseña á mentir, blasfemar y robar.

lo condenaron á muerte; tenía á la sazón 70 años.

Jenofonte, uno de sus discípulos, escribió sus conversaciones y su defensa (1). Otro, Platón, compuso diálogos en que Sócrates es siempre el principal personaje. Desde entonces se le ha considerado como « padre de la filosofía ». Platón fué también jefe de escuela (429-348). Aristóteles, discípulo de Platón (384-322), resumió en sus libros toda la ciencia de su época. Los filósofos siguientes se dividieron en dos campos, siguiendo á esos maestros; los discípulos de Platón se llamaban académicos (2) y los de Aristóteles peripatéticos (3).

El coro. — Era antigua costumbre griega bailar en las ceremonias religiosas. Alrededor del altar consagrado al dios, pasaba varias veces una banda de jóvenes tomando posiciones nobles y expresivas, pues los antiguos danzaban con todo el cuerpo. Su baile, muy distinto del nuestro, era una especie de procesión muy animada, una especie de pantomima. Esa danza religiosa iba casi siempre acompañada por cánticos en loor del dios. La banda que bailaba y cantaba al mismo tiempo era el *coro*. Todas las ciudades poseían algunos para las fiestas, y en ellos figuraban, después de largo estudio y preparación los hijos de las familias más ilustres; se quería que los ejecutantes fueran dignos del dios.

Tragedia y comedia. — Los jóvenes celebraban todos los años en los alrededores de Atenas bailes religiosos en honra de Dionisos, dios de las vendimias. — Una de esas danzas era grave y seria, pues representaba los actos del dios. El jefe del coro hacia el papel de Dionisos y los demás el de los sátiros sus compañeros. Poco á poco fué adoptándose la costumbre de representar también la vida de los demás dioses y de los héroes antiguos. Después de esto un individuo (á quien los griegos llamaban Tespis) tuvo la idea de levantar un estrado en que un actor iba á representar mientras el coro se paraba. Una vez perfeccionado de este modo el espectáculo, lo transportaron á la ciudad, cerca del álamo negro del mercado. Así nació la *Tragedia*.

(1) *Las Memorables* y la *Apología*.
(2) Porque Platón enseñó en los jardines de un tal *Academo*.
(3) Esto es, los paseantes, porque Aristóteles enseñaba paseando.

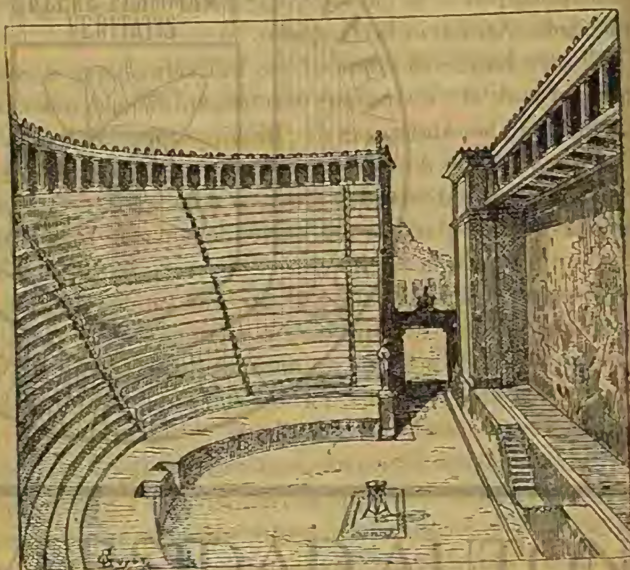
El otro baile era cómico; los individuos que componían el coro llevaban unas caretas, antifaces ó máscaras y cantaban las alabanzas de Dionisos mezclándolas con bromas y burlas de que eran objeto los espectadores, ó con reflexiones divertidas alusivas á los acontecimientos del día. Poco á poco se fué haciendo con este coro cómico lo que se había hecho con el grave y serio: introdujéronse en él actores, un diálogo, una intriga completa, y transportaron el espectáculo á Atenas. Así nació la *Comedia*. He ahí por qué de entonces acá la tragedia ha puesto siempre en escena héroes, mientras que la comedia ha representado la vida diaria.

Ambos géneros literarios conservaron algo de su origen, pues aun después que se redujeron á simples obras teatrales, siguieron siendo representadas ante el altar del dios. Y aun después que los actores, que ocupaban el estrado, habían llegado á ser los personajes importantes del espectáculo, el coro siguió bailando, cantando y dando vueltas en torno del altar. En las comedias se presentaba, como los enmascarados en los espectáculos antiguos, á hacer reflexiones satíricas sobre la política y las costumbres: en esto consistía la *parabasis*.

El teatro. — Para que todos los atenienses pudieran asistir á esos espectáculos, se edificó en una de las pen-

dientes de la Acrópolis, el teatro del dios Dionisos, que podía contener 30.000 espectadores. Según la costumbre griega, era descubierto y se componía de gradas dispuestas en semicírculo frente á la *orquesta*, donde se movía el coro, y del *escenario*, en que se representaba la farsa. No había funciones sino en el momento de las

TEATRO GRIEGO.



Gradas. Orquesta. Escenario.

fiestas del dios; pero entonces duraba el espectáculo varios días seguidos. Empezaba por la mañana al salir el Sol, y se representaban una detrás de otra tres tragedias (una *trilogia*), y un drama satírico que terminaba á la luz de las antorchas.

Cada trilogia era obra de un solo autor. Los días siguientes se representaban otras, y de este modo el espectáculo venía á ser un certamen entre los poetas; el público juzgaba y distribuía el lauro. — Los contendientes más famosos en esas justas literarias fueron Esquilo, Sófocles y Eurípides. También había certámenes de comedia, pero no se han conservado más que obras de un solo poeta cómico, Aristófanes.

LAS ARTES.

Los templos griegos. — Los edificios más hermosos de Grecia fueron erigidos en honra de los dioses y cuando hablamos de arquitectura helénica, se sobrentiende que nos referimos á sus templos. — Éstos no fueron como las iglesias cristianas más tarde, lugares destinados á recibir los fieles que van á orar. Eran los *palacios* (1) en que moraban los dioses representados por sus ídolos, palacios que los hombres procuraban llenar de esplendor. La multitud de los fieles no entra en el templo (2), sino que se queda fuera, junto á un altar expuesto al aire libre.

En el centro del templo está la habitación ó « cámara » del dios, santuario misterioso sin ventanas, iluminado apenas por el techo; en el fondo se alza un ídolo, de palo, mármol ó marfil, revestido de oro y cargado de adornos y alhajas. Ese ídolo es frecuentemente una estatua colosal; en el templo de Olimpia está Zeus sentado, y sin embargo su cabeza llega á lo alto. « Si el dios se levantara, decían, rompería el techo ». Este santuario, en que se conservan las reliquias del ídolo, está enteramente oculto á las miradas del pueblo; para entrar

(1) Nuestra palabra iglesia significa *asamblea;* el templo griego tiene un nombre que quiere decir morada.

(2) La Magdalena de París es, pues, un contrasentido, pues tiene la forma exterior de un templo griego y el arreglo interior de una iglesia cristiana.

allí precisa atravesar una especie de pórtico formado por hileras de columnas.

Detrás de la « cámara principal » hay otra, llamada « camarin», donde se guardan los objetos preciosos pertenecientes al dios, sus riquezas (1) y con frecuencia los caudales de la ciudad. De modo que el templo venía á ser al



Interior del templo de Zeus en Olimpia (reconstitución ideal).

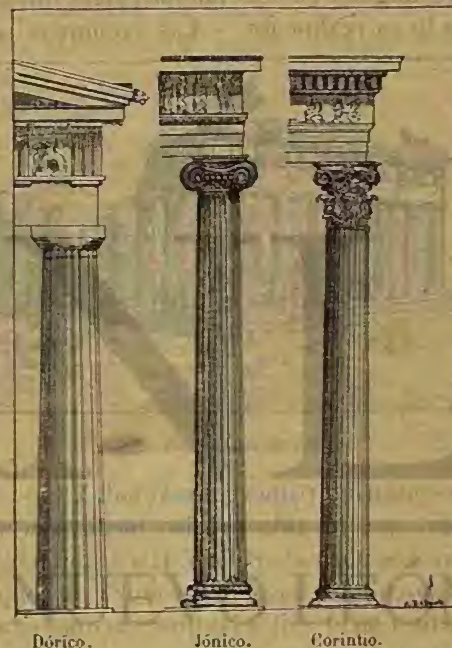
mismo tiempo un guardamuebles, un tesoro y un museo.

El monumento estaba rodeado por sus cuatro costados por hileras de columnas que formaban en torno del muro del santuario una especie de segunda envoltura protectora del dios y sus riquezas. Hay tres *órdenes* ó clases de ellas, que se diferencian en la base y el capitel; se les dan los nombres del pueblo que las

(1) En el Partenón había (según la cuenta de los tesoreros de la diosa) vasos de oro y plata, una corona de oro, escudos, cascos, espadas, serpientes de oro, una mesa de marfil, diez y ocho camas y varios carcax de marfil.

inventó ó que las usaba con más frecuencia. Citándolas por orden de antigüedad, son los órdenes dórico, jónico y corintio. El templo recibe el mismo nombre de las columnas que lo sostienen.

Encima de las columnas y alrededor del monumento se extiende el *friso*, compuesto de placas de mármol esculpidas en forma de cuadro (los *metopos*), que alternan con otros trozos de la misma sustancia lisos (los *triglifos*).



Dórico. Jónico. Corintio.

Un *frontón* triangular adornado con estatuas coronaba el templo.

Estos edificios eran *policromos*, es decir que estaban pintados de diversos colores, amarillo, azul, encarnado; los modernos no han querido admitir la verdad de este aserto hasta hace poco. Parecíales que la sobriedad del gusto griego les vedaba dar color á las piedras; pero en muchos templos se han descubierto restos de pintura que no dejan la menor duda sobre el particular, y reflexionando se ha llegado á comprender que esos colores vivos debían dar mayor relieve á las líneas.

Caracteres de la arquitectura griega. — Un templo griego parece de pronto sencillo y desnudo; redúcese á una caja de piedra colocada sobre una peña; la fachada consiste en un cuadrado coronado por un triangulo. Á primera vista no se ven sino líneas rectas y cilindros(1); pero si se examinan mejor las cosas, « se descubre (2) que ninguna de esas innumerables líneas al parecer rectas lo es realmente. » Las columnas se ensanchan un tanto en su parte media, las líneas verticales se inclinan ligeramente hacia el centro, y las horizontales presentan ligerísima convexidad. Y todo esto es tan delicado, que ha sido preciso medir con mucha exactitud para descubrir el artificio. Los arquitectos griegos habían comprendido que para producir un conjunto armonioso, era necesario evitar las líneas geométricas que parecerían demasiado tiesas y tener en cuenta las ilusiones de la perspectiva. « El arquitecto se propone, dice un escritor griego (3), inventar el medio de engañar la vista. »



Estado actual del Partenón.

Esos artistas trabajaban con la conciencia y el entusiasmo naturales en quienes servían á un dios. Así es que sus monumentos están perfectamente acabados en todas sus partes, sin excluir las que menos expuestas á la vista se encuentran, y eran tan sólidos que aun subsistirían si no los hubiesen destruído violentamente. El Partenón estaba todavía en pie en el siglo XVII; pero la explosión de un almacén de pólvora lo abrió en dos.

(1) Boutmy dice : « Un templo griego no *se dibuja* sino que *se tira con la regla*.

(2) Boutmy, *Filosofía de la arquitectura en Grecia*.

(3) Heliodoro de Larisa.

La arquitectura griega era al mismo tiempo sólida y elegante, sencilla y complicada. Casi todos sus templos han desaparecido y apenas se conservan acá y acullá algunos (1) mutilados, derruídos, sin techos, reducidos casi en su mayor parte á unas cuantas hileras de columnas. Sin embargo, aun así transportan de admiración á los que los contemplan.

La escultura. — La escultura no era para los egipcios y los asirios sino un adorno accesorio de los edificios; por el contrario, los griegos la consideraron como el arte principal. Sus artistas más famosos, Fidias, Praxiteles, Lisipo, fueron escultores. — Hacían bajos relieves para adornar las paredes de los templos, su fachada ó frontón; tal es el célebre friso de las Panateneas, que daba la vuelta al Partenón, y que representa la procesión de las jóvenes atenienses el día de la fiesta principal de la diosa. — Pero lo que más esculpían era estatuas; unas representaban un dios y servían como idolos, otras un atleta vencedor en los juegos solemnes y constituían la recompensa de su victoria.

Las estatuas griegas primitivas son secas y desprovistas de gracia, muy análogas aun á las esculturas asirias; pero poco á poco adquirieron soltura y elegancia. Las principales fueron hechas por Fidias en el siglo V y por

(1) Los más conocidos son el Partenón de Atenas y el de Poseidón en Pestum (Italia meridional).

Praxiteles en el cuarto; las posteriores son más bonitas; pero menos nobles é imponentes.

En Grecia había miles de estatuas (1) pues cada ciudad tenía las suyas y la producción artística no cesó en cinco siglos; pero de ese innumcrable pueblo quedan apenas quince intactas, entre las cuales no figura ninguna de las obras maestras célebres en el mundo helénico. Las estatuas griegas mas célebres que poseemos son copias, como la Venus de Milo, ó bien obras del período de decadencia, como el Apolo del Belvedere (2). Sin embargo, reuniendo



Friso de las Panateneas.

los pedazos de estatuas y de bajo relieves que se sacan todos los días de las excavaciones, quedan elementos suficientes para formar idea general de la escultura griega.

Los artistas helénicos procuraban ante todo representar los cuerpos más hermosos en actitud reposada y noble. Tenían mil ocasiones de ver hombres bien formados en actitudes artísticas, en el gimnasio, en el ejército, en las danzas y coros sagrados; así los estudiaban y

(1) Aun en el siglo II, después que los romanos saquearon la Grecia para adornar sus palacios, quedaban en las ciudades helénicas miles de estatuas.

(2) No se está seguro de que el Apolo del Belvedere no sea una copia romana.

aprendían á copiarlos : nadie les ha superado en la representación del cuerpo humano. — Ordinariamente, la estatua griega tiene cabeza pequeña y su rostro carece de expresión y de vida, pues aquellos artistas no se preocupaban como los nuestros de la fisonomía; sólo la belleza de las líneas y de los miembros les importaban. Lo hermoso en una estatua griega es el cuerpo entero.



Venus de Miló. Apolo del Belvedere.

La cerámica. — Los griegos convirtieron en verdadero arte la fabricación de la loza; llamábanla *cerámica* (arte del alfarero) y este nombre se le sigue dando todavía. No la consideraban tanto como á las demás artes; pero para nosotros presenta la ventaja de que la conocemos mejor que á las restantes, pues mientras los templos y las estatuas perecían, las obras de los alfareros griegos se conservaban en las tumbas. Allí se han encontrado más de 20.000 objetos, que figuran en los distintos museos de Europa. Son de dos clases :

1°. Las vasos pintados con figuras negras ó encarnadas, de todos tamaños y formas;

2°. Las estatuas pequeñas de tierra cocida. Hace quince años apenas se las conocía; pero hoy son casi célebres, desde que se descubrieron las lindas figuritas de Tanagro en Beocia. La mayor parte son ídolos diminutos, pero algunas representan niños ó mujeres.



Vasos griegos.

La pintura. — En Grecia hubo pintores, ilustres Zeuxis Parrasio y Apeles. Lo único que sobre ellos se sabe son algunas anécdotas, á menudo poco dignas de confianza, y algunas descripciones de cuadros. Para formarnos idea de la pintura griega, tenemos que limitarnos á los frescos hallados en las casas de Pompeya, ciudad italiana del primer siglo de nuestra era. Esto equivale á decir que no la conocemos. Sin embargo, reunimos en un



Figuritas de Tanagro.

grupo algunas de las más hermosas figuras de este arte greco-itálico.

XII. — RIVALIDADES ENTRE LAS CIUDADES GRIEGAS.

Guerra del Peloponeso. — Así que se constituyó el imperio de Atenas en las islas, los griegos quedaron divididos en dos ligas: las ciudades marítimas obedecían á Atenas; las del interior siguieron al mando de Esparta. Después de varias dificultades, se entabló la lucha entre estos dos partidos; fué la **guerra del Peloponeso**, que duró veintisiete años (431-404) y que una vez terminada continuó con distintos nombres hasta 360. — Esta contienda revistió bastante confusión; los adversarios se batían á la vez por tierra y por mar, en Grecia, en Asia, en Tracia, en Sicilia, generalmente en distintos puntos á la vez. Los espartanos tenían un ejército superior al de sus rivales y desolaban el Ática; los atenienses, que poseían una escuadra mejor, devastaban las costas. Después, Atenas envió su ejército á Sicilia y de la empresa no escapó ni un solo hombre (413); Lisandro, general de Esparta, destruyó en Asia la escuadra ateniense frente de una flota persa (405). Los aliados de Atenas que combatían contra su voluntad, la abandonaron. Lisandro la tomó, arrasó sus murallas y quemó sus naves.



Bailarinas de Pompeya.

2°. Las estatuas pequeñas de tierra cocida. Hace quince años apenas se las conocía; pero hoy son casi célebres, desde que se descubrieron las lindas figuritas de Tanagro en Beocia. La mayor parte son ídolos diminutos, pero algunas representan niños ó mujeres.



Vasos griegos.

La pintura. — En Grecia hubo pintores, ilustres Zeuxis Parrasio y Apeles. Lo único que sobre ellos se sabe son algunas anécdotas, á menudo poco dignas de confianza, y algunas descripciones de cuadros. Para formarnos idea de la pintura griega, tenemos que limitarnos á los frescos hallados en las casas de Pompeya, ciudad italiana del primer siglo de nuestra era. Esto equivale á decir que no la conocemos. Sin embargo, reunimos en un grupo algunas de las más hermosas figuras de este arte greco-itálico.



Figuritas de Tanagro.

XII. — RIVALIDADES ENTRE LAS CIUDADES GRIEGAS.

Guerra del Peloponeso. — Así que se constituyó el imperio de Atenas en las islas, los griegos quedaron divididos en dos ligas: las ciudades marítimas obedecían á Atenas; las del interior siguieron al mando de Esparta. Después de varias dificultades, se entabló la lucha entre estos dos partidos; fué la **guerra del Peloponeso**, que duró veintisiete años (431-404) y que una vez terminada continuó con distintos nombres hasta 360. — Esta contienda revistió bastante confusión; los adversarios se batían á la vez por tierra y por mar, en Grecia, en Asia, en Tracia, en Sicilia, generalmente en distintos puntos á la vez. Los espartanos tenían un ejército superior al de sus rivales y desolaban el Ática; los atenienses, que poseían una escuadra mejor, devastaban las costas. Después, Atenas envió su ejército á Sicilia y de la empresa no escapó ni un solo hombre (413); Lisandro, general de Esparta, destruyó en Asia la escuadra ateniense frente de una flota persa (405). Los aliados de Atenas que combatían contra su voluntad, la abandonaron. Lisandro la tomó, arrasó sus murallas y quemó sus naves.



Bailarinas de Pompeya.

Guerras contra Esparta. — Esparta quedó por algún tiempo dueña de la tierra y del mar. « En esa época, dice Jenofonte, todas las ciudades obedecían cuando un espartano les daba órdenes. » Pero pronto sus aliados, hartos de obedecer, formaron una liga contra ella. Los espartanos fueron arrojados del Asia, pero conservaron su poderío en Grecia durante algunos años aliándose con el rey de los persas (387). Pero los tebanos, que habían formado un buen ejército al mando de Epaminondas, los batieron en Leuctra (371) y en Mantinea (363), entrando en el Peloponeso. Esparta se vió abandonada por sus aliados, pero los tebanos no lograron que los restantes griegos los aceptaran como jefes. Á partir de entonces, ninguna ciudad griega volvió á gobernar á las demás.

Carácter salvaje de estas guerras. — Estas luchas fueron feroces. Algunos rasgos bastarán para probarlo así. Al principio de la guerra, los aliados de Esparta arrojan al mar á los mercaderes de las ciudades enemigas. En cambio los atenienses dieron muerte á los embajadores de Esparta sin dejarles siquiera hablar. — La ciudad de Platea se rindió mediante una capitulación en que los espartanos prometieron que nadie sería castigado sin someterlo á juicio.

Los jueces de Esparta preguntaban á cada prisionero si había prestado algún servicio á los espartanos durante la guerra; el prisionero contestaba que no y lo condenaban á muerte. Las mujeres fueron vendidas como esclavas. — Los atenienses tomaron de nuevo la ciudad de Mitilene, que se había alzado contra ellos.

El pueblo de Atenas reunido decretó, después de discutir, que todos los ciudadanos de Mitilene fuesen ejecutados. Al día siguiente cambiaron de idea y despacharon otro barco con órdenes contrarias á las que llevaba el primero; pero aun así murieron más de mil prisioneros. — Después del desastre de Siracusa quedó prisionero todo el ejército ateniense. Los vencedores empezaron por degollar á todos los generales y á parte de los soldados. Los demás fueron llevados á las *latomías*, antiguas canteras que servían de prisión. Allí los dejaron aglomerados por espacio de setenta días, expuestos sin abrigo al ardoroso sol del verano y á las noches frescas del otoño. Muchos perecían de enfermedad, de frío y de hambre, pues apenas les daban que comer, y sus cadáveres quedaban en el suelo infestando el aire. Al fin los siracusanos sacaron á los que quedaban vivos, y los vendieron como esclavos. — Ordinariamente, cuando un ejército invadía un país enemigo, arrasaba las casas, cortaba los árboles, quemaba las cosechas y mataba á los cultivadores. Después de la batalla remataban á los heridos y degollaban con la mayor sangre fría á los prisioneros. En una ciudad rendida, todo pertenecía al vencedor : hombres, mujeres y niños eran vendidos como esclavos. Así era entonces el derecho de la guerra. Tucídides lo resume de este modo (1) : « Entre los hombres se resuelven los negocios con sujeción á las leyes de la justicia, cuando se ven obligados á ello; *pero el más fuerte hace lo que quiere y el más débil cede*. Los dioses dominan por necesidad de su naturaleza, porque son los más fuertes; los hombres proceden de análoga manera. »

Resultados de estas guerras. — Estas luchas no lograron reunir á todos los griegos en un solo cuerpo nacional. Ninguna ciudad, ni aun Esparta ó Atenas, era

(1) En el discurso relativo á Mitilene.

bastante fuerte para obligar á todos á la obediencia. Lo único que lograron fué debilitarse unas á otras, cosa que aprovechó el rey de los persas. No sólo no volvieron á aliarse contra él las ciudades, sino que todas ellas, una después de otra, se reunieron con él para combatir á los demás helenos. En el célebre *Tratado de Antalcidas* (387) declaró el Gran Rey que todas las ciudades griegas de Asia le pertenecían y Esparta aceptó esa cláusula. Atenas y Tebas hicieron lo mismo unos años más tarde. Un orador ateniense decía (1): «El rey de Persia gobierna á Grecia; lo único que le falta es mandar gobernadores á nuestras ciudades. ¿ No es acaso él quien hace y deshace entre nosotros? ¿No lo llamamos Gran Rey, como si fuéramos sus esclavos? »

De modo que esas luchas hicieron perder á los griegos lo que habían ganado en las guerras médicas.

La Macedonia. — Esparta y Atenas, agotadas y exhaustas por un siglo de guerras, habían abandonado la lucha contra el rey de Persia. Otro pueblo se presentó á continuarla, y la terminó : los macedonios. Eran gentes que habían seguido siendo rudos y agrestes, como los antiguos dorios, una nación de pastores y de soldados. Habitaban en el extremo norte de Grecia, en dos grandes valles que van á parar al mar. Los griegos los tenían en poco y los consideraban medio bárbaros; pero como sus reyes se decían descendientes de Heracles, les permitieron hacer correr caballos en los juegos olímpicos; esto equivalía á reconocerlos como miembros de la familia helénica.

Filipo. — Estos reyes establecidos en lo interior de

(1) Isócrates. *Panegírico*, 121.

las tierras, lejos del mar, habían tomado escasa parte en las guerras de las griegos. Pero en 360 subió al trono de Macedonia un hombre joven, activo, osado, ambicioso, llamado Filipo, quien se propuso tres cosas :

1°. Crear un sólido ejército ;

2°. Apoderarse de todos los puertos situados en la costa de Macedonia ;

3°. Obligar á los restantes griegos á juntarse bajo su mando para combatir á los persas.

Tardó en lograr su propósito veinticuatro años, pero consiguió cuanto quería. Los griegos no le pusieron obstáculos, y aun hubo muchos que le ayudaron; en todas las ciudades tenía comprados partidarios que hablaban en su favor. « No hay fortaleza inexpugnable, decía, con tal de que pueda penetrar en ella un mulo cargado de oro. » De esta manera se fué haciendo dueño de todas las ciudades del Norte de Grecia.

Demóstenes. — Su principal adversario fué el orador Demóstenes. Éste era hijo de un armero; quedó huérfano á la edad de siete años y sus tutores le sustrajeron parte de su fortuna. Así que llegó á la mayoría de edad les puso pleito y los obligó á restituirle lo robado. Había estudiado los discursos de Iseo y la historia de Tucídides, que se sabía de memoria; pero cuando habló en la tribuna pública fué acogido con grandes risas pues le faltaba voz y pecho. Entonces trabajó varios años en mejorar sus facultades. Decíase que se encerraba meses enteros con la cabeza medio afeitada para no tener idea de salir á la calle, y que declamaba con la boca llena de piedrecitas á la orilla del mar, para acostumbrarse á dominar con la voz los rumores de la multitud. Cuando volvió á presentarse en la tribuna era maestro en el decir, y como siempre conservó la costumbre de preparar

cuidadosamente sus discursos, llegó á ser el orador más perfecto é influyente de Grecia.

El partido que gobernaba entonces á Atenas y cuyo jefe era Foción, quería conservar la paz; Atenas no tenía ni soldados ni dinero bastante para contener al rey de Macedonia. « Os aconsejaré la guerra, decía Foción, cuando estéis en situación de hacerla. » Por el contrario, Demóstenes despreciaba á Filipo considerándolo como un bárbaro; así fué que se puso al servicio del partido que quería la guerra con él y empleó su elocuencia en hacer abandonar á los atenienses la política de paz. Durante quince años, aprovechó cuantas ocasiones tuvo para excitarlos á la pelea. Tres de sus discursos no tienen más objeto que atacar á Filipo; por esto los llamaba él mismo *Filípicas*. (Han recibido el nombre de *Olintianas* los que pronunció para aconsejar á los atenienses que socorriesen á Olinta, sitiada por Filipo.) La primera *Filípica* es de 352. « Atenienses ¿ cuándo haréis lo que el deber os manda? ¿ Queréis pasar la vida yendo y viniendo por la plaza pública, preguntándoos mutuamente : Qué hay de nuevo? ¡ Cómo! ¿Qué cosa puede haber más nueva que ver á un macedonio vencedor de Atenas y dueño de Grecia ?... Digo, pues, que debemos armar cincuenta navíos y si es preciso, tripularlos vosotros mismos. No me habléis de un ejército de diez ó de veinte mil extranjeros que no existen sino de nombre. Quiero soldados que pertenezcan á la patria. » — En la tercera *Filípica* (341), el orador recuerda á los atenienses los progresos realizados por Filipo gracias á su inacción. « En otro tiempo, decía, cuando los griegos abusaban de su fuerza para oprimir á otros, toda Grecia se alzaba á fin de impedir tal injusticia, y hoy sufrimos que un macedonio indigno, que un bárbaro de raza maldita, destruya nuestras ciudades y celebre los juegos píticos ó los haga celebrar por sus esclavos. Hé ahí lo que los helenos consideran indiferentemente, como ven caer el granizo, orando para que no les alcance. Dejamos que crezca su poder, sin hacer nada que le ponga freno, pues cada cual considera como tiempo ganado el que Filipo tarda en destruir á otro, en vez de pensar y trabajar por la salvación de Grecia, cuando todo el mundo sabe que el desastre alcanzará aun á los más distantes. » — Al fin, cuando Filipo se apoderó de Elatea, á la entrada de la Beocia, los atenienses resolvieron, conforme al consejo de Demóstenes, hacer la guerra y mandar delegados á Tebas. Demóstenes fué al frente de la embajada. Allí encontró otra que enviaba Filipo. Los tebanos vacilaban; pero Demóstenes los conjuró á olvidar las antiguas querellas y á no pensar sino en la salvación de la patria griega, en la defensa de la honra y de la libertad ; al fin los decidió á pactar una alianza con Atenas y á sostener la guerra. Dióse en Queronea, punto de Beocia, una batalla; Demóstenes, que á la sazon tenía 48 años, combatió como simple hoplita al lado de sus conciudadanos ; pero el ejército de los atenienses y de los tebanos no podía compararse con los aguerridos soldados de Filipo. Éste triunfó.

La dominación macedónica. — El vencedor puso una guarnición en Tebas y ofreció á Atenas la paz. Después entró en el Peloponeso y fué recibido como un libertador por los pueblos que Esparta oprimía. Desde entonces no volvió á encontrar resistencia. Fué á Corinto y reunió allí delegados de todas las ciudades griegas (337) menos de Esparta que no envió ningunos. Filipo expuso su proyecto de ponerse al frente de un ejército griego para invadir el Asia. Los delegados lo aprobaron y se formó

una confederación general de todas las ciudades helénicas. Cada ciudad debía gobernarse á sí misma y vivir en paz con las restantes; al efecto se organizó un consejo federal encargado de impedir las guerras, las discordias, las proscripciones y las confiscaciones. Esta liga se aliaba con el rey de Macedonia y le otorgaba el mando de todas las tropas y de todos los navíos griegos. Ningún griego podía combatir contra Filipo so pena de destierro.

XIII. — LOS GRIEGOS EN ORIENTE.

JENOFONTE, *La Anabasis*, *Vida de Agesilao*. — GROTE, *Historia de la Grecia*. — CURTIUS, *Historia griega*. — DROYSEN, *Historia del Helenismo*. — TAINE, *Ensayos de crítica*.

EL ASIA ANTES DE ALEJANDRO.

Decadencia del imperio persa. — Ocupados en combatirse mutuamente, los griegos habían cesado de atacar al gran rey, y hasta recibían sus órdenes. Sin embargo, el imperio persa seguía debilitándose. Los sátrapas dejaron de obedecer al gobierno; cada cual tenía su corte, su tesoro, su ejército, hacía la guerra á su antojo, convirtiéndose en pequeño rey de su provincia. Cuando el soberano quería destituir á un sátrapa, no tenía más recurso que el de mandarlo asesinar. En cuanto al pueblo persa, ya no era la batalladora nación que hiciera temblar á todos los pueblos del Asia. Hé aquí en qué términos lo describe un capitán griego, Jenofonte, que había servido en Persia: « Duermen sobre alfombras, llevan guantes y usan pieles de abrigo. Los grandes hacen negocio alquilando como soldados de caballería á sus porteros, panaderos, cocineros, bañeros y á los lacayos que les sirven en la mesa, que los visten y los perfuman. Así es que no obstante lo numerosos que son, sus ejércitos

no sirven para nada, según es fácil comprenderlo al ver que sus enemigos recorren la Persia con más seguridad que sus amigos. Ya no se atreven á pelear de cerca. La infantería usa como en otra época escudo, hacha y espada; pero le falta valor para servirse de esas armas. Los conductores de carros de hoces se dejan derribar intencionalmente ó saltan de ellos antes de llegar junto al enemigo, de modo que como los carros van al azar, suelen causarles más daño que á sus contrarios. Por lo demás, los persas conocen su debilidad militar, saben que valen poco y no se atreven á entrar en campaña sin llevar griegos en sus ejércitos. Tienen como máxima *no combatir á los griegos sin contar por su parte con auxiliares de nuestra misma nación.* »

Expedición de los diez mil. — Esta debilidad se puso de manifiesto cuando en el año 400 se sublevó Ciro contra su hermano el gran rey Artajerjes, á quien quería destronar. Entonces había miles de aventureros ó desterrados griegos que se contrataban como soldados mercenarios. Ciro tomó 10.000; Jenofonte, que fué uno de ellos, ha hecho el relato de su expedición. Atravesaron toda el Asia hasta el Eufrates sin que nadie se atreviera á detenerlos (1). Al fin se trabó la batalla cerca de Babilonia. Siguiendo su costumbre, los griegos se lanzaron á la carrera, dando su grito de guerra, y ni

(1) Un episodio referido por Jenofonte prueba el terror que inspiraban los griegos. Queriendo Ciro dar en cierta ocasión un espectáculo á una reina de Cilicia, mandó que sus griegos se formaran en batalla. « Todos llevaban cascos de bronce, túnicas de púrpura, escudos y espinilleras brillantes. La trompeta dió la señal y los soldados se pusieron en marcha con las armas al frente: al fin, apresurando el paso, se lanzaron á la carrera dando gritos. Los bárbaros tuvieron horrible miedo; la ciliciana huyó de su carro y las gentes del mercado, escaparon abandonando los artículos que vendían, mientras los griegos volvían riéndose á sus tiendas. »

siquiera estaban todavía al alcance de las flechas, cuando los bárbaros huyeron. Los griegos les dan caza, á la vez que se recomiendan mutuamente no separarse unos de otros. Cuando llegaban sobre ellos los carros de guerra, abrían sus filas y los dejaban pasar. Sólo uno de ellos recibió una herida de flecha : los demás salieron ilesos. Con todo, como Ciro había sido muerto, su ejército se desbandó sin combatir y los 10.000 griegos se quedaron solos en lo más apartado de un país enemigo frente á numeroso ejército. Pues bien, los persas no se atrevieron ni siquiera á atacarlos; lo único que hicieron fué matarles traidoramente sus cinco generales, veinte capitanes y doscientos soldados que habían ido á negociar con ellos. Los mercenarios abandonados eligieron nuevos jefes, quemaron sus tiendas y convoyes, y se pusieron en retirada, penetrando en las agrestes montañas de Armenia. Ni el hambre, ni las nieves ni las flechas de las tribus indígenas que querían cerrarles el paso pudieron detenerlos; así llegaron al Mar Negro y volvieron á Grecia, después de atravesar todo el imperio persa. Á su regreso (399) eran todavía 8.000.

Agesilao. — Tres años después, Agesilao, rey de Esparta, invadió los ricos países del Asia Menor, la Lidia y la Frigia, con un pequeño ejército. Venció á los sátrapas y ya iba á penetrar tierra adentro cuando lo llamó su ciudad para sostener la lucha contra los ejércitos de Tebas y de Atenas. — Este soberano fué el primer griego que pensó en conquistar la Persia. Cuando veía á los helenos destruirse y debilitarse mutuamente, lo lamentaba. Al tener noticia de la victoria de Corinto, donde había muerto diez mil enemigos y sólo ocho espartanos, suspiró en vez de alegrarse y dijo : « ¡ Oh Grecia infeliz, con esos hombres que has perdido hubieses podido subyugar á todos los bárbaros! » — En cierta ocasión se negó á destruir una ciudad griega : « Si exterminamos á todos los griegos que faltan á su deber, exclamó, ¿ dónde encontraremos hombres para vencer á los bárbaros? » Este sentimiento era muy raro entonces. Así es que al referir estas expresiones de Agesilao su biógrafo Jenofonte escribe : « ¿ Quién fuera de él consideró como desgracia la victoria cuando combatía á pueblos de su raza ? »

CONQUISTA DE ASIA POR ALEJANDRO.

Alejandro. — Filipo de Macedonia fué asesinado en 334, cuando su hijo Alejandro tenía únicamente veinte años. Este príncipe había sido educado como todos los griegos de buena casa, y era diestro en los ejercicios corporales, vigoroso en la lucha y excelente jinete; nadie más que él pudo domar á Bucéfalo, su caballo de pelea. Al mismo tiempo conocía la política, la elocuencia y la historia natural. El más ilustre sabio de Grecia, Aristóteles, empezó á darle lecciones cuando tenía 13 años y fué su maestro hasta los 17. Alejandro leía con pasión la *Iliada*, que llamaba guía del arte militar y cuyos héroes aspiraba á igualar. Su gusto por los combates y su deseo de renombre hacían de él un verdadero genio conquistador. Su padre solía decirle : « Macedonia es demasiado pequeña para contenerte. »

La falange. — Filipo le dejó un poderoso auxiliar en el ejército macedónico, el mejor que hubo nunca en Grecia. Se componía de la *falange* de infantería y de un cuerpo de jinetes. Aquélla contaba 16.000 hombres dispuestos en filas de 1000 de frente y 16 de profundidad. Cada peón llevaba una *sarisa* ó pica de 6 metros. Los

macedonios no marchaban sobre el enemigo volviéndose todos hacia el mismo punto, sino que permanecían inmóviles, presentando por todas partes un bosque de lanzas, pues los de las filas centrales mantenían su pica tendida por encima de las cabezas de los soldados de las primeras. La falange se parecía, según esto « á un monstruoso animal erizado de hierro », contra el cual se estrellaba el enemigo. — Mientras la falange ocupaba el campo de batalla, Alejandro cargaba sobre el enemigo al frente de su caballería, que era un cuerpo escogido, formado por la nobleza joven del país.

Alejandro se pone en marcha. — Alejando se puso en camino al llegar la primavera del año 334 con 30.000 infantes (macedonios en su mayor parte), y 4.500 jinetes; no llevaba consigo sino 70 talentos (menos de 80.000 pesos) y víveres para 40 días. Tenía que combatir, no sólo á la turba de pueblos mal armados que Jerjes llevaba consigo, sino también un cuerpo de 50.000 griegos alistados en los ejércitos del gran rey y mandados por un general de mérito, Memnón el Rodio. Esos helenos habrían podido contener á los invasores; pero Memnón murió y los mercenarios se dispersaron. Así quedó Alejandro libre de su único adversario peligroso y pudo conquistar en dos años el imperio persa.

Victorias del Gránico, de Isso y de Arbeles. — Tres victorias lo hicieron dueño de ese país. En Asia Menor, desbarató las tropas persas acampadas detrás del río Gránico (mayo de 333). — En los desfiladeros de Cilicia, en Isso, derrotó á Darío, rey de Persia, con sus 600.000 hombres (noviembre de 333). — Y en Arbeles, cerca del Tigris, dispersó y destruyó un ejército más numeroso aún (331). — Fué una repetición de las guerras médicas.

El ejército persa estaba mal armado y no sabía maniobrar, estorbándose á sí mismo con la masa de soldados, criados y bagajes. Únicamente las tropas escogidas combatían; las demás se desbandaban dejándose matar. En el intervalo de las batallas, la conquista era un paseo triunfal. Nadie resistía (1); ¿ Qué importaba á los pueblos del imperio que su dueño fuera Darío ó Alejandro? Cada victoria valía al macedonio una región entera : el Gránico le abrió toda el Asia Menor, Isso la Siria y Egipto; Arbeles el resto del Imperio.

Muerte de Alejandro. — Cuando Alejandro fué dueño de esos países, se consideró como heredero del Gran Rey. Adoptó el traje persa, las ceremonias de la corte de Darío, y obligó á los generales griegos á prosternarse ante él conforme á la costumbre asiática. Se casó con una mujer del país y unió á 80 de sus oficiales con doncellas de la nobleza persa. Quería llevar su imperio hasta los límites que tuvo en tiempo de los antiguos reyes y penetró por el Asia, llegando á la India después de combatir á diversas tribus. En 324 volvió con su ejército á Babilonia, donde murió á la edad de 33 años, víctima de rápida calentura (323).

Proyectos de Alejandro. — Es difícil saber qué se proponía Alejandro. ¿ Conquistaba por conquistar, ó tenía un plan? — ¿ Quería reunir en uno solo todos los pueblos de su imperio? — ¿Se hizo persa para dar un ejemplo ó imitaba al Gran Rey sólo por vanidad? — Se ignoran sus intenciones, pero sus actos tuvieron grandes resultados (2). — Fundó 70 ciudades, varias

(1) Excepto la ciudad fenicia de Tiro, rival de los griegos por razones mercantiles.

(2) Veáse Montesquieu, *Espíritu de las leyes*, X, 14.

Alejandrías, en Egipto, Tartaria y hasta en la India. Distribuyó á sus súbditos los tesoros acumulados inútilmente en las arcas del Gran Rey. — Llevó consigo sabios griegos que estudiaron las plantas, los animales y la geografía de Asia. — Y sobre todo, preparó á los pueblos de Asia para que adoptaran la lengua y las costumbres de los griegos. Así es que Alejandro ha recibido el calificativo de *Grande*.

DIFUSIÓN DEL ESPÍRITU GRIEGO POR EL ORIENTE.

Desmembramiento del imperio de Alejandro. — Alejandro había reunido en sus manos todo el mundo antiguo, desde el Adriático hasta el Indo, desde Egipto hasta el Cáucaso; pero tan vasto imperio sólo duró lo que su fundador. Cuando murió el héroe, sus generales se disputaron la herencia, guerreando unos con otros por espacio de 20 años, primero con el pretexto de sostener á alguna persona de la familia de Alejandro, su hermano, su hijo, su madre, sus hermanas ó una de sus mujeres, y después en su propio nombre. Cada jefe tenía á sus órdenes parte del ejército macedonio ó soldados griegos mercenarios. Los griegos peleaban unos con otros para saber quién poseería el Asia; los habitantes veían estas luchas con la misma indiferencia que mostraran durante la anterior guerra contra los persas. Al terminar la contienda, sólo quedaban tres generales que habían formado otros tantos reinos con pedazos de la herencia de Alejandro. Ptolomeo quedó dueño de *Egipto*, Seleuco de *Siria* y Lisímaco de *Macedonia*. Además, se constituyeron ó fueron formándose con el tiempo, otros reinos más pequeños: en Europa el *Epiro*; en Asia Menor el *Ponto*, la *Bitinia*, la *Galacia*, la *Capadocia* y *Pérgamo*; — en Persia la *Bactriana* y la *Partia*. Eso es lo que se llama *desmembramiento del imperio de Alejandro*.

Los reinos helénicos. — En estos reinos el soberano era griego, hablaba la lengua helénica, adoraba los dioses de su nación y vivía como en Grecia, conservando así en su nuevo Estado su lengua, religión y costumbres. Los vasallos eran asiáticos, es decir, bárbaros; pero el rey se rodeaba de compatriotas suyos, contratando mercenarios griegos para su ejército, empleados griegos para su administración y llamando á su corte poetas, sabios y artistas helénicos. — Ya en tiempo de los reyes persas había en el imperio muchos griegos, colonos, mercaderes y principalmente soldados; ahora aumentó este número en proporción tan grande que los indígenas de Asia acabaron por adoptar el traje, la religión, las costumbres y hasta la lengua de los griegos. Oriente dejó de ser asiático y se volvió *helénico*. En el siglo primero, los romanos no encontraron allí sino pueblos semejantes á los griegos y que hablaban la lengua de éstos (1).

Alejandría. — Los reyes griegos de Egipto, descendientes de Ptolomeo (2), aceptaron el título de Faraón que tomaban los antiguos reyes, usaron la diadema y se hicieron adorar como ellos con el título de hijos del sol; pero se rodearon de griegos, estableciendo su capital á orillas del mar, en una ciudad griega, Alejandría, fundada por orden del conquistador macedonio. Esta ciudad fué edificada con arreglo á un plan único, y era más regular que las restantes ciudades griegas; sus calles se cortaban en ángulo recto y una vía de 30 metros de

(1) Los Evangelios y las Actas de los Apóstoles redactadas en Asia Menor están escritos en griego.

(2) Llamábanlos *Lagidas*, por el nombre del padre de Ptolomeo I.

ancho por 6 kilómetros de largo la atravesaba en toda su longitud. En ésta se alzaban los principales monumentos, el *Estadio*, donde se celebraban los juegos públicos, el *Gimnasio*, el *Museo*, el *Arsineo*. El puerto estaba formado por un dique de 1300 metros que unía la tierra con la *isla de Faros;* en la punta de ella se elevaba una torre de mármol, en cuya cúspide se conservaba una luz encendida constantemente, para guiar á los buques que querían entrar en el puerto. De ahí procede el nombre de *faro*. Alejandría se convirtió en el principal puerto de comercio del mundo entero, eclipsando y sustituyendo á las ciudades fenicias.

El Museo. — Era un inmenso edificio de mármol, que estaba en comunicación con el palacio real. Los reyes de Egipto quisieron hacer de él un gran establecimiento científico.

Contenía una biblioteca muy rica (1). El bibliotecario principal tenía orden de comprar cuantos libros encontrase. Las obras que entraban en Egipto eran llevadas inmediatamente á dicho centro, donde se hacían varias copias de ella. El propietario recibía una de éstas y una indemnización. De este modo se logró reunir 400.000 volúmenes, cosa inaudita antes de la invención de la imprenta. Hasta entonces estuvieron expuestos á perderse los manuscritos de las obras célebres; en adelante se supo dónde hallarlos.

También tenía el Museo un jardín botánico y zoológico, un observatorio de astronomía, una sala de disección, organizada no obstante las ideas de los egipcios sobre los muertos y hasta un laboratorio de química,

(1) La Biblioteca del Museo se quemó durante el sitio de Alejandría por César; pero quedó una sucursal que tenía en el Serapeum. Según parece esta segunda biblioteca ardió en el siglo VII.

donde el rey Ptolomeo Filadelfo, que tenía mucho miedo á la muerte pasó varios años buscando un elixir para prolongar la vida.

Además, el museo servía de alojamiento á multitud de sabios, matemáticos, astrónomos, médicos, gramáticos, que eran sostenidos á costa del Estado; en ocasiones iba el rey á comer con ellos para darles una prueba de aprecio. Estos sabios daban lecciones; todas las naciones griegas mandaban allí sus jóvenes á instruirse. Alejandría llegó á contar en sus aulas catorce mil estudiantes.

De modo que el Museo fué al mismo tiempo biblioteca, academia y escuela, algo como una Universidad, institución muy común en nuestra época; pero que entonces era inaudita novedad. Gracias á él se convirtió Alejandría en centro de todos los orientales, griegos, egipcios, judíos, sirios, que llevaban allí, á reunirlas en una sola, sus religiones, filosofías y saberes respectivos, convirtiéndose aquella ciudad por espacio de varios siglos en capital científica y filosófica del mundo.

Pérgamo. — El reino de Pérgamo en Asia Menor era pequeño y poco importante; pero su capital, que llevaba el mismo nombre, fué como Alejandría una ciudad de sabios y de artistas. Sus escultores formaron en el siglo III antes de nuestra era una escuela célebre (1). También Pérgamo poseía una biblioteca en que el rey Atala reunió los manuscritos de los autores antiguos. En esta capital fué donde se inventó el arte de preparar las pieles, para reemplazar el papiro en que hasta entonces se escribía. Este nuevo « papel de Pérgamo » fué el *pergamino* en que se conservaron los manuscritos de la antigüedad.

(1) Se conservan algunas de las estatuas que el rey Atala les mandó hacer en recuerdo de su victoria sobre los galos de Asia (gálatas).

XIV. — LOS ÚLTIMOS TIEMPOS DE LA GRECIA.

FUSTEL DE COULANGES, *La Cité antique.* — DROYSEN, *Historia del helenismo.* — MOMMSEN, *Historia romana.*

DECADENCIA DE LAS CIUDADES GRIEGAS.

Ricos y pobres. — Las tierras, los talleres industriales, los buques mercantes, esto es, todas las fuentes de riqueza, pertenecían en casi todas las ciudades helénicas á unas cuantas familias. Las restantes, esto es, la inmensa mayoría de ellas (1), no poseían nada. ¿ Qué podía hacer un ciudadano pobre para ganarse la vida.? ¿ Prestar sus servicios como labrador, obrero ó marinero? No era posible, por cuanto los propietarios contaban con numerosos esclavos que les costaban mucho menos que los trabajadores libres, pues los alimentaban mal y no les pagaban salario. ¿ Trabajar por su cuenta? Menos aún, porque no se obtenía dinero á menos de 10 por 100, y no había que pensar en tomar prestado. — Además, las costumbres se oponían á que un ciudadano se hiciera artesano. « Los oficios manuales, decían los filosófos, estropean el cuerpo, debilitan el alma y no dejan tiempo que consagrar á los asuntos públicos. » Así pues, dice Aristóteles, « una ciudad bien constituída no debe aceptar como ciudadano al artesano. » Los ciudadanos forman en Grecia une *clase noble;* para ellos, lo mismo que para nuestros antiguos nobles, las únicas ocupaciones dignas son gobernar y combatir; trabajar con sus manos era rebajarse. Gracias á la competencia que les hacía el trabajo de los esclavos, y á la nobleza

(1) En casi ninguna ciudad griega había una clase media análoga á nuestra burguesia. Atenas, con sus 13.000 pequeños propietarios, c nstituye en este punto notable excepción.

de su condición se veían, pues, los ciudadanos reducidos en su mayor parte á la más extremada miseria.

Luchas entre ricos y pobres. — Los pobres gobernaban las ciudades y no tenían medios de subsistencia. Entonces se les ocurrió la idea de despojar á los ricos; éstos á su vez se unieron entre sí para defenderse. La ciudad griega se dividió en dos bandos : los ricos que llamaban « la minoría » y los pobres que eran « la mayoría » ó « el pueblo. » Estos bandos se detestaban y se combatián. Cuando dominaban los pobres, desterraban á los ricos y les confiscaban sus bienes. En ocasiones llegaban á tomar dos medidas radicales :

1ª. *Abolir las deudas;*

2ª. *Repartir de nuevo las tierras.*

Así que los ricos volvían al poder, desterraban á los pobres. En muchas ciudades se juramentaban con estas palabras : « Juro ser siempre hostil al pueblo y hacerle todo el daño que pueda. » — No había medio de reconciliar á los dos partidos, pues los ricos no se resignaban á abandonar su fortuna ni los pobres á morirse de hambre. « Todas las revoluciones estallan, dice Aristóteles, por causa de la distribución de las fortunas. » Y Polibio escribe : « Toda guerra civil tiene por objeto cambiar las fortunas de manos. »

Estas luchas eran feroces, según ocurre siempre entre vecinos. « En Mileto ocurrió que los pobres dominaron obligando por de pronto á los ricos á huir de la ciudad; pero sintiendo después no haberlos destruído, cogieron á sus hijos, los reunieron en una granja y los hicieron aplastar por las pisadas de los bueyes. Más tarde los ricos triunfaron, volviendo á la ciudad; entonces cogieron á los hijos de los pobres, los untaron con pez y los quemaron vivos. »

Democracia y oligarquía. — Ricos y pobres tenían su forma de gobierno preferida y la establecían en la ciudad cuando eran los más fuertes. El gobierno de los ricos era la *oligarquía*, que entregaba el gobierno á unos cuantos hombres, el de los pobres la *democracia*, que entregaba el poder á la asamblea del pueblo. Cada partido estaba en inteligencia con sus correligionarios de las demás ciudades. Así se formaron dos ligas que comprendían dividiéndolas todas las ciudades griegas: la liga de los ricos ú oligarquía y la de los pobres ó democracia. Este régimen empezó durante la guerra del Peloponeso. Atenas sostenía al partido democrático y Esparta al oligárquico. Las ciudades en que dominaban los pobres se unían con la primera y las gobernadas por los ricos con la segunda. Así, cuando en Samos triunfan los pobres, dan muerte á 200 ricos, destierran á otros 400, confiscan sus tierras y sus casas, eligen un gobierno democrático y se alían con Atenas. El ejército espartano se presenta á sitiar á Samos, llevando consigo á los ricos desterrados, que desean volver á su ciudad por fuerza. Samos tiene que rendirse, y se convierte en una ciudad oligárquica aliada de Esparta.

Los tiranos. — Al cabo de algún tiempo, los pobres comprendieron que el gobierno democrático no los hacía bastante fuertes para luchar, y se resignaron en la mayor parte de las ciudades á elegir un jefe, que llamaban *tirano*, y que gobernaba como dueño sin obedecer á ninguna ley, condenando á muerte y confiscando á su antojo. Para protegerlo contra sus enemigos lo rodeaban de soldados mercenarios. — La anécdota siguiente resume la política de los tiranos: « Periandro, tirano de Corinto, mandó á preguntar un día á Trasíbulo, que lo era de Mileto, qué conducta debía seguir, para gobernar

con tranquilidad. Trasíbulo llevó al enviado al campo y se paseó con él por los sembrados, derribando con un palo todas las espigas de trigo que sobresalían por encima de las demás, después de lo cual lo despidió sin más contestación. El emisario lo tomó por un loco; pero Fariandro comprendió que Trasíbulo aconsejaba la muerte de los principales ciudadanos. » El tirano destruye en todas partes á los ricos, confisca sus bienes y con frecuencia los reparte entre los pobres. Así es que el pueblo lo sostiene.

En Grecia hubo tiranos desde el siglo sexto; algunos de ellos, como Pisistrato, Polícrates y Pitacos, fueron hombres prudentes y respetados. Entonces se llamaba tirano á todo hombre que ejercía poder absoluto sin sujetarse á la constitución; ese nombre no era deshonroso. Pero más tarde, la guerra continua contra los ricos los hizo sanguinarios, por lo cual fueron odiados y despreciados. Su situación está perfectamente pintada en la famosa historia de Damocles, que decía á Dionisio, tirano de Siracusa: « Eres el más feliz de los hombres. — Voy á hacerte gustar la dicha de los tiranos », contestó Dionisio. Al efecto, le mandó servir una suntuosa comida y ordenó que le tributasen los mismos honores que á su propia persona. Durante el banquete, Damocles tuvo la idea de mirar al techo y vió colgando de una crin de caballo, suspendida sobre su propia cabeza, una espada. — La comparación era gráfica y quería decir que la vida del tirano estaba siempre pendiente de un hilo. Sus enemigos, los ricos, espiaban el momento de asesinarlo, pues matar á un tirano era acto meritorio. Este peligro le agriaba el carácter y lo hacía desconfiado y cruel. No se atrevía á fiarse de nadie, no se creía seguro sino una vez que acababa con todos sus adversarios, y por la más ligera sospecha condenaba á

muerte á los ciudadanos. Por esto es por lo que el calificativo de tirano ha acabado por ser una injuria.

Las fuerzas de Grecia se agotan. — Las guerras civiles entre ricos y pobres duraron cerca de tres siglos (430 á 150). Multitud de ciudadanos perecieron en ellas y otros fueron expulsados. Estos desterrados vagaban por el mundo sin recurso alguno. Como no conocían más oficio que el de soldado, entraban de mercenarios en el ejército de Esparta, de Atenas, del Gran Rey, de los sátrapas persas, de cuantos podían contratarlos. Al servicio de Darío contra Alejandro hubo 50,000 griegos. Esos hombres no volvían casi nunca á su patria.

Así iban quedando desiertas las ciudades. Al mismo tiempo disminuían las familias : muchos hombres no querían casarse ni tener hijos y otros se contentaban con uno ó dos. « Ahí está la causa del mal, dice Polibio. Si de dos hijos se lleva uno la guerra ó las enfermedades, la casa queda desierta y las ciudades se debilitan. » Así llegó un tiempo en que los Estados no tuvieron ya bastantes ciudadanos para defenderse contra el conquistador.

LA CONQUISTA ROMANA.

Las ligas — Los griegos más inteligentes empezaron á darse cuenta del peligro durante la segunda guerra entre Roma y Cartago. En una asamblea celebrada en Naupacta el año 207, un orador helénico decía : » Volved la vista hacia Occidente, donde, los cartagineses y los romanos se disputan algo más que la Italia..... Por esa parte se forma un nublado que irá aumentando y que acabará por descargar sobre la Grecia (1). » — Las

(1) Polibio, 104.

ciudades helénicas estaban divididas por entonces en dos *ligas* enemigas, que dos pequeños pueblos, los etolios y los aqueos dirigían, mandando los ejércitos y decidiendo de la paz y de la guerra, como Atenas y Esparta en otra época. En las ciudades todo el mundo estaba afiliado á uno de esos partidos : la liga etolia sostenía al bando democrático, y la aquea (1) al oligárquico.

Los aliados de los romanos. — Ninguna de esas ligas fué bastante fuerte para reunir todas las ciudades griegas. Entonces aparecieron los romanos. El rey de Macedonia, Filipo (197) y después el de Siria, Antioco (193-169), les hicieron la guerra; pero ambos fueron vencidos. Roma destruyó sus ejércitos y se apoderó de sus navíos. También venció al nuevo rey de Macedonia, Perseo, reduciéndolo á prisión y destruyendo su monarquía (167). Los griegos no procuraron reunirse para defenderse ; ricos y pobres continuaban sus luchas y cada partido odiaba más al bando opuesto que á los extranjeros. El partido democrático se alió con el rey de Macedonia y el oligárquico llamó á los romanos. — Mientras los demócratas tebanos combatían en las filas de Filipo, los oligárquicos de la misma ciudad abrían sus puertas al general romano. — En Rodas condenaron á muerte á cuantos hablaron ó tramaron algo contra Roma. Calícrates, partidario de los romanos, llegó hasta el punto de formar una lista de mil ciudadanos de la liga aquea, que acusaba de haber sido favorables á

(1) La liga aquea tuvo á su frente dos capitanes ilustres : en el siglo III, Arato, que durante veinte y siete años (251-224), recorrió la Grecia, expulsando de todas las ciudades á los tiranos, reinstalando á los ricos, devolviéndoles sus bienes y el gobierno; en el siglo II, Filopemen, que combatió á los tiranos de Esparta y murió envenenado.

Perseo. Estos sospechosos fueron enviados á Roma donde permanecieron veinte años sin ser juzgados.

La lucha final. — Por de pronto, los romanos no se presentaron como enemigos. — En el año 197, el cónsul Flaminio, después de haber vencido al rey de Macedonia, se presentaba en los juegos ístmicos de Corinto y declaraba por medio de un heraldo ante la asamblea que « todos los pueblos griegos eran libres. » La multitud transportada de alegría se acercó á Flaminio para darle gracias; todos querían saludar al libertador, ver su rostro, tocar su mano, y entregarle coronas ó guirnaldas. Tal gentío se agolpó en torno suyo, que el cónsul estuvo á punto de morir sofocado. — Pero pronto ocurrió que, viéndose dueños de todo, los romanos quisieron mandar. Los ricos obedecieron con gusto, pues estos aliados les servían para oprimir á los pobres; así permanecieron las cosas por espacio de cuarenta años. — Al fin, en 147, hallándose ocupada Roma en su lucha contra Cartago, el partido democrático recobró su predominio en Grecia y declaró la guerra á los romanos. Parte de los helenos se llenaron de espanto, y multitud de ellos iban al encuentro de los soldados romanos para denunciar á sus compatriotas y denunciarse á sí mismos; otros huían lejos de las ciudades y los hubo que se arrojaban dentro de los pozos ó se mataban dejándose caer en los precipios. Los jefes de la resistencia confiscaron los bienes de los ricos, abolieron las deudas y dieron armas á los esclavos. Fué una lucha sin cuartel. Vencidos la primera vez, los aqueos rehicieron un ejército y marcharon al combate de nuevo, llevando consigo sus mujeres y sus hijos. El general Diceo se encerró en su casa con toda su familia y le pegó fuego. Como Corinto había sido el centro de la resistencia, al tomarla los romanos mataron á los hombres y vendieron como esclavos las mujeres y los niños. La ciudad fué entregada al saco é incendiada luego. Así perecieron miles de obras maestras; entonces se vieron los cuadros de los grandes maestros por el suelo y recostados encima guerreros romanos que jugaban á los dados.

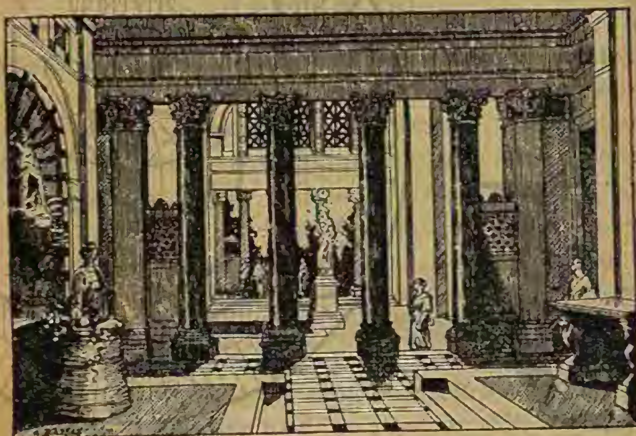
DIFUSIÓN DEL ESPÍRITU GRIEGO POR OCCIDENTE.

Influencia de Grecia sobre Roma. — En la época de que hablamos, los romanos no eran sino soldados, campesinos y mercaderes, y carecían de estatuas, de monumentos, de literatura, ciencia y filosofía, cosas todas que abundaban en Grecia. Así fué que los vencedores procuraron imitar á los vencidos, como en otro tiempo los asirios á los caldeos, y los persas á los asirios. — Los romanos conservaron su traje, su idioma y su religión, sin confundirse nunca con los helenos; pero miles de literatos y de artistas griegos fueron á instalarse en Roma y abrieron allí escuelas de literatura y de elocuencia. Más adelante se hizo moda en Italia que los jóvenes de las grandes familias fueran á terminar su educación en las escuelas de Atenas y de Alejandría. Así penetraron poco á poco en Roma las artes y ciencia de los griegos. « La Grecia vencida venció á su vez á su bárbaro conquistador, dice el poeta romano Horacio, llevando al rudo Lacio las artes. »

La arquitectura. — Los romanos tenían una arquitectura nacional; pero adoptaron la columna griega é imitaron con frecuencia los edificios helénicos. Muchos templos romanos se parecen á los griegos. — La morada de un patricio de Roma se compone ordinariamente de

dos partes: una la antigua casa nacional; la otra es una mansión griega agregada á la primera.

La escultura. — Los griegos tenían miles de estatuas en sus templos, plazas, gimnasios y moradas. Los romanos se consideraban dueños de cuanto pertenecía á los vencidos, y en consecuencia sus generales se apoderaron de gran número de aquellas obras de arte para



Interior de una casa romana alhajada á la griega.

llevarlas á ornar los templos y pórticos de Roma. En el triunfo de Paulo Emilio, vencedor del rey de Macedonia, se vieron doscientos cincuenta carros cargados de estatuas y de cuadros. — No tardaron los vencedores en acostumbrarse á adornar con estatuas los teatros, las salas de consejo, los palacios de los particulares; todos los patricios quisieron poseer algunas y las encargaron á los artistas griegos. Después se formaron escultores romanos que siguieron imitando los antiguos modelos griegos. De este modo se extendió por el mundo some-

tido á Roma la escultura helénica, aunque un tanto alterada y algo menos elegante que la primitiva.

La literatura. — El primer escritor latino fué un griego, Livio Andrónico, liberto, maestro de escuela y más tarde actor. Las primitivas obras latinas fueron traducciones del griego: Livio Andrónico tradujo la Odisea y algunas tragedias. El pueblo romano las encontró de su gusto y no aceptaba otras, hasta el punto de que, aun los autores romanos de este género se limitaron á traducir ó arreglar tragedias y comedias griegas. Las de Plauto y de Terencio son imitaciones de otras de Menandro y Difilo que se han perdido.

También imitaron los romanos á los historiadores griegos; por mucho tiempo fué moda escribir la historia en lengua helénica, aun cuando fuese la de Roma.

Los mayores poetas del Lacio reconocen haber sido discípulos de los griegos: Lucrecio escribió su poema sólo para exponer la doctrina de Epicuro; Cátulo imitó á los poetas de Alejandría; Virgilio á Teócrito y á Homero; Horacio tradujo las odas de los líricos helénicos.

Epicúreos y estoicos. — Los romanos poseían espíritu práctico desprovisto de elevación, del todo indiferente á la ciencia pura y á la metafísica. Así es que en la filosofía griega lo único que les interesaba era lo que les parecía útil en la vida, la moral.

En Grecia había habido dos sectas, los epicúreos y los estoicos. Según aquéllos, el bien supremo es el *placer*, no el grosero y malsano del hombre exaltado en sus pasiones, sino el tranquilo y razonable del que tiene templanza; la dicha consiste en disfrutar pacíficamente de vida serena rodeado de amigos y sin torturarse el espíritu para adquirir bienes que en realidad no lo son.

— Para los estoicos el bien supremo es la *virtud*, que consiste en guiarse con arreglo á razón, teniendo en cuenta el bien del universo. Riqueza, honores, salud, belleza, todos los bienes de la tierra no son nada para el sabio; aun cuando éste fuese sometido á tormento, sigue siendo feliz porque posee el verdadero bien.

Los romanos se dividieron en dos campos, siguiendo esas doctrinas que la mayor parte de las veces no comprendían bien. Los que se llamaban *epicúreos* pasaban su vida comiendo y bebiendo y se comparaban con los cerdos. Los que se denominaban *estoicos*, como Catón y Bruto, afectaban lenguaje tosco, aspecto sombrío y hacían alarde de despreciar la vida. — Sin embargo, la extensión paulatina de esas ideas contribuyó á destruir algunas preocupaciones romanas. Epicúreos y estoicos coincidían en dos puntos: el desprecio con que miraban la antigua religión, y la igualdad entre los hombres, fueran esclavos ó ciudadanos, griegos ó bárbaros. Sus discípulos romanos perdieron en esa escuela varias supersticiones, aprendiendo á ser menos duros con sus esclavos y menos insolentes con los demás pueblos.

La conquista de Grecia por los romanos hizo penetrar en Occidente sus artes, sus letras y su moral, así como la del imperio persa por Alejandro llevó á Oriente la lengua, la religión y las costumbres helénicas.

ROMA.

XV. — ANTIGUOS HABITANTES DE ITALIA.

Tito Livio, *Historia*, l. I. — Michelet, *Historia romana*. — Mommsen, *Historia romana*. — Noel des Vergers, *La Etruria y los etruscos*. — Duruy, *Historia de los romanos*.

LOS PUEBLOS ITÁLICOS.

Ombrios y Oscuos. — Detrás de la campiña romana, en las abruptas pendientes del Apenino, tanto al este como al sur de aquélla, habitaban numerosas tribus, que no tenían el mismo nombre, ni formaban una sola nación; eran los ombrios, los sabinos, los volscuos, ecuos, hérnicos, marsos y samnitas. Sin embargo, todos ellos hablaban casi la misma lengua, adoraban los mismos dioses y tenían análogas costumbres.

Eran de raza aryana, como los persas, los indios y los griegos, y allá en sus montañas, lejos de los extranjeros, vivían como los aryas de la antigua época, en bandas, con sus ganados, dispersos por los campos, sin tener ciudades ni caseríos. Unas fortalezas construídas en las montañas los albergaban en tiempo de guerra. Sus costumbres eran sencillas y su carácter valiente y aun pendenciero; más tarde, los descendientes de esas tribus constituyeron el nervio de los ejércitos romanos. En Roma decían: « ¿Quién podría triunfar de los marsos ó sin ellos? »

— Para los estoicos el bien supremo es la *virtud*, que consiste en guiarse con arreglo á razón, teniendo en cuenta el bien del universo. Riqueza, honores, salud, belleza, todos los bienes de la tierra no son nada para el sabio; aun cuando éste fuese sometido á tormento, sigue siendo feliz porque posee el verdadero bien.

Los romanos se dividieron en dos campos, siguiendo esas doctrinas que la mayor parte de las veces no comprendían bien. Los que se llamaban *epicúreos* pasaban su vida comiendo y bebiendo y se comparaban con los cerdos. Los que se denominaban *estoicos*, como Catón y Bruto, afectaban lenguaje tosco, aspecto sombrío y hacían alarde de despreciar la vida. — Sin embargo, la extensión paulatina de esas ideas contribuyó á destruir algunas preocupaciones romanas. Epicúreos y estoicos coincidían en dos puntos : el desprecio con que miraban la antigua religión, y la igualdad entre los hombres, fueran esclavos ó ciudadanos, griegos ó bárbaros. Sus discípulos romanos perdieron en esa escuela varias supersticiones, aprendiendo á ser menos duros con sus esclavos y menos insolentes con los demás pueblos.

La conquista de Grecia por los romanos hizo penetrar en Occidente sus artes, sus letras y su moral, así como la del imperio persa por Alejandro llevó á Oriente la lengua, la religión y las costumbres helénicas.

ROMA.

XV. — ANTIGUOS HABITANTES DE ITALIA.

Tito Livio, *Historia*, l. I. — Michelet, *Historia romana*. — Mommsen, *Historia romana*. — Noel des Vergers, *La Etruria y los etruscos*. — Duruy, *Historia de los romanos*.

LOS PUEBLOS ITÁLICOS.

Ombrios y Oscuos. — Detrás de la campiña romana, en las abruptas pendientes del Apenino, tanto al este como al sur de aquélla, habitaban numerosas tribus, que no tenían el mismo nombre, ni formaban una sola nación ; eran los ombrios, los sabinos, los volscuos, ecuos, hérnicos, marsos y samnitas. Sin embargo, todos ellos hablaban casi la misma lengua, adoraban los mismos dioses y tenían análogas costumbres.

Eran de raza aryana, como los persas, los indios y los griegos, y allá en sus montañas, lejos de los extranjeros, vivían como los aryas de la antigua época, en bandas, con sus ganados, dispersos por los campos, sin tener ciudades ni caseríos. Unas fortalezas construídas en las montañas los albergaban en tiempo de guerra. Sus costumbres eran sencillas y su carácter valiente y aun pendenciero; más tarde, los descendientes de esas tribus constituyeron el nervio de los ejércitos romanos. En Roma decían : « ¿Quién podría triunfar de los marsos ó sin ellos ? »

La primavera consagrada. — Según una leyenda, al verse los sabinos en un gran peligro, resolvieron para calmar la ira de sus dioses, que creían irritados, sacrificar al dios de la guerra y de la muerte cuanto naciese durante una primavera. Este sacrificio se llamaba *una primavera consagrada*. Todos los niños que nacían durante ella pertenecían al dios. Cuando llegaron á la edad de hombres, dejaron el país y se dirigieron á otros puntos. Estos desterrados formaban varias bandas, cada



Guerreros samnitas, según un vaso pintado.

una de las cuales tomó como guía uno de los animales sagrados de Italia, un picoverde, un lobo, un toro, y lo seguía como á un emisario del dios; donde el animal se paraba, allí se establecía la banda. Varios pueblos de Italia tuvieron como origen, según parece, uno de esos grupos de emigrados, y llevaban todavía el nombre del animal que los guiara hasta el país de sus antepasados: tales eran los hirpinos (pueblo del lobo), los picentinos (pueblo del piverde), los samnitas, cuya capital se llamaba Boviano (ciudad del buey).

Los samnitas. — Éstos fueron los más poderosos de

todos. Habitaban los Abruzos, país muy á propósito para el bandolerismo, y desde allí bajaban á las feraces campiñas de Nápoles y de la Apulia y ponían á contribución las ciudades etruscas y griegas. — Lucharon dos siglos con los romanos, que los vencían siempre por faltarles un centro director y la disciplina; pero no tardaban en empezar otra vez la guerra. — La lucha final fué heroica. Un anciano presentó á los jefes del ejército un libro sagrado escrito en lienzo de hilo. Formóse en el interior del campamento un recinto con tela de esa clase, y en medio se alzó un altar, colocándose alrededor los soldados con las espadas desnudas. Los guerreros más valerosos entraban en el recinto, donde les hacían jurar que no huirían del enemigo y que darían muerte á los cobardes que retrocediesen. Diez y seis mil que prestaron ese juramento se vistieron con lienzo de lino y formaron la *legión del lino*; ninguno faltó á su promesa y todos quedaron en el campo de batalla.

Los griegos de Italia. — Toda la Italia del sur estaba cubierta de colonias griegas, algunas de las cuales eran importantes por su población y su riqueza, como Sibaris, Crotona y Tarento; pero los griegos no subían hacia la parte donde estaba Roma, por miedo á los etruscos. Así fué que hasta el siglo III las ciudades griegas tuvieron escasas relaciones con los romanos, exceptuando á Cumas.

Los latinos. — Este pueblo ocupaba el país de colinas y cañadas que se extiende al sur del Tiber, lo que hoy se llama campiña de Roma. Era poco importante y su territorio no tenía más de 270 kilómetros cuadrados. Pertenecían á la misma raza que los restantes italianos, teniendo idioma, religión y costumbres análogas; pero

estaban más adelantados, pues sabían cultivar la tierra y construir fortalezas. Constituían varios grupos independientes, que poseían su territorio particular, su ciudad y su gobierno; ese Estado diminuto era la *ciudad*. Treinta ciudades latinas formaron entre sí una asociación religiosa análoga á los anfictionados griegos. Celebraban anualmente una fiesta general y común, y sus delegados, reunidos en Alba sacrificaban un toro en honra del dios de todas ellas, del Júpiter latino.

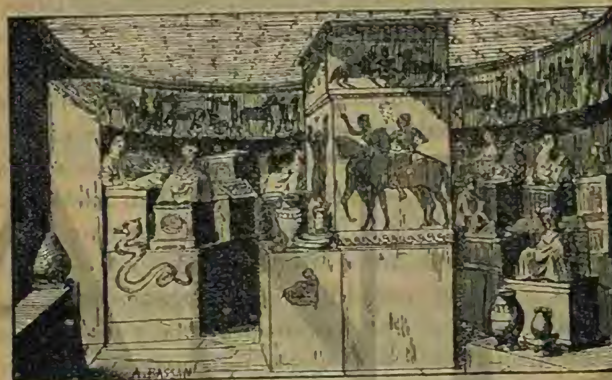
LOS ETRUSCOS.

La Etruria. — La expresión *Italia* no tenía para los antiguos el mismo significado que para nosotros; la cuenca del Po (Lombardía y Piamonte) formaba parte de la *Galia*. El país más septentrional era Toscana, que debe su nombre á los etruscos que la habitaban (*Tusci*). Era una región cálida y húmeda al mismo tiempo, de atmósfera pesada. La costa, que era dónde los etruscos tenían la mayor parte de sus ciudades, es la famosa *Marisma*, país sumamente fértil, cubierto de hermosos bosques, pero en el que las aguas no encuentran pendiente bastante para poder correr, y forman pantanos que infestan el aire. Un refrán italiano dice que


Interior de la gruta Campana.

« en la marisma se enriquece uno en un año y se muere en seis meses. »

El pueblo etrusco. — Los etruscos fueron para los antiguos y aun lo son para nosotros, un pueblo misterioso, poco parecido á sus vecinos y que probablemente procedía de lejanas regiones, de Alemania, de Asia ó de Egipto; ha habido sabios que han defendido sucesivamente la idea de esos diversos orígenes; pero sin lograr


Interior de sepultura etrusca.

demostrar sus tesis. El alfabeto era semejante al griego; pero las inscripciones etruscas no contienen sino nombres propios y son demasiado cortas para que por ellas se venga en conocimiento del idioma.

Este pueblo formaba en Toscana doce ciudades confederadas, cada cual con su capital fortificada, su rey y su gobierno. Tenían además colonias al norte y al sur, doce en Campania cerca de Nápoles y doce en la llanura del Po.

Las sepulturas etruscas. — No se conservan de esta

civilización más que murallas de recintos y tumbas. Cuando se abre una sepultura etrusca se ven primero una puerta de columnas y después varios locales con camas, y en éstas los cadáveres tendidos; en torno se hallan alhajas de oro, de marfil, de ámbar, telas de púrpura, muebles y, sobre todo, grandes vasos decorados. En las paredes hay pintados combates, ujuegos, festines y escenas fantásticas.

Industria y comercio. — Los etruscos sabían sacar partido de la fertilidad de su suelo; pero eran principalmente marinos y comerciantes. Iban como los fenicios á regiones distantes en busca del marfil dè la India, del ámbar del Báltico, del estaño y la púrpura de Tiro, de las alhajas egipcias adornadas con jeroglíficos y también de huevos de avestruces. En sus tumbas se encuentran todos estos objetos. — Sus navíos llegaban hasta Sicilia por la parte del Sur. Los griegos los detestaban, llamándolos « huraños ó feroces tirrenos » y « piratas etruscos. » En esa época todos los navegantes eran corsarios si la ocasión se presentaba propicia, y los etruscos tenían especial interés en alejar á los griegos para monopolizar el comercio de las costas occidentales de Italia.

Los famosos *vasos*, que se han extraído por miles de las tumbas para adornar los museos modernos, eran imitación de los griegos; pero los fabricaban los etruscos. En general representan escenas de la mitología griega, sobre todo combates en torno de Troya; las figuras, de color encarnado, se destacan sobre fondo negro.

Religión. — Los etruscos eran un pueblo sombrío, que creía en dioses severos y aun malvados. Los superiores eran « los dioses velados », entes misteriosos sobre quienes no se sabía nada. Después venían las deida-

des que lanzan el rayo, formando un grupo de doce. Debajo de la tierra, en la mansión de los muertos, imperaban dioses siniestros, que aparecen á menudo en los vasos etruscos. El rey de los infiernos, Manto, genio alado, se presenta sentado, con una corona en la frente y una tea en la mano. Otros demonios, armados con una espada ó un martillo, ó con serpientes en las manos, reciben las almas de los muertos; el principal, llamado



Alcesto conducido á los infiernos. (Escena representada en un vaso etrusco).

Carun (el Caronte de los griegos) es un viejo de rostro repugnante que hiere á las víctimas con un gran martillo. Las almas de los muertos ó *manes* salen cada año tres días de la mansión de las tinieblas, y recorren la tierra, asustando y martirizando á los vivos. Para calmarlas se les ofrecen víctimas humanas, pues gustan de la sangre. Los célebres combates de gladiadores, que los romanos adoptaron, fueron en su origen sacrificios sangrientos destinados á honrar la memoria de un muerto.

Los augures. — Los etruscos decían que un pequeño genio llamado Tages, que una vez salió de un surco hecho en la tierra, había revelado los secretos de la adivinación, ante la multitud que lo contemplaba. Los adivinos etruscos, que se llamaban *arúspices* ó *augures*, tenían reglas para vaticinar los sucesos futuros. Observaban las entrañas de las víctimas, el rayo, y sobre todo el vuelo de las aves (de aquí su nombre). El augur, en pie y con la cara vuelta al norte, y un palo encorvado en la mano, describe una línea que divide el cielo en dos regiones; la del este, á la derecha, es favorable; la del oeste ó de la izquierda adversa. Otra línea que forma una cruz con la primera y varias más paralelas constituyen en el cielo un cuadrado que se llama el *templo* (1). El augur mira las aves que pasan por ese cuadrado; algunas, como el águila, son presagio feliz; otras, como el buho, augurio funesto.

Este pueblo predijo su propio porvenir y fué el único entre todos los antiguos que no se creyó eterno. Según ellos, Etruria debía durar diez siglos, que no eran períodos de cien años exactos, sino tiempos indeterminados cuyo fin anunciaban diversos presagios. En el año 44, que fué el de la muerte de César, apareció un cometa; un arúspice etrusco dijo en Roma ante la asamblea del pueblo que el mencionado astro anunciaba el fin del siglo noveno y el principio del décimo, el último del pueblo etrusco.

Influencia de los etruscos. — Los romanos, pueblo semibárbaro, imitaron mucho á los etruscos, que eran más civilizados que ellos, adoptando sobre todo las formas de su religión, esto es, el traje de los sacerdotes

(1) Esta palabra no significó en latín edificio religioso hasta más adelante.

y de los magistrados, los ritos y el arte de leer el porvenir en el vuelo de las aves (los *auspicios*).

Cuando fundaban una ciudad, seguían el rito etrusco. El fundador trazaba con un arado un recinto cuadrado; la reja del instrumento era de bronce y la yunta se componía de un toro y de una ternera blancos. Detrás iban varios hombres que arrojaban cuidadosamente hacia la parte del recinto todas las motas de tierra. El surco abierto de este modo es sagrado y nadie puede atravesarlo; para que se pueda penetrar en el recinto precisa que el fundador levante el arado en ciertos puntos, sosteniéndolo en el aire. El intervalo que la reja no toca sigue siendo profano y será la *puerta* de entrada. Así fué fundada Roma, que llamaban *la Roma cuadrada*, y decían que el fundador mató á su hermano en castigo de haber atravesado el recinto sagrado. Andando los tiempos se siguieron las mismas reglas religiosas y los mismos principios geométricos para marcar los límites de las colonias romanas, de los campamentos y hasta de las propiedades particulares.

Los romanos tuvieron una religión semietrusca; por esto los Padres de la Iglesia llamaban con motivo á Etruria *madre de las supersticiones*.

ORÍGENES DE ROMA.

Roma. — En la frontera del Lacio, por la parte de Etruria, en la llanura pantanosa y sembrada de colina que forma las márgenes del Tíber, se alzaba la ciudad de Roma, centro del *pueblo romano* disperso por toda la campiña. El país es triste y en él reinan constantemente las fiebres; pero la posición era excelente. El Tiber servía de foso y las colinas de fortalezas contra el enemigo etrusco; el mar no estaba sino á seis leguas, bastante

lejos para no tener que temer á los piratas y bastante cerca para recibir por ella las mercancías. El puerto de Ostia, situado en la desembocadura del Tiber, era un suburbio de Roma, como el Pireo lo fué y lo es de Atenas. El punto era, pues, excelente para una población de soldados y mercaderes.

Fundación de Roma. — Respecto de los primeros siglos de Roma no hay más que leyendas, y los mismos romanos ignoraban la historia primitiva de su capital. Según decían, ésta fué al principio una pequeña ciudad cuadrada, que cabía enteramente en la loma del Palatino. El fundador (lo llamaban Rómulo) trazó el recinto con un arado, según el rito etrusco. Los romanos celebraban todos los años el 21 de Abril al aniversario de dicha ceremonia, yendo en procesión alrededor del primitivo baluarte y un sacerdote clavaba un clavo en un templo para conmemorar el hecho. Calculaban que la fundación se efectuó el año 754 antes de J. C.

En las demás colinas que había alrededor del Palatino se alzaban otras pequeñas ciudades; en la del Capitolio se estableció una banda de montañeses sabinos, en el monte Cœlio otra de aventureros etruscos; quizás hubo allí otros *pueblos*. De todos modos, esos pequeños grupos acabaron por reunirse con la Roma del Palatino. Entonces se construyó una nueva muralla de recinto que rodeó las *Siete colinas*, llegando hasta el Tiber. El campo de Marte, donde se reunía el ejército, se encontraba fuera, al otro lado del río. El *Capitolio* fué entonces para Roma lo que la Acrópolis para Atenas; en aquella cima se alzaban los templos de Júpiter, Juno y Minerva, las tres deidades protectoras de la ciudad, y la ciudadela que contenía el tesoro y los archivos del pueblo. Según la leyenda, al abrir los cimientos se encontró una cabeza de hombre acabada de cortar; esto

constituía una presagio y significaba que Roma acabaría por ser la señora del mundo.

XVI. — LA RELIGIÓN Y LA FAMILIA.

FUSTEL DE COULANGES. *La ciudad antigua.* — BOISSIER, *La religión romana.* — MICHELET, *Historia romana.* — BOUCHÉ-LECLERCQ, *Historia de los pontífices romanos. Historia de la adivinación.* — DURUY, *Historia de los romanos.*

LA RELIGIÓN.

Los dioses romanos. — Los romanos creían, como los griegos, que cuanto pasa en el mundo es obra de una divinidad; pero en vez de admitir la existencia de un Dios director de todo el universo, tenían tantas deidades como fenómenos diferentes observaban. Una hacía abrirse las semillas, otra guardaba los linderos de las propiedades, una cuidaba de la fruta. Todas ellas llevaban un nombre, pertenecían á uno de los dos sexos y estaban encargadas de una misión.

Los dioses principales eran Júpiter, dios del cielo; Jano el de las dos caras (dios que abre); Marte, dios de la guerra; Mercurio, del comercio; Vulcano, del fuego, Neptuno, del mar; Ceres, del las nubes, la Tierra, la Luna, Juno y Minerva.

Después venían otros dioses secundarios, que personificaban, ya la juventud, ya la salud y la concordia, ya la paz. Otros presidían un acto de la vida: cuando el niño nacía un dios le enseñaba á hablar, una diosa á beber, otra tenía la misión de endurecerle los huesos, dos la de llevarlo á la escuela y dos la de volverlo á su casa; en resumen, una legión de pequeños dioses especiales. Los había encargados de proteger una ciudad, un barrio, una montaña, un bosque; cada río, cada manantial y hasta cada árbol tenían su pequeño dios local. Así se explica

lejos para no tener que temer á los piratas y bastante cerca para recibir por ella las mercancías. El puerto de Ostia, situado en la desembocadura del Tiber, era un suburbio de Roma, como el Pireo lo fué y lo es de Atenas. El punto era, pues, excelente para una población de soldados y mercaderes.

Fundación de Roma. — Respecto de los primeros siglos de Roma no hay más que leyendas, y los mismos romanos ignoraban la historia primitiva de su capital. Según decían, ésta fué al principio una pequeña ciudad cuadrada, que cabía enteramente en la loma del Palatino. El fundador (lo llamaban Rómulo) trazó el recinto con un arado, según el rito etrusco. Los romanos celebraban todos los años el 21 de Abril al aniversario de dicha ceremonia, yendo en procesión alrededor del primitivo baluarte y un sacerdote clavaba un clavo en un templo para conmemorar el hecho. Calculaban que la fundación se efectuó el año 754 antes de J. C.

En las demás colinas que había alrededor del Palatino se alzaban otras pequeñas ciudades; en la del Capitolio se estableció una banda de montañeses sabinos, en el monte Cœlio otra de aventureros etruscos; quizás hubo allí otros *pueblos*. De todos modos, esos pequeños grupos acabaron por reunirse con la Roma del Palatino. Entonces se construyó una nueva muralla de recinto que rodeó las *Siete colinas*, llegando hasta el Tiber. El campo de Marte, donde se reunía el ejército, se encontraba fuera, al otro lado del río. El *Capitolio* fué entonces para Roma lo que la Acrópolis para Atenas; en aquella cima se alzaban los templos de Júpiter, Juno y Minerva, las tres deidades protectoras de la ciudad, y la ciudadela que contenía el tesoro y los archivos del pueblo. Según la leyenda, al abrir los cimientos se encontró una cabeza de hombre acabada de cortar; esto

constituía una presagio y significaba que Roma acabaría por ser la señora del mundo.

XVI. — LA RELIGIÓN Y LA FAMILIA.

FUSTEL DE COULANGES. *La ciudad antigua.* — BOISSIER, *La religión romana.* — MICHELET, *Historia romana.* — BOUCHÉ-LECLERCQ, *Historia de los pontífices romanos. Historia de la adivinación.* — DURUY, *Historia de los romanos.*

LA RELIGIÓN.

Los dioses romanos. — Los romanos creían, como los griegos, que cuanto pasa en el mundo es obra de una divinidad; pero en vez de admitir la existencia de un Dios director de todo el universo, tenían tantas deidades como fenómenos diferentes observaban. Una hacía abrirse las semillas, otra guardaba los linderos de las propiedades, una cuidaba de la fruta. Todas ellas llevaban un nombre, pertenecían á uno de los dos sexos y estaban encargadas de una misión.

Los dioses principales eran Júpiter, dios del cielo; Jano el de las dos caras (dios que abre); Marte, dios de la guerra; Mercurio, del comercio; Vulcano, del fuego, Neptuno, del mar; Ceres, del las nubes, la Tierra, la Luna, Juno y Minerva.

Después venían otros dioses secundarios, que personificaban, ya la juventud, ya la salud y la concordia, ya la paz. Otros presidían un acto de la vida: cuando el niño nacía un dios le enseñaba á hablar, una diosa á beber, otra tenía la misión de endurecerle los huesos, dos la de llevarlo á la escuela y dos la de volverlo á su casa; en resumen, una legión de pequeños dioses especiales. Los había encargados de proteger una ciudad, un barrio, una montaña, un bosque; cada río, cada manantial y hasta cada árbol tenían su pequeño dios local. Así se explica

que una vieja diga en la novela latina de Petronio: « Nuestro país está tan lleno de divinidades que es más fácil encontrar en él una deidad que un hombre. »

Forma de los dioses. — Este pueblo se distinguía del helénico en que no daba á sus dioses forma precisa. Durante mucho tiempo no hubo en Roma ningún ídolo, y Júpiter era adorado allí bajo la forma de una piedra y Marte bajo la de una espada. Más adelante fué cuando imitaron las estatuas de palo de los griegos. Quizás no pensaron al principio en seres de figura humana. Á la inversa de los griegos, no imaginaban casamientos ni parentelas entre los dioses, no contaban historias relativas á ellos ni conocían ningún Olimpo en que se congregasen. La lengua latina tenía una palabra muy notable para designar á las divinidades; llamábanlas *manifestaciones*, eran la expresión múltiple de una fuerza divina desconocida. Hé ahí la razón de que no tuviesen forma, parentela ni historia. Lo único que se sabía acerca de ellos es que cada cual gobernaba una fuerza de la naturaleza y podía hacer según le pareciese bien ó mal á los hombres.

Principio de la religión romana. — El romano no siente simpatía por esos dioses abstractos, sin color ni vigor; podría decirse casi que le espantan. Cuando los invoca, se oculta el rostro, tal vez para no verlos; pero al mismo tiempo cree que tienen mucho poder y que prestarán servicios á los que sepan complacerlos. « El hombre á quien los dioses son favorables, gana dinero. » El romano concibe la religión como un cambio de atenciones; él presenta al dios sus ofrendas y homenajes y la deidad le otorga algo en premio (1). Si des-

(1) Una leyenda representa al rey Numa discutiendo con Júpiter los términos del contrato: « Me sacrificarás una cabeza, dice Júpiter. — Perfectamente, cogeré en mi jardín una de cebolla. — No, quiero algo que haya pertenecido á un hombre. — Os daremos la punta de sus cabellos. — Quiero que sea un ser animado. — Añadiremos á eso un pescadito », replica Numa. La ocurrencia gusta á Júpiter, que se echa á reir y consiente en ello.

pués de dar algo al dios no recibe el hombre lo que esperaba, se considera engañado. Durante la enfermedad de Germánico, el pueblo ofreció sacrificios á los dioses para obtener su salvación. Al saber que había muerto, la multitud derribó los altares y arrojó á la calle las estatuas de los dioses, en castigo de no haber concedido lo que de ellos se reclamaba. Así ocurre aun en nuestros días; el campesino italiano injuria al santo que no le otorga lo que desea.

El culto. — Así pues, el culto consiste en hacer cosas que agraden á los dioses. Llévanles fruta, leche y vino y les sacrifican animales. En ocasiones se sacan de los templos las imágenes sagradas, las recuestan en un lecho y les dan un banquete. También les erigen, como en Grecia, moradas magníficas (los *templos*) (1), y les dan espectáculos.

El formalismo. — Pero no basta todo esto. Los dioses romanos exigen que se respeten las formas y que los actos del culto, sacrificios, juegos, ofrendas, se efectúen según las antiguas reglas (los *ritos*). Cuando se quiere ofrecer una víctima á Júpiter, se elige un animal blanco, hay que echarle en la cabeza harina salada y que matarle con un hacha; precisa además permanecer en pie, con las manos alzadas al cielo, mansión del dios, y pronunciar una fórmula consagrada. Si hay error, el sacrificio es nulo; creen que el dios no lo agradecerá. Un

(1) En Roma, lo mismo que en Grecia, el templo se llamaba una mansión ó morada.

magistrado hace celebrar juegos en honra de los dioses protectores de Roma. « Si cambia una palabra en su fórmula, si un tocador de flauta se para, si el actor pierde el hilo de lo que dice, los juegos no están acordes con los ritos y hay que volverlos á empezar (1). » Así es que las personas prudentes se hacen asistir por dos sacerdotes, uno de los cuales pronuncia la fórmula y el otro va ejecutando las ceremonias del ritual. La hermandad de los sacerdotes *arvales* se reune cada año en un templo cerca de Roma, y allí ejecutan una danza en lengua antigua que ya nadie comprende, tanto que al principiar la función hay que entregar á cada sacerdote un formulario escrito. Sin embargo, la cantan todos los años sin cambiar nada en ella, á pesar de que desde hace siglos no la entienden. Los romanos desean, ante todo, cumplir con sus dioses, y esa exactitud en ejecutar las prácticas de costumbre es lo que constituye para ellos *la religión*. Por esto se consideran como los más devotos de los hombres. « En todo lo demás, dice Cicerón, somos inferiores á los demás pueblos ó únicamente sus iguales; pero somos superiores á todos *por la religión, esto es, en el culto tributado á los dioses.* »

La oración. — Cuando el romano reza no es para elevar su alma y sentirse en comunicación con un dios, sino para pedirle un servicio. Su principal preocupación es saber á qué dios puede dirigirse para que el ruego sea eficaz. « Tan importante es, dice Varron, saber qué deidad puede ayudarnos en los distintos casos, como estar enterados de dónde viven el carpintero y el panadero. » Así es que hay que invocar á Ceres para obtener abundantes mieses, á Mercurio para ganar dinero y á

(1) Así lo dice Cicerón.

Neptuno para tener un feliz viaje por mar. El postulante se viste de limpio, pues el aseo gusta á las divinidades, y lleva una ofrenda, porque á los dioses no les gusta que se les presenten con las manos vacías. Una vez hecho esto, el fiel se presenta y llama al dios, de pie y con la cabeza oculta por un velo. Pero como ignora su nombre, pues, según los romanos, « nadie conoce los verdaderos nombres de los dioses, » le dice, pongamos por ejemplo: « Júpiter, muy grande, muy bondadoso, ó sea cual fuere el nombre que prefieres... » Después manifiesta su deseo, cuidando de usar siempre términos muy claros, á fin de que el dios no pueda engañarse (1). Si se le ofrece una libación, se dice : « Recibe el homenaje de este vino que derramo ; » pues el dios podría creer que se le ofrece algún vino más y reclamarlo. Las oraciones son, en consecuencia, largas, difusas y llenas de repeticiones.

Los presagios. — Los romanos creían en los presagios lo mismo que los griegos. Según ellos, los dioses conocen el porvenir y envían á los hombres signos que permiten adivinarlo. Antes de emprender algo, el romano consulta á los dioses. El general que se dispone á atacar, examina las entrañas de las víctimas; el magistrado mira las aves que pasan, antes de abrir la sesión de una asamblea (esto es lo que se llama *tomar los auspicios*). Si los signos son favorables, se deduce que los dioses aprueban la empresa ; si no, es que la condenan. Con frecuencia ocurre que los dioses envían un signo sin que nadie lo pida. Todo fenómeno inesperado pasa por ser presagio de un acontecimiento. Como antes de la muerte de César apareció un cometa, se creyó después que había tenido por objeto anunciarla. — Si

(1) Véase en Michelet, *Historia romana*, p. 146, la nota que contiene la oración de Decio.

durante una deliberación de la asamblea del pueblo truena, es que Júpiter no quiere que ese día se resuelva nada y la reunión se disuelve. — El hecho más insignificante puede ser interpretado como un indicio, ya se trate de un relámpago que cruza el horizonte, de una palabra que se oye, de una rata que se esconde, de un adivino con quien se tropieza. Así es que cuando Marcelo había resuelto una empresa, se hacía conducir en una litera cerrada para no ver nada que pudiera imponérsele como un presagio.

Y éstas no eran preocupaciones del populacho. La república sostenía 6 augures que tenían como misión anunciar el porvenir, y conservaba cuidadosamente una colección de profecías, *los libros sibilinos*. Tenía gallinas sagradas de que cuidaban sacerdotes, y no se efectuaba ningún acto público, asamblea, elección, debate, sin haber examinado antes el vuelo de las aves. — Al saberse en el año 195 que ha caído un rayo sobre un templo de Júpiter, que á la cabeza de la estatua de Hércules le ha salido un cabello, y que en una provincia había nacido un pollo con tres patas, según aviso del gobernador, el Senado se reunió para examinar esos presagios.

Los sacerdotes. — El sacerdote romano, y lo mismo el griego, no tenía como los nuestros cargo de almas, y se limita á servir al dios, cuidando de su templo, administrando sus bienes y celebrando ceremonias en honra suya. Así, la corporación de los *salios* (los saltadores) cuida de un escudo que decían caído del cielo y que adoraban como á un ídolo; todos los años ejecutan una danza de las armas : á eso se reduce toda su misión. — Los *augures* predicen el porvenir. — Los *pontífices* inspeccionan las ceremonias del culto, forman el calendario y determinan las fiestas que se deben celebrar en los distintos días del año.

Ni los sacerdotes ni los augures ó pontífices, forman una clase á parte. Todos ellos son designados entre los grandes personajes y continúan ejerciendo funciones públicas, juzgando, presidiendo asambleas, mandando ejércitos. Esto explica que los sacerdotes romanos no formaran como en Egipto una casta sacerdotal. En Roma hubo una religión de Estado, pero no un gobierno teocrático.

Los muertos. — Los romanos creían, como los indostánicos y los griegos, que el alma sobrevive al cuerpo. Si se cuidaba de amortajar el cuerpo conforme á la costumbre, el alma iba á vivir debajo de la tierra y se convertía en una deidad. En el caso contrario, aquélla no podía entrar en la morada de los vivos y volvía á la tierra, *resucitaba* con el fin de aterrorizar á las gentes hasta que le diesen buena sepultura. Plinio el Menor (1) cuenta la historia de un fantasma que se aparecía en una casa haciendo morirse de miedo á todos los habitantes; un filósofo que fué bastante valeroso para seguirlo, descubrió en el sitio donde se paraba el espectro, osamentas que no habían sido enterradas con arreglo á los ritos. — El alma del emperador Calígula estuvo apareciéndose en los jardines del palacio; hubo, pues, que desenterrar el cuerpo y sepultarlo de nuevo de manera regular.

Cultos de los muertos. — Era, pues, de la mayor importancia, tanto para los muertos como para los vivos, que se observaran los ritos. La familia del difunto

(1) Plinio, *Epístolas*, lib. VII, 27. Véase en Plauto (*Mostellaria*) otra historia de resucitado.

elevaba una pira donde quemaban el cuerpo, guardando las cenizas en una urna que se depositaba en la tumba, pequeña capilla consagrada á los *dioses manes* (1) esto es, al alma hecha dios. Los deudos del muerto iban á depositar allí alimentos en días determinados; es probable que en otros tiempos se creyó que el alma necesitaba sustentarse, pues echaban en tierra la leche y el vino, quemaban la carne destinada á las víctimas y dejaban en algunos vasos leche y pastelillos. Estas ceremonias continuaban indefinidamente; una familia no podía abandonar las almas de sus antepasados, y seguía por consiguiente cuidando de su sepulcro y llevándoles comidas fúnebres. En cambio, las almas convertidas en dioses velaban por sus descendientes y los protegían: cada familia tenía en consecuencia sus dioses protectores, que eran llamados *lares*.

Culto del hogar. — También poseía cada familia un *hogar* que adoraba. Los romanos consideraban como los indios que la llama era un dios y el hogar un altar. Era preciso mantenerlo vivo de día y de noche, echando en su altar aceite, grasa, vino é incienso; entonces la llama brillaba y crecía como si la ofrenda la hubiese alimentado. El romano no empezaba su comida sin dar gracias al dios del hogar, ofreciéndole parte de sus alimentos y derramando en intención suya un poco de vino (en esto consistía la *libación*). — El mismo Horacio, á pesar de su incredulidad, cenaba delante de su hogar con sus esclavos, sin olvidar la libación ni la oración.

Toda familia romana posee en su casa un santuario en que están al mismo tiempo los dioses lares, las almas de los antepasados y el altar del hogar. — Roma tenía

(1) Las letras D. M. que se ven en todos los sepulcros romanos son las iniciales de Dioses Manes.

también un fuego sagrado, que llamaban *Vesta*, palabra antigua que designa el hogar; estaban encargadas de mantenerlo siempre vivo cuatro vírgenes, hijas de las familias más ilustres, las *vestales*, pues la llama sagrada no debe extinguirse nunca y su conservación ha de encomendarse á seres vivos. Si una vestal falta á su voto, la entierran viva en un sepulcro, porque ha cometido un sacrilegio y puesto en peligro al pueblo romano.

LA FAMILIA.

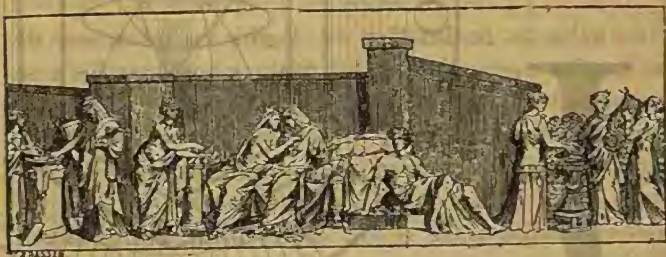
Religión de la familia. — Todos los miembros de una familia rinden culto á los mismos antepasados y se reunen en torno del mismo hogar. Así es que tienen los mismos dioses y que esas deidades sólo son tales para ellos. El santuario en que permanecen los lares (1) está oculto en la casa y ningún extraño se acerca á él. La familia romana viene á ser, según esto, una pequeña iglesia, con su religión y su culto, en que no se admite más que á sus miembros. Es natural que fundándose en principios religiosos, difiera mucho de la familia moderna.

El matrimonio. — La primera regla de esta religión es que para tener derecho á adorar los antepasados de esta familia, se necesita ser hijo de un matrimonio regular. El casamiento romano empezó, pues, por ser una ceremonia religiosa. El padre *hace entrega* de la novia fuera de su casa; un cortejo la *conduce* hasta la del marido cantando un antiguo cántico sagrado: « Himen ó Himeneo. » Así la llevan delante del hogar del marido, le presentan el agua y una vez en presencia de los dioses

(1) Se les llamas *penates*, esto es, los dioses domésticos.

de la familia, los nuevos esposos parten un pastel de harina de flor. En aquella época, el matrimonio se llamaba comunión por el pastel. — Más adelante se ideó otra manera de efectuarlo. Un deudo de la novia la vende al marido en presencia de dos tigos; el marido declara que la compra para hacer de ella su mujer. Este es el matrimonio *por compra*.

Para los romanos, lo mismo que para los griegos, el matrimonio es un deber religioso, pues las creencias mandan que no se permita la extinción de las familias.



Escena de bodas, según una pintura romana.

Así es que el romano declara al casarse « que toma mujer para tener hijo, » Un patricio que quería mucho á su esposa, la repudió porque no le daba descendencia.

La mujer. — La mujer romana no es libre nunca; cuando joven, pertenece á su padre, que le elige esposo; una vez casada, queda en el dominio del marido: los jurisconsultos dicen que está *en su mano*, viniendo á ser *como su hija*. De modo que constantemente se halla sometida á un señor y dueño, que tiene sobre ella derecho de vida y muerte. Sin embargo, no se la trata nunca como á una esclava. Su dignidad es igual á la del marido, y se la llama *matrona ó madre de familia*, como á él se le califica de *patrono ó padre de familia*: tan dueña

es ella en la casa como él. Dirige á sus esclavas, encargándoles los trabajos penosos, como moler el trigo, hacer el pan y guisar, mientras ella se sienta en la sala de honor ó atrio (*atrium*), para hilar y tejer, cuidar de sus hijos y servidores y ordenar lo necesario. No vive encerrada lejos de los hombres como la mujer griega, come en la mesa con su marido, recibe visitas, va á comer en casa de sus amigas, y se presenta en público, tanto en las fiestas, como en el teatro ó el tribunal. Sin embargo, vivía generalmente en la ignorancia. Los romanos no se preocupaban de instruir á sus hijas; la cualidad más estimable que una mujer puede tener para ellos es la *austeridad*; y el elogio que escriben en sus tumbas es éste: « Cuidó bien la casa é hiló la lana. »

Los hijos. — El hijo romano pertenece á su padre como si fuese una propiedad. El autor de sus días tiene derecho á exponerlo en la calle. Si lo recoge, se le cría en la familia. Las hijas permanecen allí hasta que se casan, aprendiendo á hilar y tejer al cuidado de su madre. Los varones trabajan en el campo con su padre y se ejercitan en el manejo de las armas. Los romanos no eran un pueblo artista y lo único que les importa es que sus hijos sepan leer, escribir y contar; no les enseñan ni la música ni la poesía. Además se les acostumbra á ser sobrios, silenciosos, modestos en su continente y sumisos á la autoridad.

El padre de familia. — Los romanos llamaban *padre de familia* á lo que nosotros calificamos de dueño de la casa. El padre es al mismo tiempo propietario del dominio, sacerdote del culto de los antepasados y soberano de la familia. Puede repudiar á su mujer, rechazar á sus hijos, ó venderlos y casarlos sin su consentimiento.

Tiene derecho á guardarse cuanto les pertenece, lo que su mujer le lleva en dote, lo que sus hijos ganan; ni éstos ni aquélla pueden ser propietarios. Finalmente es su señor absoluto (1), con « derecho de vida y muerte, » ó en otros términos, es su único juez. Si cometen un crimen, quien los condena no es el magistrado sino el padre de familia. — Una vez (186) decretó el Senado romano la pena de muerte contra cuantos habían tomado parte en las orgías del culto de Baco. Los hombres fueron ejecutados, pero al tratarse de las mujeres que figuraban entre los culpables, el Senado tuvo que dirigirse á los padres de familia y pedirles que condenasen á la última pena sus mujeres ó sus hijas. — Catón el Antiguo decía : « El marido es *juez de su mujer*, y puede cuanto quiere. Si ella comete una falta, la castiga ; si ha bebido vino la condena ; si le ha sido infiel, la mata. » — Cuando Catilina conspiraba contra el Senado, un miembro de éste descubrió que su propio hijo tomaba parte en el complot, por lo cual lo mandó prender, lo juzgó y lo condenó á muerte.


Romano vestido con la toga. Romano.

El poder del padre de familia dura tanto como su vida; el hijo no queda nunca exento de esa autoridad. Puede ser hasta cónsul, pero siempre sigue sometido á su padre. Cuando éste fallece, entonces sus hijos se convierten á su vez en padres de familia. Por lo que respecta á la mujer, nunca es libre; cuando su marido muere, pasa á poder del heredero; de modo que en ese caso puede verse sometida á su propio hijo.

(1) En la lengua del derecho romano se dice que la mujer, los hijos y los servidores « no se pertenecen ».

XVII. — LA CIUDAD ROMANA.

MOMMSEN, *Historia romana*. — WILLEMS, *El derecho público en Roma*. — FUSTEL DE COULANGES, *La Ciudad antigua*. — DURUY, *Historia de los romanos*. — MICHELET, *Historia romana*.

FORMACIÓN DEL PUEBLO ROMANO.

Los reyes. — La tradición refería que Roma había sido gobernada por reyes durante dos siglos y medio. No sólo se citaban sus nombres y la fecha en que murieron, sino que además se contaba la vida de cada uno de ellos.

Se decía que había habido siete. El primero, Rómulo, procedente de la ciudad latina de Alba, fundó la ciudad del Palatino y dió muerte á su hermano, para castigar el sacrilegio que éste cometiera saltando por encima del foso del recinto, y después se alió con el rey sabino Tacio. Una leyenda posterior añadía que Rómulo creó al pie de la ciudad un barrio rodeado por una empalizada, donde acogía á cuantos aventureros se le presentaban. — El segundo rey, Numa Pompilio, fué un sabino, y él fué quien organizó la religión romana, aconsejándose con una diosa, la ninfa Egeria, que habitaba en un bosque cercano. — El tercero, Tulo Hostilio, fué un guerrero que luchó con la ciudad de Alba, capital de la confederación latina, acabando por vencerla y destruirla. — El cuarto rey, Anco Marcio, era nieto de

Tiene derecho á guardarse cuanto les pertenece, lo que su mujer le lleva en dote, lo que sus hijos ganan; ni éstos ni aquélla pueden ser propietarios. Finalmente es su señor absoluto (1), con « derecho de vida y muerte, » ó en otros términos, es su único juez. Si cometen un crimen, quien los condena no es el magistrado sino el padre de familia. — Una vez (186) decretó el Senado romano la pena de muerte contra cuantos habían tomado parte en las orgías del culto de Baco. Los hombres fueron ejecutados, pero al tratarse de las mujeres que figuraban entre los culpables, el Senado tuvo que dirigirse á los padres de familia y pedirles que condenasen á la última pena sus mujeres ó sus hijas. — Catón el Antiguo decía: « El marido es *juez de su mujer*, y puede cuanto quiere. Si ella comete una falta, la castiga; si ha bebido vino la condena; si le ha sido infiel, la mata. » — Cuando Catilina conspiraba contra el Senado, un miembro de éste descubrió que su propio hijo tomaba parte en el complot, por lo cual lo mandó prender, lo juzgó y lo condenó á muerte.


Romano vestido con la toga. Romano.

El poder del padre de familia dura tanto como su vida; el hijo no queda nunca exento de esa autoridad.

(1) En la lengua del derecho romano se dice que la mujer, los hijos y los servidores « no se pertenecen ».

Puede ser hasta cónsul, pero siempre sigue sometido á su padre. Cuando éste fallece, entonces sus hijos se convierten á su vez en padres de familia. Por lo que respecta á la mujer, nunca es libre; cuando su marido muere, pasa á poder del heredero; de modo que en ese caso puede verse sometida á su propio hijo.

XVII. — LA CIUDAD ROMANA.

MOMMSEN, *Historia romana*. — WILLEMS, *El derecho público en Roma*. — FUSTEL DE COULANGES, *La Ciudad antigua*. — DURUY, *Historia de los romanos*. — MICHELET, *Historia romana*.

FORMACIÓN DEL PUEBLO ROMANO.

Los reyes. — La tradición refería que Roma había sido gobernada por reyes durante dos siglos y medio. No sólo se citaban sus nombres y la fecha en que murieron, sino que además se contaba la vida de cada uno de ellos.

Se decía que había habido siete. El primero, Rómulo, procedente de la ciudad latina de Alba, fundó la ciudad del Palatino y dió muerte á su hermano, para castigar el sacrilegio que éste cometiera saltando por encima del foso del recinto, y después se alió con el rey sabino Tacio. Una leyenda posterior añadía que Rómulo creó al pie de la ciudad un barrio rodeado por una empalizada, donde acogía á cuantos aventureros se le presentaban. — El segundo rey, Numa Pompilio, fué un sabino, y él fué quien organizó la religión romana, aconsejándose con una diosa, la ninfa Egeria, que habitaba en un bosque cercano. — El tercero, Tulo Hostilio, fué un guerrero que luchó con la ciudad de Alba, capital de la confederación latina, acabando por vencerla y destruirla. — El cuarto rey, Anco Marcio, era nieto de

Numa; hizo construir un puente de madera sobre el Tiber y fundó el puerto de Ostia, por donde pasó á partir de entonces el comercio de Roma.

Los tres últimos reyes fueron etruscos. Tarquino el Mayor aumentó el territorio romano é introdujo en la ciudad las ceremonias religiosas de Etruria. Servio Tulio organizó el ejército romano, haciendo entrar en él todos los ciudadanos sin distinción de cuna, y distribuyéndolos en centurias (compañías) con arreglo á su fortuna. El último rey, Tarquino el Soberbio, tiranizó á las grandes familias de Roma, por lo cual algunos nobles conspiraron contra él, logrando derribarlo del trono y expulsarlo. Á partir de entonces (510) no volvió á haber reyes. El Estado romano ó según decían, la cosa pública (*res publica*, de ahí *república*) fué gobernado en adelante por dos magistrados elegidos anualmente, que llamaban *cónsules*.

No es posible saber qué hay de exacto en esta tradición, pues se formó mucho antes de la época en que los romanos empezaron á escribir su historia, y en ella hay tantos puntos inexactos, que no es posible tener gran confianza en los demás.

Se ha supuesto por algunos que esos nombres de reyes eran como símbolos de una raza ó de una clase, y la historia primitiva de Roma ha sido reconstruída de muy diversos modos; pero los eruditos no han logrado ponerse de acuerdo en lo tocante al particular.

El pueblo romano. — En el siglo V antes de J. C. había en Roma dos clases de hombres, los *patricios* y los *plebeyos*. Los primeros eran descendientes de las antiguas familias establecidas desde los comienzos de la ciudad en el pequeño territorio romano, y sólo ellos tenían derecho á presentarse en la asamblea del pueblo, de asistir á las ceremonias religiosas y de desempeñar funciones públicas. Sus antepasados fundaron el Estado ó, según decían, la *ciudad* romana, dejándolos por herederos. Ellos eran, pues, el verdadero *pueblo* de Roma.

La plebe. — Los plebeyos descendían de extranjeros establecidos en la ciudad, sobre todo de los vencidos de los pueblos vecinos; pues Roma había ido sometiendo una después de otra todas las ciudades latinas, anexionándose por fuerza sus habitantes. Éstos, que se habían convertido en vasallos sin dejar de ser extranjeros, obedecían al gobierno de Roma pero no podían tomar parte en él. No tenían la religión romana, ni podían asistir á las ceremonias. Ni siquiera les era lícito contraer matrimonio con la hija de un patricio. Se les llamaba la *plebe* (la multitud), y no se les consideraba como parte del pueblo romano. En las antiguas oraciones se decía: «en bien del *pueblo* y de la *plebe* de Roma.

Luchas entre patricios y plebeyos. — El pueblo y la plebe formaban por decirlo así dos naciones distintas, una de señores y de vasallos la otra. Sin embargo, los plebeyos eran análogos á los patricios: Soldados como ellos, servían en el ejército á su propia costa y morían luchando por la gloria y poder de Roma; labradores, como ellos, vivían en sus tierras. — Muchos de esos hombres de clase inferior eran muy ricos y de antigua familia. La única diferencia consistía en que ellos descendían de una casa ilustre de alguna ciudad latina vencida, mientras que los patricios eran hijos de una antigua familia de la ciudad victoriosa.

Los tribunos de la plebe. — Según la leyenda, una

vez que los plebeyos se vieron demasiado maltratados, se retiraron con sus armas á una montaña, resueltos á romper con el pueblo romano. Atemorizados los patricios, enviaron á tratar con ellos á Menenio Agripa, quien les contó la fábula de los miembros y del estómago (1). La plebe consistió en volver á la ciudad, pero después de celebrar un tratado con el pueblo. Los patricios le concedieron que sus jefes (los *tribunos de la plebe*) tuvieran derecho para *socorrer* á los plebeyos contra los magistrados del otro orden, impidiendo que se adoptase medida ninguna contra su parecer. Para ello les bastaba pronunciar una solo palabra : *Veto* (me opongo), que ponía término á todo, pues la religión prohibía luchar con un tributo so pena de caer en manos de los dioses infernales.

Triunfo de los plebeyos. — La lucha comenzada á fines del siglo V duró dos siglos (de 493 á 300 próximamente).

Los plebeyos, que eran más numerosos y ricos, acabaron por vencer. — Primero obtuvieron que se redactasen leyes comunes á todos (véase más adelante, XXIII, *el derecho*); después, que se permitiese el matrimonio entre patricios y plebeyos. — Lo más difícil fué arrancar á la clase gobernante el monopolio de las magistraturas superiores ó, como decían entonces, « obtener los honores ». En efecto la religión mandaba que antes de nombrar magistrado ó un hombre, se preguntara á los dioses si aprobaban la elección. Se les interrogaba examinando el vuelo de las aves, cosa que se llamaba *tomar los auspicios*. Y precisamente la antigua religión

(1) No la conocemos sino por Tito Livio y Dionisio de Halicarnaso ; su dramática narración es célebre, pero se reduce á una leyenda, alterada por copistas y falsarios en la sucesión de los siglos.

romana, no pudiendo suponer que los dioses aceptaran un magistrado plebeyo, no permitia efectuar esa ceremonia sino en nombre de un patricio.

Pero había grandes familias plebeyas que, deseando igualar en dignidad á las patricias, puesto que eran sus pares en riqueza é importancia, las obligaron á irles concediendo todos los cargos (1); se empezó por el de cónsul y se acabó por el de pontífice máximo. El primer cónsul plebeyo fué nombrado en 366; el primer pontífice máximo de la misma clase en 302.

Desde entonces patricios y plebeyos se confundieron, no formando en adelante más que un solo pueblo.

EL PUEBLO ROMANO.

El derecho de ciudad. — En Roma lo mismo que en Grecia, el *pueblo* no es el conjunto de los habitantes, sino la corporación de los *ciudadanos*. No toda persona que vive en el territorio merece ese título, sino únicamente los que poseen *dercho de ciudad*, ó ciudadanía, que concede numerosos privilegios :

1°. Sólo los ciudadanos son miembros del cuerpo político; sólo ellos tienen derecho á votar en las asambleas del pueblo romano, de servir en los ejércitos, de asistir á las ceremonias religiosas y de ser elegidos magistrados. Esto constituye los *derechos* públicos ;

2°. La ley romana no protege sino al ciudadano; únicamente él tiene derecho á casarse legalmente, á ser padre de familia, esto es, dueño absoluto de su mujer y de sus hijos; á hacer su testamento ; á vender y comprar. Estos son dos *derechos privados*.

Los que no son ciudadanos, están excluidos del ejér-

(1) La dictadura en 355, la censura en 351, la pretura en 337.

cito y de la asamblea, y además no pueden ser legalmente esposos, padres, ni propietarios; tampoco les es lícito invocar la ley romana ni pedir justicia á los tribunales de Roma. — En consecuencia, los ciudadanos forman una aristocracia en el seno de los demás hombres; pero no son iguales entre sí: hay diferencias de clase ó, como los romanos dicen, *de fila.*

Los nobles. — En primera línea figuran los *nobles.* Un ciudadano pertenece á la aristocracia cuando algún antepasado suyo ha ejercido una magistratura, cosa que en Roma es un *honor*, mediante el cual se ennoblecen la persona que la ejerce y sus descendientes. Cuando un ciudadano es nombrado edil, pretor ó cónsul, recibe una toga orlada de púrpura, una especie de trono (la *silla curul*) y el derecho de mandar hacer su *imagen.* Ésta consiste en una pequeña estatua, de cera al principio, y de plata más tarde, que se coloca en el *atrio*, en el santuario de la casa, cerca del hogar y de los dioses de la familia; allí se conserva en su nicho, como un ídolo venerado por los descendientes. Al fallecer una persona de la familia, se sacan las imágenes, y se las lleva en el cortejo colocadas en un carro y uno de los parientes pronuncia el elogio del muerto. Estas figuras son las que ennoblecen la familia donde se las conserva. Mientras más imágenes hay en una familia, más noble es ésta. Así es que se dice *noble por una imagen*, *noble por tantas ó cuantas imágenes.*

Esas familias aristocráticas eran poco numerosas en Roma, pues las magistraturas que ennoblecen se conceden en general á patricios antiguos. Sería difícil contar 300 de ellas.

Los caballeros. — Después de los nobles vienen los

caballeros, ciudadanos ricos que no cuentan magistrados entre sus mayores. Su fortuna, inscrita en el censo, debe elevarse por lo menos á 400.000 sextercios. Todos ellos son comerciantes, banqueros, directores de trabajos y empresas, que no gobiernan, pero que se enriquecen. En el teatro ocupan puestos reservados detrás de los patricios.

Un caballero puede ser elegido magistrado; entonces los nobles dicen de él que es un *hombre nuevo*, y su hijo queda ennoblecido.

La plebe. — Los que no son patricios ni caballeros constituyen la masa del pueblo, la *plebe.* La mayor parte de ellos son labradores, que cultivan una pequeña propiedad en el Lacio ó en la Sabina; descienden de los italianos y de los latinos vencidos por Roma. Catón el Antiguo da en su libro sobre la Agricultura, idea de los costumbres de esa clase: « Cuando nuestros mayores querían elogiar á un hombre, decían: buen labrador, buen cultivador; entonces esta alabanza parecía la mayor de todas (1). »

Esos hombres eran duros en el trabajo, aficionados al lucro, ordenados y económicos, y ellos constituyeron el nervio de los ejércitos romanos. Por espacio de mucho tiempo formaron parte de la asamblea del pueblo y dominaron en los comicios. Los nobles que querían hacerse elegir magistrados iban á la plaza del mercado á « dar un apretón de manos » (esta era la expresión usual) á esos campesinos. — Un candidato que encontró la de un labrador demasiado callosa, tuvo la ocurrencia de preguntarle: « ¿ Acaso andas con las ma-

(1) Catón cita algunos de sus proverbios: « Mal agricultor el que compra lo que su tierra puede darle. » — « No sabe gobernarse el que hace durante el día lo que puede hacer de noche. »

nos? » Y á pesar de su elevada alcurnia, fué derrotado.

Los libertos. — Éstos son los últimos entre todos los ciudadanos. Antiguos esclavos ó hijos de esclavos, los *libertos* conservan la tara de su origen; ninguno de ellos puede entrar en el ejército romano, y no votan sino después de todas las restantes clases.

LA REPÚBLICA.

Los comicios. — El gobierno de Roma se llama *República* (esto es, la cosa pública); el gobierno de los ciudadanos, llamado el pueblo, es nominalmente dueño absoluto del Estado. Él elige los magistrados, vota la paz y la guerra y dicta las leyes. « La ley, dicen los jurisconsultos, es lo que el pueblo decreta. En Roma pasaba lo que en Grecia: el pueblo no elegía diputados y votaba él mismo. Aun después que se admitieron en la ciudad más de 500.000 hombres dispersos por toda Italia, los ciudadanos tuvieron que ir personalmente á la capital para ejercer sus derechos. — En consecuencia, el pueblo se reune en una plaza, y la asamblea, que un magistrado convoca y preside, se llama los comicios. Unas veces los ciudadanos son convocados al son de la trompeta y se dirigen al Campo de Marte, á formarse en compañías con sus respectivos estandartes; esos son los *comicios por centurias* (asamblea por compañías). Ya se juntan en la plaza del mercado (*forum*), distribuyéndose en 35 grupos llamados *tribus*, cada una de las cuales entra por turno á votar en un espacio cercado por una barrera; esos son los *comicios por tribus*. El magistrado que convoca la asamblea le indica el asunto sometido á votación, y cuando ésta termina la asamblea se disuelve. — El pueblo es soberano, pero está acostumbrado á obedecer á sus jefes.

Los magistrados. — El pueblo elige todos los años las personas que han de gobernarlo, y les delega su poder absoluto; llámaseles *magistrados* (los que dominan). Cuando éstos salen van precedidos por *lictores*, que llevan un haz de varas y un hacha, para indicar que el elegido del pueblo tiene derecho para castigar é imponer la última pena. El magistrado puede además presidir la asamblea del pueblo y el senado, ocupar el tribunal y mandar los ejércitos, siendo en todas partes soberano. Convoca y disuelve á su antojo la asamblea, dicta por sí solo las sentencias, y hace lo que quiere de los soldados, condenándolos á muerte sin oir siquiera el parecer de los oficiales. — El general romano Manlio prohibió una vez, durante una guerra contra los latinos, que ningún soldado saliera del campamento. Su hijo, retado por un guerrero enemigo, desobedece y mata al adversario. Manlio mandó inmediatamente prender y ejecutar á su heredero. — Según la expresión romana, el magistrado tiene *el poder de un rey*; pero por poco tiempo y en participación, pues se le elige sólo por un año y tiene *colegas* que disponen de facultades análogas á las suyas. En Roma hay al mismo tiempo *dos cónsules* que gobiernan el pueblo y mandan los ejércitos, varios *pretores* para ejercer las mismas funciones como subordinados de los primeros y para dictar las sentencias. Además, hay *dos censores*, *cuatro ediles* para cuidar de la vía pública y de los mercados, *diez tribunos de la plebe*, y *cuestores* para llevar las cuentas del Estado.

Los censores. — Los magistrados de mayor autoridad son los dos *censores*, que tienen la misión de formar cada cinco años el *censo*, esto es, el padrón general del pueblo romano. Todos los ciudadanos comparecen ante ellos para declarar bajo juramento su nombre, el nú-

mero de sus hijos y de sus esclavos y la cuantía de su fortuna; todo esto se inscribe en registros. Á ellos toca además hacer la lista de los senadores, de los caballeros y ciudadanos, y señalar el puesto que cada cual ocupa en la ciudad. Tienen, por último á su cargo la organización del *lustro*, gran ceremonia de purificación que se repite cada cinco años. Ese día, los ciudadanos sin excepción se reunen en el Campo de Marte, formados en batalla; entonces cogen tres víctimas expiatorias, un toro, una oveja y un cerdo, y les hacen dar por tres



Sacrificio expiatorio.

veces vuelta á la asamblea; después las degüellan y rocían al pueblo con su sangre; así queda la ciudad purificada y reconciliada con los dioses. — Los censores pueden inscribir y colocar á los ciudadanos en el puesto que mejor les parece; en consecuencia, les es lícito *degradar* á un senador, borrándolo de la lista del Senado, á un caballero no incluyéndolo en la de sus colegas, y á un simple ciudadano no apuntando su nombre en los registros de las tribus. Esto constituía un medio fácil de castigar á los que les parecían culpables, corrigiendo la insuficiencia de las leyes.

Los hubo que degradaron á ciudadanos por haber cultivado mal su campo, por tener demasiado lujo, á

un senador porque su vajilla de plata pesaba diez libras, á otro porque no cuidaba suficientemente de las tumbas de su familia, á uno por haber repudiado á su mujer. Este poder exhorbitante era lo que llamaban en Roma *gobierno de las costumbres*. Gracias á él, los censores eran dueños de la ciudad.

El senado. — El senado se compone de unos 300 personajes designados por el censor, no al acaso, sino eligiéndolos de entre los más respetados y de familia más ilustre; la mayor parte son antiguos magistrados. Casi siempre designa á los que son ya senadores, de modo que en general este cargo es vitalicio. El senado es la asamblea de los primeros hombres de Roma; de ahí su prestigio. Cuando ocurre algo, uno de los magistrados reune á los senadores en un templo, les expone la cuestión y después les pide su parecer. Los presentes contestan uno á uno, por orden de categoría. Esto se llama *consultar al senado* y el acuerdo de la mayoría es un *senado consulto*, que se reduce á una opinión, pues el senado no tiene derecho para hacer leyes; pero Roma la obedece como si se tratase de una orden. El pueblo tiene confianza en los senadores, creyéndolos con razón mejor enterados y más expertos que él; y los magistrados no se atreven á resistir á una asamblea compuesta de nobles, sus iguales. Así es que el senado dirige todos los negocios públicos, declarando la guerra, determinando el número de soldados, recibiendo á los embajadores, haciendo la paz y fijando los ingresos y gastos públicos. El pueblo ratifica sus acuerdos y los magistrados los ejecutan. El año 200 resolvió el senado declarar la guerra al rey de Macedonia; el pueblo atemorizado se negó á votarla. Entonces el senado mandó que un magistrado reuniese de nuevo los comicios y les

hablara para persuadirlos. El pueblo acabó por aceptar. En Roma, el pueblo *reinaba*, como los soberanos ingleses; pero quien *gobernaba* era el Senado.

La carrera de los honores. — En Roma no constituía una profesión el ser magistrado ó senador; ambas clases gastaban su tiempo y su dinero sin recibir sueldo alguno. Una magistratura era ante todo un *honor*, á que no llegan sino los nobles, en ocasiones los caballeros, y siempre hombres ricos, y para llegar á los puestos más elevados, tienen que haber pasado por todos los demás. El que desea gobernar algún día al pueblo romano, debe empezar por hacer diez campañas en los ejércitos; después pueden elegirlo *cuestor* y le entregan para que la administre una caja del Estado. Luego pasa á ser *edil*, encargado de la policía y de los abastos. Más tarde, lo nombran *pretor* y hace justicia; después, cuando lo eligen *cónsul*, manda un ejército y preside las asambleas. Únicamente entonces puede aspirar á ser *censor*, el peldaño más elevado de la jerarquía, á que no llega nunca antes de los cincuenta años. De este modo, un hombre ha sido sucesivamente economista, administrador, juez, general y gobernador, antes de llegar á la original magistratura de censor, que consiste en organizar la sociedad. Esta serie de puestos públicos constituye *la carrera de los honores*. Cada empleo dura un año nada más y para ascender al siguiente se necesita nueva elección. Durante el año que precede á la votación hay que vivir constantemente en las calles, *circular* como dicen los romanos (*ambire*, de donde se deriva la palabra *ambición*) solicitando los sufragios del pueblo. En todo ese tiempo es costumbre llevar una toga blanca, y este es el sentido de la palabra *candidato* (vestido de blanco).

XVIII. — LA CONQUISTA ROMANA.

MOMMSEN, *Historia romana*. — MICHELET, *Historia romana*. — FUSTEL DE COULANGES, *La Ciudad antigua*. — DURUY, *Historia de los romanos*. — FONTAINE, *El ejército romano*.

EL EJÉRCITO ROMANO.

El servicio militar. — Para ser admitido á servir en el ejército romano, no basta ser ciudadano. Se necesita además tener recursos suficientes para equiparse á su propia costa, pues el Estado no suministra al soldado armas ningunas, y hasta el año 402 ni siquiera lo sostenía. Así es que no alistaban sino ciudadanos que tuviesen algunos recursos. Los pobres (*proletarios*) están exentos del servicio ó, mejor dicho, no tienen derecho á entrar en el ejército. Todo ciudadano bastante rico para ser admitido, debe veinte campañas al Estado, y mientras no las reune, sigue á disposición del general, desde los diez y siete á los cuarenta y seis años. En Roma como en Grecia todo ciudadano es al mismo tiempo soldado; los romanos son un pueblo de pequeños propietarios acostumbrados á combatir.

El alistamiento. — Cuando se necesitan soldados, el cónsul manda que todos los ciudadanos aptos para el servicio se reunan en el Capitolio, donde los oficiales designados por el pueblo eligen el número de hombres necesarios para el ejército. Esto constituye el alistamiento (que los romanos llamaban *elección*); después viene la prestación del juramento militar, primero por los oficiales y por los soldados después; se promete obediencia al general, seguirlo hasta donde quiera ir, y permanecer en las filas hasta que el jefe los exima de su juramento. Un hombre pronuncia la fórmula, después

hablara para persuadirlos. El pueblo acabó por aceptar. En Roma, el pueblo *reinaba*, como los soberanos ingleses; pero quien *gobernaba* era el Senado.

La carrera de los honores. — En Roma no constituía una profesión el ser magistrado ó senador; ambas clases gastaban su tiempo y su dinero sin recibir sueldo alguno. Una magistratura era ante todo un *honor*, á que no llegan sino los nobles, en ocasiones los caballeros, y siempre hombres ricos, y para llegar á los puestos más elevados, tienen que haber pasado por todos los demás. El que desea gobernar algún día al pueblo romano, debe empezar por hacer diez campañas en los ejércitos; después pueden elegirlo *cuestor* y le entregan para que la administre una caja del Estado. Luego pasa á ser *edil*, encargado de la policía y de los abastos. Más tarde, lo nombran *pretor* y hace justicia; después, cuando lo eligen *cónsul*, manda un ejército y preside las asambleas. Únicamente entonces puede aspirar á ser *censor*, el peldaño más elevado de la jerarquía, á que no llega nunca antes de los cincuenta años. De este modo, un hombre ha sido sucesivamente economista, administrador, juez, general y gobernador, antes de llegar á la original magistratura de censor, que consiste en organizar la sociedad. Esta serie de puestos públicos constituye *la carrera de los honores*. Cada empleo dura un año nada más y para ascender al siguiente se necesita nueva elección. Durante el año que precede á la votación hay que vivir constantemente en las calles, *circular* como dicen los romanos (*ambire*, de donde se deriva la palabra *ambición*) solicitando los sufragios del pueblo. En todo ese tiempo es costumbre llevar una toga blanca, y este es el sentido de la palabra *candidato* (vestido de blanco).

XVIII. — LA CONQUISTA ROMANA.

MOMMSEN, *Historia romana*. — MICHELET, *Historia romana*. — FUSTEL DE COULANGES, *La Ciudad antigua*. — DURUY, *Historia de los romanos*. — FONTAINE, *El ejército romano*.

El EJÉRCITO ROMANO.

El servicio militar. — Para ser admitido á servir en el ejército romano, no basta ser ciudadano. Se necesita además tener recursos suficientes para equiparse á su propia costa, pues el Estado no suministra al soldado armas ningunas, y hasta el año 402 ni siquiera lo sostenía. Así es que no alistaban sino ciudadanos que tuviesen algunos recursos. Los pobres (*proletarios*) están exentos del servicio ó, mejor dicho, no tienen derecho á entrar en el ejército. Todo ciudadano bastante rico para ser admitido, debe veinte campañas al Estado, y mientras no las reune, sigue á disposición del general, desde los diez y siete á los cuarenta y seis años. En Roma como en Grecia todo ciudadano es al mismo tiempo soldado; los romanos son un pueblo de pequeños propietarios acostumbrados á combatir.

El alistamiento. — Cuando se necesitan soldados, el cónsul manda que todos los ciudadanos aptos para el servicio se reunan en el Capitolio, donde los oficiales designados por el pueblo eligen el número de hombres necesarios para el ejército. Esto constituye el alistamiento (que los romanos llamaban *elección*); después viene la prestación del juramento militar, primero por los oficiales y por los soldados después; se promete obediencia al general, seguirlo hasta donde quiera ir, y permanecer en las filas hasta que el jefe los exima de su juramento. Un hombre pronuncia la fórmula, después

de lo cual van pasando por turno uno á uno y diciendo: « Yo también. » Á partir de ese instante, el ejército queda unido con su general por el lazo de la religión.

Legiones y aliados. — El ejército romano se llamaba al principio la *legión* (la leva). Cuando aumentó el pueblo, se formaron varias legiones en vez de una. Se componían de 4.200 á 5.000 hombres, todos ciudadanos romanos. El ejército más pequeño consta por lo menos de una legión, y si lo manda un cónsul de dos. Pero las legiones forman apenas la mitad del ejército romano. Los pueblos de Italia tienen que suministrar tropas aliadas á Roma; los oficiales son romanos. En los ejércitos de que hablamos las aliados eran siempre algo superiores en número á los ciudadanos de las legiones. Generalmente, cuatro legiones (16.800 hombres) llevan como auxiliares 20.000 infantes y 40.000 jinetes aliados. El año 218, durante la segunda guerra púnica, se alistaron 26.000 ciudadanos y 45.000 aliados. De modo que el pueblo romano se servía en sus guerras tanto de sus súbditos como de sus propios miembros.

Los ejercicios. — Roma no tenía gimnasio; los futuros soldados se ejercitaban en el *Campo de Marte*, á la otra parte del Tiber. Los jóvenes iban allí á marchar, correr, saltar, cargados con sus armas, batiéndose con la espada, arrojando dardos y manejando el azadón; después atravesaban á nado el Tiber, cubiertos de polvo y de sudor. Era frecuente que los hombres hechos y hasta los generales tomaran parte en esos simulacros: el romano no dejaba nunca de hacer el ejercicio. La regla era no dejar ociosos á los soldados ni aun en campaña; tenían que hacer el ejercicio por lo menos una vez al día, y cuando no había enemigos que combatir ni trincheras que

atacar, los utilizaban en hacer caminos, puentes y acueductos.

El campamento. — El soldado romano lleva pesada carga, sur armas, sus utensilios, víveres para diez y siete días, una estaca larga, que suman en junto 60 libras romanas. Como no tiene el impedimento de los bagajes, el ejército se mueve con mayor rapidez. Cada vez que un ejército romano se detiene para acampar, empieza por señalar un recinto cuadrado, á lo largo del cual abren los soldados un foso profundo, echando hacia la parte de dentro la tierra, que forma así un talud que llenan de estacas, de modo que el campamento queda defendido por un foso y una empalizada. En esa improvisada fortaleza plantan los soldados sus tiendas; la del general ó *pretorio* ocupa al centro. Toda la noche hay centinelas de guardia. El ejército se encuentra de este modo á cubierto de las sorpresas.

El orden de batalla. — Cuando llegan frente al enemigo, los soldados no se reunen en una sola masa como la falange griega. Cada legión está divida en pequeñas compañías de 120 hombres, llamados *manípulos* porque tienen como insignia un haz de heno. Los manípulos forman al tresbolillo en tres filas, quedando entre ellos espacio suficiente para maniobrar por separado. Los soldados de los de la primera línea arrojan sus dardos, desenvainan la espada y empiezan la batalla. Si son rechazados, se retiran al espacio que queda detrás y entonces entra en liza la segunda línea de los manípulos; si es rechazada se repliega sobre la tercera línea, que está compuesta de tropas escogidas armadas con la lanza, y que recibiendo á los demás en su seno, vuelve con ellos sobre el enemigo. Así el ejército no

forma una masa única difícil de mover, sino que el general puede distribuir sus tropas con arreglo á la figura del terreno. Cuando se encontraron por primera vez los dos ejércitos más celebres de la antigüedad, las legiones romanas y la falange macedónica, el campo del combate, los Cinocéfalos, estaba erizado de montículos; como en un terreno tan desigual no podían los 16.000 hoplitas macedonios permanecer unidos, sus filas se entreabrieron y en esos huecos se arrojaron los pelotones romanos, destruyendo la falange.

La disciplina. — La disciplina militar romana era dura. El general tiene derecho de vida y muerte sobre todos los hombres. El soldado que abandona su puesto ó que huye en la batalla es condenado á muerte; los lictores lo atan á un poste, le dan de azotes y le cortan la cabeza, ó bien lo matan á palos sus compañeros. Cuando un cuerpo entero se amotina, el general divide á los culpables en grupos de diez, y de cada grupo saca un soldado, que recibe la muerte; esto se llama *decimar* (de *decimus*, décimo). Los restantes no reciben como alimento sino pan de cebada y tienen que pasar la noche fuera del campamento, expuestos siempre á ser sorprendidos. Los romanos no admiten que sus soldados se dejen vencer ó que caigan prisioneros. En la batalla de Cannes escaparon de la matanza 3.000 hombres; el senado, á pesar de necesitar gente en Italia, los envió á servir en Sicilia sin retribución ni honores hasta que el enemigo fuese expulsado de la península; 8.000 que habían quedado en el campamento fueron hechos prisioneros. Annibal ofrecía entregarlos por un rescate insignificante; pero el senado no aceptó.

Colonias y rutas militares. — Roma establece un pequeño ejército permanente en los países donde todavía eran de temer rebeliones. Para ello funda una ciudad que sirve de plaza fuerte y reparte en pequeñas propiedades el territorio inmediato, dándolo á sus soldados. Esto es una *colonia militar*. Sus miembros siguen siendo ciudadanos y obedeciendo á Roma. La colonia romana no hace como la griega, que se emancipa y llega hasta declarar la guerra á su metrópoli; al contrario, es una hija dócil, una guarnición romana acampada en país enemigo. — Casi todos esos puestos militares estaban en Italia, pero fuera hubo algunos, como Narbona y Lyón.

Los romanos hacían rutas militares que unieran entre sí estas plazas y facilitasen además las comunicaciones con la capital. Eran calzadas en línea recta, hechas con cal, piedras y arena. El imperio estaba cubierto de esas vías, y en sus distintas provincias se encuentran aún vestigios de ellas.

LA CONQUISTA DEL MUNDO.

La guerra. — En Roma había un templo consagrado al dios Jano, cuyas puertas permanecían abiertas mientras el pueblo estaba en guerra. En los cinco siglos que tuvo de vida la República, no se cerró el mencionado templo sino una vez por corto número de años. Roma vivió, pues, en estado de guerra, y como poseía el mejor ejército de aquella época, acabó por vencer á los restantes pueblos y conquistar el mundo conocido.

Conquista de Italia. — Empezó por someter á sus vecinos, primero á los latinos, y después á los pequeños pueblos del sur, volscuos, ecuos, hérnicos, más tarde á

los etruscos y Samnitas y por fin á las ciudades griegas. Esta conquista fué la más penosa y la más lenta, pues empezada en tiempo de los reyes no terminó sino cuatro siglos más tarde, en 266 (1). Los romanos tenían que luchar en ella contra pueblos de su raza, tan vigorosos y valientes como ellos. Algunos, que no se resignaban á obedecer, fueron exterminados. Las ricas campiñas de los volscuos se convirtieron en un desierto pantanoso, todavía hoy inhabitable, la triste región de las Lagunas Pontinas. Tres siglos después de la guerra contra los samnitas se podían reconocer en el país los 45 campamentos de Decio y los 86 de Fabio, menos en los restos de sus atrincheramientos que en la soledad de sus cercanías.

Las guerras púnicas. — Cuando llegó á Sicilia, Roma se encontró con Cartago. Entonces empezaron las guerras *púnicas* (es decir, contra los fenicios). Hubo tres : la primera (de 264 á 241) se decidió por batallas navales y dió á Roma la posesión de Sicilia. No se la conoce sino por leyendas coleccionadas mucho más tarde. Decíase que los romanos no habían tenido nunca barcos de guerra y que tomaron como modelo una galera cartaginesa que naufragó por casualidad en la costa, empezando por enseñar á sus marineros á remar en tierra. Esto es un cuento ; Roma tenía barcos desde hacia mucho tiempo. — Hé aquí en qué términos referían los romanos esta lucha : Duilio venció en Milea (260) á la escuadra cartaginesa ; un ejército romano que desembarcó en África poco más tarde, fué vencido y deshecho

(1) Los romanos no tenían, respecto de ésas guerras de Italia, más que leyendas, que en su mayor parte estaban imaginadas para ponderar el heroísmo de algún antepasado de una familia noble, un Valerio, un Fabio, un Decio ó un Manlio.

(255). Su general, Régulo, marchó á Roma por encargo de los cartagineses que lo habían hecho prisionero, para aconsejar la paz ; mas, en vez de esto, decidió al senado á continuar la guerra. Volvió á Cartago, en cumplimiento de su palabra y allí murió en los tormentos. La guerra se concentró en Sicilia, donde la flota cartaginesa, victoriosa en Drépano (249) fué destruída junto á las islas Egates (241) ; Amílcar, sitiado en el Monte Eryx, firmó la paz. — La segunda (218 á 201) fué obra de Annibal. — La tercera (149 á 146) fué una lucha de exterminio ; los romanos toman por asalto á Cartago, lo arrasan y conquistan el África. Esas guerras llenaron de terror á Roma por largo espacio de tiempo. Cartago tenía la mejor escuadra de aquella época y ejércitos de aventureros mercenarios sin patria ni ley, que eran terribles cuando los mandaba un general como Annibal.

Annibal. — Este guerrero, que dirigió toda la guerra púnica y que estuvo á punto de apoderarse de Roma, era de la poderosa familia de los Barcas. Su padre Amílcar, mandó un ejército cartaginés en la primera guerra púnica y recibió después encargo de conquistar la España. Annibal era entonces un niño ; su padre lo llevó consigo. La salida de un ejército iba acompañada siempre de sacrificios á los dioses del país ; cuentan que Amílcar hizo jurar á su hijo después del sacrificio que sería enemigo eterno de Roma. — Annibal llegó á ser, por efecto de su educación militar, el mejor peón y jinete del ejército ; su pasión era la guerra y no tenía cuidados más que para su caballo y sus armas. Tan popular llegó á ser que al morir Asdrúbal, general del ejército de España, los soldados lo eligieron para reemplazar al difunto, sin esperar órdenes del senado cartaginés. De este modo se vió Annibal á los veinte y un años

al frente de un ejército completamente suyo (véase en el artículo sobre los fenicios la descripción de este ejército). Inmediatamente, y á pesar del senado, empezó la guerra poniendo sitio á la colonia griega de Sagunto, aliada de Roma, que tomó y destruyó.

La principal gloria de Annibal es que, en vez de esperar á los romanos, tuvo la audacia de ir á atacarlos en Italia. Como no tenía barcos, resolvió efectuar su marcha por tierra, atravesando los Pirineos, el Ródano y los Alpes. Al efecto pactó alianza con los pueblos galos y atravesó los Pirineos sin encontrar resistencias, al frente de 60.000 mercenarios africanos y españoles y de treinta y siete elefantes de guerra. Un pueblo galo quiso detenerlo en el Ródano: pero él mandó un destacamento que, subiendo un poco más arriba atacó á los galos por la espalda, mientras el grueso de sus tropas cruzaba el río en lanchas, llevando en grandes balsas á los elefantes. Después siguió por el valle del rio Isere y llegó á los Alpes en los últimos días de Octubre, pasándolos no obstante las nieves y los ataques de las tribus montañesas; muchos hombres y caballos se hundieron en los precipicios. El ejército tardó nueve días en llegar á la cima de los montañas; la bajada fué muy difícil. El desfiladero que debía servirles estaba lleno de hielo y hubo que abrir en la roca un sendero. Cuando estuvieron en la llanura, las fuerzas cartaginesas se habían reducido á la mitad.

Annibal encontró sucesivamente tres ejércitos romanos, á orilla del Tesino, del Trebia, y cerca del lago Trasimeno en Etruria, derrotándolos por completo. Á medida que iba avanzado aumentaba su ejército; los guerreros de la Galia Cisalpina (Italia del Norte) se ponían á sus órdenes contra los romanos. Así llegó hasta la Apulia, frente á Roma. En ese punto se trabó

otra batalla. El ejército romano era doble del de Annibal; pero confiando en sus jinetes africanos montados en caballos veloces, se colocó en la llanura de Cannes de modo que sus contrarios recibiesen de frente el sol y el polvo que levantaba el viento; el ejército romano fué envuelto y destruído enteramente (216). Todos creyeron entonces que el vencedor marcharía sobre Roma, pero no se sintió con fuerzas para ello. El senado cartaginés no le enviaba recurso ninguno. Annibal quiso apoderarse de Nápoles y de poner en movimiento contra los romanos al rey de Macedonia; pero lo único que logró fué apoderarse de algunas poblaciones que los romanos sitiaron y destruyeron. Nueve años pasaron así, durante los cuales se sostuvo Annibal en la Italia meridional. Al fin, su hermano Asdrúbal se puso en marcha con el ejército de España para venir en su auxilio, y llegó efectivamente hasta el centro de Italia. Los dos ejércitos cartagineses marchaban á encontrarse, teniendo enfrente otros dos romanos, mandados por dos cónsules. Nerón, que era el contrario de Annibal, tuvo la audacia de atravesar la Italia central y de ir á reunirse con su colega frente á Asdrúbal. Una mañana, Asdrúbal oye que en el campamento romano las trompetas tocan dos veces, señal de que están allí dos cónsules. Entonces cree á su hermano vencido y se pone en retirada; los romanos lo persiguen y él perece con todo su ejército. Inmediatamente vuelve Nerón al ejército que había dejado frente á Annibal y arroja en el campamento cartaginés la cabeza de Asdrúbal (207). No obstante verse reducido únicamente á sus fuerzas, Annibal se sostuvo cinco años más en la Calabria. Lo que le obligó á salir de Italia fué el desembarco de un ejército romano en África. Entonces hizo matar á los soldados italianos que no quisieron

seguirle y se embarcó en dirección á Cartago (203).

Un año más tarde (202) terminó la guerra con la batalla de Zama. Annibal contaba con atraer al ejército romano hasta dentro de sus líneas, y envolverlo luego, según su costumbre; pero el general romano, Escipión, mantuvo en buen orden sus tropas y derrotó á los cartagineses en un segundo ataque. Cartago tuvo que rendirse, renunciando á cuanto poseía en África y cediendo España á los romanos. Además, tuvo que entregarle sus barcos de guerra y sus elefantes, pagár una suma de más de diez millones de pesos de nuestra moneda y que comprometerse á no hacer nunca en adelante la guerra sin permiso de Roma.

Annibal reorganizó las fuerzas de su patria para una nueva guerra. Los romanos pidieron entonces su muerte. El héroe huyó á Siria donde reinaba Antíoco y le propuso sublevar la Italia contra Roma; pero los cortesanos inspiraron á ese rey desconfianza contra Annibal, y se limitó á invadir la Grecia, donde perdió su ejército. Annibal se retiró entonces junto al rey de Bitinia. Los romanos quisieron apoderarse de su persona y enviaron con esta misión á Flaminio; pero cuando el cartaginés vió cercada su casa, se mató tomando el veneno que llevaba siempre consigo (183).

Conquista de Oriente. — Oriente estaba dividido entre los reyes griegos, sucesores de los generales de Alejandro. Los más poderosos entraron en lucha con Roma, pero todos fueron vencidos: el rey de Macedonia Filipo en 197, su hijo Perseo en 168, el rey de Siria Antioco en 190. Después de esto, los romanos, que no tenían ningún otro adversario serio que temer se apoderaron de los países que les convinieron: de Macedonia (148), del reino de Pérgamo (129), del resto de Asia

(de 74 á 64) después de la derrota de Mitrídates y del Egipto en el año 30. Exceptuando á los macedonios, las naciones orientales no les opusieron sino bandas de mercenarios ó de bárbaros indisciplinados, que se desbandaban al menor choque. — En la gran victoria de Magnesia, que los romanos alcanzaron sobre Antioco, sólo hubo 350 romanos muertos. Sila se jactaba de no haber perdido en Queronea sino 12 hombres. — Los demás reyes, llenos de espanto, obedecían al senado sin resistencia. — Como Antíoco el Ilustre, rey de Siria, hubiese conquistado parte de Egipto, Popilio fué á ordenarle en nombre del Senado que abandonase su conquista. Antioco vacilaba. Entonces el romano trazó con una varita un círculo en torno suyo y le dijo: « Contesta antes de salir de ahí. » El rey se sometió y renunció al Egipto. El rey de Numidia decía al senado que consideraba su reino como propiedad del pueblo romano. — Prusias, rey de Bitinia, se presentaba con la cabeza afeitada y en traje de liberto á prosternarse ante el senado. — únicamente Mitrídates, rey del Ponto, quiso resistir; pero al cabo de treinta años de guerra, fué expulsado de sus dominios y tuvo que suicidarse.

Conquista de los países bárbaros. — La sumisión de los pueblos bárbaros y guerreros de Occidente costó mucho más cara á los romanos. La sumisión de España les costó un siglo de luchas. El pastor Viriato les hizo encarnizada guerra en las montañas de Portugal (149-139), venció cinco ejércitos y obligó á un cónsul á tratar. El senado se libró de él haciéndolo asesinar.

Contra la simple ciudad de Numancia hubo que enviar á Escipión Emiliano, el mejor general de Roma entonces. Los pequeños pueblos de Córcega, Cerdeña, de las montañas de Génova (los ligures) se alzaban de

nuevo apenas sometidos. — Pero los más temidos de todos fueron los galos, que desde la llanura del Po donde vivían penetraban en la Italia meridional. Una de sus bandas tomó á Roma en 390. Sus grandes cuerpos blancos, sus largos bigotes rojizos, sus ojos azules y su salvaje gritería llenaban de espanto á los soldados romanos. Así que se sabía que estaban cerca, reinaba el terror en Roma y el senado proclamaba el levantamiento en masa (decían el *tumulto galo*). Esas guerras fueron las más sangrientas de todas; pero también las más breves. La primera (225-222) dió á los romanos toda la Galia Cissalpina (Italia del norte); — la segunda (120) el país del Ródano (Langüedoc, Provenza y Delfinado); — la Tercera (58-51) el resto de la Galia.

LA GUERRA.

El triunfo. — Cuando un general alcanza una gran victoria, el senado le permite como honor insigne celebrar el *triunfo*, que es una procesión religiosa al templo de Júpiter. Al frente marchan los magistrados y los senadores, después vienen los carros cargados de botín, los cautivos encadenados á pie y detrás, en un carro dorado del cual tiran cuatro caballos, el general vencedor coronado de laureles. Sus soldados le siguen cantando himnos religiosos en que el estribillo es *triunfo*. La procesión atraviesa la ciudad engalanada y sube al Capitolio, donde el triunfador coloca el laurel sobre las rodillas de Júpiter y le da gracias por haberle concedido la victoria. Una vez que termina la ceremonia, los cautivos son, ó decapitados como Vercingétorix ó encerrados en un calabozo para morir de hambre como Yugurta, ó por lo menos encerrados en una prisión. — El triunfo de Paulo Emilio, vencedor del rey de Macedonia (167), duró tres días. El primero desfilaron 250 carros cargados de cuadros y de estatuas, el segundo los trofeos de armas y 75 toneles llenos de plata, el tercero los vasos de oro y 120 toros de sacrificio. Detrás iba el rey Perseo, vestido de negro, rodeado por sus amigos cargados de cadenas y de sus tres pequeños hijos, que tendían las manos al pueblo implorando piedad.

El botin. — En las guerras antiguas, el vencedor se apropiaba todo cuanto pertenecía al vencido, no sólo las armas y bagajes del ejército, sino también los muebles, el ganado del pueblo enemigo, y hasta los hombres, las mujeres y los niños. El botín no era para los soldados, sino del pueblo; los prisioneros son vendidos como esclavos y enajenados los objetos y el producto se ingresa en el tesoro público. Así es que la guerra constituía para el Estado una operación lucrativa. Los reyes de Asia habían reunido enormes riquezas, que los generales romanos llevaron á Roma. El vencedor de Cartago entregó al tesoro más de 100.000 libras de plata el de Antioco 140.000 de plata y 1.000 de oro en pastas, sin contar la moneda, y el de Perseo 120 millones de sextercios.

Los aliados de Roma. — El mundo antiguo estaba dividido en gran número de reinos, pueblos pequeños y ciudades que se odiaban entre sí. Así fué que nunca estuvieron de acuerdo para resistir y Roma los devoró uno á uno. Los que no eran atacados por ella permanecían neutrales, dejando hacer y en ocasiones uniéndose con los romanos. Éstos no combatieron casi nunca solos. Al contrario, tuvieron aliados en la mayor parte de sus guerras; contra Cartago, al rey de Numidia; contra el rey de Macedonia á los etolios; á los rodios contra el de Siria. Multitud de soberanos de Oriente tomaron

con orgullo el título de *aliado del pueblo romano*. Y en las regiones divididas en pequeños estados, algunos de éstos llamaban á los romanos para que los auxiliasen contra sus vecinos, recibiendo el ejército, dándole víveres y guiándolo hasta la frontera del pueblo enemigo. Por ejemplo, Marsella fué la que introdujo á los soldados de Roma en el valle del Ródano, y el pueblo de Autun (los edrios) les permitieron establecerse en el corazón mismo del país.

Motivos de la conquista. — Los romanos no tenían al principio la menor intención de conquistar el mundo. Aun después de haber vencido á Italia y Cartago, tardaron cien años antes de someter el Oriente que les abría los brazos. Lo probable es que conquistaron sin plan fijo (1) y porque todos tenían interés en ello. — Los magistrados jefes de ejército veían en la guerra una ocasión de recibir los honores del triunfo y medio seguro de hacerse populares. Los hombres de Estado más poderosos de Roma, Papirio, Fabio, los dos Escipiones, Catón, fueron todos generales victoriosos. — Los nobles que componían el senado ganaban en que Roma tuviera muchos súbditos, pues podían ir como gobernadores á recibir sus presentes y sus homenajes. — En cuanto á los caballeros, esto es, á los banqueros, los comerciantes, los contratistas, toda nueva conquista les proporcionaba un terreno que explotar. — Hasta el pueblo aprovechaba el botín del enemigo; así, una vez que ingresaron en el tesoro las riquezas del rey de Macedonia, quedaron abolidos los impuestos. — Por lo que respecta á los soldados, recibían siempre grandes sumas de manos de sus generales, cuando se hacía la guerra en países ricos, y además saqueaban personalmente á los vencidos. Los romanos conquistaron el mundo menos por la gloria que por el provecho y los beneficios.

(1) La idea de que el Senado preparó con anticipación la conquista del mundo parece ser posterior á esa empresa.

XIX. — LOS PAÍSES CONQUISTADOS.

Duruy, *Historia de los romanos*. — Mommsen, *Historia romana*. — Michelet, *Historia romana*.

LAS LEYES AGRARIAS.

El imperio del pueblo romano. — Roma sometió todos los países que rodean el Mediterráneo, desde la España hasta el Asia Menor. Esas regiones no fueron anexionadas, y ni sus habitantes ni su territorio se convirtieron en ciudadanos ni en territorios romanos. Siguen siendo extranjeros; lo que hay es que han entrado en el *Imperio romano*, esto es, bajo la dominación del pueblo de Roma. Así hoy, los indostánicos no son ciudadanos ingleses, sino súbditos de la Gran Bretaña. La India forma parte, no de esta nación, sino de su Imperio.

El dominio público. — Cuando un pueblo vencido pide la paz, sus representantes tienen que pronunciar la fórmula siguiente : « Os entregamos el pueblo, la ciudad, las campiñas, las aguas, los dioses términos, los muebles; cuanto pertenece á los dioses y á los hombres, lo ponemos en posesión del pueblo romano. » Así quedaba éste dueño de los bienes y hasta de las personas de los vencidos. En ocasiones las vendían. Paulo Emilio enajenó 150.000 epirotas que se le habían entregado, pero lo general es que Roma deje en libertad á los vencidos. En cuanto al territorio, pasa á ser *propiedad del pueblo romano*. Se le divide en tres partes :

1ª. Una que se deja á los antiguos habitantes, con la obligación de pagar tributo en dinero ó cereales,

con orgullo el título de *aliado del pueblo romano*. Y en las regiones divididas en pequeños estados, algunos de éstos llamaban á los romanos para que los auxiliasen contra sus vecinos, recibiendo el ejército, dándole víveres y guiándolo hasta la frontera del pueblo enemigo. Por ejemplo, Marsella fué la que introdujo á los soldados de Roma en el valle del Ródano, y el pueblo de Autun (los edrios) les permitieron establecerse en el corazón mismo del país.

Motivos de la conquista. — Los romanos no tenían al principio la menor intención de conquistar el mundo. Aun después de haber vencido á Italia y Cartago, tardaron cien años antes de someter el Oriente que les abría los brazos. Lo probable es que conquistaron sin plan fijo (1) y porque todos tenían interés en ello. — Los magistrados jefes de ejército veían en la guerra una ocasión de recibir los honores del triunfo y medio seguro de hacerse populares. Los hombres de Estado más poderosos de Roma, Papirio, Fabio, los dos Escipiones, Catón, fueron todos generales victoriosos. — Los nobles que componían el senado ganaban en que Roma tuviera muchos súbditos, pues podían ir como gobernadores á recibir sus presentes y sus homenajes. — En cuanto á los caballeros, esto es, á los banqueros, los comerciantes, los contratistas, toda nueva conquista les proporcionaba un terreno que explotar. — Hasta el pueblo aprovechaba el botín del enemigo; así, una vez que ingresaron en el tesoro las riquezas del rey de Macedonia, quedaron abolidos los impuestos. — Por lo que respecta á los soldados, recibían siempre grandes sumas de manos de sus generales, cuando se hacía la guerra en

(1) La idea de que el Senado preparó con anticipación la conquista del mundo parece ser posterior á esa empresa.

países ricos, y además saqueaban personalmente á los vencidos. Los romanos conquistaron el mundo menos por la gloria que por el provecho y los beneficios.

XIX. — LOS PAÍSES CONQUISTADOS.

DURUY, *Historia de los romanos*. — MOMMSEN, *Historia romana*. — MICHELET, *Historia romana*.

LAS LEYES AGRARIAS.

El imperio del pueblo romano. — Roma sometió todos los países que rodean el Mediterráneo, desde la España hasta el Asia Menor. Esas regiones no fueron anexionadas, y ni sus habitantes ni su territorio se convirtieron en ciudadanos ni en territorios romanos. Siguen siendo extranjeros; lo que hay es que han entrado en el *Imperio romano*, esto es, bajo la dominación del pueblo de Roma. Así hoy, los indostánicos no son ciudadanos ingleses, sino súbditos de la Gran Bretaña. La India forma parte, no de esta nación, sino de su Imperio.

El dominio público. — Cuando un pueblo vencido pide la paz, sus representantes tienen que pronunciar la fórmula siguiente: « Os entregamos el pueblo, la ciudad, las campiñas, las aguas, los dioses términos, los muebles; cuanto pertenece á los dioses y á los hombres, lo ponemos en posesión del pueblo romano. » Así quedaba éste dueño de los bienes y hasta de las personas de los vencidos. En ocasiones las vendían. Paulo Emilio enajenó 150.000 epirotas que se le habían entregado, pero lo general es que Roma deje en libertad á los vencidos. En cuanto al territorio, pasa á ser *propiedad del pueblo romano*. Se le divide en tres partes:

1ª. Una que se deja á los antiguos habitantes, con la obligación de pagar tributo en dinero ó cereales,

reservándose Roma el derecho de desposeerlos cuando se le antoje;

2ª. Otra de campos y pastos que se arriendan á contratistas;

3ª. Las tierras no trabajadas que se abandonan al primer ocupante; todo ciudadano romano puede establecerse en ellas y cultivarlas.

Leyes agrarias. — Las *leyes agrarias*, que tantas agitaciones causaron en Roma, se referían al dominio público. Ningún romano podía pensar en despojar á los *propietarios*, pues los límites de las haciendas eran dioses (los dioses *términos*), y la religión prohibía arrancarlos. El objeto de las leyes agrarias era apoderarse el pueblo de las tierras del *dominio público*, para distribuirlas como propiedad particular á ciudadanos que carecían de ella. Esto era legal, por cuanto el dominio público pertenecía al pueblo; pero como por espacio de varios siglos se habían dejado esas tierras en poder de los súbditos ó de otros ciudadanos, éstos acabaron por creerse dueños de ellas y las compraban y vendían, ó las dejaban en herencia con toda libertad, de tal modo que quitárselas equivalía á dejar en la miseria multitud de gentes. En Italia ocurrió á veces que se privó de sus bienes á todos los habitantes de una ciudad; así fué como Augusto privó á los vecinos de Mantua de todo su territorio. Virgilio, que figuraba en el número de las víctimas, logró con sus versos que le devolviesen sus bienes; pero otros propietarios que no eran poetas se quedaron sin nada. Esas tierras que el pueblo recuperaba eran distribuidas de nuevo, ya á ciudadanos pobres de Roma, ya y sobre todo á antiguos soldados. Sila hizo propietarios á 120.000 veteranos con los bienes de que desposeyó á los habitantes de Etruria.

Las leyes agrarias eran una amenaza para todos los súbditos de Roma, y uno de los títulos de gloria de los emperadores fué haber acabado con ellas.

LAS PROVINCIAS.

Las provincias. — Los habitantes de los países conquistados no se convertían en ciudadanos de Roma, sino que seguían siendo extranjeros (*peregrinos*), aunque súbditos al mismo tiempo del pueblo romano, al cual debían pagar tributos, el diezmo de sus cosechas, una contribución en dinero, y una tasa de tanto por cabeza. Además, estaban obligados á obedecer sus órdenes. Pero como el pueblo no podía ejercer por sí mismo esos derechos nombraba un magistrado con la *misión* de gobernar en lugar suyo. El país sometido á un gobernador se llamaba *provincia*, que quiere decir *misión* (1). En el año 46, es decir, á fines de la República había 17 : 10 en Europa, 5 en Asia, 2 en África, la mayor parte de ellas muy grandes. Así, el territorio entero de la Galia no formaba sino 4 y España 2. Cicerón dice que las provincias son *los dominios del pueblo romano*, que ha sometido á todos los demás por su propio provecho y no en beneficio de ellos, y que no se preocupa de administrarlos; lo que desea es *explotarlos*.

Los procónsules. — Estos gobiernos eran confiados de ordinario á un magistrado, cónsul ó pretor, que acababa de cesar en su cargo, y al cual prolongaba el pueblo sus poderes. Ahora recibe el nombre de *procónsul* (2) que quiere decir en lugar de un cónsul; tiene el mismo poder absoluto que éste, y puede ejercerlo á su

(1) El mismo significado tiene la palabra francesa *departamento*.
(2) Á las provincias más pequeñas iba un *propretor*.

antojo pues no tiene colega que lo limite (1); allí no hay magistrados que le disputen el gobierno, ni tribunos de la plebe que lo contengan, ni senado que vigile sus actos. Él es quien manda las tropas, quien los lleva al combate, quien les designa sus cuarteles; él, el que administra la justicia (en el *pretorio*) condenando á multas, á prisión y á muerte. Sus ordenanzas tienen fuerza de ley, pues como encarna en su persona al pueblo romano, es la suprema autoridad.

Tiranía y depredaciones de los procónsules. — Ese gobernador, á quien nadie resistía, era un verdadero déspota, mandaba prender, encerrar en calabozos, dar de azotes y aun ejecutar á las personas que le desagradaban. Hé aquí uno de esos miles de caprichos de gobernador, según cuenta un orador romano: « Últimamente, el cónsul fué á Teanum y su mujer tuvo la ocurrencia de bañarse en las termas de los hombres. Inmediatamente se hace salir de ellos á cuantos estaban allí. La mujer del cónsul se queja de que no han estado muy atentos con ella y de que las termas dejan bastante que desear; y entonces su marido manda levantar un poste en la plaza pública, y llevando allí al hombre más distinguido de la ciudad, lo desnudan, y lo atan en él y le dan de azotes. »

El procónsul saca de su provincia cuanto dinero puede; es que la considera como propio dominio y le sobran medios de explotarla. Saquea los tesoros de las ciudades, sustrae las estatuas y las alhajas depositadas en los templos y exige á los habitantes más y más tributos en dinero y trigo. Como puede alojar á sus tropas donde le

(1) Roma dejaba subsistir en los países de Oriente algunos reyes de menor importancia, como Herodes en Judea; pero esos soberanos le pagaban tributo, y obedecían á sus gobernadores.

parece, las ciudades le pagan por verse libres de recibir su ejército y como puede condenar á muerte á quien se le antoja, los particulares le dan dinero porque no los moleste ¿ Quién se atreverá á negarle un objeto de arte ó una suma que pida ? Las gentes de su escolta hacen lo mismo, saqueando á los habitantes en su nombre y hasta con su protección. El gobernador se apresura á enriquecerse pues sólo tiene delante de sí un año, después del cual vuelve á Roma, dejando el puesto á otro que hace lo mismo. Es verdad que existe una ley y hasta un tribunal (desde el año 149) para juzgar el crimen de concusión; pero ese tribunal está compuesto de nobles y de caballeros romanos que no quieren condenar á su compatriota: el principal resultado de ese sistema es, según observa Cicerón, obligar al gobernador á robar más todavía, á fin de poder comprar á sus jueces.

No hay que extrañar, en consecuencia, que *procónsul* acabara por significar *déspota*. El más conocido de esos bandoleros legítimos es Verres, propretor de Sicilia, porque Cicerón pronunció contra él, por motivos políticos, siete discursos que lo han hecho célebre; pero lo probable es que tuvo muchos imitadores.

Los publicanos. — El pueblo romano tenía en todas las provincias cuantiosas rentas, las aduanas, las minas, los impuestos, las tierras, de pan sembrar y los pastos, que arrendaba á compañías de contratistas llamados *publicanos*. Estos adquirían como los arrendatarios generales de la antigua Francia, el derecho de sustituir al Estado en el cobro de los impuestos; las provincias tenían que obedecerles como á delegados del pueblo romano. Así es que en cada provincia había varias sociedades de publicanos, con numeroso personal de preceptores y escribientes. Procedían como amos, hacían pagar más

de lo justo y reducían á las gentes á la miseria, cuando no los vendían como esclavos; en Asia se opoderaban sin el más ligero pretexto de los habitantes. Cuando Mario pidió soldados al rey de Bitinia, éste le contestó que, gracias á los publicanos, no le quedaban como súbditos más que mujeres, niños y ancianos. Los romanos conocían estos excesos. Cicerón escribe á su hermano, á la sazón gobernador: « Si encuentras medio de contentar á los publicanos sin dejarles destruir las provincias, es que tienes la habilidad de un dios. » Pero los tribunales y hasta los procónsules les obedecían. Escauro, procónsul de Asia, que era la probidad en persona, les impidió durande su mando que saquearan su provincia; los publicanos se vengaron de él cuando volvió á Roma, haciendo que lo acusaran y que el tribunal lo condenase.

Hasta los tranquilos y sumisos habitantes del Oriente acabaron por perder la paciencia: en una sola noche fueron degollados por orden de Mitrídates cien mil romanos. Un siglo más tarde, en tiempos de Jesucristo, la palabra publicano seguía significando ladrón.

Los banqueros. — Los romanos reunieron en su ciudad el numerario de los países conquistados. Así es que en Roma abundaba el dinero tanto como escaseaba en las provincias. Allí era fácil tomar prestado al 4 ó al 5 por 100, mientras que en las provincias no se encontraba un cuarto á menos del 12. Los banqueros romanos tomaban dinero en Roma y lo prestaban en provincias, sobre todo á reyes ó ciudades. Cuando los pueblos exhaustos no podían seguir reembolsando el capital y los intereses, los banqueros imitaban los procedimientos de los publicanos. Las ciudades de Asia pidieron en el año 84 enorme suma para pagar una contribución de guerra; catorce años después nada más (70) los intereses habían

elevado la cantidad al *séxtuplo*. Así fué que necesitaron enajenar cuanto tenían y hubo ciudadanos que vendieron como esclavos sus hijos é hijas. Uno de los romanos más estimados de su época, Bruto el estoico, prestó á la ciudad de Salamina en Chipre, dinero á 48 por 100 de interés (4 por 100 mensual). Cuando su agente, Escapcio se presentó á reclamar capital y réditos, la ciudad no pudo pagar. El agente fué entonces á dar con el procónsul Apio, que puso á sus órdenes un escuadrón de caballería y fué con él á Salamina, donde encerró al senado en su sala de sesiones hasta que pagase; cinco miembros de este cuerpo murieron de hambre.

Impotencia de los provinciales. — Los provinciales no tenían defensa ninguna contra todos esos tiranos. El procónsul sostenía á los publicanos, y detrás de ellos estaban el ejército y el pueblo romanos. Se admitía que un ciudadano romano acusara á los depredadores de las provincias; pero un gobernador era inviolable y no se le podía acusar sino una vez que cesaba en sus funciones; entretanto, había que dejarle robar. Si al volver á Roma lo acusaban, comparecía ante un tribunal de nobles y de publicanos, más interesados en sostenerlo que en dar la razón á los provinciales. Cuando por casualidad lo condenaban, era solamente al destierro, y salía del paso con marcharse á disfrutar del producto de sus rapiñas en una ciudad de Italia. Este castigo no reparaba nada y no era ni aun una venganza. Así es que las provincias preferían captarse la buena voluntad de su gobernador á fuerza de sumisión, tratándolo como á un rey, halagándolo, enviándole presentes y erigiéndole estatuas. En Asia llegaban hasta levantarle altares (1),

(1) Cicerón habla de los templos que le erigieron los habitantes de la Cilicia, de que fué gobernador.

edificar templos en honra suya y adorarlo como á un dios.

XX. — TRANSFORMACIÓN DE LAS COSTUMBRES EN ROMA.

PLUTARCO, *Vidas de Catón y de Lúculo*. — MOMMSEN, *Historia romana*. — MICHELET, *Historia romana*. — BOISSIER, *La religión romana*. — DURUY, *Historia de los romanos*.

Influencia de Grecia y de Oriente. — La conquista puso á los romanos en contacto con los griegos y los orientales. Miles de éstos iban á Roma en calidad de esclavos, ó bien se establecían en ella para trabajar, como médicos, profesores, actores ó adivinos. — Los generales, los oficiales y los soldados romanos vivían en plena Asia; los señores del mundo fueron de este modo conociendo y adoptando poco á poco costumbres y creencias nuevas. La transformación empezó con la primera guerra de Macedonia (200), y continuó hasta fines del imperio romano.

CAMBIOS EN LA RELIGIÓN.

Los dioses griegos. — Los dioses romanos no se parecían á los griegos, ni siquiera en el nombre. Sin embargo, los helenos creyeron reconocer en la mayor parte de las deidades de Roma las suyas propias. Como hasta entonces éstas en su mayor parte no habían tenido forma precisa ni historia, la confusión fué más fácil. En adelante se les representó bajo la forma de los dioses griegos y se les fabricó una leyenda con las aventuras de éstos.

El Júpiter latino se confundió con el Zeus griego; — Juno con Hera; — Minerva, diosa de la memoria, con Palas, que lo era de la sabiduría; — Diana, la hembra de Jano, se convirtió en la brillante cazadora Artemisa; — Hércules, el dios del recinto, fué asimilado á Heracles,

el vencedor de los monstruos. Así fué deslizándose la mitología griega bajo los nombres latinos, y los dioses de Roma quedaron transformados en deidades griegas. La fusión fué tan completa, que todavía hoy se llama Diana á Artemisa y Minerva á Palas.

Las bacanales. — Los griegos habían adoptado el culto de una deidad oriental, Baco, el dios de las vendimias: los romanos empezaron á adorarlo también, y sus adoradores celebraban este culto de noche y en el mayor secreto. En los *misterios de las Bacanales* no se recibían más que iniciados que juraban no revelar lo que ocurría en los misterios. Sin embargo, una mujer se atrevió á denunciar al senado las bacanales que se celebraban en Roma el año de 186. Hubo investigaciones que dieron por resultado el descubrimiento de 700 hombres y mujeres comprometidos en los misterios. Todos fueron condenados á muerte.

Las supersticiones de Oriente. — Ya en 220 había en Roma un templo del dios egipcio Serapis. El senado mandó derribarlo y como ningún obrero se atrevía á dar el primer golpe de piqueta, fué preciso que el cónsul en persona se acercara y diese de hachazos en las puertas. — Algunos años más adelante, en 204, y durante la guerra de Annibal, ocurrió que ese mismo senado enviaba una embajada al Asia Menor en busca de la diosa Cibeles. La *Madre común* ó *Gran madre*, como la llamaban, estaba representada por una piedra negra. Las enviados del senado la llevaron con gran pompa á Italia, instalándola en Roma. Con ella fueron sus sacerdotes, que la seguían por las calles a on de los timbales y de los pífanos, vestidos á la oriental y mendigando de puerta en puerta. — No tardó Italia en llenarse de hechice-

edificar templos en honra suya y adorarlo como á un dios.

XX. — TRANSFORMACIÓN DE LAS COSTUMBRES EN ROMA.

PLUTARCO, *Vidas de Catón y de Lúculo*. — MOMMSEN, *Historia romana*. — MICHELET, *Historia romana*. — BOISSIER, *La religión romana*. — DURUY, *Historia de los romanos*.

Influencia de Grecia y de Oriente. — La conquista puso á los romanos en contacto con los griegos y los orientales. Miles de éstos iban á Roma en calidad de esclavos, ó bien se establecían en ella para trabajar, como médicos, profesores, actores ó adivinos. — Los generales, los oficiales y los soldados romanos vivían en plena Asia; los señores del mundo fueron de este modo conociendo y adoptando poco á poco costumbres y creencias nuevas. La transformación empezó con la primera guerra de Macedonia (200), y continuó hasta fines del imperio romano.

CAMBIOS EN LA RELIGIÓN.

Los dioses griegos. — Los dioses romanos no se parecían á los griegos, ni siquiera en el nombre. Sin embargo, los helenos creyeron reconocer en la mayor parte de las deidades de Roma las suyas propias. Como hasta entonces éstas en su mayor parte no habían tenido forma precisa ni historia, la confusión fué más fácil. En adelante se les representó bajo la forma de los dioses griegos y se les fabricó una leyenda con las aventuras de éstos.

El Júpiter latino se confundió con el Zeus griego; — Juno con Hera; — Minerva, diosa de la memoria, con Palas, que lo era de la sabiduría; — Diana, la hembra de Jano, se convirtió en la brillante cazadora Artemisa; — Hércules, el dios del recinto, fué asimilado á Heracles, el vencedor de los monstruos. Así fué deslizándose la mitología griega bajo los nombres latinos, y los dioses de Roma quedaron transformados en deidades griegas. La fusión fué tan completa, que todavía hoy se llama Diana á Artemisa y Minerva á Palas.

Las bacanales. — Los griegos habían adoptado el culto de una deidad oriental, Baco, el dios de las vendimias: los romanos empezaron á adorarlo también, y sus adoradores celebraban este culto de noche y en el mayor secreto. En los *misterios de las Bacanales* no se recibían más que iniciados que juraban no revelar lo que ocurría en los misterios. Sin embargo, una mujer se atrevió á denunciar al senado las bacanales que se celebraban en Roma el año de 186. Hubo investigaciones que dieron por resultado el descubrimiento de 700 hombres y mujeres comprometidos en los misterios. Todos fueron condenados á muerte.

Las supersticiones de Oriente. — Ya en 220 había en Roma un templo del dios egipcio Serapis. El senado mandó derribarlo y como ningún obrero se atrevía á dar el primer golpe de piqueta, fué preciso que el cónsul en persona se acercara y diese de hachazos en las puertas. — Algunos años más adelante, en 204, y durante la guerra de Annibal, ocurrió que ese mismo senado enviaba una embajada al Asia Menor en busca de la diosa Cibeles. La *Madre común* ó *Gran madre*, como la llamaban, estaba representada por una piedra negra. Las enviados del senado la llevaron con gran pompa á Italia, instalándola en Roma. Con ella fueron sus sacerdotes, que la seguían por las calles a on de los timbales y de los pífanos, vestidos á la oriental y mendigando de puerta en puerta. — No tardó Italia en llenarse de hechice-

ros caldeos, y no sólo el pueblo creía en sus adivinaciones. Cuando los cimbros amenazaron á Roma en el año 104, una profetisa de Siria, llamada Marta, se presentó ante el senado y le ofreció la victoria. Los padres conscriptos no le hicieron caso, pero las matronas romanas la enviaron al campamento, donde el general en jefe Mario la conservó á su lado, consultándola hasta el fin de la guerra. — Análogamente, Sila vió en sueños á la deidad de Capadocia y por consejo suyo se puso en marcha camino de Italia.

Los escépticos. — Sin embargo, á Roma no iban únicamente sacerdotes y adivinos, sino también filósofos que despreciaban la antigua religión. El más famoso de ellos, Carneades, embajador de los atenienses, daba conferencias á que asistía en masa la juventud de Roma. El senado le ordenó marcharse de la ciudad; pero los filósofos siguieron enseñando en las escuelas de Rodas y de Atenas; entonces se hizo moda mandar á ellas los jóvenes romanos para terminar su educación. En el siglo III antes de J. C., hubo un griego, Evemero, que se atrevió á escribir un libro probando que no hay dioses; éstos no eran á su juicio sino hombres de otras épocas, divinizados después. Así Jupiter había sido un rey de Creta. Este libro alcanzó gran éxito y el poeta Ennio lo trodujo al latín. De este modo se acostumbraron los nobles de Roma á burlarse y reirse de sus dioses, conservando únicamente los ritos y ceremonias de la antigua religión (1). La alta sociedad romana fué, durante más de un siglo, incrédula y supersticiosa al mismo tiempo.

(1) Cicerón decía: « Hay que conservar los auspicios para no ir contra la opinión del pueblo. »

TRANSFORMACIÓN DE LAS COSTUMBRES.

Las antiguas costumbres. — Los romanos fueron durante mucho tiempo campesinos laboriosos y de costumbres rudas, ocupados en cultivar sus campos, combatir y cumplir los preceptos de su religión. Su ideal era el hombre *grave*. — Según contaban, Cincinato estaba arando cuando se presentó la diputación que enviaba el senado á ofrecerle la dictadura. — Fabricio no tenía más vajilla que un vaso y un salero de plata. — Curio Dentato, el vencedor de los samnitas, estaba sentado en un banco comiendo legumbres en una escudilla de palo cuando recibió á unos parlamentarios enemigos que iban á ofrecerle dinero. — « Digan á sus compatriotas, les contestó, que Curio prefiere mandar á los que poseen oro más bien que tenerlo él. » — Aun suponiendo que esas cuantas anécdotas relativas á los generales de la primera época fuesen simples leyendas, prueban la idea que los romanos de tiempos posteriores tenían de las costumbres antiguas.

Catón el Antiguo. — En la época de la transformación de las costumbres se hizo célebre un hombre, por su apego á « las prácticas de los antepasados. » Este hombre fué Catón, natural de Túsculo, donde nació el año de 232. Pasó sus primeros años labrando la tierra; entró en el ejército á los diez y siete años según la regla é hizo todas las campañas contra Annibal. No era noble pero se hizo popular por su vigor, su rectitud y su austeridad. El pueblo lo eligió sucesivamente cuestor, edil, pretor, cónsul y censor, haciéndole recorrer la carrera entera de los honores, y en todos esos puestos se mostró severo, duro y honrado como los antiguos romanos. — Siendo cuestor, reprochó á su cónsul los gastos exce-

sivos que hacía; el cónsul, que era Escipión, le contestó: « no necesito un cuestor tan exacto. » — Cuando gobernó como pretor á Cerdeña, se negó á admitir el dinero que la provincia le ofrecía para gastos de representación. — Durante su consulado, defendió enérgicamente la ley Opia que prohibía á las matronas romanas el uso de atavíos costosos; pero las damas ganaron la partida y la ley fué derogada. — Habiendo ido á mandar el ejército de España, Catón tomó 400 ciudades y recaudó grandes sumas para el tesoro público. Al embarcarse para Italia vendió su caballo, con el fin de ahorrarse el flete. — Siendo censor borró de la lista del senado á varios grandes personajes por causa de su lujo, arrendó á subido precio los impuestos y apreció en diez veces más de lo que valían los adornos femeninos, las alhajas y los coches. Después de haber alcanzado los honores del triunfo, fué á batallar en el ejército de Macedonia como simple oficial.

Fué durante su vida entera enemigo implacable de los nobles pródigos y elegantes de la nueva escuela, « ladrando » sobre todo contra los Escipiones, á quienes acusaba de haber sustraído fondos públicos. Por su parte, lo acusaron cuarenta y cuatro veces, pero siempre lo absolvieron. Labraba la tierra en compañía de sus esclavos, comía con ellos y los azotaba por su propia mano cuando cometían alguna falta. Escribió un *Tratado de agricultura* destinado á su hijo, en que consignó los procedimientos de los antiguos campesinos romanos. Consideraba como un deber enriquecerse. « Una viuda, decía, puede desminuir su fortuna; pero un hombre debe aumentarla. Es digno de fama y bien mirado por los dioses, todo aquel cuyo libro de cuentas prueba que ha ganado más de lo que ha heredado. » Como la agricultura no le producía bastante, prestaba su dinero para

equipar buques de comercio. Reunía cincuenta asociados y fletaba otros tantos barcos, repartiéndose en común los beneficios y soportando recíprocamente los riesgos. Catón fué buen labrador, buen soldado, enemigo del lujo y amigo del lucro, en dos palabras, el tipo del antiguo romano.

Las nuevas costumbres. — Por el contrario, muchos romanos, sobre todo nobles, admiraban é imitaban á los extranjeros. Entre ellos figuraban los generales que habían visitado Grecia y Oriente, Escipión, vencedor del rey de Siria, Flaminio y Paulo Emilio, vencedores de los reyes de Macedonia, y más adelante Lúculo, vencedor del rey de Armenia. Todos ellos miraban con repugnancia la vida penosa y poco delicada de sus mayores, y vivían con más comodidad y lujo. Poco á poco fueron sus iguales imitándolos y siglo y medio más tarde no hubo ya en Italia sino grandes señores que vivían á la oriental y la griega.

El lujo oriental. — Los romanos tenían como modelos en Oriente los reyes herederos de Alejandro, dueños de inmensos tesoros, pues todos los tributos que no se gastaban en pagar sus soldados mercenarios, entraban en sus cajas particulares. Esos reyes orientales ponían su orgullo en ostentar telas deslumbradoras, piedras preciosas, muebles de plata, vajilla de oro, en rodearse de servidores inútiles y en arrojar dinero al pueblo reunido para admirarlos (1). Les gustaban las cosas raras y de subido precio más bien que las bellas y cómodas.

La naturaleza vanidosa y poco artística de los roma-

(1) Esa afición de los orientales á la magnificencia inútil se observa en los cuentos de las *Mil y una noches*.

nos era á propósito para imitar esos ejemplos. También ellos se preocuparon muy poco de la belleza y de la comodidad, no buscando más que el fausto. Se hicieron construir casas con inmensos jardines llenos de estatuas, quintas suntuosas que penetraban en el mar y en medio de grandes arboledas. Además, se rodearon de bandas de esclavos. Tanto ellos como sus mujeres abandonaron sus trajes de lana para vestir otros de gasa, de seda y de oro. En sus banquetes hacían ostentación de tapices bordados, de mantas de púrpura y de la riqueza de su vajilla de oro y plata. (Sila tenía cientocincuenta bandejas de plata; las de Marco Druso pesaban 10.000 libras). Y mientras las gentes del pueblo seguían comiendo como los antiguos pueblos itálicos, los ricos adoptaron la costumbre oriental de comer recostados en lechos. Al mismo tiempo se generalizó la costosa y delicada cocina del Oriente, los peces de otros climas, los sesos de pavo real, las lenguas de aves.



Una comida, según una pintura de Pompeya.

La prodigalidad había llegado á tal punto en el siglo II, que un cónsul muerto en 152 podía decir en su testamento: « Como las verdaderas honras no consisten en un fausto inútil, sino en el recuerdo de los méritos del difunto y de sus abuelos, mando que mis hijos no gasten en mis funerales más de un millón de ases (285.000 francos).

La humanidad griega. — Los romanos vieron en Grecia los monumentos, las estatuas, los cuadros que iban aglomerándose en las ciudades desde hacía ya siglos, y conocieron las letras y la filosofía. Algunos se aficionaron á las bellezas de la vida intelectual. Así, los Escipiones se rodearon de griegos instruídos y Paulo Emilio no reclamó, de todo el botín reunido por su ejército en Macedonia, más que la biblioteca del rey Perseo, y encargó de la educación de sus hijos á preceptores helénicos. Entonces se puso de moda en Roma hablar y escribir la lengua griega. Los nobles quisieron dárselas de inteligentes en pintura y escultura, y compraron miles de estatuas, los famosos « bronces de Corinto, » adornando con ellos sus casas. Verres poseía un verdadero museo, fruto de sus depredaciones en Sicilia. Los romanos adquirieron poco á poco un barniz de arte y literatura griegas. Esta cultura se llamó *humanidad*, en oposición á la *rusticidad* de los antiguos campesinos romanos (1); pero fué puramente superficial. Los romanos no comprendían que se buscasen la belleza ó la verdad por sí mismas; el arte y la ciencia les parecieron siempre objetos de lujo ó de simple ornato. Aun en la época de Cicerón no se consideraba como gentes que tuvieran en realidad una ocupación más que al soldado, al cultivador, al político, al negociante ó abogado. Escribir, componer, estudiar las ciencias, la filosofía ó la crítica se llamaba *estar desocupado*. Los artistas y los sabios no gozaron nunca en Roma la consideración que un comerciante rico. Luciano, escritor griego, decía: « Aun cuando fueses un Fidias é hicieras

(1) Así es que Catón el Antiguo odiaba á los griegos: « Te diré, escribía á su hijo, lo que he visto en Atenas. Esta raza es la más perversa é intratable que existe. Óyeme como á un oráculo: cada vez que esta nación nos lleve sus artes, corromperá todo. »

mil obras maestras, nadie deseará parecerse á ti, pues *pasarás por artesano*, un hombre que vive de su trabajo manual. »

Lúculo. — El tipo del nuevo romano, Lúculo, nació el año 145 en el seno de una familia noble y muy rica; así fué que entró sin trabajo en la carrera de los honores. Desde sus primeras campañas se hizo famoso por su dulzura con los vencidos. Cuando lo eligieron cónsul, fué encargado de dirigir la guerra contra Mitrídates. Entonces halló á las habitantes de Asia exasperados por las depredaciones y crueldades de los publicanos, por lo cual procuró poner término á estos excesos; además, prohibió á sus soldados el saqueo de las ciudades que se rendían, captándose la inútil simpatía de los asiáticos y el odio temible de los publicanos y de los soldados. Así fué que comenzaron en Roma las intrigas para quitarle el mando. Y en efecto, á pesar de que Lúculo había vencido á Mitrídates y lo perseguía en el territorio del rey de Armenia, su aliado, y de que había logrado derrotar con sólo 20.000 hombres una inmensa muchedumbre de bárbaros, lo desposeyeron de la dirección de la lucha y se la confiaron á Pompeyo, favorito de los publicanos.

Lúculo se retiró entonces á disfrutar de las riquezas adquiridas en Asia. Tenía en los alrededores de Roma jardines célebres, en Nápoles una quinta que penetraba mar adentro y en Túsculo una residencia veraniega con un museo artístico. En este punto pasaba los meses de calor, en compañía de sus amigos, sabios y literatos, leyendo autores griegos y discurriendo sobre la literatura y la filosofía. Su lujo era célebre. Estando un día solo en la mesa le pareció que el servicio era más sencillo que de costumbre y preguntó el motivo. Su

cocinero se disculpó diciendo que no había convidados: « ¿No sabías, le contestó su amo, que Lúculo comía hoy en casa de Lúculo? » — En otra ocasión invitó á comer á Cicerón y á César, quienes aceptaron con tal de que no hiciera nada extraordinario. Lúculo se limitó á decir á un esclavo que comerían en la sala de Apolo. La comida fué tan suntuosa que los convidados lo extrañaron. Lúculo contesta que ha hecho lo que ellos deseaban; pero que el coste de sus banquetes depende del comedor en que se servían. Los del salón de Apolo no debían bajar de 10.000 pesos de nuestra moneda. — Un pretor que organizaba una gran ceremonia pidió á Lúculo cien trajes de púrpura. Éste contesta que mande á buscar el doble.

Lúculo quedó siendo en Roma el representante de las nuevas costumbres, así como Catón lo era de las antiguas. Para los antiguos el virtuoso es Catón, mientras que Lúculo pasa por el hombre de la decadencia. Lo cierto es que no imitaba á sus antepasados y que por esto tuvo mayor elevación, mayor delicadeza y amplitud de espíritu y se mostró más humano con los esclavos y los vencidos.

La nueva educación. — En la época en que Polibio vivía en Roma (antes de 150), los antiguos romanos no enseñaban á sus hijos sino la lectura todo lo más. Pero los nuevos romanos tomaron preceptores griegos para educar á los suyos; los helenos abrieron en Roma escuelas de poesía, de retórica y de música. Las grandes familias se dividieron entre las antiguas y las nuevas tendencias; sin embargo, todos conservaron cierta repugnancia contra la música y el baile, que consideraban como artes de histriones, impropios de un hombre bien nacido. Escipión Emiliano, el protector de los griegos, habla con indignación de una escuela de baile á donde

iban jóvenes de las clases superiores : « Cuando me lo dijeron, me pareció imposible que hubiese nobles capaces de permitir que sus hijos aprendan semejantes cosas. Pero al presentarme en la escuela, encontré más de 500 niños y niñas, y entre los primeros uno patricio de doce años, un hijo de candidato que bailaba al son de los crótalos. » Salustio dice, hablando de una romana poco estimada : « Tocaba la lira y bailaba mejor de lo que puede hacerlo una mujer honrada. »

Nueva condición de la mujer. — Las señoras romanas adoptaron pronto las religiones y lujo de Oriente, presentándose en gran número á celebrar las Bacanales y los misterios de Isis. Hubo que dictar leyes (1) para prohibir los trajes demasiado ricos, los coches y las alhajas ; pero al fin fué necesario derogarlas y dejar que las mujeres siguiesen el ejemplo del sexo masculino. Las matronas dejaron de trabajar y de permanecer en sus casas, y salieron en lujosos trenes, yendo al teatro, al circo, á los baños y demás sitios públicos. Como no tenían nada que hacer y eran muy ignorantes, no tardaron en corromperse. Las mujeres nobles honradas eran escasísimas. La antigua disciplina doméstica acabó. — Para evitar el peligro resultante de la ley romana, que hacía del marido el dueño de su mujer, se inventó otra especie de matrimonio, que dejaba á la esposa bajo la potestad de su padre y no daba al marido ninguna autoridad. Á fin de que las jóvenes fuesen más independientes, sus padres las dotaban.

El divorcio. — En la época precedente podía el marido *repudiar* á su mujer, y este derecho, exclusivamente

(1) Leyes *suntuarias*, es decir, que limitan el gasto.

masculino, no era usado sino en casos graves. Más tarde la mujer tuvo á su vez el de *abandonar* á su marido. En consecuencia, era muy fácil deshacer un matrimonio ; para ello no se necesitaba juicio ni motivo, bastando con que el esposo descontento, mujer ó marido, dijera al otro : « Toma lo tuyo y dame lo mío. » Después de esto, ambos podían volver á casarse inmediatamente.

De este modo se llegó en la alta sociedad á considerar el matrimonio como una unión pasajera. Sila tuvo cinco mujeres, César cuatro, Pompeyo cinco, Antonio cuatro. La hija de Cicerón tuvo tres maridos. Hortensio se divorció para dar su mujer á un amigo. « Hay damas nobles, escribe Séneca, que cuentan los años, no por el número de cónsules, sino por el de sus maridos ; se divorcian para casarse, y se casan para divorciar. » Sin embargo, esta corrupción se limitó á los nobles de Roma y á los advenedizos ricos. Las familias de Italia y de las provincias conservaron todavía durante siglos las severas costumbres de la antigua edad. Lo único en que hubo cambio fué en la condición de la mujer. La disciplina de la familia se suavizó poco á poco y la mujer fué quedando libre del despotismo de su marido.

XXI. — LA ESCLAVITUD.

WALLON, *Historia de la esclavitud.* — ALLARD, *Los esclavos cristianos.* — FRIEDLANDER, *Las costumbres en Roma durante el Imperio.*

La venta de los esclavos. — Según el primitivo derecho, que los romanos aplicaban rigurosamente, los prisioneros de guerra y los habitantes de una ciudad tomada pertenecen al vencedor, que puede matarlos ó convertirlos en siervos. Los cautivos eran tratados como parte del botín ; se les vendía á *mercaderes de esclavos*

que iban en pos de los ejércitos ó bien los sacaban á remate en Roma (1). El número de ellos subía á muchos miles después de cada guerra. Los niños nacidos de madres esclavas eran esclavos á su vez. De modo que los siervos romanos se reclutaban en los pueblos vencidos.

Condición del esclavo. — El esclavo pertenece á su dueño, y es considerado, no como una persona, sino como un objeto de propiedad. No tiene en consecuencia *derecho ninguno*, no puede ser ciudadano ni propietario, marido ni padre. « ¡Bodas de esclavos! exclama el personaje de una comedia romana (2), ¡un esclavo que se casa! eso es contrario á la costumbre de todos los pueblos. » El dueño en cambio *puede cuanto quiere* con su esclavo; lo manda á donde le parece, lo hace trabajar á su antojo, aun más de lo que permiten sus fuerzas, lo alimenta mal, lo castiga, le da tormento y hasta la muerte, sin que nadie le pida cuenta de sus actos. El esclavo debe someterse á todos los caprichos de su dueño, y los romanos llegan hasta negarle la conciencia, diciendo que su único deber es someterse ciegamente. Si resiste, si huye, el Estado ayuda al dueño para obligarlo á obedecer ó capturarlo; y el hombre que da asilo á un esclavo fugitivo es considerado tan culpable como si hubiera robado á otro un buey ó un caballo.

Número de los esclavos. — Éstos eran mucho más numerosos que los hombres libres. Los ciudadanos ricos poseían 10 y 20 mil; algunos tenían bastantes para levantar un ejército. Cecilio Isidorio, antiguo esclavo, poseía más de 4.000. Horacio, que era dueño de siete, habla de su modesta fortuna. En Roma es signo de pobreza no tener más que tres esclavos.

(1) En todas las ciudades importantes existía un mercado de esclavos, como otros para los bueyes y vacas ó los caballos. El esclavo de venta era colocado en un tabladillo, con un rótulo que le colgaba del cuello y que indicaba su edad, cualidades y defectos.

(2) En la *Casina* de Plauto.

Los esclavos urbanos. — Los señores romanos gustaban, como en nuestros días los orientales, tener en torno suyo una nube de servidores. Así era que en una morada patricia vivían cientos de esclavos divididos en secciones. Unos cuidaban de los muebles, de la vajilla, de los objetos artísticos, — otros de la ropa, — otros eran lacayos y camareros, — cocineros, — bañeros, — mozos de comedor y ayudantes, — esclavos de la escolta que acompañaban en la calle al señor ó á la señora, — conductores de literas, cocheros y palafreneros, — secretarios, rectores, copistas, médicos, preceptores, — actores, músicos, artesanos de todas clases, pues en esas casas molían, hilaban, tejían, etc. Algunos vivían encerrados en sus talleres fabricando objetos que el dueño vendía en provecho propio. Los había también que eran alquilados como mamposteros ó marinos. Craso tenía 500 esclavos arquitectos. Hé aquí lo que llamaban *esclavos urbanos*.

Los esclavos rurales. — Todo dominio territorial importante es cultivado por una banda de esclavos, labradores, pastores, viñateros, jardineros, pescadores, divididos en grupos de 10 hombres. El que cuida de ellos es igualmente esclavo. El propietario hace estribar su orgullo en que sus haciendas le den cuanto necesita. Para elogiar á un rico se dice de él que « no compra nada y que cuanto consume nace en lo suyo ». Así es que los hombres pudientes poseen muchos *esclavos rura-*

les (1). Un dominio romano se parece mucho á una aldea, así es que lo llaman *villa*, nombre que se ha conservado en las lenguas modernas y principalmente en la castellana. Lo que recibió ese nombre en la edad media fué precisamente la antigua hacienda romana, aumentada y engrandecida.

Tratamiento de los esclavos. — La manera de tratar á los esclavos dependía enteramente del carácter de su dueño. Es posible citar amos ilustrados y humanos, como Cicerón, Séneca y Plinio, que los alimentaban bien, les hablaban, los hacían comer con ellos en ocasiones, y les dejaban una familia y un pequeño peculio. Pero también había otros que los trataban como á animales, castigándolos cruelmente y hasta matándolos por puro capricho. Pueden citarse muchos ejemplos de esto. Vedio Polión, liberto de Augusto, criaba morenas en un vivero; cuando algún esclavo rompía un objeto por descuido lo mandaba echar vivo al agua para que sirviese de cebo á sus morenas. — El filósofo Séneca describe en los siguientes términos la maldad de los amos : « si un esclavo tose ó estornuda durante la comida, si espanta las moscas con negligencia, si deja caer con ruido una llave, al momento montamos en espantosa ira. Si contesta alto, si su rostro expresa mal humor, lo azotamos y ¿ acaso hay razón para ello ? Á menudo les pegamos de tal manera, que les rompemos un diente ó un miembro. » Al filósofo Epicteto, que era esclavo, le rompió su amo una pierna. — Las mujeres no eran mejores. Ovidio elogió á una dama diciendo de ella que : — « Muchas veces la han peinado delante de mí y jamás le he visto clavar su aguja en el brazo de la esclava. »

(1) Eran en general los peores, los que no gustaban al dueño. Los esclavos consideraban como un castigo que los enviasen al campo.

La opinión pública no condenaba esas crueldades. Juvenal representa á una matrona ardiendo en ira contra uno de sus esclavos : « crucifícalo, dice. — ¿Qué crimen ha cometido para merecer este suplicio ? — ¡ Insensato ! ¿Acaso es hombre un esclavo? Admito que no ha hecho nada ; pero lo quiero y lo mando así, y mi voluntad hace veces de razón. » La ley era tan dura como las costumbres. En el siglo I después de J. C. era todavía costumbre matar á todos los esclavos del señor que había sido asesinado dentro de su casa. Cuando algunos pidieron la abolición de esta costumbre, se levantó Tráseas, un filósofo muy estimado, para pedir al Senado que negara su asentimiento á lo que solicitaban.

La ergástula. — Era una prisión subterránea alumbrada por ventanas estrechas y bastante altas para que no se pudiera alcanzarlas con la mano. Los esclavos que han disgustado á su dueño pasan allí la noche ; y de día van á trabajar cargados con pesadas cadenas de hierro. Hay muchos que tienen en el rostro marcas hechas con hierro candente.

El molino. — Los antiguos no poseían molinos mecánicos, sino que hacían moler el grano á brazos por sus esclavos. Este oficio era el más duro de todos, y ordinariamente se le imponía como un castigo. El molino de la antigüedad era una especie de presidio : « Allí mueren, dice Plauto, los esclavos perversos que se alimentan de polenta, allí se oye el ruido de los látigos y el rechinar de las cadenas. » Tres siglos más tarde, en el segundo de nuestra era, pintaba en estos términos Apuleyo el interior de un molino : « ¡Oh dioses ! ¡ qué pobres hom-

(1) Poliadas de harina de maíz.

brecillos! Su piel es lívida y está salpicada de latigazos... no tienen más que pedazos de túnica; se les marca en la frente, les afeitan la cabeza, les sujetan los pies con un anillo y les deforman el cuerpo con el fuego. Sus párpados están medio devorados por el humo y ellos todos cubiertos de polvo y de harina. »

Carácter de los esclavos. — Como estaban sometidos



Interior de una panadería en Pompeya.

á trabajo mortífero ó á forzosa ociosidad, y amenazados siempre de ser azotados ó expuestos al suplicio, los esclavos se volvían, conforme á su carácter, sombríos y feroces, ó humildes y cobardes. Los más enérgicos se suicidaban; los restantes llevaban vida maquinal. Catón el Antiguo decía: « El esclavo debe estar siempre trabajando ó durmiendo. » La mayor parte perdían todo sentimiento del honor. Así es que una acción baja é indigna era calificada de *servil* esto es, propia de esclavo.

Las rebeliones. — Como los esclavos no escribían, no podemos saber por ellos qué pensaban de sus dueños; pero éstos sentían que los cercaba muralla de odio. Al saber Plinio el Joven que un propietario había sido asesinado por sus esclavos en el baño, exclamó: « ese es el peligro que nos amenaza á todos. » Otro escritor dice: « Más romanos han perecido víctimas del odio de sus esclavos que del de los tiranos. »

Hubo varias rebeliones de esclavos, que llamaban guerras serviles, casi siempre en Sicilia y en Italia del sur, donde estaban armados para guardar los rebaños. La más célebre de ellas fué dirigida por Espartaco. Una banda de 70 gladiadores (1) que se escapó de Capua, encontró un carro cargado de armas, se apoderó de ellas y abrió la campaña. Pronto se convirtieron en un ejército, pues los demás cautivos acudían en bandas á unírseles, y así pudieron destruir tres expediciones de soldados que fueron á someterlos. Su jefe Espartaco, quería atravesar Italia para dirigirse á Tracia, donde naciera, y desde donde lo llevaron como prisionero de guerra para que sirviese en los combates de gladiadores. No lo logró sin embargo, pues sus bandas, mal armadas y sin disciplina, fueron vencidas por el ejército de Craso. Todos los esclavos murieron peleando, y en adelante prohibió Roma que los siervos usaran armas. Cuéntase que un pastor fué ejecutado por haber dado muerte á un jabalí con una estaca.

Entrada en la ciudad. — Roma trataba con dureza á sus súbditos y sus esclavos; pero no los rechazaba, según hacían las ciudades griegas.

El extranjero podía llegar á ser ciudadano romano;

(1) Véase el capítulo titulado Alto Imperio.

esta gracia se concedía con frecuencia, en ocasiones á todo un pueblo. Así, después de dar derecho de ciudadanía á todos los latinos, se hizo lo mismo con los italianos el año 89, y con los habitantes de la Galia cisalpina en 46. Los habitantes de Italia entera fueron en adelante iguales á los romanos.

Los dueños de un esclavo podían *emanciparlo*. El *liberto* se convertía por este solo hecho en ciudadano.

Así fué cómo el pueblo romano pudo irse renovando, á medida que se extinguía, reclutando nuevos miembros entre sus súbditos y sus esclavos. En cada censo aumentaba el número de ciudadanos; de 250.000 pasó á 700.000. Lejos de ir quedando desierta como Esparta, la ciudad romana se engrandecía poco á poco con todos los vencidos.

XXII. — CAÍDA DE LA REPÚBLICA.

MOMMSEN, *Historia romana*. — MICHELET, *Historia romana*. — DURUY, *Historia de los romanos*. — BOISSIER, *Cicerón y sus amigos*. — TAINE, *Ensayos de crítica y de historia*.

DECADENCIA DE LAS INSTITUCIONES REPUBLICANAS.

Destrucción del pueblo de las campiñas. — El primitivo queblo romano se componía de pequeños propietarios que cultivaban sus propias tierras. Estos campesinos, honrados y robustos, formaban al mismo tiempo el ejército y la asamblea romanos. En 221, durante la segunda guerra púnica, eran numerosos todavía; en 133 no quedaba ya ninguno de ellos. Muchos habían perecido sin duda en las guerras lejanas, pero la causa principal de su extinción fué la dificultad

de subsistir. — Como vivían del producto de su trigo, quedaron arruinados cuando Roma recibió los cereales de Sicilia y de África; entonces disminuyó tanto el precio de dicho artículo que los labradores italianos no pudieron cubrir con el importe de sus cosechas los gastos de su casa y del servicio militar. Tuvieron que vender, y los ricos compraban, haciendo con muchas propiedades pequeñas una hacienda inmensa que consagraban á pastos; el cultivo y el cuidado de los ganados corrían á cargo de esclavos. En adelante no hubo en Italia más que un número reducido de grandes propietarios y bandas de esclavos. Por esto decía Plinio el Mayor : *Latifundia perdidere Italiam.*

En efecto los grandes dominios (*latifundia*) fueron causa de que quedasen las campiñas sin cultivadores libres. El antiguo propietario que vendió su tierra, no puede seguir en ella ni siquiera como arrendador; tiene que dejar el puesto á los esclavos y él se marcha vagabundo y sin quehacer. Varron dice en su *Tratado de Agricultura* : « La mayor parte de los jefes de familia han penetrado en nuestros muros dejando la hoz y el arado; sin duda prefieren aplaudir en el circo, más bien que trabajar en sus campos y viñedos. » Un tribuno de la plebe, Tiberio Graco, exclamaba en un movimiento de indignación : « Por lo menos los animales silvestres de Italia tienen sus guaridas, y los hombres que vierten por ella su sangre, no poseen más que la luz y el aire que respiran, y se les ve vagando sin casa ni hogar, con sus mujeres y sus hijos. Los generales que los exhortan á combatir por sus tumbas y sus templos mienten. ¿Hay acaso alguno que posea aún el altar sagrado de su familia y la tumba de sus mayores? Los llaman señores del mundo y no son dueños ni de una mota de tierra. »

esta gracia se concedía con frecuencia, en ocasiones á todo un pueblo. Así, después de dar derecho de ciudadanía á todos los latinos, se hizo lo mismo con los italianos el año 89, y con los habitantes de la Galia cisalpina en 46. Los habitantes de Italia entera fueron en adelante iguales á los romanos.

Los dueños de un esclavo podían *emanciparlo*. El *liberto* se convertía por este solo hecho en ciudadano.

Así fué cómo el pueblo romano pudo irse renovando, á medida que se extinguía, reclutando nuevos miembros entre sus súbditos y sus esclavos. En cada censo aumentaba el número de ciudadanos; de 250.000 pasó á 700.000. Lejos de ir quedando desierta como Esparta, la ciudad romana se engrandecía poco á poco con todos los vencidos.

XXII. — CAÍDA DE LA REPÚBLICA.

MOMMSEN, *Historia romana*. — MICHELET, *Historia romana*. — DURUY, *Historia de los romanos*. — BOISSIER, *Cicerón y sus amigos*. — TAINE, *Ensayos de crítica y de historia*.

DECADENCIA DE LAS INSTITUCIONES REPUBLICANAS.

Destrucción del pueblo de las campiñas. — El primitivo queblo romano se componía de pequeños propietarios que cultivaban sus propias tierras. Estos campesinos, honrados y robustos, formaban al mismo tiempo el ejército y la asamblea romanos. En 221, durante la segunda guerra púnica, eran numerosos todavía; en 133 no quedaba ya ninguno de ellos. Muchos habían perecido sin duda en las guerras lejanas, pero la causa principal de su extinción fué la dificultad

de subsistir. — Como vivían del producto de su trigo, quedaron arruinados cuando Roma recibió los cereales de Sicilia y de África; entonces disminuyó tanto el precio de dicho artículo que los labradores italianos no pudieron cubrir con el importe de sus cosechas los gastos de su casa y del servicio militar. Tuvieron que vender, y los ricos compraban, haciendo con muchas propiedades pequeñas una hacienda inmensa que consagraban á pastos; el cultivo y el cuidado de los ganados corrían á cargo de esclavos. En adelante no hubo en Italia más que un número reducido de grandes propietarios y bandas de esclavos. Por esto decía Plinio el Mayor : *Latifundia perdidere Italiam*.

En efecto los grandes dominios (*latifundia*) fueron causa de que quedasen las campiñas sin cultivadores libres. El antiguo propietario que vendió su tierra, no puede seguir en ella ni siquiera como arrendador; tiene que dejar el puesto á los esclavos y él se marcha vagabundo y sin quehacer. Varron dice en su *Tratado de Agricultura* : « La mayor parte de los jefes de familia han penetrado en nuestros muros dejando la hoz y el arado; sin duda prefieren aplaudir en el circo, más bien que trabajar en sus campos y viñedos. » Un tribuno de la plebe, Tiberio Graco, exclamaba en un movimiento de indignación : « Por lo menos los animales silvestres de Italia tienen sus guaridas, y los hombres que vierten por ella su sangre, no poseen más que la luz y el aire que respiran, y se les ve vagando sin casa ni hogar, con sus mujeres y sus hijos. Los generales que los exhortan á combatir por sus tumbas y sus templos mienten. ¿Hay acaso alguno que posea aún el altar sagrado de su familia y la tumba de sus mayores? Los llaman señores del mundo y no son dueños ni de una mota de tierra. »

La plebe urbana. — Al paso que los campos quedaban desiertos, la ciudad de Roma iba llenándose con nuevas gentes; con los descendientes de los agricultores que la miseria había obligado á ir á la ciudad; y más aún, con los libertos y sus hijos. Griegos, sirios, egipcios, asiáticos, africanos, españoles, galos, de todas las partes del mundo iban á la ciudad como esclavos prisioneros de guerra y se quedaban allí cuando sus amos los emancipaban. Era un pueblo nuevo que no tenía de romano más que el nombre. Una vez que Escipión Emiliano, el destructor de Cartago y de Numancia, fué interrumpido en un discurso por los gritos de la multitud, exclamó : « ¡Silencio, falsos hijos de Italia! ¡Los que he traído á Roma encadenados no me intimidarán jamás, aun cuando ahora estén sueltos. » El populacho se calló; pero los « falsos hijos de Italia, » los descendientes de los vencidos habían ocupado ya el sitio de los antiguos romanos.

Como esta plebe no podía alimentarse, el Estado se encargó de darle qué comer. Se empezó en el año 123 por vender trigo á mitad de precio á todos los ciudadanos; esos cereales procedían de Sicilia ó de África. Á partir del año 63 se dió gratis el trigo y además el aceite. Había registros y una administración especial para las distribuciones, sin servicio especial de suministros, la *annona*. El año 46 encontró César 320.000 nombres de ciudadanos inscritos en esas listas.

La corrupción electoral. — Esta población ociosa y miserable llenaba la plaza pública los días de elección, dictando leyes y eligiendo magistrados. Los candidatos procuraban granjearse sus favores, dando espectáculos, comidas públicas y haciendo distribuciones de víveres. Hasta compraban los sufragios, en grande y sin ningún

recato; el dinero se entregaba á algunos individuos que lo distribuían entre los electores. Una vez quiso el senado prohibir semejante comercio; pero cuando el cónsul Pisón se presentó á proponer una ley que prohibía la venta de los sufragios, los distribuidores provocaron un motín y arrojaron al cónsul de la plaza pública. En la época de Cicerón era imposible obtener un nombramiento de magistrado sin gastar muchísimo.

Corrupción del senado. — La miseria corrompía la plebe que formaba las asambleas, y el lujo ejercía su acción deletérea sobre los hombres de ilustre familia que componían el senado. Los nobles consideraban el Estado como su propiedad, se repartían los empleos, é intrigaban para alejar de ellos á los restantes ciudadanos. Cuando Cicerón fué elegido magistrado, hacía ya treinta años que ningún hombre nuevo entraba en la carrera de los honores. — Esta costumbre de ejercer el poder hacía que algunos se creyeran superiores á las leyes. Cuando Escipión el Africano fué acusado de concusiones, no se dignó ni siquiera contestar. Lo único que dijo en la tribuna fué : « Romanos, en un día como éste vencí á Aníbal y á los cartagineses; seguidme al Capitolio para dar gracias á los dioses y rogarles que os den siempre jefes que se me parezcan. » — La mayor parte de los nobles necesitaban mucho dinero para sostener su lujo. Algunos usaban de su influencia para procurárselo; otros, iban como gobernadores á las provincias, las devastaban; hasta los hubo que recibían subsidios de reyes extranjeros ó enemigos por concederles la paz y aun por dejarse vencer. Yugurta, rey de Numidia, batió así á un general romano. Cuando lo citaron ante el Senado para justificarse por un asesinato, salió del paso comprando á un tribuno de la plebe que

le prohibió que hablese. Dícese que al salir de la capital del mundo exclamó : « Oh ciudad venal, qué pronto te venderías si encontraras quien te comprase. »

Corrupción de los ejércitos. — El ejército romano se componía de pequeños propietarios que, una vez terminada la guerra, volvían á cultivar sus campos; de modo que al servir como soldados seguían siendo ciudadanos y no combatían más que por la patria. Mario empezó por admitir en las legiones á ciudadanos indigentes que se alistaban para hacer fortuna. Pronto se llenó el ejército de aventureros que iban, no á servir, sino á enriquecerse con los despojos de los vencidos.

Entonces se fué soldado, no por deber únicamente, sino también por profesión. Los soldados se alistaban por veinte años, y una vez terminado este período, volvían á hacerlo con mayor haber, adquiriendo el título de *veteranos*. Esas gentes no conocían el senado ni las leyes y obedecían sólo á su general. Éste se captaba su simpatía distribuyéndoles el botín de los vencidos. Durante la guerra contra Mitrídates, Sila alojó á sus soldados en casa de los habitantes más ricos de Asia, donde vivían á su antojo, en compañía de sus amigos, recibiendo además 16 dracmas (3 pesos) al día. — Estos primeros generales, Mario y Sila, eran sin embargo magistrados romanos; pero pronto ocurrió que simples ciudadanos ricos, como Pompeyo, y como Craso, reclutaron soldados á su costa. Al morir Sila en el año 78 había cuatro ejércitos, todos ellos formados y mandados por ciudadanos sin magistratura. Ya en adelante no se trata de las legiones de Roma; sólo quedan las de Pompeyo ó las de César.

LAS GUERRAS CIVILES.

Necesidad de una revolución. — Así pues, el pueblo romano no es ya sino una multitud indigente y ociosa, el ejército una turba de aventureros. Ni la asamblea ni las legiones obedecen al senado, pues la corrupción de los nobles los ha privado de prestigio moral. Sólo queda una fuerza real, el ejército; los únicos poderosos son los generales, y éstos no quieren obedecer. El gobierno por el senado no es posible más tiempo y va á ser sustituído por el gobierno del general.

Las guerras civiles. — La revolución era inevitable pero no se produjo de golpe, sino que tardó más de cien años en efectuarse. El senado resistía, y aunque era demasiado débil para seguir gobernando por sí, tenía fuerza bastante aún para estorbar cualquier otro poder. Los generales luchaban unos con otros para saber quién dominaría. Los romanos y sus súbditos vivieron durante un siglo en medio de revueltas y guerras civiles.

Los Gracos. — La primera discordia civil que estalló en Roma fué la lucha de los Gracos contra el Senado. Los dos hermanos Tiberio y Cayo Graco pertenecían á una de las familias más nobles de Roma; pero ambos se propusieron sucesivamente arrebatar el gobierno á los patricios del senado, y se convirtieron al efecto en jefes de la plebe. Entonces había en la capital y en Italia entera multitud de ciudadanos sin recursos que deseaban una revolución; aun entre los ricos, la mayor parte pertenecían á la clase de los caballeros, que se quejaban de no tener participación ninguna en el

gobierno. Tiberio Graco se hizo nombrar tribuno de la plebe y procuró alzarse con el poder. Al efecto propuso al pueblo una ley agraria. Las tierras del dominio público ocupadas por particulares debían ser recuperadas por el Estado, dejando á cada uno de ellos 500 arpentas; los terrenos recobrados de este modo estaban destinados á formar pequeñas parcelas para ciudadanos pobres. La ley, que fué votada, constituía un trastorno general de las fortunas, pues casi todas las tierras del imperio formaban parte del dominio público, pero estaban ocupadas desde mucho tiempo atrás y, sus posesores se consideraban dueños legítimos de ellas. Además, como en Roma no había catastro territorial era á menudo difícil saber si una hacienda era particular ó pública. Tiberio nombró para dirigir las operaciones tres comisarios (*triunviros del reparto de tierras*) que recibieron autoridad absoluta de manos del pueblo. Esos comisarios fueron Tiberio, su hermano y su suegro y se ignora si el tribuno quería realmente hacer bien á sus conciudadanos ó entrar en el poder. De todos modos, fué dueño de Roma durante un año; pero cuando quiso hacerse nombrar tribuno de la plebe otro año, sus enemigos protestaron en nombre de la costumbre. Hubo motín y Tiberio con sus amigos se apoderaron del capitolio; pero los partidarios del senado y sus esclavos armados con macanas y pedazos de banco los persiguieron y los mataron (133).

Diez años después fué elegido tribuno de la plebe (123) el más joven de los Gracos, Cayo, quien hizo votar de nuevo la ley agraria y decretó distribuciones de trigo para los ciudadanos pobres. Además propuso é hizo adoptar que en adelante salieran los jueces de la clase de los caballeros; de este modo daba golpe terrible al poder de los nobles. Logró dominar durante dos

años; pero al cabo de éstos se ausentó para conducir á Cartago una colonia de ciudadanos romanos y el pueblo lo abandonó. Al regresar no logró que lo eligieran de nuevo. También ahora hubo lucha: el cónsul mandó armar á los partidarios del senado y marchó contra Cayo y sus amigos, refugiados en el Aventino. El agitador mandó á un esclavo que le diese muerte y sus sostenedores perecieron en el combate ó en las prisiones. Sus casas fueron arrasadas y confiscados sus bienes.

Mario y Sila. — Las luchas de los Gracos y del senado no habían sido más que *motines* en las calles de Roma entre bandas mal armadas. Por el contrario, las posteriores fueron verdaderas *guerras*, con ejércitos regulares en Italia y en las provincias. Á partir de este momento, los jefes de partido fueron siempre *generales*. El primero que se sirvió de sus fuerzas militares para hacerse obedecer en Roma fué Mario, natural de Arpino, pequeña población de las montañas y de origen plebeyo. Se había distinguido como oficial, y fué elegido tribuno de la plebe y pretor con ayuda de los nobles. Después, se volvió contra ellos y fué nombrado cónsul y encargado de la guerra de Numidia, cuyo rey Yugurta acababa de vencer varios ejércitos romanos. Entonces fué cuando Mario alistó ciudadanos pobres, que tomaron como profesión el servicio militar. El nuevo general venció á Yugurta y deshizo á los cimbros y teutones que habían invadido el Imperio; luego fué á Roma, donde lo eligieron cónsul seis veces; en el período de su mando ejerció poder absoluto. En ese momento se formaron en la ciudad dos partidos, que se llamaban á sí mismos *del pueblo* (era el de Mario) y *de los nobles* (era el partido del senado).

Los amigos de Mario acabaron por hacerlo impopular á fuerza de abusos. Sila, noble de la ilustre familia

de los Cornelios, aprovechó el momento para disputarle el poder. También éste era un general, que salvó á Roma cuando los demás pueblos de Italia se alzaron contra ella para obtener el derecho de ciudad, llegando casi hasta sus mismas puertas. Nombráronlo cónsul y recibió encargo de dirigir la guerra contra Mitrídates, rey del Ponto, que acababa de invadir el Asia Menor efectuando una gran matanza de romanos (88). Celoso con esto, Mario provocó un motín en la ciudad; Sila salió de ella, fué á buscar su ejército que le esperaba en la Italia del sur y regresó inmediatamente. La religión prohibía que los soldados entraran armados en la ciudad, y el mismo cónsul tenía que quitarse su manto de guerra y ponerse la toga antes de pasar las puertas. Sila fué el primer general que se atrevió á infrigir este precepto. Mario huyó.

Pero cuando Sila fué al Asia, se presentó de nuevo Mario con un ejército de aventureros, y entró por fuerza en Roma (87). Entonces empezaron las *proscripciones*. Los principales partidarios de Sila fueron declarados fuera de la ley; había orden de matarlos donde los encontrasen y sus bienes quedaron confiscados. Mario murió poco después; pero Cinna, su principal partidario siguió gobernando y dando muerte á cuantos le molestaban. — Entretanto Sila había vencido á Mitrídates, captándose además el afecto de sus soldados pues les dejó saquear el Asia á su gusto. Volvió, pues, con el ejército á Italia (83); sus adversarios le opusieron cinco ejércitos, pero todos fueron vencidos por él ó se le pasaron. Al fin entró en Roma, mandando ejecutar á sus prisioneros y degollar á los sostenedores de Mario. Después de varios días de matanza, enpezó á proceder con método, é hizo publicar tres listas de los que estaban condenados á muerte. « He inscrito en ellas á los que he recordado; pero como he olvidado muchos, sus nombres irán saliendo á medida que se presenten á mi memoria » Todo hombre *proscrito*, esto es, incluido en la lista, estaba destinado á morir; el asesino que presentaba su cabeza recibía una recompensa. Los bienes del enemigo eran confiscados. El proscrito lo era sin juicio ni sentencia, sin que se le avisase, y sólo por quererlo así el general. Sila mandó matar de este modo no sólo á sus enemigos, sino también á hombres ricos cuya fortuna apetecía. Dícese que un ciudadano que no intervenía en política miró al pasar las listas de proscripción, y vió en cabecera su nombre: « ¡ Desdichado ! exclamó; me ha matado mi casa de Alba. » Según parece, Sila proscribió mil ochocientos caballeros. Después que suprimió á todos sus adversarios, procuró organizar un gobierno en que el poder entero perteneciese al senado. Al efecto, se hizo nombrar *dictador*, título antiguo que se había dado en otra época á generales en momentos de peligro y que confería poder absoluto. Sila lo utilizó para dictar leyes que alteraban completamente la constitución. Los jueces debían ser en adelante sacados de la clase de los senadores, ninguna ley podía ser discutida sin que el senado la aprobara antes, y los tribunos de la plebe perdían el derecho de hacer ninguna proposición.

Una vez que llevó á cabo estas reformas, Sila abondonó sus funciones, volviendo á la vida privada (79); sabía que no tenía nada que temer, pues había establecido en Italia á 100.000 de sus antiguos soldados.

Pompeyo y César. — El senado recobró el poder porque Sila quiso dárselo; pero carecía de fuerza para defenderlo si otro general deseaba arrebatárselo. Sin embargo, las cosas continuaron así durante más de

treinta años, porque había varios generales ambiciosos al mismo tiempo, de tal modo que cada uno de ellos impedía que se engrandeciese demasiado su rival.

Al morir Sila estaban frente á frente cuatro ejércitos; dos obedecían á generales partidarios del senado, Craso y Pompeyo; dos á generales opuestos, Lépido en Italia y Sertorio en España. Es de observar que ninguno de esos cuerpos era regular, que ninguno de sus jefes era magistrado y no tenía por consiguiente el derecho de mandar tropas. Hasta entonces los generales fueron siempre cónsules; ahora lo eran ciudadanos particulares y los soldados se ponían á sus órdenes, no para servir la república, sino para enriquecerse á costa de los habitantes.

Los ejércitos de los adversarios del Senado fueron destruidos; Craso y Pompeyo se pusieron entonces de acuerdo para ser los únicos señores. Al efecto hicieron que los nombrasen cónsules y el último recibió la misión de dirigir dos guerras, al cabo de las cuales volvió de Asia con un ejército que le era personalmente afecto y fué durante algunos años el dueño de Roma; sin embargo, como gustaba más de los honores que de la realidad del poder, no alteró en nada las cosas. Entretanto un joven patricio, Julio César, iba haciéndose popular. Éste, Pompeyo y Craso se repartieron el poder; Craso recibió encargo de dirigir una expedición contra los partos de Asia y murió en ella (53). Pompeyo siguió en Roma, y César pasó á la Galia, donde estuvo ocho años haciendo la conquista del país y formando un ejército.

En adelante quedaron frente á frente Pompeyo y César, y ambos pretendían ser dueños exclusivos del poder. El primero tenía la ventaja de encontrarse en Roma y de ser sostenido por el senado; el segundo en cambio poseía un ejército aguerrido en ocho años de lucha. Pompeyo propuso que el senado ordenara á César abandonar su ejército y volver á la capital. El conquistador lo hizo así efectivamente, pasando el Rubicón, límite de su provincia, pero fué á la cabeza de sus tropas. Pompeyo, que no tenía ejército ninguno con qué defenderse en Italia, huyó á la margen oriental del Adriático en compañía de la mayor parte de los senadores. Las fuerzas que el senado tenía en España, en Grecia y en África fueron vencidas sucesivamente por César; primero la de España (49), después la de Grecia en Farsalia (48), y por último la de África (46). Su rival, vencido con la segunda, huyó á Egipto, cuyo rey lo mandó asesinar.

Una vez de regreso á Roma, César se hizo nombrar dictador por diez años y ejerció el poder absoluto. El senado le tributó honores divinos y no es imposible que el general victorioso aspirase al título de rey; pero fué asesinado por sus favoritos, que deseaban restaurar el gobierno del senado (44).

Fin de la República. — El pueblo de Roma, que era afecto á César, obligó á Bruto y Casio, jefes de sus asesinos á huir. Ambos se retiraron á Oriente y formaron un gran ejército. El Occidente quedó en poder de Antonio, lugarteniente de César, quien sostenido por sus tropas, gobernó despóticamente á Roma. El dictador difunto había adoptado por testamento á un joven de diez y ocho años, hijo de su hermana Octavia, el cual tomó conforme á la costumbre romana, el nombre de su padre adoptivo, llamándose en adelante Julio César Octaviano. El senado lo encargó de someter á Antonio, y así lo hizo; pero después de vencerlo, prefirió asociarse con él y con Lépido; juntos los tres entraron en Roma, donde recibieron el poder absoluto por cinco años con el título de triunviros para organizar los asuntos públi-

cos. Empezaron por desterrar á sus adversarios y enemigos personales (Antonio se hizo presentar la cabeza de Cicerón) (43), y luego pasaron á Oriente para destruir los ejércitos de los conjurados. Después se repartieron el imperio, mas no estuvieron mucho tiempo de acuerdo y empezaron á guerrear en Italia. Con todo, sus propios soldados los obligaron á entenderse y hubo otro reparto, que dió el Oriente á Antonio y á Octavio el Occidente (39). La paz duró algunos años, que Antonio pasó en compañía de Cleopatra reina de Egipto, viviendo á la manera de los soberanos asiáticos; Octavio combatió entretanto al hijo de Pompeyo. Los dunviros acabaron por declararse la guerra, que fué una lucha entre Oriente y Occidente, terminada en la batalla naval de Actium. Antonio fué abandonado por los barcos de Cleopatra y al verse vencido se refugió en Egipto y se dió muerte. Octaviano quedó dueño único del imperio. En adelante, no volvió á gobernar el senado.

Deseos de paz. — El mundo entero sufría las consecuencias de esas luchas. Los habitantes de las provincias eran saqueados, maltratados, muertos por los soldados; cada general los obligaba á alistarse en sus filas, y el vencedor los castigaba por habérse aliado con el vencido. Los contendientes ofrecían tierras á sus veteranos para animarlos y en cumplimiento de su promesa expulsaban á lo mejor todos los habitantes de una ciudad, para dejar el sitio libre á sus soldados.

Los romanos ricos exponían su fortuna y su vida; cuando su partido era vencido, quedaban á merced del vencedor. Sila dió ejemplo de las matanzas organizadas (81). Cuarenta años más tarde (en 43) formaron Octavio y Antonio nuevas *listas de proscripción*.

Hasta el populacho padecía por efecto de las contiendas civiles, pues los trigos no llegaban regularmente á Roma, siendo interceptados unas veces por los piratas y otras por la escuadra del partido contrario al que dominaba en la ciudad.

Así fué que al cabo de un siglo de semejante régimen, romanos y provinciales, ricos y pobres, no tuvieron más deseo que el de vivir en paz.

El poder de uno solo. — Entonces fué cuando Octavio, uno de los triunviros, se presentó al pueblo después de haber vencido á sus dos colegas « haciendo suyos todos los poderes del pueblo, del senado y de los magistrados »; durante algunos años fue señor y dueño sin ningún título. Nadie se atrevía á resistirle, porque había cerrado el templo de Jano y dado la paz al mundo, y esto era lo que el mundo ansiaba. El gobierno de la república por el senado no representaba ya más que el pillaje y la guerra civil. Todos deseaban un príncipe bastante poderoso para poner término á las guerras y las revoluciones. Así fué fundado el Imperio Romano.

XXIII. — LAS LETRAS. LAS ARTES Y LAS CIENCIAS EN ROMA.

LALLIER, *Historia de la literatura latina.* — DURUY, *Historia de los romanos.* — MICHELET, *Historia romana.* — GUHL Y KOHNER, *Vida privada de los griegos y de los romanos.*

LAS LETRAS.

La imitación de los griegos. — Los romanos no tenían instintos artísticos; adquiriéronlos sí, pero más tarde é imitando á los griegos de los cuales tomaron sus modelos de tragedia, de comedia, de epopeya, de oda, de poema dididáctico, de poesía pastoral y de historia. Algunos se limitaban á traducir libremente un texto original griego, según hizo Horacio en sus *odas;* y todos

cos. Empezaron por desterrar á sus adversarios y enemigos personales (Antonio se hizo presentar la cabeza de Cicerón) (43), y luego pasaron á Oriente para destruir los ejércitos de los conjurados. Después se repartieron el imperio, mas no estuvieron mucho tiempo de acuerdo y empezaron á guerrear en Italia. Con todo, sus propios soldados los obligaron á entenderse y hubo otro reparto, que dió el Oriente á Antonio y á Octavio el Occidente (39). La paz duró algunos años, que Antonio pasó en compañía de Cleopatra reina de Egipto, viviendo á la manera de los soberanos asiáticos; Octavio combatió entretanto al hijo de Pompeyo. Los dunviros acabaron por declararse la guerra, que fué una lucha entre Oriente y Occidente, terminada en la batalla naval de Actium. Antonio fué abandonado por los barcos de Cleopatra y al verse vencido se refugió en Egipto y se dió muerte. Octaviano quedó dueño único del imperio. En adelante, no volvió á gobernar el senado.

Deseos de paz. — El mundo entero sufría las consecuencias de esas luchas. Los habitantes de las provincias eran saqueados, maltratados, muertos por los soldados; cada general los obligaba á alistarse en sus filas, y el vencedor los castigaba por haberse aliado con el vencido. Los contendientes ofrecían tierras á sus veteranos para animarlos y en cumplimiento de su promesa expulsaban á lo mejor todos los habitantes de una ciudad, para dejar el sitio libre á sus soldados.

Los romanos ricos exponían su fortuna y su vida; cuando su partido era vencido, quedaban á merced del vencedor. Sila dió ejemplo de las matanzas organizadas (81). Cuarenta años más tarde (en 43) formaron Octavio y Antonio nuevas *listas de proscripción*.

Hasta el populacho padecía por efecto de las contiendas civiles, pues los trigos no llegaban regularmente á Roma, siendo interceptados unas veces por los piratas y otras por la escuadra del partido contrario al que dominaba en la ciudad.

Así fué que al cabo de un siglo de semejante régimen, romanos y provinciales, ricos y pobres, no tuvieron más deseo que el de vivir en paz.

El poder de uno solo. — Entonces fué cuando Octavio, uno de los triunviros, se presentó al pueblo después de haber vencido á sus dos colegas « haciendo suyos todos los poderes del pueblo, del senado y de los magistrados »; durante algunos años fue señor y dueño sin ningún título. Nadie se atrevía á resistirle, porque había cerrado el templo de Jano y dado la paz al mundo, y esto era lo que el mundo ansiaba. El gobierno de la república por el senado no representaba ya más que el pillaje y la guerra civil. Todos deseaban un príncipe bastante poderoso para poner término á las guerras y las revoluciones. Así fué fundado el Imperio Romano.

XXIII. — LAS LETRAS. LAS ARTES Y LAS CIENCIAS EN ROMA.

LALLIER, *Historia de la literatura latina*. — DURUY, *Historia de los romanos*. — MICHELET, *Historia romana*. — GUHL Y KOHNER, *Vida privada de los griegos y de los romanos*.

LAS LETRAS.

La imitación de los griegos. — Los romanos no tenían instintos artísticos; adquiriéronlos sí, pero más tarde é imitando á los griegos de los cuales tomaron sus modelos de tragedia, de comedia, de epopeya, de oda, de poema dididáctico, de poesía pastoral y de historia. Algunos se limitaban á traducir libremente un texto original griego, según hizo Horacio en sus *odas*; y todos

tomaron de los helenos por lo menos las ideas y las formas. Sin embargo, en esta obra de adaptación infundieron sus cualidades de paciencia y de vigor, llegando muchos á la altura de la verdadera originalidad.

El siglo de Augusto. — Los autores consideran como el momento más brillante de la literatura latina los cincuenta años del gobierno de Augusto; esta fué la época de Virgilio, de Horacio, de Ovidio, de Tibulo, de Propercio y de Tito Livio. El emperador ó mejor dicho, su amigo Mecenas, protegió personalmente á varios poetas, sobre todo á Horacio y Virgilio, que cantaron la gloria de Augusto y de su reinado. Sin embargo, ese período fué precedido y seguido por otros dos quizás tan ilustres. En la edad anterior (1) (siglo I antes de J. C.), vivieron el más original de los poetas latinos, Lucrecio, el prosista más elegante, César, y el más elocuente de sus oradores, Cicerón. Y en la siguiente aparecieron Séneca, Lucano, Tácito, Plinio y Juvenal. En los tres siglos que median entre Lucrecio y Tácito, tuvo Roma una pléyade de grandes escritores. Y aun podría agregarse otro siglo, llegando hasta los tiempos de Plauto (siglo II antes de J. C.)

No todos esos grandes autores descendían de familias romanas. La mayor parte eran italianos y otros provinciales. Virgilio nació en Mantua, Tito Livio en Padua (en la Galia Cisalpina), Séneca en España.

Oradores y retores. — El arte verdaderamente nacional que tuvieron los romanos fué la elocuencia. Gustábales hablar en público, como á los italianos actuales. En el *Foro*, donde se celebraban las asambleas del pueblo, se alzaban los *Rostros* ó tribuna de las arengas, que recibía aquel nombre porque la adornaban como trofeos

(1) Á veces se la llama siglo de Cicerón.

unos espolones de barcos enemigos. Allí se presentaban los oradores en la última época de la República á declamar y gesticular ante tumultuosa muchedumbre. — Los tribunales, que se componían con frecuencia de un centenar de jueces, daban también motivo para oraciones elocuentes. La ley romana permitía que en lugar de los acusados hablara un abogado. — Desde el siglo II hubo en Roma oradores; los más antiguos, Catón y los Gracos, hablaban sencillamente como los primitivos de Atenas, con demasiada llaneza según Cicerón. Los siguientes, en el siglo I, estudiaron en la escuela de los retóricos griegos los períodos oratorios largos y el estilo campanudo. El mayor de todos fué Cicerón, el único de quien se conservan discursos enteros y no sólo fragmentos, y aun debe decirse que la mayor parte de sus arengas han llegado á nuestros días arregladas por el famoso orador, y no tales como las pronunció (1).

Con la caída de la República terminaron las asambleas y los grandes procesos políticos. La elocuencia pereció por falta de materia; los escritores romanos (2) lo observan así, lamentándolo. Entonces empezaron á abundar los *retores ó retóricos* (3), que enseñaban el arte de hablar bien. Algunos hacían pronunciar por sus discípulos discursos sobre temas imaginarios. El retor Séneca nos ha conservado algunos, relativos á raptos de niños, actos de bandolerismo y otras aventuras novelescas.

Después se extendió la manía de las *lecturas públicas*. Polión, favorito de Augusto, las puso en moda. Durante un

(1) La célebre oración *pro Milone* fué escrita después de pronunciada. En efecto, cuando Cicerón fué á hablar, se turbó y no dijo casi nada.
(2) Véase el *Diálogo de los oradores*, que se atribuye á Tácito.
(3) La palabra retor significa en griego orador; pero los romanos la emplearon en sentido despreciativo, para designar á gentes que hablan por oficio. En español moderno se usa más bien *retórico*; pero no hay motivo para proscribir la voz *retor*, que es la realmente apropiada.

siglo, fué costumbre leer poemas, panegíricos y hasta tragedias ante un público de amigos reunidos para aplaudir. La afición á la palabra, que produjera antaño grandes oradores, no dió en adelante sino expositores diestros.

Importancia de la literatura y de la lengua latinas. — La literatura latina se extendió con las conquistas de Roma; ésta la llevó con su lengua á sus súbditos bárbaros de occidente. Los pueblos de Italia, de la Galia, de España, de África y de las márgenes del Danubio olvidaron sus idiomas propios para aprender el latín, y como no tenían literatura nacional, adoptaron la de sus dominadores. Entonces el imperio adoptó por mitad una de las lenguas de los grandes pueblos de la antigüedad: el Oriente siguió hablando griego y el Occidente estudió el latín. Ésta no era únicamente la lengua oficial de los grandes personajes, según ocurre hoy con el inglés en la India, sino también la del pueblo, con más ó menos corrección, tanto que aun hoy, diez y ocho siglos después de las conquistas existen en Europa cinco idiomas neo-latinos, esto es, derivados del latín: el italiano, el español, el portugués, el francés y el rumano.

La literatura efectuó progresos análogos á los de la lengua. En las escuelas de Occidente, como por ejemplo, las de Burdeos y de Autún, no se estudiaba en el siglo V sino á los poetas y los oradores latinos. Después de la invasión de los bárbaros, siguieron los obispos y monjes escribiendo en latín, é introdujeron esta costumbre hasta en Inglaterra y Alemania, cuyos pueblos conservaban sus idiomas de origen germánico. En la edad media se escribían en latín las actas, las leyes, las historias y los libros de ciencias. En los conventos y en las escuelas no se leían, no se copiaban y no se estimaban sino las obras latinas; fuera de las obras piadosas, no se

conocía más que á Virgilio, ó Horacio, á Cicerón y á Plinio el Menor. El Renacimiento de los siglos XV y XVI consistió en parte en sacar á luz los escritores romanos olvidados y entonces fué moda más general que nunca conocerlos é imitarlos.

Así como los romanos tomaron á los helenos por modelos para crear una literatura, así los modernos se han inspirado en los autores latinos. Nadie se atrevería á decir si esto fué un bien ó un mal; pero el hecho es indiscutible. Nuestras lenguas romances son hijas del latín, y nuestros libros están llenos de ideas y procedimientos literarios romanos. El mundo occidental está impregnado de literatura latina.

LAS ARTES.

Escultura y pintura. — Se han descubierto multitud de estatuas y de bajo-relieves romanos de la época del Imperio. Algunos de ellos son reproducciones y casi todas imitaciones de obras griegas, pero menos delicadas y elegantes que sus modelos. Lo más original que se ha conservado son los *bajos relieves* y los *bustos*.

Los primeros adornaban los monumentos (templos, columnas, arcos de triunfo), las tumbas y los sarcófagos. Representan con escrupulosa fidelidad escenas reales, procesiones, sacrificios, combates, ceremonias fúnebres, que nos dan á conocer la vida antigua. Los bajos relieves que se arrollan en torno de las columnas de Trajano y de Marco Aurelio, nos hacen asistir á las grandes escenas de sus guerras. Allí se ve á los soldados combatir con los bárbaros, sitiar sus fortalezas, llevarse á los cautivos; se presencian los sacrificios solemnes y se contempla al emperador arengando á sus tropas.

Los bustos pertenecen casi todos á los emperadores,

á sus mujeres y á sus hijos. Como los había en todo el Imperio, se han encontrado tantos que no hay actualmente ningún museo importante que no tenga una colección de bustos imperiales. Son verdaderos retratos, probablemente muy parecidos, pues cada emperador tiene su fisonomía propia, y con frecuencia son de repugnante fealdad, que no se procuraba disimular (1). En general la escultura romana se acerca más á la realidad que la griega; como si el artista procurase, no hacer cosas bellas sino producirlas exactas.



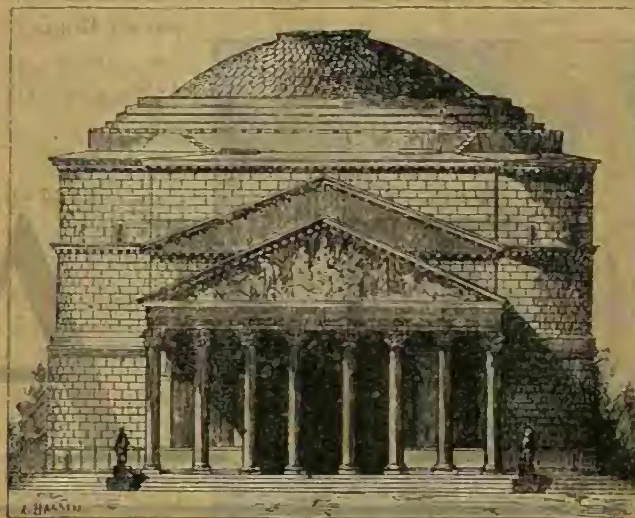
Soldados romanos sitiando una fortaleza bárbara.

De la pintura romana no se conocen más que los frescos pintados en las paredes de las casas señoriales de Pompeya y de la casa de Livia en Roma. Se ignora si son obra de artistas griegos; lo cierto es que se parecen mucho á las figuras de los vasos helénicos y tienen su mismo carácter de gracia sencilla y elegante.

Arquitectura. — El arte verdaderamente romano, porque responde á una necesidad práctica, es la arquitectura. También en este punto imitaron á los griegos

(1) Como ejemplo puede citarse la colección de emperadores romanos del Museo del Louvre.

reproduciendo la columna; pero tenían una cosa que los helenos no empleaban y era la *bóveda*, esto es, el arte de disponer en forma de semicírculo las piedras talladas, de tal modo que se sostengan unas á otras. Esto les permitió construir edificios mucho mayores y variados que los griegos. Hé aquí las principales clases de monumentos romanos.


El panteón.

1.° **El templo**, que ya se parece á los griegos con un amplio vestíbulo, ó ya es mayor y está cubierto por una cúpula. Á este último género pertenece el Panteón, construido en Roma reinando Augusto.

2.° La **Basílica**, largo edificio aplanado cubierto por un techo y rodeado de pórticos. En ella juzgan el juez y sus asesores, allí se reunen los comerciantes para discutir el precio de sus mercancías, de modo que es

al mismo tiempo bolsa y tribunal. En ellas se celebrarán andando el tiempo las asambleas de los cristianos y durante siglos las iglesias conservarán el nombre y la forma de esos edificios.

3.° El **anfiteatro** y el **circo** están formados por varios pisos de arcadas superpuestos que rodean la pista; cada piso contiene varias filas de gradas. Tales son el coliseo en Roma y los circos de Arlés y de Nimes.



Columbario romano.

4.° El **arco de triunfo** es una puerta de ceremonia bastante ancha para que pase por ella un carro, adornado con columnas y coronada por un grupo de escultura. Á este género pertenece el arco de Orange, que se ha reproducido en la plaza del Carrousel de París.

5.° La **cueva** sepulcral, edificio abovedado en que hay varias hileras de nichos; cada uno de éstos contiene las cenizas de un muerto. Su forma hace que se le llame *palomar ó columbario* (de *columbarium*).

6.° Las **termas** (baños calientes), compuestas de salas

y depósitos. El calor procede de un hornillo subterráneo. Estos edificios eran en las ciudades romanas lo que los gimnasios en las griegas: lugar de cita para las personas ociosas. Forman un verdadero dédalo, sala fría, tibia, caliente, vestuario, sala para untarse con aceite, locutorios, salas de ejercicios y jardines, todo contenido en un gran recinto. Las termas de Caracalla, situadas cerca de Roma, cubrían un espacio inmenso.

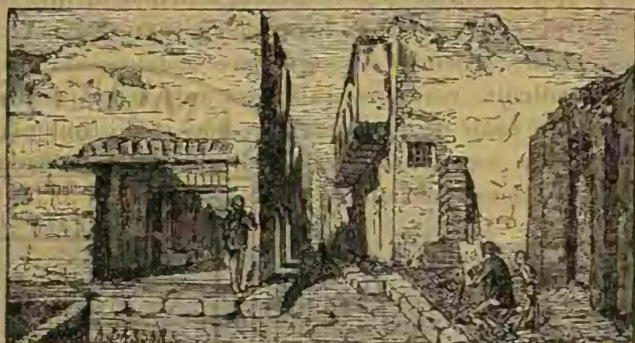


Atrio de una casa romana.

7.° El **puente** y el **acueducto**, sostenidos por una hilera de arcos echados sobre un río ó un valle: como ejemplo, citaremos el puente de Alcántara y el del Gard.

8.° La **casa** de un romano rico es una obra artística. Al revés de lo que pasa en las construcciones modernas, la morada antigua no tiene fachada, sino que se concentra en su interior; por fuera no presenta más que paredes peladas. Las habitaciones, pequeñas, oscuras y

casi sin muebles, reciben la luz por el atrio. En el centro



Calle de Pompeya (estado actual).

está la sala principal (el *atrium*) donde se encuentran las estatuas de los antepasados y en la cual se recibe á los amigos; tiene una claraboya en el techo. Detrás viene el *peristilo*, jardín rodeado de columnas, al cual dan los comedores, suntuosamente alhajados y llenos de camas, pues los romanos ricos adoptaron la costumbre que tenian los griegos de Asia de comer recostados. El piso suele ser de mosaico.



Calle de Pompeya (restitucion ideal).

Carácter de la arquitectura romana. — Los romanos (1) no construyeron siempre con mármoles como los griegos. Ordinariamente usaban las piedras que tenian á mano, uniéndolas por medio de un semento indestructible, que ha resistido durante diez y ocho siglos, hasta á la misma humedad. Sus monumentos no tienen el encanto admirable de los griegos, pero son espaciosos, robustos y sólidos, como el pueblo que los creó. Aun hoy está cubierto con sus restos el suelo del Imperio, y en



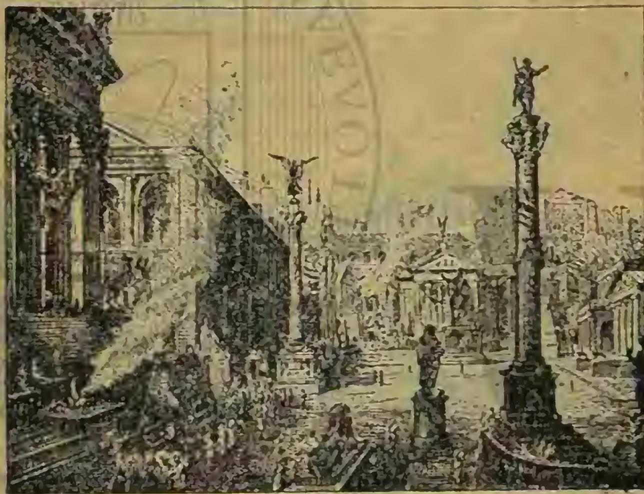
El Capitolio en tiempos del Imperio.

pleno desierto africano se descubren con asombro construcciones casi intactas. Cuando se quiso llevar agua potable á la ciudad de Túnez, no hubo más que componer un acueducto romano.

Roma y sus monumentos. — Roma era en la época de los emperadores una ciudad de dos millones de habitantes. Los barrios populosos formaban un dédalo de

(1) En las artes hay que hacer la misma reserva ya expresada al hablar de la literatura. Los artistas que edificaron esos monumentos no eran romanos, sino provinciales y á veces esclavos; lo único romano era el dueño para quien trabajaban.

callejuelas tortuosas, pendientes y mal empedradas. Juvenal que vivió en ellas, la pinta con colores poco halagüeños. En Pompeya, que era sin embargo un punto de lujo y de recreo, es posible ver cuán estrechas eran las calles de una ciudad romana. Pero en medio de esos cuchitriles se alzaban centenares de monumentos. El emperador Augusto se jactaba de haber res-



Foro de Trajano.

taurado más de 80 templos. « Encontré una ciudad de ladrillos y dejo una de mármol. » Sus sucesores trabajaron en el embellecimiento de Roma, acumulando monumentos sobre todo en el Foro. El Capitolio con su templo de Júpiter, llegó casi á parecerse á la Acrópolis de Atenas. En ese mismo barrio se hicieron varias plazas monumentales, el Foro de César, el de Augusto, el de Nerva y el *de Trajano*, que era el más hermoso de todos. En medio de la ciudad se alzaban dos quintas rodeadas

por un parque; la más famosa era la *casa dorada*, que Nerón construyó.

EL DERECHO.

Las doce tablas. — Al principio los romanos carecieron de leyes escritas, como todos los pueblos antiguos, limitándose entonces á seguir la *costumbre de los antepasados*, es decir que cada generación hacía exactamente lo mismo que la precedente. Al fin en 450, diez magistrados elegidos, los *decemviros*, redactaron leyes, que escribieron en doce tablas de piedra. Esta fué la *ley de las Doce Tablas*, redactada en sentencias breves, duras, terminantes; legislación ruda y grosera como el pueblo semi-bárbaro á que estaba destinada. — Castigaba al hechicero que logra hacer pasar á su campo, sirviéndose de palabras mágicas, la cosecha del vecino. — Hé aquí lo que decreta respecto del deudor insolvente : « Si no paga, que le citen en justicia. Si la enfermedad ó los años le impiden andar, que se le dé un caballo, pero no una litera. Que tenga treinta días de plazo. Si en ellos no paga, que el acreedor lo ate con correas ó cadenas de 15 libras de peso. Á los sesenta le venderá al otro lado del Tíber. Si los acreedores son varios, pueden cortarlo en pedazos. Si cortan más ó menos, no por esto hay fraude. — Esta ley de las Doce Tablas fué, según la expresión de Cicerón « la fuente de todo el derecho romano. » Cuatro siglos después que la redactaron se hacía que los niños de las escuelas la aprendiesen de memoria.

El procedimiento simbólico. — En ese derecho romano primitivo no basta que las personas convengan en ello para que haya compra, venta ó herencia. Tampoco se logra justicia de un tribunal romano con sólo

exponer el asunto. Además hay que pronunciar ciertas palabras y ejecutar ciertos gestos. Hé aquí por ejemplo, la manera de comprar. El comprador se presenta ante cinco ciudadanos que hacen las veces de una asamblea, y de otro que mantiene en la mano una balanza y echa en ésta un pedazo de bronce, que significa el precio de la venta. Si el objeto del contrato es un animal ó un esclavo, el comprador lo toca con la mano diciendo : « Esto me pertenece por la ley de los romanos, lo he comprado con este bronce pesado en debida forma. Ante el tribunal, todo proceso es una pantomima. Para reclamar un objeto se le coge con la mano. Para protestar contra un vecino que ha edificado una pared, se lanza una piedra contra ésta. Cuando dos hombres reclaman la propiedad de un campo, se presentan ante el tribunal, se cogen de las manos y hacen como si se batieran. Después se separan y ambos dicen : « Declaro que este campo es mío por el derecho de los romanos. Te llamo desde el tribunal del pretor hasta el lugar mismo para debatir allí nuestro derecho. » El juez les manda que vayan al sitio. « Ante los testigos presentes, hé ahí vuestro camino. Andad. » Los adversarios dan entonces algunos pasos como para irse; éste es el símbolo del viaje. Un testigo les dice : « Volved » y el viaje pasa por haber sido hecho. Ambos presentan una mota de tierra, símbolo del campo. Así empieza el pleito (1) y sólo después de esto presta el juez atención al negocio. — Los romanos eran como todos los pueblos primitivos : sólo comprendían bien lo que veían; los actos materiales les sirven para representarse el derecho que no se ve.

El formalismo. — Los romanos respetaban escrupulosamente las antiguas formas. Lo mismo en la justicia que en la religión, obedecían á la letra de la ley sin preocuparse de su sentido.

(1) Cicerón describe esta comedia jurídica, que se representaba todavía en su época.

Toda fórmula era sagrada para ellos y debía aplicarse estrictamente. En sus pleitos tenían como máxima : « Que el derecho sea lo que la lengua ha pronunciado. » Si un litigante se equivocaba en una palabra al repetir la fórmula, perdía el negocio. Un hombre puso pleito á otro que le había cortado sus vides. La fórmula que debía pronunciar contenía la palabra *árbol* y como la reemplazó por la voz *vid*, no pudo obtener justicia. — Este respeto absoluto de la forma permitía en Roma singulares arreglos. La ley decía que si un padre vende su hijo tres veces, quedará éste emancipado. Así es que cuando un romano quería dar libertad á su hijo, lo vendía tres veces seguidas, y esa comedia bastaba para emanciparlo. — La ley disponía que antes de empezar una guerra se enviara un heraldo (*el fecial*) á declararla en la frontera del enemigo. Cuando Roma quiso combatir á Pirro, rey de Epiro, que tenía su reino en la otra ribera del Adriático, hubo grandes dudas sobre el modo de cumplir la indicada formalidad. Al fin se imaginó lo siguiente. Un súbdito de Pirro, quizás un desertor, compró un campo en Roma; hízose como si esta propiedad se hubiera convertido en territorio epirota, y el fecial fué á lanzar su dardo y á hacer la declaración solemne en él. Los romanos pensaban, pareciéndose en esto á todos los pueblos nuevos, que las fórmulas consagradas poseen virtud mágica.

La jurisprudencia. — La ley de las Doce Tablas y las redactadas posteriormente eran breves é incompletas. Había multitud de cuestiones que no encontraban en ellas solución. En estos casos era costumbre en Roma

consultar á ciertos personajes famosos por saber en materia de derecho. Eran éstos siempre hombres de elevada posición, á veces antiguos cónsules ó pontífices. Sus respuestas, que daban por escrito, eran llamadas *consejos de los sabios*. Casi siempre eran aceptadas. Augusto hizo más aún, declarando que las respuestas de algunos de esos hombres eminentes tendrían fuerza de ley. Así es cómo el derecho empezó á ser una ciencia y los hombres « entendidos en derecho » (*jurisprudentes*) formulaban reglas nuevas que adquirían carácter obligatorio; esta fué la *jurisprudencia*.

El edicto del pretor. — Para aplicar las reglas sagradas del derecho se necesitaba en Roma un magistrado supremo. Únicamente un cónsul ó un pretor podía dirigir los trabajos de un tribunal y según la expresión romana, *pronunciar el derecho*. Los cónsules, que servían de ordinario como generales, dejaban esta misión á los pretores. En Roma había siempre por lo menos dos magistrados de esta clase que actuaban como jueces: uno fallaba los asuntos entre los ciudadanos y era el *pretor urbano;* el otro los negocios entre ciudadanos y extranjeros y era el *pretor de los extranjeros* ó, mejor dicho, *pretor entre los extranjeros y los ciudadanos*. Se necesitaban por lo menos dos tribunales, toda vez que un extranjero no podía ser admitido ante el de los ciudadanos. Estos pretores fallaban á su antojo, en virtud de su poder absoluto. El de los extranjeros no tenía que someterse á ninguna ley, pues las romanas sólo se referían á los ciudadanos de Roma. Sin embargo, como cada pretor debía funcionar y juzgar durante un año, se hizo costumbre que al entrar en el ejercicio de su cargo indicara las reglas á que se proponía ajustarse; éste fué el *edicto del pretor*.

Estos preceptos eran nulos al año y el sucesor podía no aceptarlos y promulgar otros diferentes. Sin embargo, lo general era que cada pretor conservase el edicto de sus predecesores, efectuando en él únicamente algunos cambios y adiciones. Así fueron acumulándose durante siglos los decretos de estos magistrados, y al fin el emperador Adriano mandó redactar uno y le dió fuerza de ley.

Derecho civil y de gentes. — Así como había dos tribunales separados, así también se formaron dos sistemas de reglas, *dos derechos* diferentes. Las que el pretor urbano aplicaba en los negocios de los ciudadanos formaron el *derecho civil*, esto es, el de la *ciudad;* las del pretor de los extranjeros el *derecho de gentes*, es decir de los *pueblos* (extraños á Roma.) Entonces se vió que el más humano, el más sencillo, el más sensato, el mejor de estos derechos era el de los extranjeros. El de los ciudadanos conservaba fórmulas molestas y reglas bárbaras, restos de las supersticiones y estrechez de ideas de los antiguos romanos. Por el contrario, el derecho de gentes tenía por base las prácticas de los mercaderes y de los hombres de todas las naciones establecidos en Roma, prácticas exentas de toda fórmula ó preocupación nacional, coleccionadas lentamente y aquilatadas por varios siglos de experiencia. Además se comprendió hasta qué punto era contrario á la razón el antiguo derecho. Un proverbio romano decía: « El derecho estricto es la injusticia suprema. » Así fué que los pretores urbanos trataron de *corregir* la antigua ley, juzgando con arreglo á la *equidad*, esto es, á la justicia. De este modo llegaron paulatinamente á aplicar á los ciudadanos las mismas reglas que seguía en su tribunal el pretor de los extranjeros. — Por

ejemplo, la ley romana ordenaba que sólo los parientes por parte de los hombres fuesen herederos; el pretor llamó á disfrutar también de este beneficio á los deudos por parte de las mujeres. — La antigua regla exigía que un hombre ejecutara la complicada ceremonia de la venta para poder ser propietario; el pretor admitió que bastaba con haber pagado el precio convenido y con estar en posesión del terreno. — El *derecho de gentes* fué invadiendo poco á poco los límites del *derecho civil*, y acabó por suprimirlo.

La razón escrita. — Este nuevo derecho romano se formó sobre todo en tiempo de los emperadores. Los Antoninos dictaron multitud de *edictos y rescriptos* (estos últimos eran las cartas que el emperador contestaba á los funcionarios que le hacían consultas). En esta reforma les ayudaban los jurisconsultos más eminentes. Á principios del siglo III hubo algunos que continuaron sentando nuevas reglas de derecho y rectificando las antiguas, tanto en los buenos reinados como en los malos. Los nombres de Papiniano, Ulpiano, Modestino y Paulo son célebres; sus obras dieron forma definitiva al derecho romano, que en la mencionada época no se parece ni remotamente al primitivo, tan duro con los pequeños. Los jurisconsultos adoptaron las ideas de los filósofos griegos y principalmente de los estoicos. Según ellos, todos los hombres tienen derecho á ser libres. « Los hombres nacen libres por derecho natural » ó en otros términos, la esclavitud es contraria á la naturaleza. Por esto admiten que el esclavo puede pedir justicia, aun contra su dueño y que si éste lo mata, debe ser castigado como un asesino. Análogamente, protegen á los hijos contra la tiranía paternal.

Este nuevo derecho es lo que se llamó andando el

tiempo la *razón escrita*. Era en efecto, filosófico, tal como la razón puede concebirlo para todos los hombres; así fué que no quedó en él ni un átomo de la estrecha y bárbara ley de las Doce Tablas. Lo que Europa tuvo por ley durante siglos, lo que aun hoy forma elemento importante de la legislación universal, no es la regla de los primitivos romanos, sino el edicto del pretor, la colección de las costumbres de todos los pueblos antiguos y las máximas de los filósofos griegos, reunidas y formuladas en el curso de los siglos por los magistrados y los jurisconsultos romanos.

XXIV. — EL ALTO IMPERIO.

Tácito, *Anales. Historias.* — Duruy, *Historia de los romanos.* — Friedlænder. *Las costumbres romanas durante el Imperio.* — Renán, *Marco Aurelio.* — Boissier, *La religión romana.*

EL MUNDO ROMANO.

La decadencia continúa en Roma. — Séneca ha pintado en sus *Cartas* y Juvenal en sus *Sátiras* con tan espantosos colores á los hombres y mujeres de su época, que la corrupción de la *Roma de los Césares* se ha hecho proverbial. Sin embargo, todo aquello no era más que la continuación de los desórdenes de la Roma republicana en sus últimos tiempos: el lujo sin freno de los ricos, la ferocidad de los amos con sus esclavos, la ligereza sin límites de las mujeres. La causa del mal no era el nuevo régimen, sino la acumulación exorbitante de las riquezas del mundo entero en manos de unos cuantos miles de nobles ó de advenedizos, por debajo de los cuales vivían en la miseria algunos cientos de hombres libres, y en espantosa opresión millones de esclavos. — Cada propietario vivía en medio de sus siervos á la manera de un soberano ocioso y lleno de caprichos.

ejemplo, la ley romana ordenaba que sólo los parientes por parte de los hombres fuesen herederos; el pretor llamó á disfrutar también de este beneficio á los deudos por parte de las mujeres. — La antigua regla exigía que un hombre ejecutara la complicada ceremonia de la venta para poder ser propietario; el pretor admitió que bastaba con haber pagado el precio convenido y con estar en posesión del terreno. — El *derecho de gentes* fué invadiendo poco á poco los límites del *derecho civil*, y acabó por suprimirlo.

La razón escrita. — Este nuevo derecho romano se formó sobre todo en tiempo de los emperadores. Los Antoninos dictaron multitud de *edictos* y *rescriptos* (estos últimos eran las cartas que el emperador contestaba á los funcionarios que le hacían consultas). En esta reforma les ayudaban los jurisconsultos más eminentes. Á principios del siglo III hubo algunos que continuaron sentando nuevas reglas de derecho y rectificando las antiguas, tanto en los buenos reinados como en los malos. Los nombres de Papiniano, Ulpiano, Modestino y Paulo son célebres; sus obras dieron forma definitiva al derecho romano, que en la mencionada época no se parece ni remotamente al primitivo, tan duro con los pequeños. Los jurisconsultos adoptaron las ideas de los filósofos griegos y principalmente de los estoicos. Según ellos, todos los hombres tienen derecho á ser libres. « Los hombres nacen libres por derecho natural » ó en otros términos, la esclavitud es contraria á la naturaleza. Por esto admiten que el esclavo puede pedir justicia, aun contra su dueño y que si éste lo mata, debe ser castigado como un asesino. Análogamente, protegen á los hijos contra la tiranía paternal.

Este nuevo derecho es lo que se llamó andando el

tiempo la *razón escrita*. Era en efecto, filosófico, tal como la razón puede concebirlo para todos los hombres; así fué que no quedó en él ni un átomo de la estrecha y bárbara ley de las Doce Tablas. Lo que Europa tuvo por ley durante siglos, lo que aun hoy forma elemento importante de la legislación universal, no es la regla de los primitivos romanos, sino el edicto del pretor, la colección de las costumbres de todos los pueblos antiguos y las máximas de los filósofos griegos, reunidas y formuladas en el curso de los siglos por los magistrados y los jurisconsultos romanos.

XXIV. — EL ALTO IMPERIO.

Tácito, *Anales. Historias.* — Duruy, *Historia de los romanos.* — Friedlænder. *Las costumbres romanas durante el Imperio.* — Renán, *Marco Aurelio.* — Boissier, *La religión romana.*

EL MUNDO ROMANO.

La decadencia continúa en Roma. — Séneca ha pintado en sus *Cartas* y Juvenal en sus *Sátiras* con tan espantosos colores á los hombres y mujeres de su época, que la corrupción de la *Roma de los Césares* se ha hecho proverbial. Sin embargo, todo aquello no era más que la continuación de los desórdenes de la Roma republicana en sus últimos tiempos: el lujo sin freno de los ricos, la ferocidad de los amos con sus esclavos, la ligereza sin límites de las mujeres. La causa del mal no era el nuevo régimen, sino la acumulación exorbitante de las riquezas del mundo entero en manos de unos cuantos miles de nobles ó de advenedizos, por debajo de los cuales vivían en la miseria algunos cientos de hombres libres, y en espantosa opresión millones de esclavos. — Cada propietario vivía en medio de sus siervos á la manera de un soberano ocioso y lleno de caprichos.

Su casa de Roma era una especie de corte; el atrio ó sala de ceremonias se llenaba todas las mañanas de *clientes*, es decir, de ciudadanos que iban á saludar por reducido salario (1) á su dueño y á servirle de escolta en la calle, pues la moda exigía que ningún rico se presentara en público sin ir rodeado por multitud de personas; Horacio se burla de un pretor que pasó por



Quinta romana.

las calles de Tibur con cinco esclavos nada más. Los grandes poseían además fuera de Roma magníficas quintas, situadas á orillas del mar ó en los montañas, y toda su vida consistía en ir de unas á otras, llenos de fastidio debido á la ociosidad.

(1) Este oficio de cliente era duro; el poeta Marcial, que lo conoció personalmente, habla de él con tristeza. Había que levantarse antes del amanecer, ponerse la toga, vestido incómodo y molesto, y que pasar horas haciendo antesala.

Estas grandes familias se fueron extinguiendo rápidamente. Augusto, que veía con espanto la diminución del número de hombres libres, dictó leyes favorables al matrimonio y contrarias al celibato: pero fueron inútiles. Llegó á haber tantos ricos no casados, que la adulación encaminada á hacerse inscribir en su testamento llegó á ser un oficio lucrativo, y los que deseaban verse rodeados de aduladores procuraban no tener hijos. « En esta ciudad, escribe un novelista romano, todos los hombres se dividen en dos clases, los que pescan y los que se hacen pescar. »

Cuando un hombre pierde sus hijos, exclama Séneca, aumenta su influencia.

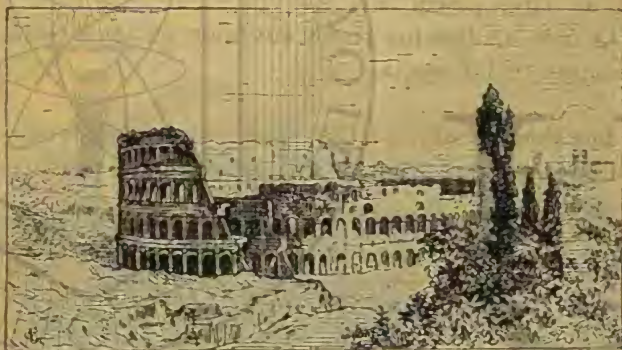
Los espectáculos. — Los espectáculos públicos ocuparon en la vida de ese pueblo sin quehaceres, un puesto preferente, que apenas podemos concebir. Consistían, como en Grecia, en *juegos*, esto es, en ceremonias religiosas. Los espectáculos se sucedían todo el día y continuaban durante los siguientes, por lo menos una semana. Á ellos asistía toda la población libre y allí es donde se hacían las manifestaciones. Como ejemplo puede citarse la que hubo en 196 durante las guerras civiles: toda la concurrencia gritaba: ¡paz, paz! Esa



Escena de una comedia de Terencio. (Pintura de Pompeya.)

ceremonia era la pasión de la época. Tres emperadores bajaron á la arena: Calígula como conductor de carros, Nerón como actor y Cómodo á combatir en calidad de gladiador.

El teatro. — Había tres clases de espectáculos: el teatro, el circo y el anfiteatro. El primero estaba organizado al estilo griego; los actores representaban, con máscaras ó antifaces, obras imitadas de los helenos. Los romanos no gustaban de ese género de diversión, mas



El Coliseo.

delicada de lo que convenía á su naturaleza, y preferían las *mimas*, comedias groseras y sobre todo las *pantomimas*, en que el actor expresaba sin hablar, sólo por medio de gestos, los sentimientos de los personajes.

El circo. — Entre las dos colinas del Aventino y del Palatino se extendía un terreno destinado á las carreras, y que estaba rodeado de arcadas que sostenían hileras de asientos. Este era el *Circo Máximo*. Nerón lo ensanchó y entonces podía contener hasta 250.000 espectadores; en el siglo cuarto sufrió otra reforma que

elevó el número de asientos á 385.000. Allí se celebraba el espectáculo favorito del pueblo romano, las carreras de carros tirados por cuatro caballos (*cuadrigas*); en cada carrera daban los contendientes tres veces la vuelta al circo y en sólo un día se celebraban 25 carreras. Los cocheros pertenecían á compañías rivales, que se diferenciaban en el color de sus divisas; primero hubo cuatro, que más tarde se redujeron á dos, los *Azules* y los *Verdes*, célebres en la historia de las sediciones. En Roma se apasionaban las gentes por las carreras de carros tanto como nosotros hoy por las de caballos; las mujeres y hasta los niños hablaban de esto. El emperador solía inclinarse á uno ú otro bando y entonces la querella entre los *Verdes* y los *Azules* se convertía en un asunto político.



Caza, según una pintura antigua.

El anfiteatro. — El emperador Vespasiano mandó construir á las puertas de Roma el *Coliseo*, enorme edificio de dos pisos, que podía contener 70.000 espectadores. Era un circo redondo, situado en torno de una pista donde se ejecutaban cacerías y combates. — Cuando había *caza*, se transformaba el circo en un bosque donde soltaban animales feroces, contra los cuales com-

batían hombres armados de un lanzón. Para que el espectáculo fuese variado, recurrían á los animales más distintos, sobre todo á los raros, leones, panteras, elefantes, osos, búfalos, rinocerontes, jirafas, tigres y cocodrilos.

Ya en tiempos de Pompeyo habían aparecido en los juegos diez y siete elefantes y quinientos leones; hubo emperadores que sostuvieron verdadera legión de fieras. — Más adelante pareció más dramático suprimir los hombres armados que combatían con las fieras y soltar éstas contra hombres desnudos y encadenados. En todas las ciudades del Imperio se hizo costumbre hacer servir para esta diversión los condenados á muerte. Miles de personas de toda edad y sexo, y entre ellas muchos mártires cristianos, murieron así, devorados por las fieras ante el pueblo de Roma.

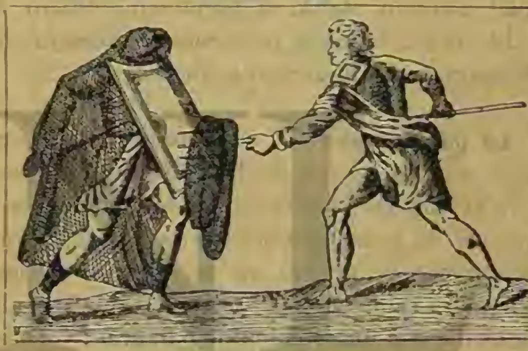
Los gladiadores. — Sin embargo, el espectáculo verdaderamente nacional de los romanos fueron los combates de *gladiadores*, hombres armados que bajaban á la pista para combatir en un duelo á muerte. Ya en tiempos de César (1) se llegó á hacer combatir al mismo tiempo 320 pares de gladiadores; Augusto hizo pelear durante su vida más de diez mil y Trajano igual número en cuatro meses. El vencido era degollado inmediatamente á menos de que el pueblo no lo perdonara. — Algunas veces se batían los condenados á muerte; pero lo general es que los gladiadores fuesen esclavos y prisioneros de guerra. Cada victoria llevaba á la pista del anfiteatro bandas de bárbaros que se exterminaban recíprocamente por dar gusto á los espectadores (2). Había

(1) César dió otro combate entre dos bandos compuestos por parte y parte de 500 peones, 300 jinetes y 20 elefantes.

(2) Un orador daba gracias á Constantino en un discurco oficial,

combatientes de todos los países, galos, germanos, tracios y en ocasiones negros. Esas gentes peleaban con armas diferentes, que eran casi siempre las de su nación. Los romanos gustaban de contemplar esas batallas en miniatura. La figura de nuestro libro es copia de un mosaico que representa el combate de un reciario (gladiador armado con una red) y de otro revestido con una armadura completa.

Entre esos combatientes del circo hubo también voluntarios, hombres libres que sin más beneficio que el gusto por el peligro, se sometían á la terrible disciplina del gladiador y juraban « dejarse azotar, quemar con hierro candente y hasta permitir que los matara su jefe. » Hubo senadores que se alistaron en estas bandas de esclavos y de aventureros, y el emperador Cómodo bajó en persona á luchar en la pista. Estos sangrientos juegos estaban de moda no sólo en Roma, sino en toda Italia, la Galia y África; los griegos no los aceptaron nunca. Hé aquí la inscripción de la estatua erigida á un habitante principal de la pequeña ciudad de Minturnes: « Presentó en cuatro días once pares de gladiadores que



Combate de gladiadores.

por haber presentado en la pista todo un ejército de bárbaros cautivos, « por haber hecho servir la destrucción de los hombres al recreo del pueblo. ¿Qué triunfo más hermoso? » añadía.

no cesaron de combatir hasta que la mitad de ellos mordió el polvo. También dió una cacería de diez terribles osos. Bien lo recordáis, nobles ciudadanos.»

El pueblo tenía entonces la pasión de la sangre derramada, como hoy se manifiesta en las corridas de toros (1). El emperador debía asistir á esas matanzas. Marco Aurelio se hizo impopular en Roma porque dejaba ver su tedio durante los espectáculos, y porque se ponía á leer, hablar ó dar audiencias en vez de mirar. Cuando llevó consigo á los gladiadores para servir contra los bárbaros que invadían Italia, el populacho estuvo á punto de sublevarse. «Quiere privarnos de nuestras diversiones, decían, para obligarnos á filosofar.»

La paz romana. — Pero en el mundo romano había algo más que el populacho de la capital; para ser justo con el Imperio es preciso ver lo que ocurría en las provincias. Al someter todos los pueblos, los romanos acabaron con la guerra en lo interior de sus dominios. Entonces reinó *la paz romana*, que un autor griego describe con las siguientes palabras: «Todo el mundo puede ir á donde quiere: los puertos están llenos de buques, las montañas son tan seguras para los viajeros como las ciudades para sus habitantes. Ya no hay intranquilidad en parte alguna. La tierra se ha quitado su antigua armadura de hierro y se presenta en traje de fiesta. Habéis realizado la palabra de Homero: la tierra es común á todos.» En efecto, por primera vez podían los hombres de Occidente edificar sus casas, cultivar sus campos, disfrutar de su fortuna y de la holganza, sin verse amenazados á cada momento de ser despojados, muertos ó reducidos á esclavitud. Nosotros no sabemos

(1) San Agustín describe en sus *Confesiones* la atracción irresistible que ejercían estos sangrientos espectáculos.

lo que vale esta seguridad porque estamos acostumbrados á ella desde la infancia; pero los hombres de la antigüedad la consideraban como el más apetecible de los bienes.

La fusión de los pueblos. — Los viajes fueron fáciles en ese pacífico imperio. Los romanos habían abierto en todos sentidos vías con estaciones de parador y relevos y hasta se hicieron mapas con la indicación de los caminos. Había muchas personas, sobre todo los comerciantes y los artistas, que iban de una extremidad á otra del territorio (1). Los retores y filósofos atravesaban Europa para dar lecciones y pronunciar discursos de ciudad en ciudad. No había provincia donde no residiesen personas de las más lejanas: las inscripciones prueban que en España vivían profesores, pintores y escultores griegos, en la Galia plateros y obreros asiáticos. Esas gentes llevaban consigo sus costumbres, artes y religión


Un puerto romano, según una pintura antigua.

(1) Un frigio cuenta en una inscripción que había ido 72 veces de Asia á Italia.

y poco á poco se acostumbraban á hablar latín. Este era ya en el siglo III el idioma común de Occidente, así como el griego lo era de Oriente desde el tiempo de los sucesores de Alejandro. De este modo se formó, como en Alejandría, una civilización común, que ha recibido el nombre de *romana*, si bien no lo era más que por el nombre y por la lengua. Fué en realidad la civilización del mundo antiguo, reunido bajo la autoridad del emperador.

Las supersticiones. — La fusión que principalmente se operó fué la de las creencias religiosas. Como los antiguos no creían en un solo Dios, les era fácil adoptar nuevas deidades. Esos pueblos, que tenían religiones distintas, no rechazaban las de los restantes; al contrario, las hacían suyas, confundiéndolas con las propias. Los romanos dieron el ejemplo, edificando en Roma un templo « de todos los dioses », el Panteon, en que cada divinidad tenía su santuario.

Entonces reinaba en el mundo extraordinaria superstición. Las gentes creían en la divinidad de los emperadores muertos y se decía que Vespasiano había curado en Egipto un ciego y un paralítico. Un día en que el ejército romano moría de sed, durante la guerra contra los dacios, empezó de pronto á llover. Esta súbita tempestad fué considerada como un milagro por todo el mundo : unos decían que un mago egipcio había conjurado á Hermes; otros afirmaban que el autor del beneficio era Júpiter, por compasión á los soldados, y en la columna de Marco Aurelio está representado el padre de los dioses, rayo en mano, enviando la lluvia que los soldados recogen en sus escudos. — Cuando los apóstoles Pablo y Bernabé llegaron á la ciudad de Listra,

en Asia Menor, los habitantes creyeron que el primero era Mercurio y el segundo Júpiter; así fué que salieron procesionalmente á su encuentro, con los sacerdotes al frente, conduciendo un toro que deseaban sacrificarles.

Las gentes ilustradas eran tan crédulas como las demás (1). Los filósofos estoicos admitían los presagios. El emperador Augusto consideraba como de mal augurio equivocarse de zapato. Suetonio escribía á Plinio el Menor para rogarle que señalara otro día para la vista de su pleito, porque había tenido un sueño; y ese mismo Plinio creía en los resucitados.

En esos pueblos dispuestos á admitir todo, las religiones diferentes se confundieron en una común, en vez de destruirse y combatirse mutuamente. Esa nueva creencia, que era al mismo tiempo griega, romana, egipcia y asiática se hallaba extendida por el mundo en el siglo II de nuestra era; los cristianos la llamaron religión de las naciones; los paganos recibieron hasta el siglo IV el nombre de *gentiles* (hombres de las naciones); análogamente, el derecho común se llamaba *de gentes*.

LOS DOCE CÉSARES.

El emperador. — En el nuevo régimen, la autoridad absoluta pertenece á un solo hombre, llamado *emperador* (que impera ó manda). Éste ejerce efectivamente todos los poderes que antes desempeñaran diversos magistrados : presidía el senado ; reclutaba y mandaba los ejércitos ; formaba el censo de los senadores, de los caballeros y de los ciudadanos ; cobraba el impuesto ; era juez supremo, pontífice máximo y tribuno. Á fin de in-

(1) Hubo algunos escritores escépticos, como Luciano, pero fueron muy pocos.

dicar que tal autoridad hacía de él un ser sobrehumano, se le dió el calificativo religioso de *Augusto*, el venerable.

El imperio no fué consecuencia de una revolución radical. Las instituciones conservaron el nombre de *República*, y los estandartes militares continuaron llevando las iniciales S. P. Q. R. (*senatus populusque romanus*, senado y pueblo romano); pero el poder antes dividido entre muchos, se concentra ahora en uno solo, con la particularidad de que le ejerce toda la vida y no un año simplemente. El emperador es el magistrado único y vitalicio de la república y, como en él se encarna el pueblo romano, es absoluto.

La apoteosis. — Mientras vive el emperador, es señor único en el imperio, por la razón de que el pueblo romano le ha cedido todo su poder: pero cuando muere el senado examina su vida y le juzga en nombre de Roma. Si se le condena, todos sus decretos se anulan, destruyen sus estatuas y borran su nombre de los monumentos (1). Por el contrario, cuando se aprobaban sus actos, según sucedía generalmente, el senado decretaba al mismo tiempo que el emperador muerto sería incluído entre los dioses. Así fué que la mayor parte de los soberanos se convirtieron en deidades. Elevábanles templos, y un sacerdote se encargaba de tributarles culto. En todo el imperio había santuarios erigidos al dios Augusto y á la diosa Roma, y se conocen personajes que desempeñaron las funciones de *flamine* (sacerdote) del *divino Claudio* ó del *divino Vespasiano*. Esta costumbre de divinizar á los emperadores difuntos se llamaba *apoteosis*. La palabra es griega y la costumbre procedía, según parece, de los helenos de Oriente.

(1) Se han descubierto inscripciones en que se había raspado el nombre de Domiciano.

El senado y el pueblo. — El senado romano seguía siendo como antes la asamblea de los personajes más considerados del imperio. Pertenecer á ese cuerpo seguía siendo honra muy apetecida y para decir una gran familia se empleaba la frase *familia senatorial*. Pero con todo ese respeto, el alto cuerpo carecía de autoridad porque el emperador podía pasarse de él. Era todavía el primer cuerpo del Estado, pero no el dueño del gobierno: el soberano lo consultaba pero no le obedecía.

Por su parte el pueblo perdió toda influencia puesto que desde la época de Tiberio estaban suprimidas sus asambleas (los comicios). La población de dos millones de almas aglomerada en Roma no se componía sino de algunos miles de grandes señores con sus esclavos y de una turba de mendigos. Ya el Estado había tenido que encargarse de alimentarla; los emperadores continuaron haciendo distribuciones de trigo y añadieron las de dinero (los *cogiarii*). Augusto dió 700 francos por cabeza en nueve meses; Nerón 250 en tres. Al mismo tiempo se divertía al populacho con grandes espectáculos. En tiempos de la república, el número de días de funciones regulares era de 66 al año; en la época de Marco Aurelio había 135 y en el siglo VII 175 (sin contar las fiestas suplementarias.) Esos espectáculos duraban desde la salida hasta la puesta del Sol y los espectadores comían en sus asientos. Así quedaban libres los emperadores de las agitaciones de la plebe. « Te conviene César, decía un actor á Augusto, que el pueblo no tenga ojos más que para nosotros. » La esplendidez en este punto era para los soberanos un medio de hacerse querer y la popularidad no era siempre para los mejores. Nerón era adorado porque había celebrado juegos magníficos. El populacho no quería creer en su muerte y pasó treinta años esperando su regreso.

La plebe de Roma no aspiraba á gobernar; lo que deseaba es que la alimentasen y la divirtiesen. Pedía sólo, según la enérgica frase de Juvenal, pan y juegos (*panem et circenses*).

Los pretorianos. — En tiempos de la República, ningún general podía introducir sus soldados en la ciudad; pero el emperador tuvo su escolta militar en Roma, el



Pretorianos (según la columna de Trajano).

pretorio, cuerpo compuesto de unos 10.000 hombres, soldados antiguos, que recibían haber bastante grande y frecuentes gratificaciones (el *donativum*). Esos veteranos sostenían al César que, apoyado en ellos, no tenía nada que temer de los descontentos de Roma. Sin embargo, había un peligro y eran los pretorianos mismos: como conocían su fuerza, creían que todo les era lícito. Su capitán, el *prefecto del pretorio* mandaba en ocasiones más que el emperador.

Los libertos del emperador. — Ya hemos dicho que el emperador era el único magistrado, el que resolvía los asuntos de los 80 millones de hombres que componían la población del imperio. Como necesitaba auxiliares en tan absorbente tarea, buscó algunos, pero no entre las familias nobles, de que desconfiaba, sino en sus propios esclavos. Los secretarios, los hombres de confianza, los ministros del emperador fueron sus libertos, la mayor parte extranjeros griegos y orientales, gentes hábiles, diestras, aduladoras, de espíritu inventivo y fácil palabra. En ocasiones ocurría que el emperador, cansado de asuntos serios, los dejaba gobernar y, según pasa en las monarquías absolutas, en vez de ayudar al amo, lo reemplazaban. Los libertos de Claudio, Palas y Narciso, disponían de los empleos y recomendaciones; Helio, liberto de Nerón, mandaba ejecutar caballeros y senadores sin decirlo siquiera á su soberano. El más poderoso de esos libertos fué Palas, y también el más insolente: cuando daba órdenes lo hacía por signos ó por escrito. — Nada indignaba tanto como esto á las antiguas familias de Roma. « Los príncipes eran, dice un escritor de la época, señores de los ciudadanos y esclavos de sus libertos. » Entre los escándalos que se reprochaban á los emperadores, uno de los más graves fué haber permitido que los ciudadanos de Roma fuesen gobernados por antiguos esclavos.

Despotismo y desorden. — Este régimen tenía dos grandes vicios.

1°. El emperador conservaba durante su vida entera un poder ilimitado, exorbitante, que apenas se concibe, pues disponía á su antojo de las personas y de los bienes, condenaba, confiscaba, mandaba matar á su antojo sin que ninguna institución ó ley pusiera cortapisas á su vo-

luntad. « La orden del emperador tiene fuerza de ley », dicen los jurisconsultos. Roma conoció entonces el despotismo sin freno que los tiranos ejercieran en las ciudades griegas, no ya limitado al estrecho recinto de una ciudad, sino gigantesco como el Imperio. — Y así como Grecia vió buenos tiranos, así también tuvo Roma emperadores sabios y honrados (Augusto, Vespasiano, Tito); pero pocos hombres podían tener firmeza de alma bastante grande para no sentir el vértigo á tales alturas. La mayor parte de ellos aprovecharon su inaudito poder para hacer proverbial su nombre : Tiberio, Nerón y Domiciano por sus crueldades ; Vitelio por su glotonería ; Claudio por su imbecilidad. Uno hubo que fué un verdadero loco, Calígula, quien nombró cónsul á su caballo y se hacía adorar como si fuera un dios. Estos soberanos persiguieron sobre todo á los nobles, para impedirles que conspirasen, y á los ricos para confiscar sus bienes.

2°. Además, esta exorbitante autoridad estaba mal determinada ; residía enteramente en la persona del emperador. Cuando éste moría, quedaba todo en el aire ; sabíase que el mundo necesitaba un dueño, pero ni la ley ni las costumbres lo designaban. Únicamente el senado tenía derecho á nombrar emperador ; pero casi siempre elegía por fuerza al que el precedente soberano había designado, ó al que los soldados le imponían. — Después del asesinato de Calígula, los pretorianos encontraron al registrar el palacio un infeliz que se moría de miedo escondido detrás de unas cortinas. Era un pariente de Calígula y los soldados lo elevaron al trono (fué el emperador Claudio). — Cuando murió Nerón, el senado eligió á Galba ; pero los pretorianos no lo consideraron bastante generoso y le dieron muerte para designar en lugar suyo á Otón, favorito del difunto. Los soldados

acampados en las fronteras quisieron á su vez elegir soberano : las legiones del Rhin entraron en Italia, encontraron á los pretorianos en Bedriac, cerca de Cremona, y los destruyeron en una batalla tan encarnizada que duró, á más del día, toda la noche ; después hicieron que el senado eligiera emperador á su general Vitelio. Entretanto, el ejército de Siria eligió á su jefe Vespasiano, quien venció al precedente, siendo nombrado en su lugar ; de modo que los soldados nombraron en dos años tres emperadores, derribando igual número de ellos. — El nuevo soberano anulaba con frecuencia lo hecho por su predecesor : en consecuencia, el despotismo imperial no presentaba ni siquiera la ventaja de la estabilidad.

Los doce Césares. — Este régimen de opresión y de violencias duró más de un siglo (31 antes de J. C. á 96).

Los doce emperadores que se sucedieron en ese período se llamaron *los doce Césares*, por más que sólo los seis primeros fuesen de la familia de Augusto. Es difícil juzgarlos con imparcialidad, porque casi todos ellos persiguieron á las familias nobles de Roma, que temían, y precisamente deben su reputación á escritores de esas mismas familias. Pero es muy posible que su gobierno en las provincias fuera suave y horado, superior al de los senadores de la República.

EL SIGLO DE LOS ANTONINOS.

Los Antoninos. — Los cinco emperadores siguientes, Nerva, Trajano, Adriano, Antonino y Marco Aurelio (96-180) han dejado fama inmortal de bondad y sabiduría. Se les llama los *Antoninos*, aunque este nombre no conviene en realidad más que á los dos últimos. Ninguno de

ellos descendía de las antiguas familias romanas: Trajano y Adriano eran españoles, Antonino nació en Nimes. Tampoco pertenecían á la familia imperial, ni estaban destinados por su cuna al imperio. Cuatro emperadores sucesivos murieron sin tener hijos y el gobierno no pudo ser transmitido por herencia. En cada una de esas ocasiones, el soberano designó uno de sus generales ó administradores que le pareció capaz de sucederle, lo adoptó como hijo y lo presentó á la ratificación del senado. De esta manera llegaban al poder hombres experimentados que ocupaban sin perturbaciones el puesto de su padre adoptivo.

Gobierno de los Antoninos. — Este *siglo de los Antoninos* fué el más tranquilo que conoció la edad antigua. No hubo guerras más que en las fronteras del Imperio; y en éste acabaron las sediciones militares, la tiranía y los castigos arbitrarios. Los Antoninos contuvieron á los soldados restableciendo la disciplina, organizaron un consejo de Estado con jurisconsultos, y nuevos tribunales, reemplazando á los libertos, que irritaran tanto á los romanos bajo los doce Césares, por funcionarios regulares sacados de la segunda clase noble, la de los caballeros. El emperador dejó de ser un tirano servido por soldados, para convertirse en el primer ciudadano de la República, que sólo usaba de su autoridad en beneficio del pueblo. Sobre todo, los dos últimos Antoninos, el emperador de este nombre y Marco Aurelio honraron el trono con su virtud. Ambos vivían sencillamente (1), como particulares, á pesar de que ambos eran muy ricos, sin nada que se pareciese á una corte ó un palacio, sin hacer sentir nunca que eran los señores.

(1) Véase el retrato que Marco Aurelio hace de Antonino (*Pensamiento*, I, 16).

Marco Aurelio consultaba al senado sobre todos los negocios y asistía regularmente á sus sesiones.

Marco Aurelio. — Este emperador fué denominado el Sabio en el trono. Gobernaba por deber, sin ambición, pues le gustaba la soledad; sin embargo, pasó su vida imperando y mandando ejércitos. Su libro íntimo (los *Pensamientos*) presentan la imagen del estoico virtuoso, austero, poco afecto al mundo, aunque de carácter suave y bueno. « El mejor modo de vengarse de los malvados, escribía, es no parecerse á ellos. Hasta los dioses son benévolos con los perversos; bien puedes hacer como los dioses. »

Conquistas de los Antoninos. — Los emperadores del siglo I habían continuado la conquista, sometiendo á los bretones de Inglaterra, á los germanos de la margen izquierda del Rhin y convirtiendo en provincias varios países que hasta entonces habían conservado sus reyes; la Mauritania, la Tracia y la Capadocia. El Imperio tenía como fronteras el Rhin, el Danubio y el Eufrates.

Los soberanos que gobernaron el imperio durante el siglo II fueron casi todos generales, á quienes no faltaron ocasiones para hacer numerosas guerras destinadas á rechazar los pueblos bárbaros que trataban de invadir sus Estados. Los principales venían sobre todo de dos partes:

1ª. En el Danubio inferior habitaban los dacios, en la región de bosques y montañas que llamamos Transilvania;

2ª. En el Eufrates se encontraba la gran monarquía militar de los partos, que tenía su capital en Ctesifón ó Ctesifonte, cerca de las ruinas de Babilonia, y que se extendía por toda Persia.

Trajano llevó á cabo varias expediciones contra los dacios, pasó el Danubio, ganó tres grandes batallas y tomó su capital (101-102). Después les concedió la paz; pero cuando se alzaron de nuevo, resolvió concluir de una vez: al efecto mandó construir sobre el Danubio un puente de piedra, invadió el país y lo convirtió en provincia romana (106). En esa región estableció colonias y edificó ciudades; la Dacia vino á ser un país romano, por el gobierno, la lengua y las costumbres y aun cuando los ejércitos de Roma se retiraron á fines del siglo III, siguió imperando allí la lengua latina, hasta el punto de haber resistido durante toda la edad media no obstante las invasiones de los bárbaros eslavos. De la Transilvania (antigua Dacia) salió entre los siglos XII y XIV el pueblo que ocupa hoy las llanuras situadas al norte del Danubio, pueblo que ha conservado el nombre de rumano, y que habla todavía una lengua derivada del latín, como el francés ó el español.

Trajano hizo también la guerra á los partos, pasó el Eufrates y tomó la capital, Ctesifón ó Ctesifonte, penetrando hasta Persia y entrando en Susa, donde se apoderó del trono de oro macizo de los reyes persas. Mandó construir una escuadra en el Tigris, bajó por el río hasta el mar de Omán y tuvo deseos de conquistar la India como Alejandro. Tomó á los partos el país comprendido entre el Eufrates y el Tigris, la Asiria y la Mesopotamia, é hizo con ellas dos provincias romanas.

Para conservar el recuerdo de esas expediciones hizo erigir Trajano monumentos que aun subsisten: la columna de su nombre, en la plaza de Roma, que es de bronce y cuyos bajos relieves representan la guerra contra los dacios; y el arco de triunfo de Benevento, que recuerda las victorias alcanzadas sobre los partos.

Una sola de estas conquistas fué duradera, la de Dacia, pues las provincias ganadas á los partos se alzaron apenas las evacuó el ejército romano. El emperador Adriano conservó la Dacia, devolvió sus provincias á los partos y el Imperio romano tuvo de nuevo por frontera oriental el Eufrates. Á fin de no tener que combatir en adelante con los montañeses de Escocia, Adriano mandó construir al norte de Inglaterra un baluarte (la muralla de Adriano) que atravesaba toda la isla. La única guerra que este emperador sostuvo fué contra los judíos rebeldes; después de vencerlos los arrojó de Jerusalén, y cambió el nombre de esta ciudad, para destruir la memoria de la antigua nación judía.

El último de los Antoninos, Marco Aurelio, tuvo que rechazar la invasión de varios pueblos bárbaros de Germania, que pasaron el Danubio sobre el hielo, llegando así hasta Aquilea, en el norte de Italia. Entonces necesitó alistar esclavos y bárbaros á fin de formar un ejército (172). Los germanos se retiraron; pero mientras Marco Aurelio estaba luchando en Siria con un general sublevado, repitieron aquéllos sus incursiones. Marco Aurelio murió en 180 á orillas del Danubio. En adelante no hubo más conquistas.

LA ADMINISTRACIÓN IMPERIAL.

Extensión del imperio en el siglo segundo. — Los emperadores romanos no tenían afición á las conquistas; pero continuaron con todo sometiendo pueblos bárbaros durante más de medio siglo, con dos fines: ocupar á sus tropas y alcanzar fronteras fáciles de defender. Cuando la conquista cesó después de Trajano, el imperio se extendía por todo el sur de Europa, el norte de África y el oeste de Asia, teniendo por todas partes fronteras naturales:

Al oeste el Océano;
Al norte las montañas de Escocia, el Rhin, el Danubio y el Cáucaso;
Al este los desiertos del Eufrates y de Arabia;
Al sur las cataratas del Nilo y el Gran desierto.

De modo que comprendía los países que hoy forman la Inglaterra, España, Italia, Francia, Bélgica, Suiza, Baviera, Austria, Hungría, Turquía de Europa, Marruecos, Argelia, Túnez, Egipto, Siria, Palestina y la Turquía de Asia, más del doble del imperio de Alejandro. Este inmenso territorio estaba repartido en 48 provincias (1) más ó menos grandes, pero en general muy extensas. Así, la Galia, desde los Pirineos hasta el Rhin, no formaba sino siete.

El ejército permanente. — En las provincias interiores no había ejército, pues sus pueblos no pensaban en sublevarse. Donde el Imperio tenía enemigos era en la frontera: allende el Rhin y el Danubio, los bárbaros germanos; detrás de las arenas de África los nómadas del desierto; allende el Eufrates los ejércitos del imperio persa. Ahí es donde se necesitaron soldados siempre dispuestos á pelear. Augusto lo comprendió así y creó un ejército permanente. En adelante los soldados no fueron propietarios que dejaban sus campos para servir cierto tiempo, sino pobres que hacían un oficio de la guerra. Se alistaban por diez y seis ó veinte años y con frecuencia renovaban su compromiso. De esta manera se formaron treinta legiones de ciudadanos, es decir, unos 180.000 legionarios y, conforme á la costumbre romana, número algo más elevado de *auxiliares*, en junto unos 400.000 hombres, poca cosa para tan inmenso territorio.

(1) Italia no figuraba entre las provincias.

Cada provincia fronteriza disponía de un pequeño ejército atrincherado en un campamento permanente análogo á una fortaleza. En torno de éste iban á establecerse mercaderes, y así se formaba una ciudad. Acampados de este modo frente al enemigo, los soldados conservaban su valor y disciplina. Durante tres siglos hubo terribles guerras, sobre todo en las márgenes del Rhin y del Danubio, donde se combatía contra bárbaros indomables en una región húmeda, inculta, cubierta de bosques y pantanos. Los soldados imperiales demostraron en esas guerras oscuras quizás tanto valor y energía como los antiguos romanos en la conquista del mundo.

Lugartenientes é intendentes del emperador. — Todas las provincias pertenecen al emperador (1), representante del pueblo romano. El soberano es general de todos los soldados, dueño de todas las personas, propietario de todas las tierras. El jurisconsulto Gayo lo dice: « Nosotros no podemos tener más que la posesión del terreno en las provincias; la propiedad es del emperador. » — Pero como éste no puede estar en todas partes al mismo tiempo, se hace reemplazar por personas de su confianza. Manda á cada provincia un lugarteniente (lo llaman *delegado de Augusto que hace veces de pretor*); dicho representante gobierna la región, manda el ejército y hace excursiones por los pueblos de su mando para juzgar los negocios importantes; tiene *derecho de vida y de muerte*, lo mismo que el emperador. También nombra el soberano un intendente que va á recaudar los impuestos y que hace ingresar su producto

(1) El senado conservó algunas, las menos importantes; pero el emperador era casi tan soberano en ellas como en las suyas propias.

en la caja imperial (se le llama *procurador de Augusto*). El lugarteniente y el intendente representan al emperador, gobiernan á sus súbditos, mandan á sus soldados y administran su patrimonio. Generalmente, el soberano los saca de las dos noblezas de Roma, los lugartenientes del patriciado y los intendentes de la clase de los caballeros. Para ellos hay, lo mismo que para los magistrados antiguos, una *carrera de los honores*; ascienden de una provincia á otra y van de extremo á extremo del Imperio (1): de Siria á España, de Inglaterra al África. En los epitafios de los personajes de la época están indicados siempre minuciosamente los puestos que han desempeñado; los epitafios de sus tumbas bastan para formar sus hojas de servicios.

La vida municipal. — Los pequeños pueblos sometidos continuaban administrándose á sí mismos, bajo esos representantes omnipotentes del emperador. Éste tenía derecho para intervenir en sus asuntos interiores; pero ordinariamente no hacía uso de él. Lo único que les pedía es que no se hicieran la guerra, que pagaran con puntualidad sus impuestos y que compareciesen ante el tribunal del gobernador. En cada provincia había varios de estos gobiernos subalternos, que se llamaban, como en otro tiempo, el Estado romano, *ciudades* y en ocasiones *municipios*, voz que ha dado origen á la expresión *régimen municipal*. — En la época del imperio, una ciudad está calcada sobre la ciudad romana: también ella tiene su asamblea del *pueblo*, sus magistrados elegidos por un año y divididos en *colegios* de dos miembros, su senado (que se llama *curia*), constituído por

(1) « Los grandes personajes, dice Epicteto, no pueden echar raíces en la tierra como las plantas, sino que deben viajar, en obediencia de las órdenes imperiales. »

grandes propietarios, gentes ricas y de antigua estirpe. Allí como en Roma se reduce la asamblea del pueblo á una pura forma; quien gobierna es el senado, esto es, la nobleza. — El centro de la *ciudad* es siempre una población ó caserío (1), una Roma en miniatura, con sus templos, sus arcos de triunfo, sus termas, sus fuentes, sus teatros y sus circos para los combates. Allí se lleva en pequeño la misma vida que en Roma: distribuciones de trigo y de dinero, banquetes públicos, grandes ceremonias religiosas, juegos sangrientos. La diferencia es que en Roma esos gastos se cubren con el dinero de las provincias, y que en las ciudades la nobleza costea su gobierno y sus fiestas. El impuesto cobrado por cuenta del emperador va enteramente á manos de éste; en consecuencia, precisa que los ricos de la ciudad hagan celebrar á su costa los juegos, calentar los baños, empedrar las calles, construir los puentes, los acueductos y los circos. — Así lo hicieron y con largueza, durante más de dos siglos: los monumentos esparcidos por la superficie entera del imperio y miles de inscripciones son prueba de lo dicho.

El régimen imperial. — Desde que acabó la conquista del mundo, trescientas ó cuatrocientas familias nobles de Roma se consagraron á gobernarlo y explotarlo. Los emperadores les quitaron ese poder y las sometieron á su ley. Los escritores romanos podían lamentar la libertad perdida; pero los habitantes de las provincias no tenían motivo para quejarse; es verdad que seguían siendo súbditos, pero en vez de centenares de señores, siempre diferentes y ávidos de riqueza, no tuvieron en adelante más que uno solo, el emperador,

(1) *Ciudad* significaba pues distrito; pero aquella palabra acabó por ser sinónima de caserío, sitio cubierto de casas.

que tenia interés en no oprimirlos. Tiberio resumía en estos términos la política imperial : « Un buen pastor trasquila sus ovejas pero no las desuella. » Así procedieron por espacio de más de dos siglos los soberanos; trasquilaban á las gentes del imperio, sacándoles mucho dinero; pero las protegian en cambio contra los enemigos interiores y sus propios agentes. Cuando los provinciales tenían motivos de queja por las violencias ó depredaciones de su gobernador, reclamaban justicia al soberano. Sabíase que el emperador recibia los memoriales que le enviaban contra sus lugartenientes, y esto bastaba para atemorizar á los malos representantes del poder central y tranquilizar á sus súbditos. — Algunos emperadores, como Marco Aurelio, llegaron á reconocer que tenían deberes para con sus súbditos. Los restantes los dejaron por lo menos administrarse á sí mismos, cuando no tenían interés en impedirlo.

El régimen imperial fué una decadencia para los romanos y una gran mejora para sus súbditos : humilló á los vencedores y exaltó á los vencidos, aproximándolos y preparándolos á confundirse.

XXV. — LA RELIGIÓN CRISTIANA.

El Nuevo Testamento. — Fleury, *Historia eclesiástica.* — Alzog, *Historia de la Iglesia.* — Duruy, *Historia de los romanos.* — De Montalembert, *Historia de los monjes de Occidente.* — Martigny, *Diccionario de las antigüedades cristianas.*

ORIGEN DEL CRISTIANISMO.

Cristo. — El que los judíos esperaban como su libertador y rey, el *Mesías*, apareció al fin en una pequeña provincia del norte, la Galilea, que era apenas considerada como judía, en una pobre familia de carpinteros. Llamábase *Jesús*; sus discípulos griegos le dieron el

nombre de *Cristo*, el Ungido, esto es, el rey consagrado por el óleo santo. También se le ha denominado el *Maestro*, el *Señor* y el *Salvador*. La religión que fundó es la nuestra; todos nosotros conocemos su vida, que es el modelo del cristiano y sabemos de memoria sus enseñanzas, que constituyen el fondo de nuestra moral. Bastará, pues, con indicar qué nuevas doctrinas enseñó al mundo.

La caridad. — Ante todo, Cristo recomendó el amor. « Amarás al Señor tu Dios con toda tu alma, con todo tu pensamiento, y á tu prójimo como á ti mismo. La ley y los profetas se resumen en estos dos preceptos. » El primer deber es amar á los demás y ayudarles en sus trabajos. Cuando Dios juzgue á los hombres, colocará á su diestra á los que hayan dado de comer al hambriento, de beber al sediento y vestido al desnudo. Cristo empieza por decir á los que quieren seguirlo : « Id, vended vuestros bienes y dadlos á los pobres. » — Para los antiguos, el hombre *bueno* era el noble, el rico, el valiente; después de Jesucristo, el adjetivo mudó de sentido : el hombre *bueno* es el que ama á los demás. Hacer *bien* es amar á nuestros semejantes y procurar serles útil. La *caridad* (nombre latino del amor) es á partir de este momento, la virtud principal. *Caritativo* significa *benéfico*. Cristo opone á la antigua doctrina de la venganza la suya de la caridad. « Sabéis que se ha dicho : ojo por ojo y diente por diente. Yo os digo : si alguien os pega en la mejilla derecha, presentadle la izquierda. También se ha dicho : amaréis al prójimo y odiaréis á vuestro enemigo. Yo os digo : amad á vuestros enemigos, haced bien al que os aborrece, rogad por los que os persiguen, á fin de ser hijos de vuestro Padre que está en el cielo, que hace brillar su sol para los buenos y los malos y

que tenia interés en no oprimirlos. Tiberio resumía en estos términos la política imperial : « Un buen pastor trasquila sus ovejas pero no las desuella. » Así procedieron por espacio de más de dos siglos los soberanos; trasquilaban á las gentes del imperio, sacándoles mucho dinero; pero las protegían en cambio contra los enemigos interiores y sus propios agentes. Cuando los provinciales tenían motivos de queja por las violencias ó depredaciones de su gobernador, reclamaban justicia al soberano. Sabíase que el emperador recibía los memoriales que le enviaban contra sus lugartenientes, y esto bastaba para atemorizar á los malos representantes del poder central y tranquilizar á sus súbditos. — Algunos emperadores, como Marco Aurelio, llegaron á reconocer que tenían deberes para con sus súbditos. Los restantes los dejaron por lo menos administrarse á sí mismos, cuando no tenían interés en impedirlo.

El régimen imperial fué una decadencia para los romanos y una gran mejora para sus súbditos : humilló á los vencedores y exaltó á los vencidos, aproximándolos y preparándolos á confundirse.

XXV. — LA RELIGIÓN CRISTIANA.

El Nuevo Testamento. — Fleury, *Historia eclesiástica.* — Alzog, *Historia de la Iglesia.* — Duruy, *Historia de los romanos.* — De Montalembert, *Historia de los monjes de Occidente.* — Martigny, *Diccionario de las antigüedades cristianas.*

ORIGEN DEL CRISTIANISMO.

Cristo. — El que los judíos esperaban como su libertador y rey, el *Mesías*, apareció al fin en una pequeña provincia del norte, la Galilea, que era apenas considerada como judía, en una pobre familia de carpinteros. Llamábase *Jesús*; sus discípulos griegos le dieron el nombre de *Cristo*, el Ungido, esto es, el rey consagrado por el óleo santo. También se le ha denominado el *Maestro*, el *Señor* y el *Salvador*. La religión que fundó es la nuestra; todos nosotros conocemos su vida, que es el modelo del cristiano y sabemos de memoria sus enseñanzas, que constituyen el fondo de nuestra moral. Bastará, pues, con indicar qué nuevas doctrinas enseñó al mundo.

La caridad. — Ante todo, Cristo recomendó el amor. « Amarás al Señor tu Dios con toda tu alma, con todo tu pensamiento, y á tu prójimo como á ti mismo. La ley y los profetas se resumen en estos dos preceptos. » El primer deber es amar á los demás y ayudarles en sus trabajos. Cuando Dios juzgue á los hombres, colocará á su diestra á los que hayan dado de comer al hambriento, de beber al sediento y vestido al desnudo. Cristo empieza por decir á los que quieren seguirlo : « Id, vended vuestros bienes y dadlos á los pobres. » — Para los antiguos, el hombre *bueno* era el noble, el rico, el valiente; después de Jesucristo, el adjetivo mudó de sentido : el hombre *bueno* es el que ama á los demás. Hacer *bien* es amar á nuestros semejantes y procurar serles útil. La *caridad* (nombre latino del amor) es á partir de este momento, la virtud principal. *Caritativo* significa *benéfico*. Cristo opone á la antigua doctrina de la venganza la suya de la caridad. « Sabéis que se ha dicho : ojo por ojo y diente por diente. Yo os digo : si alguien os pega en la mejilla derecha, presentadle la izquierda. También se ha dicho : amaréis al prójimo y odiaréis á vuestro enemigo. Yo os digo : amad á vuestros enemigos, haced bien al que os aborrece, rogad por los que os persiguen, á fin de ser hijos de vuestro Padre que está en el cielo, que hace brillar su sol para los buenos y los malos y

llover sobre los justos y los injustos. » Y cuando lo crucificaron, pidió perdón para sus enemigos : « Perdónalos señor, porque no saben lo que hacen. »

La igualdad. — Cristo amó á todos los hombres y murió, no sólo por un pueblo, sino por la humanidad entera; nunca estableció diferencia ninguna entre los seres humanos y los consideró á todos iguales ante Dios. Las religiones antiguas, sin excluir la judía, eran creencias de una nación ó raza particular, que la conservaba celosamente, como un tesoro, sin querer comunicarla á los restantes pueblos. Cristo dijo á sus discípulos : « Id y enseñad á todas las naciones. » y el apóstol Pablo formuló en los siguientes términos la igualdad cristiana : « Ya no hay últimos ni primeros; ya no hay griegos, ni judíos, ni circuncisos, ni incircuncisos, ni bárbaros, ni esclavos, ni libres : Cristo está todo entero en todos. » Dos siglos más tarde, decía uno de los apologistas de la religión, Tertuliano : « El mundo es una república, patria común del género humano. »

La pobreza y la humildad. — Los antiguos pensaban que la riqueza eleva al hombre y consideraban el orgullo, como un sentimiento noble. « Dichosos los pobres, dijo Cristo, porque de ellos es el reino de los cielos. » « El que no renuncie á cuanto posee no puede ser mi discípulo. » Y él daba ejemplo, yendo de una ciudad á otra sin tener nada; cuando sus discípulos se preocupaban del porvenir, les contestaba : « Las aves del cielo no siembran ni cosechan y sin embargo vuestro Padre las alimenta. » — El cristiano debe despreciar las riquezas y más aún los honores. Una vez que sus discípulos disputaban sobre cuál ocuparía en el cielo el primer puesto, exclamó : « El mayor de vosotros será el que sirva á los demás, pues todo el que se exalte será humillado y todo el que se humille será exaltado. » Todavía hoy el sucesor de San Pedro usa el título de *servidor de los servidores de Dios*. Cristo procuraba rodearse preferentemente de pobres, enfermos, mujeres y niños, en una palabra, de pequeños y desheredados de la fortuna. Todos sus discípulos eran gentes del pueblo y les decía : « Sed suaves y humildes de corazón. »

El reino de Dios. — Cristo decía que su misión en la tierra era fundar el reino de Dios. Sus enemigos creyeron que quería hacerse rey, y cuando lo crucificaron pusieron en el madero estas palabras : Jesús de Nazaret, rey de los judíos. Esto era un grosero error. Cristo lo declaró expresamente : « Mi reino no es de este mundo; » su propósito no fué derribar gobiernos ni reformar la sociedad. Á uno que le preguntaba si debía pagar el impuesto á los romanos, le contestó : « Dad al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios. » De modo que el cristiano acepta lo que encuentra vigente, y trabaja en perfeccionarse á sí mismo y no en perfeccionar la sociedad. Para hacerse grato á Dios y digno de su reino, no hay que andar ofreciéndole sacrificios ni observando prácticas minuciosas como los paganos. « Los verdaderos creyentes adoran al Padre en espíritu y en verdad. » Su moral está contenida toda entera en esta frase de Cristo : « Sed perfectos como vuestro padre que está en los cielos. »

CRECIMIENTO DEL CRISTIANISMO.

Discípulos y apóstoles. — Los *doce discípulos* que acompañaban á Cristo recibieron de éste la misión de predicar su doctrina á todos los pueblos, por lo cual se

llamaron desde ese momento *apóstoles* (enviados). La mayor parte de ellos vivían en Jerusalén y predicaban en Judea; los primeros cristianos fueron judíos. Un convertido llamado Saulo y que tomó el nombre de Pablo, fué quien predicó el cristianismo á las demás naciones de Oriente. Este pasó su vida recorriendo las ciudades griegas de Asia, de Grecia y de Macedonia, llamando para que entrasen en la nueva religión, no sólo á los judíos sino también, y principalmente, á los gentiles: « Antes vivíais sin el Cristo, les decía, extraños á las alianzas y las promesas. Pero la sangre de Cristo os ha acercado unos á otros y ha hecho de los dos pueblos uno solo. » En adelante no se necesita pertenecer al pueblo judío para ser cristiano. Las restantes naciones, que la ley de Moisés dejó fuera, entran por voluntad de Cristo en la nueva fe. Esta fusión se debe á San Pablo; de ahí el calificativo que ha conservado en la historia: *apóstol de los gentiles.*

La nueva religión se extendió primero con mucha lentitud, según lo había anunciado Cristo: « El reino de Dios, decía, se parece á un grano de mostaza, que es el más pequeño de todos, y del cual sale sin embargo una planta mayor que las legumbres más altas, á cuya sombra se acogen las aves del cielo. »

La Iglesia. — Los cristianos que habitaban en un mismo punto tenían la costumbre de reunirse para orar juntos, cantar las alabanzas del Señor y celebrar el misterio de la Cena. Su reunión se llamaba *Iglesia* (asamblea). Los fieles de una misma Iglesia se trataban generalmente como hermanos, y hacían donativos para sostener á las viudas, á los pobres y á los enfermos: la comunidad seguía los consejos de los más respetados y éstos celebraban el culto: eran los *sacerdotes* (palabra

que significa antiguos). Otros tenían por misión administrar los bienes del grupo y recibían el nombre de *diáconos* (servidores). Además en cada ciudad existía un jefe supremo, denominado *obispo* (vigilante). Poco á poco llegaron estas funciones á exigir tanto tiempo, que la masa de los cristianos se dividió en dos clases de personas: los hombres encargados de la administración de la comunidad formaron el *clero* (parte de Dios) y los demás fueran los *laicos* (el pueblo).

Cada ciudad tenía su iglesia independiente; así es que se hablaba de la Iglesia de Antioquía, de Corinto ó de Roma; y sin embargo, todas ellas formaban una sola, la de Cristo, cuyos fieles estaban unidos por la misma fe. La única fe que se consideraba exacta era la universal ó *católica*; las opiniones particulares ó *herejías*, eran condenadas como erróneas.

Los libros santos. — Los cristianos siguieron considerando como sagrado el *Antiguo Testamento;* pero tuvieron también sus libros santos, que la Iglesia reunió en un solo cuerpo (el Nuevo Testamento) Los *cuatro Evangelios* refieren la vida de Cristo y « la buena nueva (1) » de la salvación que nos trajo. Las *Actas de los Apóstoles* cuentan cómo se extendió por el mundo la nueva doctrina. Las *Epístolas* son las cartas enviadas por los apóstoles á los cristianos de la primera época. El *Apocalipsis* es la revelación hecha por San Juan á las siete Iglesias de Asia. Entre los cristianos hubo otros muchos libros que aspiraban al título de sagrados pero la Iglesia no los ha admitido, y se les llama *apócrifos.*

Las persecuciones. — La religión cristiana fué per-

(1) Este es el sentido de la palabra evangelio.

seguida desde su origen. Sus primeros enemigos, los judíos, obligaron al gobernador romano de Judea á crucificar á Cristo, lapidaron á San Esteban (el primer mártir) y persiguiron á San Pablo con encarnizamiento, llegando casi á darle muerte.

Después vino la persecución gentílica. Los romanos toleraban todas las religiones de Oriente porque los adoradores de Osiris, de Mitra y de la Buena Diosa admitían al mismo tiempo las deidades romanas; pero los cristianos, adoradores del Dios vivo, despreciaban los diocesillos antiguos, y, cosa mucho más grave, se negaban á adorar al emperador como un dios y á quemar incienso en los altares de la diosa Roma. Varios soberanos dictaron edictos contra los cristianos, mandando que los gobernadores los prendieran y les diesen muerte. Una carta de Plinio el Menor (1), entonces gobernador de Asia, al emperador Trajano, nos hace ver cómo se les trataba. « Hasta ahora he procedido siempre del modo siguiente con las personas que me denunciaban como cristianos. Les preguntaba si lo eran; si contestaban que sí, les repetía la pregunta por segunda y por tercera vez amenazándolos con la pena de muerte; cuando persistían, los mandaba ejecutar, convencido de que, fuere cual fuera la importancia de la falta que confesaban, su desobediencia y su indomable tenacidad merecían ser castigadas. Muchos de los denunciados por cartas anónimas, negaron que fuesen cristianos, y repitieron la oración á los dioses que dije ante ellos, ofreciendo además vino é incienso á una estatua que hice traer expresamente con las de los dioses. También insultaron á Cristo, cosas á que, según parece, no se somete nunca el verdadero cristiano. Algunos me confesaron

(1) *Epist.*, X, 47.

que habían sido cristianos, pero añadiendo que su crimen y su yerro consistió principalmente en reunirse ciertos días antes de salir el sol, adorar á Cristo como á un dios, cantar en coro sus alabanzas y á comprometerse mediante juramento, no para cometer crímenes, sino para no robar, no matar, no cometer adulterio ni faltar á su palabra. Para saber la verdad he considerado necesario dar tormento á dos esclavas que llamaban las *diáconas*; pero sólo he descubierto una superstición absurda y exagerada. »

El gobierno perseguía (1) pero el pueblo mostraba mucho mayor encarnizamiento. Su odio era inmenso contra aquellas gentes que adoraban á un Dios distinto y que despreciaban sus deidades; además pensaba que la nueva incredulidad atraía sobre el mundo la ira del Olimpo. Cada vez que había un hambre, una epidemia, resonaba el lúgubre grito : los cristianos á las fieras. Los magistrados se veían obligados por el pueblo á prender y procesar á los cristianos.

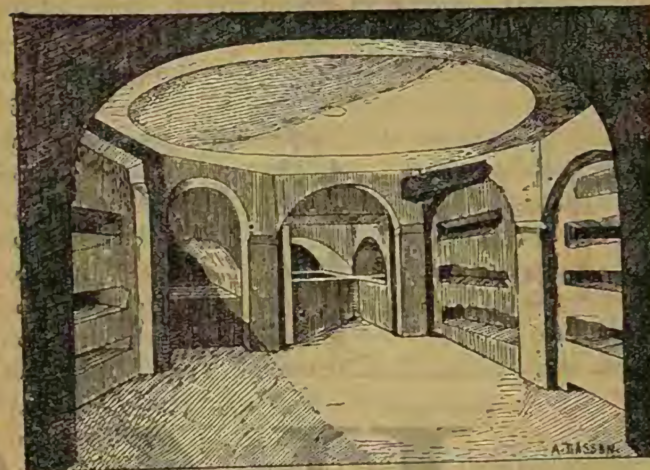
Los mártires. — Durante los dos siglos y medio que los cristianos fueron perseguidos, hubo en toda la extensión del Imperio miles de víctimas de diferentes edades, de ambos sexos y de las más opuestas condiciones sociales. Los ciudadanos romanos eran decapitados como San Pablo; á los demás los entregaban á las fieras. Si se les dejaba la vida era para mandarlos como forzados á las minas; en ocasiones se agravaban los suplicios con refinamientos increíbles. En la gran hecatombe que se verificó en Lyón el año 177, los cristianos fueron llevados al circo, después de sufrir torturas en

(1) La Iglesia ufrió sdiez persecuciones, la primera en tiempos de Nerón (64), y la última en los de Diocleciano (303).

una estrecha prisión. Las fieras desgarraron sus cuerpos sin matarlos, y entonces los sentaron en una silla de hierro hecha ascua. Blandina, joven esclava que sobrevivió á esos suplicios, fué envuelta en una red y expuesta á los ataques de un toro furioso.

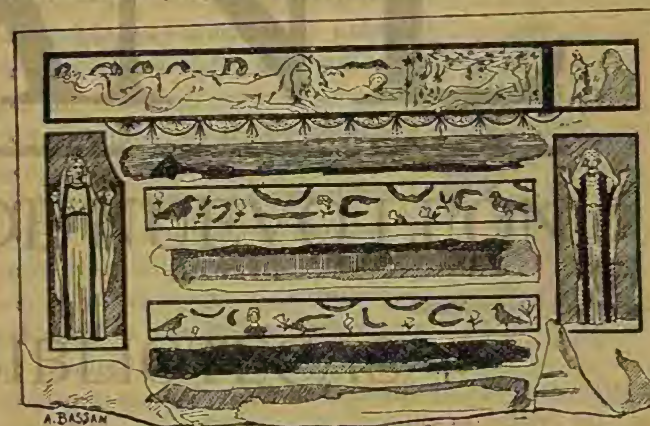
Los cristianos soportaban con heroica alegría esos suplicios que les abrían las puertas de los cielos; así daban pública prueba de su fe en Cristo y por esto se llamaban, no víctimas, sino *mártires*, esto es, testigos; su suplicio era un testimonio, *martirio*. Comparaban esas sangrientas matanzas con los juegos olímpicos y hablaban de *palma* y de *corona* como si hubiera habido en ellas atleta vencedor. Todavía hoy se celebra la fiesta de los mártires en el aniversario de su muerte. — Casi siempre había algún cristiano entre los espectadores que escribía un relato del martirio, contando la prisión, el interrogatorio, las torturas y los suplicios. Esos escritos, llenos de detalles edificantes, se llamaban las *actas de los mártires*, y se extendían de un extremo á otro del mundo romano, dando á conocer la gloria de los confesores é inspirando deseos de imitarlos. Miles de fieles iban á denunciarse movidos por la sed del martirio y pedían que se les condenase. En cierta ocasión mandó un gobernador de Asia que formaran causa á varios cristianos; todos los de la ciudad se presentaron ante su tribunal pidiendo que se les procesase también. Fuera de sí el gobernador, mandó ejecutar á algunos y despidió á los demás con estas palabras: « Idos de aquí, miserables. Si tanta gana de morir tenéis, no faltan cuerdas y precipicios. » Para estar seguros de morir en los suplicios, los había que penetraban en los templos paganos y derribaban los ídolos. La Iglesia tuvo que intervenir en distintas ocasiones para prohibir que se buscara el martirio.

Las catacumbas. — La costumbre antigua de quemar



Una sala de las Catacumbas.

los muertos repugnaba á los cristianos; así es que adop-



Adornos de las catacumbas.

taron la costumbre judía de enterrar los cadáveres en-

vueltos con un sudario y metidos en un sarcófago. En consecuencia, necesitaron *cementerios* (1): como el terreno costaba caro en Roma, abrieron largas galerías y espacios subterráneos en la toba ligera que sirve de base á esa ciudad.



Fieles orando.

En los nichos que practicaban en esas galerías era donde colocaban sus ataúdes. Á fuerza de abrir galerías, llegaron en unas cuantas generaciones á formar una verdadera ciudad subterránea, las *catacumbas* (en las tumbas). Nápoles, Milán, Alejandría y otras ciudades tenían subterráneos análogos; pero los más célebres fueron los de Roma. En nuestros días los han explorado, encontrando allí miles de sepulcros y de inscripciones cristianas. El descubrimiento de ese sombrío mundo ha dado origen á una nueva rama de las ciencias históricas, la *epigrafía* y la *arqueología cristianas*. — Las salas sepulcrales de las catacumbas no se parecen á las de los egipcios, pues son secas y severas; los cristianos sabían que un cadáver no necesita



El buen pastor.

(1) Voz de origen griego; significa lugar de descanso.

nada y no colocaban junto á él provisiones ni objetos de nunguna clase. Las salas más importantes contienen algunos sencillos adornos y pinturas que representan casi todas las mismas escenas. Los asuntos ordinarios son los fieles orando ó el buen pastor, símbolo de Cristo. Varios de esos locales servían de capillas, donde sepultaban los cuerpos de los santos mártires y los de los fieles que deseaban descansar junto á ellos; allí celebraban todos los años sus misterios. Los cristianos de Roma se refugiaron con frecuencia en esos subterráneos durante las persecuciones del siglo III, para celebrar su culto ó escapar á la venganza. Los fieles podían considerarse seguros en ese laberinto sólo por ellos conocido, cuya entrada estaba casi siempre junto á una sepultura pagana.

LOS MONJES DEL SIGLO III.

Los solitarios. — Era idea muy extendida en el mundo cristiano, sobre todo en Oriente, que no se podía alcanzar la perfección viviendo en medio de los demás hombres. Cristo había dicho: « Si alguno viene á mí sin odiar á su padre y á su madre, á su mujer y á sus hijos, á sus hermanos y hermanas, no puede ser mi discípulo. » El creyente que se retiraba de este modo del mundo, para trabajar con más seguridad en su salvación eterna, se denominaba *anacoreta* (hombre que se pone á parte) ó *monje* (solitario). Esta costumbre empezó en Oriente á mediados del siglo III. Los primeros anacoretas se instalaron en los desiertos y las ruinas del país de Tebas en el Egipto superior, en la *Tebaida*, que fué en adelante la tierra bendita de los solitarios. El más antiguo de ellos, (235-340) vivió hasta la edad de 90 años en una gruta situada junto á un manantial y una palmera, que le proporcionaba alimento y vestido. — El modelo

de todos fué San Antonio (1). Tenía éste veinte años cuando oyó leer un día el texto del Evangelio: « Si quieres ser perfecto, vende tus bienes y dalos á los pobres. » Antonio era hermoso, noble y rico, pues había heredado de sus padres; sin embargo, vendió lo que tenía, gastó su producto en limosnas y penetró en el desierto de Egipto. Primero se instaló en una tumba vacía y después en las ruinas de un castillo, vestido con un silicio de crin, sin más alimento que el pan que le llevaban cada seis meses, ayunando, macerándose y orando de día y de noche. Á menudo salía el Sol y él seguía aún en sus oraciones. « Oh Sol, exclamaba, ¿por qué sales para impedirme contemplar el esplandor de la verdadera luz? » Creía estar rodeado de demonios que procuraban, revistiendo las formas más diversas, apartarlo de sus pensamientos religiosos. Cuando llegó á viejo, todo Egipto lo veneraba; entonces estuvo en Alejandría á predicar contra los herejes arrianos; pero pronto volvió á sus soledades. Como le suplicaban que no se marchase, contestó: « Los peces mueren en tierra, los monjes en las ciudades; volvamos á nuestras montañas, como el pez al agua. »

También se hacían solitarias las mujeres; hubo una, Alejandra, que se metió en una tumba vacía y pasó allí diez años sin ver á nadie.

El ascetismo. — Los hombres que vivían en el desierto por temor al mundo, pensaban que cuanto procede de éste aparta el alma de Dios y la pone en peligro de no salvarse. El cristiano debe pertenecer enteramente á Dios, y olvidar cuanto antes poseyó ó conoció. Tiene que precaverse sobre todo contra los que ha amado, pues

(1) Véase su historia en las *Vidas de los padres del desierto* por Rufin.

éstos podrían inducirle á volver al mundo. « ¿No sabéis, decía más tarde San Nilo, que el excesivo amar á los padres es una astucia de Satanás? » El solitario Pœmen se retiró al desierto con sus hermanos; su madre fué allá y como se negaron á dejarse ver, la anciana esperó á que salieran para ir á la iglesia. Pero ellos huyeron y no consintieron en hablarle sino permaneciendo ocultos. Ella pedía que le dejasen contemplarlos; pero sus hijos la consolaron con estas palabras: « Nos verás en el otro mundo. »

Sin embargo, el solitario tiene un enemigo que no es el mundo, y del cual no puede librarse con la misma facilidad, pues lo lleva á todas partes consigo: es su propia carne. El cuerpo impide que el alma se eleve hasta Dios y la arrastra hacia los placeres terrestres, que proceden del demonio. Así es que los solitarios se ejercitan en someter su carne, negándole cuanto le agrada. No comen más que pan y agua, y los hay que no comen sino dos veces por semana; algunos se alimentan con hierba sin cocer. — Viven en grutas, en ruinas, en sepulcros, durmiendo sobre el suelo ó en una estera de juncos. — Los más ardientes se imponen sufrimientos suplementarios para *mortificar*, esto es, para *llevar la muerte* á la carta. — San Pacomio durmió por espacio de quince años en pie, apoyado contra una pared. — Macario pasó seis meses en un pantano, picado por mosquitos « cuyos aguijones habrían atravesado la piel de un jabalí. » — El más célebre de todos fué Simeón, apellidado *Estilita*, hombre de la columna, por haber vivido cuarenta años en un desierto de Arabia, sentado en lo alto de un pilar, expuesto al sol y á la lluvia y pasando hasta un día entero en la misma posición. Los fieles acudían á contemplarlo desde remotas tierras y él les daba audiencia desde lo alto de su columna, orde-

nando á los acreedores que perdonasen á sus deudores y á los señores que diesen libertad á sus esclavos; llegó á mandar reprimendas á los ministros y á dar consejos al emperador. — Este género de vida se llamaba *ascetismo* (ejercicio).

Los cenobitas. — Los solitarios que vivían en el mismo desierto se reunieron para practicar en común las austeras prácticas de su vida. Ya en torno de San Antonio se habían juntado muchos anacoretas que seguían sus instrucciones. San Pacomio (272-348) reunió 3.000, que se instalaron en Tabenna, cerca de la primera catarata del Nilo. Además, se fundaron otras muchas comunidades análogas, de hombres y de mujeres. Un viajero cuenta que el año 356 vió en una sola ciudad de Egipto 10.000 monjes y 20.000 religiosas. También las hubo en Siria, en Palestina y en todo Oriente. Los solitarios reunidos pasaron á ser *cenobitas* (gentes que viven en común). Elegían un jefe, el *abad*, de una voz siria qui significa padre, y le obedecían enteramente. Casiano vió en una comunidad de Egipto que el abad dió en pleno refectorio una fuerte bofetada á un cenobita para poner á prueba su paciencia. Los solitarios primitivos renunciaban á la propiedad y á la familia; los cenobitas renunciaron además á su voluntad. Al entrar en el instituto, se comprometían á no poseer nada, á no tomar esposa y á obedecer. « Los monjes, dice San Basilio, viven vida espiritual como los ángeles. » — Los cenobitas se reunieron primeramente construyendo sus cabañas unas al lado de otras. Más tarde edificó cada comunidad una gran casa, el *monasterio*, donde tuvo el monje su celda particular. Un cristiano compara esas mansiones con « una colmena de abejas en que todos tienen en las manos la cera del trabajo y en

la boca la miel de los salmos y de las oraciones. » Esas instituciones necesitaban un reglamento escrito, que se llamó *regla monástica*. San Pacomio fué el autor de la primera; San Basilio redactó otra que adoptaron casi todos los monasterios de Oriente.

XXVI. — EL BAJO IMPERIO.

BOISSIER, *La religión romana*. — DURUY, *Historia de los romanos*. — CANTÚ, *Historia universal*.

LAS REVOLUCIONES DEL SIGLO III.

La Anarquia militar. — Las guerras civiles volvieron á empezar después de los Antoninos. En el imperio había entonces, á más del pequeño cuerpo de los pretorianos residente en Roma, varios grandes ejércitos, acampados en el Rhin, en el Danubio, en Oriente y en Inglaterra. Todos ellos querían hacer emperador á su respectivo general. Ordinariamente, los competidores se baten hasta que sólo queda uno; éste gobierna varios años y al fin es asesinado (1), ó si por casualidad muere naturalmente en el trono, los soldados se levantan contra su hijo, empezando de nuevo la guerra. — Como ejemplo puede citarse lo que pasó en 193. Los pretorianos habían muerto al emperador Pertinax y entonces sacaron á subasta el mando supremo. Sulpiciano ofrecía mil pesos por soldado; pero Didio llegó á más de mil doscientos. Así fué que los pretorianos llevaron á este último al senado y lo hicieron elegir emperador; mas, no pudo pagar la suma ofrecida y lo asesinaron. Al mismo tiempo, los tres grandes ejércitos de Bretaña, de Iliria y de Siria proclamaban emperadores á sus jefes y todos se ponían en marcha sobre Roma. Las primeras en llegar fueron

(1) Entre los siglos primero y tercero, de 45 emperadores murieron asesinados 29.

nando á los acreedores que perdonasen á sus deudores y á los señores que diesen libertad á sus esclavos; llegó á mandar reprimendas á los ministros y á dar consejos al emperador. — Este género de vida se llamaba *ascetismo* (ejercicio).

Los cenobitas. — Los solitarios que vivían en el mismo desierto se reunieron para practicar en común las austeras prácticas de su vida. Ya en torno de San Antonio se habían juntado muchos anacoretas que seguían sus instrucciones. San Pacomio (272-348) reunió 3.000, que se instalaron en Tabenna, cerca de la primera catarata del Nilo. Además, se fundaron otras muchas comunidades análogas, de hombres y de mujeres. Un viajero cuenta que el año 356 vió en una sola ciudad de Egipto 10.000 monjes y 20.000 religiosas. También las hubo en Siria, en Palestina y en todo Oriente. Los solitarios reunidos pasaron á ser *cenobitas* (gentes que viven en común). Elegían un jefe, el *abad*, de una voz siria qui significa padre, y le obedecían enteramente. Casiano vió en una comunidad de Egipto que el abad dió en pleno refectorio una fuerte bofetada á un cenobita para poner á prueba su paciencia. Los solitarios primitivos renunciaban á la propiedad y á la familia; los cenobitas renunciaron además á su voluntad. Al entrar en el instituto, se comprometían á no poseer nada, á no tomar esposa y á obedecer. « Los monjes, dice San Basilio, viven vida espiritual como los ángeles. » — Los cenobitas se reunieron primeramente construyendo sus cabañas unas al lado de otras. Más tarde edificó cada comunidad una gran casa, el *monasterio*, donde tuvo el monje su celda particular. Un cristiano compara esas mansiones con « una colmena de abejas en que todos tienen en las manos la cera del trabajo y en

la boca la miel de los salmos y de las oraciones. » Esas instituciones necesitaban un reglamento escrito, que se llamó *regla monástica*. San Pacomio fué el autor de la primera; San Basilio redactó otra que adoptaron casi todos los monasterios de Oriente.

XXVI. — EL BAJO IMPERIO.

BOISSIER, *La religión romana.* — DURUY, *Historia de los romanos.* — CANTÚ, *Historia universal.*

LAS REVOLUCIONES DEL SIGLO III.

La Anarquía militar. — Las guerras civiles volvieron á empezar después de los Antoninos. En el imperio había entonces, á más del pequeño cuerpo de los pretorianos residente en Roma, varios grandes ejércitos, acampados en el Rhin, en el Danubio, en Oriente y en Inglaterra. Todos ellos querían hacer emperador á su respectivo general. Ordinariamente, los competidores se baten hasta que sólo queda uno; éste gobierna varios años y al fin es asesinado (1), ó si por casualidad muere naturalmente en el trono, los soldados se levantan contra su hijo, empezando de nuevo la guerra. — Como ejemplo puede citarse lo que pasó en 193. Los pretorianos habían muerto al emperador Pertinax y entonces sacaron á subasta el mando supremo. Sulpiciano ofrecía mil pesos por soldado; pero Didio llegó á más de mil doscientos. Así fué que los pretorianos llevaron á este último al senado y lo hicieron elegir emperador; mas, no pudo pagar la suma ofrecida y lo asesinaron. Al mismo tiempo, los tres grandes ejércitos de Bretaña, de Iliria y de Siria proclamaban emperadores á sus jefes y todos se ponían en marcha sobre Roma. Las primeras en llegar fueron

(1) Entre los siglos primero y tercero, de 45 emperadores murieron asesinados 29.

las legiones de Iliria y Septimio Severo que las mandaba recibió de los senadores la investidura imperial. Entonces empezaron dos sangrientas guerras, una contra las legiones de Siria y otra con las de Bretaña. Severo las venció en una lucha de dos años. Este soberano resumía su política diciendo : « Hijos míos, tened contentos á los soldados y reíos de lo demás. » Efectivamente, durante un siglo no hubo más regla de gobierno que la voluntad de las tropas; éstas daban muerte á los emperadores que no les gustaban y ponían otros en su lugar.


Monumento en honra de Mitra.

Esa época vió soberanos extravagantes : Eliogábalo, sacerdote sirio, que se vestía de mujer y permitía que su madre reuniese un senado femenino; Maximino, soldado de fortuna, gigante bárbaro y sanguinario, que se comía, según parece 30 libras de carne y se bebía 20 litros de vino al día. Una vez hubo al mismo tiempo veinte emperadores en distintos puntos del imperio (260-278); el pueblo los llamó los *Treinta tiranos*.

El culto de Mitra. — Ese siglo de guerras lo fué también de supersticiones. Isis, Osiris, todas las deidades de Oriente tienen adoradores; pero el dios universal del Imperio puede decirse que fué uno de origen persa, Mitra, imagen del Sol. Los monumentos erigidos en honra suya, que se encuentran en las distintas provincias del imperio (1), lo representan conteniendo á un

(1) En el Museo del Louvre hay varios.

toro, con esta inscripción : « Al sol invencible, al dios Mitra. » Su culto es complicado y en ciertos puntos análogo al cristiano : hay en él un bautismo, comidas sagradas, una unción, penitencias y capillas. Para ser admitido en él se necesita una iniciación, ayunar, y someterse á pruebas espantosas.

La religión de Mitra fué, á fines del siglo III, el culto oficial del Imperio. El *Dios invencible* era adorado por los emperadores; en todas partes tenía capillas, en forma de grutas, con altares y bajo-relieves. Aureliano le erigió en Roma un templo magnífico.

Los tauróbolos. — Una de las necesidades mayores de la época parece haber sido la de reconciliarse con la divinidad; así es que se inventan ceremonias de purificación. La más singular es el *tauróbolo*. El fiel, vestido con una túnica blanca cubierta de adornos dorados, se coloca en el fondo de una fosa, que cierran sobre su cabeza por medio de un tabladillo lleno de agujeros. Allí se lleva un toro, que el sacerdote mata, dejando que corra su sangre á través de los agujeros, para ir á inundar el traje, el rostro y la cabellera del creyente. Ese « bautismo de sangre » tenía la virtud de lavar las culpas. El que lo recibía nacía á vida nueva; cuando salía de la fosa presentaba aspecto repugnante; pero él se consideraba feliz y las gentes envidiaban su suerte.

Confusión de las religiones. — En ese siglo anterior á la victoria del cristianismo, acaban de mezclarse y confundirse las religiones paganas. El Sol es adorado al mismo tiempo con este nombre y con los de Helios, Baal, Eliogábalo y Mitra. Esos cultos copian mutuamente sus ceremonias y en ocasiones imitan las de los cristianos. Hasta se habían apropiado en cierto modo

la vida de Cristo. El filósofo asiático Apolonio de Tiana, que vivió en el siglo I (3-96), se había convertido para las gentes en una especie de profeta legendario, hijo de un dios, que recorría el mundo con sus discípulos, ahuyentando á los demonios, curando á los enfermos y resucitando á los muertos. Decíase que había venido á reformar la doctrina de Pitágoras y la de Platón. En el siglo III mandó una emperatriz que se escribiera la vida de Apolonio, para hacer de ella como un evangelio pitagórico frente al cristiano. — El ejemplo más característico de esta confusión religiosa lo dió Alejandro Severo, emperador honrado, concienzudo y de excelente carácter, quien tenía en su palacio una capilla donde veneraba á los bienhechores de la humanidad: Abrahán, Orfeo, Jesús y Apolonio de Tiana.

EL RÉGIMEN DEL BAJO IMPERIO.

Reformas de Diocleciano y de Constantino. — Al cabo de un siglo de guerras civiles hubo al fin emperadores que lograron poner término al desorden; éstos fueron hombres del pueblo severos y activos, soldados de fortuna que llegaron de grado en grado hasta el puesto de generales en jefe y luego á la magistratura suprema. Casi todos ellos (1) eran oriundos de las provincias semibárbaras del Danubio y de Iliria; algunos habían sido en sus primeros años pastores ó mozos de labranza. Así es que tenían las costumbres sencillas de los antiguos generales romanos. Cuando los mensajeros del rey de Persia pidieron que se les llevase á presencia de Probo, se encontraron con un anciano calvo, vestido

(1) Claudio, Aureliano, Probo, Diocleciano, Maximino, Galerio, Constancio y Constantino.

con una túnica de lana, que estaba sentado en el suelo comiendo guisantes y tocino. Era á cinco siglos de distancia la historia de Curio Dentato.

Estos emperadores restablecieron á fuerza de severidad la disciplina en el ejército y el orden en el imperio; pero con todo, era necesaria una revolución, que consistió en lo siguiente:

1°. Como un solo hombre no era suficiente para gobernar tan inmenso territorio, en adelante el emperador tomó en su familia ó entre sus amigos dos ó tres colaboradores, cada uno de los cuales se encargaba de administrar parte del imperio. Su título ordinario era el de *César*, pero en ocasiones hubo dos emperadores iguales que llevaban ambos el título de *Augusto*. Cuando moría el soberano, lo reemplazaba uno de los Césares: ya los ejércitos no pudieron seguir nombrando emperadores.

2°. Como las provincias eran demasiado grandes, Diocleciano las dividió;

3°. Como los pretorianos de Roma eran peligrosos, Diocleciano los sustituyó por dos legiones;

y 4°. Como el Occidente estaba arruinado y despoblado, el Oriente pasó á ser la parte más importante del imperio. Diocleciano abandonó Roma y fué á establecer su capital en Nicomedia, población del Asia Menor. Constantino hizo más, pues fundó en la parte oriental una nueva Roma, Constantinopla.

Constantinopla. — Unos colonos griegos fundaron la ciudad de Bizancio en un promontorio donde Europa sólo está separada de Asia por el estrecho canal del Bósforo, y en un país de hermoso cielo, ricos viñedos y abundantes mieses. Las colinas que la rodeaban hacían fácil su defensa; su puerto, el *cuerno de oro*, uno de los

mejores del mundo, podía albergar 1200 navíos, y una cadena de 250 metros de largo bastaba para cerrarlo contra los ataques de una escuadra enemiga. Ese fué el punto elegido por el emperador para edificar la ciudad á que iba á dar su nombre, Constantinopla. Rodeáronla de fuertes baluartes é hicieron en ella dos plazas monumentales rodeadas de pórticos, construyendo además un palacio imperial, un circo, teatros, acueductos, termas, templos y una iglesia cristiana. Constantino adornó su ciudad con estatuas y bajos relieves célebres, y para poblarla, trasplantó por fuerza á su recinto la población de las ciudades vecinas, ofreciendo recompensas y honores á las grandes familias que fuesen á instalarse en ella; por otra parte, organizó como en Roma distribuciones de trigo, de vino, de aceite y espectáculos incesantes. Fué una de esas creaciones rápidas, casi fantásticas, como gustan en Oriente. Los trabajos empezaron el 4 de Noviembre del año 326, y el 11 de Mayo de 330 se celebraba la consagración; pero Constantinopla no fué una creación efímera. Durante diez siglos resistió á todas la invasiones, conservando en medio de las ruinas del imperio romano su categoría de capital. Todavía hoy es la primera ciudad de Oriente.

El palacio. — Los emperadores de Oriente (1) adoptaron las costumbres asiáticas, y se vistieron con trajes flotantes de seda y de oro, adornando su frente con una

(1) Hubo varias veces dos emperadores, uno de Oriente y otro de Occidente; pero siempre un imperio *único*. Los dos soberanos constituían una sola persona moral, por más que residían separados, en Italia y Constantinopla. Cuando se les hablaba se decía *vos*, como si se dirigiera la palabra á los dos emperadores. De ahí procede e uso del *vos* (*usted*), pues la antigüedad entera hablaba de *tú* hasta á los soberanos.

diadema de perlas. Encerráronse en sus palacios, sentándose en un trono de oro, rodeados por sus ministros, y separados del pueblo por multitud de cortesanos, de servidores, de funcionarios y de guardias. Había que prosternarse ante ellos en señal de adoración y se les daba el título de *Señor* y de *Majestad*. Tratábaseles como á dioses; cuanto se refería á su persona era sagrado, el *palacio*, la *cámara*, el *consejo de Estado*; hasta el *tesoro* recibía ese calificativo de *sagrado*.

Este régimen es el que ha recibido en la historia el nombre de *Bajo Imperio*, por oposición al de los tres siglos anteriores ó Alto Imperio.

La vida de un soberano del Alto Imperio (siglos I al III) siguió siendo la de un magistrado y de un general; el palacio de un emperador del Bajo Imperio se asemeja á la corte del rey de Persia.

Los funcionarios. — Los funcionarios son ahora mucho más numerosos. Diocleciano consideró demasiado grandes las provincias y las dividió en varios pedazos. Por ejemplo, en la Galia la Lionesa fué dividida en cuatro y la Aquitania en tres. En adelante hubo 117 gobernadores, en vez de 46. Al mismo tiempo se subdividieron los empleos. Junto con los gobernadores y los intendentes hay en las provincias fronterizas comandantes militares, *duques* y *condes*. El emperador conserva á su lado un pequeño ejército escogido para guarnecer su palacio, guardias de corps, chambelanes, intendentes, criados, un consejo de Estado, ujieres, emisarios y numerosos secretarios divididos en cuatro *despachos*.

Estos empleados no reciben órdenes directas del emperador, sino de los funcionarios superiores ó jefes del servicio. Los gobernadores obedecen á los dos *prefectos del pretorio*, los empleados de obras públicas á los dos

prefectos urbanos, los recaudadores de rentas al *conde de las munificencias sagradas*, los intendentes al *conde del patrimonio*, los oficiales á los *maestres de los soldados*, los empleados de palacio al *maestre de ceremonias* y los criados de la corte al *jefe de la cámara sagrada*. Estos funcionarios principales son una especie de ministros.

Nosotros nos damos cuenta sin dificultad de este sistema, pues estamos acostumbrados á ver *funcionarios*, jueces, generales, perceptores, ingenieros, organizados en *servicios distintos*, cada uno de ellos con su misión especial, agrupados bajo las órdenes de un ministro jefe de servicio; y en general los Estados modernos tienen más ministerios de los que había en Constantinopla. Sin embargo, esta organización que ha llegado á hacérsenos familiar porque la conocemos desde la infancia, es complicada y opuesta á la naturaleza de las cosas. El Bajo Imperio dió el primer modelo; el bizantino la conservó y, de entonces acá, todos los gobiernos absolutos han tratado de imitarla, porque facilita la gobernación de los pueblos.

La sociedad del Bajo Imperio. — De modo que el Bajo Imperio constituye un momento decisivo en la historia de la civilización. El poder absoluto del magistrado romano se une allí con el pomposo ceremonial de los reyes de Oriente para constituir un poder de que hasta entonces no había ejemplo en la historia. Esta inaudita majestad aniquila todo en torno suyo; los habitantes del imperio dejan de ser *ciudadanos*; desde el siglo cuarto se les llama en latín *súbditos* (sometidos) y en griego *esclavos*. En efecto, todos pertenecen al emperador; pero en ellos hay categorías ó grados de nobleza que el señor les confiere y que ellos transmiten á sus

hijos. He aquí esa nomenclatura por su orden de mayor á menor (1):

1°. Los *nobilísimos* (muy nobles); constituyen la familia imperial;

2°. Los *ilustres* (brillantes); son los ministros jefes de servicio;

3°. Los *espectables* (considerables); son los altos dignatarios;

4°. Los *clarísimos* (muy gloriosos); son los funcionarios superiores (también los llaman *senadores*);

y 5°. Los *perfectísimos* (muy perfectos).

Todo hombre importante pertenece á alguna de esas categorías y tiene su título y funciones (2). Las únicas personas que valen y significan algo son los empleados y los cortesanos: ese es el reinado de las distinciones y de la etiqueta. Nunca se había visto con análoga claridad adónde puede llevar el poder absoluto unido á la manía de los títulos y al deseo de reglamentar todo. — El Bajo Imperio fué el tipo perfecto de una sociedad convertida en máquina y de un gobierno condensado en la corte. Realizó, pues, el ideal que todavía hoy se proponen los partidarios del poder absoluto; y los amigos de libertad tendrán que luchar por espacio de mucho tiempo aún contra las tradiciones de ese remoto régimen.

TRIUNFO DEL CRISTIANISMO.

Triunfo del cristianismo. — Durante los dos pri-

(1) Sin contar los antiguos títulos, *cónsul*, *pretor*, que se conservaron, y el nuevo de *patricio* que se concedía por favor especial.

(2) Esta organización se conoce por un almanaque oficial del año 419, titulado *Noticia de las dignidades y poderes tanto civiles como militares en el país de Oriente y en el de Occidente*. Cada dignatario tiene allí su artículo especial, precedido por un grabado que representa sus insignias.

meros siglos de nuestra era, los cristianos ocuparon lugar muy secundario en el imperio, pues casi todos ellos eran gentes del común, obreros, libertos, esclavos, que vivían oscurecidos en la multitud de las grandes ciudades. La alta sociedad ignoró su existencia mucho tiempo; Suetonio, escritor del siglo II, habla de Cristo en su *Historia de los Césares* como de un tal Cristo que agitaba el populacho de Roma. Cuando los ricos y los hombres ilustrados empezaron á darse por enterados de la religión nueva, fué para burlarse de ella, como de una creencia que sólo los pobres y los ignorantes podían seguir, sin comprender que precisamente por dirigirse á los desheredados del mundo, prometiéndoles la compensación de la vida venidera, es por lo que el cristianismo hacía tantos prosélitos. Las persecuciones lo fortalecieron, en vez de aniquilarlo: los fieles decían que « la sangre de los mártires era semilla de cristianos. » Las conversiones continuaron durante todo el siglo III, no ya únicamente entre los pobres, sino también entre los miembros de grandes familias. Oriente entero era cristiano á principios del siglo IV. La madre de Constantino fué una cristiana, Elena, que la Iglesia cuenta en el número de las santas. Ese emperador tomó por insignia en la lucha contra su rival un estandarte, el *lábaro*, con la cruz y las iniciales de Cristo bordadas en él; su victoria fué la de los cristianos, que pudieron en adelante practicar libremente su culto, gracias al edicto de 313, y que no tardaron en ocupar situación privilegiada. Sin embargo, Constantino no rompió con la antigua religión y á la vez que presidía la asamblea general de los obispos cristianos, continuaba usando el título de *Pontífice Máximo;* llevaba en su casco un clavo de la verdadera cruz y dejaba acuñar en sus monedas la imagen del Dios-Sol; y si bien mandó edificar en su capital una

iglesia cristiana, también erigió un templo á la *Victoria*. Por espacio de medio siglo fué difícil saber cuál era la religión oficial del imperio.

Organización de la Iglesia. — Los cristianos no habían pensado nunca en derribar el imperio, ni aun en la época de la persecución; así fué que apenas terminó ésta, los obispos se convirtieron en aliados del emperador. Entonces se organizó definitivamente la Iglesia, tomando como modelo el Bajo Imperio, en la forma que conserva todavía. Cada división administrativa tuvo un *obispo* que residía en la ciudad principal de la misma y gobernaba á los fieles de su *diócesis*, nombre que se daba al territorio sometido á su jurisdicción. El número de diócesis y de obispos fué, pues, análogo en el Bajo Imperio al de esas divisiones. Esto explica que en Oriente y en Italia, que estaban llenas de ciudades con su territorio dependiente fuera tan grande el número de obispos y tan pequeñas las diócesis; mientras que en la Galia, entre los Pirineos y el Rhin sólo hubo 120, casi todas ellas tan grandes como un departamento francés actual, menos en el sur. — Las provincias formaron *provincias eclesiásticas;* el obispo de la capital (metrópoli) recibió el calificativo de *metropolitano;* más adelante se le llamó *arzobispo*.

Por encima de todos estaba el obispo de Roma, sucesor del apóstol Pedro, el *Papa*, jefe supremo de la Iglesia.

Los concilios. — En este siglo empezaron las grandes asambleas de la Iglesia, los *concilios*. Antes había habido ya *concilios particulares*, á que asistían los obispos y sacerdotes de una provincia. Constantino fué el primero que convocó, en 324, una *asamblea general de la tierra* (concilio ecuménico) en Nicea, población del Asia Menor;

318 eclesiásticos asistieron á él, discutieron cuestiones teológicas y redactaron la confesión de fe de los católicos, el *símbolo de Nicea*, que los fieles cantan todavía en misa todos los domingos. Después de esto, el emperador escribió á todas las iglesias « que se conformaran con la voluntad de Dios expresada por el concilio. » Este fué el primer concilio ecuménico; sucesivamente se celebraron otros tres, hasta el momento en que la llegada de los bárbaros hizo imposibles las reuniones generales de toda la Iglesia. Los acuerdos de esas asambleas eran leyes para todos los cristianos : se les daba el nombre de *cánones* (reglas) (1). El conjunto de esos preceptos es el *derecho canónico*.

Los herejes. — Desde el siglo II hubo entre los cristianos *herejes* que profesaban ideas opuestas á las de la mayoría de la Iglesia. Los obispos de una misma región se reunieron en distintas ocasiones para poner en guardia á los fieles contra la falsedad de una doctrina, obligar á su autor á renegarla y, si se negaba á ello, para expulsarlo de la comunión cristiana. Solía ocurrir sin embargo que el propagador de la herejía (*heresiarca*) tenía partidarios persuadidos de las máximas por él sostenidas, que se negaban á someterse y continuaban profesando las doctrinas condenadas. Esto era causa de luchas violentas entre ellos y los fieles afectos á las opiniones de la Iglesia (los *oxtodoxos*). Mientras los cristianos se vieron perseguidos y fueron débiles, esos combates se reducían á discursos y escritos; pero cuando la sociedad entera adoptó esta fe, la lucha contra los heterodoxos se convirtió en persecución y á veces en verdadera guerra civil.

(1) Todavía hoy la palabra canónico significa : conforme al canon, á la regla.

Casi todas las herejías de aquella época tuvieron origen entre los griegos de Asia y de Egipto, gentes sutiles, sofistas y dados á discurrir; en general fueron tentativas para explicar los misterios de la Trinidad y de la Encarnación. La más poderosa de esas doctrinas fué la de Arrio, quien enseñaba que Cristo fué creado por el Padre y no es igual á éste. El concilio de Nicea lo condenó, pero su herejía, el *arrianismo*, se extendió por todo Oriente. Á partir de entonces y por espacio de dos siglos, arrianos y católicos lucharon por el predominio en la Iglesia, y el partido más fuerte destituía, desterraba, reducía á prisión y hasta daba muerte á los jefes del bando enemigo.

Los arrianos llevaron la mejor parte en la lucha mucho tiempo, pues varios emperadores los sostuvieron y cuando los bárbaros entraron en el imperio, se convirtieron á esa secta y defendieron á los obispos arrianos. El catolicismo necesitó más de dos siglos para vencer esa herejía.

El Paganismo. — La antigua religión de los gentiles no desapareció de golpe. Oriente se convirtió pronto; pero en Occidente sólo eran cristianas las ciudades, y aun en ellas seguían adorando los ídolos. Los primeros emperadores cristianos no quisieron romper con la antigua religión imperial; así es que protegían al mismo tiempo á los obispos cristianos y á los sacerdotes de los dioses; presidían los concilios y seguían siendo pontífices máximos. Hasta hubo uno de ellos, Juliano, que quiso restaurar el antiguo culto. El primero que se negó á aceptar las insignias de pontífice máximo fué Graciano en 384. Pero como entonces era general la intolerancia, apenas dejó de ser oficial la religión romana, empezaron á perseguirla. El fuego sagrado que desde

hacía tantos siglos ardía en Roma fué apagado y expulsadas las vestales; los últimos juegos olímpicos se celebraron en 394. Entonces salieron de sus desiertos los solitarios egipcios para destruir los altares de los falsos dioses y poner reliquias en los santuarios de Anubis y de Serapis. Un obispo de Siria, Marcelo, se puso al frente de una banda de soldados y de gladiadores, derribó el templo de Júpiter en Apamea y recorrió el país destruyendo los santuarios; los campesinos lo mataron y la Iglesia lo colocó entre los santos.

Al cabo de poco tiempo, sólo quedaban idólatras en las campiñas; eran éstos labradores que seguían adorando los árboles sagrados y las fuentes, y reuniéndose en recónditos santuarios (1). Los cristianos dieron entonces el nombre de *paganos* (*paisanos*, *campesinos*) á los que hasta entonces llamaron *gentiles*, y ese es el calificativo que la historia ha conservado. El paganismo continuó vegetando oscuramente en Italia, en la Galia y en España hasta fines del siglo VI.

Teodosio. — Hacía ya más de dos siglos, que duraban las incursiones de los bárbaros en el Imperio, cuando salió de las estepas de Asia un pueblo de jinetes tártaros, los hunos, y se arrojó sobre los germanos, que ocupaban la región situada al norte del Danubio. En este punto existía un gran reino germánico, el de los godos, que Ulfilas, un arriano, acababa de convertir al cristianismo. Parte de esa gente, los del oeste ó visigodos, entraron en territorio romano huyendo de la invasión, vencieron á los ejércitos imperiales que querían cerrarles el paso, y se extendieron hasta Grecia. Habiendo muerto

(1) Varios santos recibieron el martirio, lo mismo que San Marcelo, de manos de los campesinos, irritados al verles derribar sus ídolos.

Valente, emperador de Oriente, en la derrota de Andrinópolis (378) el emperador de Occidente, Graciano, tomó como colega á Teodosio, noble español, y le dió con el título de Augusto, la corona de Constantinopla (379). Éste logró rehacer un ejército, evitando grandes batallas con los visigodos, y á fuerza de escaramuzas, los obligó á tratar. Los invasores consintieron en ponerse al servicio del Imperio, y Teodosio les dió tierras en las provincias de la margen derecha del Danubio, encargándolos de defender el paso del río. — Así que hubo arreglado las cosas en Oriente, Teodosio pasó á Occidente, donde el usurpador Máximo (383) había mandado dar muerte á Graciano. Ese Máximo mandaba las tropas romanas en Bretaña (Inglaterra), y abandonando dicho territorio á las incursiones de los montañeses de Escocia, pasó á la Galia con su ejército, derrotó á Graciano é invadió la Italia, quedando dueño de Occidente, mientras Teodosio lo era de Oriente. La lucha entre ellos fué no sólo personal sino también religiosa. El español era católico, hasta el punto de que había reunido un concilio en Constantinopla para condenar la herejía de Arrio (381), y por el contrario, Máximo miraba con prevención á la Iglesia. La guerra tuvo por campo las orillas del Save, donde Máximo fué vencido, preso y ejecutado. — Teodosio dió la corona de Occidente á Valentiniano II, hijo de Graciano, y volvió á Oriente; pero Arbogasto, bárbaro franco, que mandaba las tropas de Valentiniano, mandó matar á su jefe, y no atreviéndose á proclamarse emperador por no ser romano, puso en el trono á Eugenio. Ésta fué una lucha religiosa: Arbogasto se declaró por los paganos; pero Teodosio triunfó de nuevo, hizo degollar á Eugenio y quedó siendo emperador único. Su triunfo fué el de la Iglesia católica. El soberano dictó en 391 el *edicto de Milán*, prohibiendo

practicar la antigua religión. El que ofrecía un sacrificio, adoraba un ídolo ó entraba en un templo pagano, debía ser condenado á muerte como criminal de Estado, y sus bienes eran confiscados en provecho del denunciador. Todos los santuarios del culto romano fueron destruídos ó transformados en iglesias. Así es que Teodosio fué considerado por los escritores eclesiásticos como el modelo de los emperadores; la verdad es que dió ejemplo singular de sumisión á la Iglesia. Los habitantes de Tesalónica se habían sublevado, dando muerte á su gobernador, y derribando las estatuas del emperador; Teodosio lleno de ira mandó pasarlos á cuchillo, y 7000 personas perecieron. Pues bien, cuando el soberano se presentó poco tiempo después en la catedral de Milán, el obispo San Anselmo le salió al paso, le echó en cara su crimen ante todo el pueblo, y declaró que no podía permitir que entrara en la iglesia un hombre manchado por tantos asesinatos. Teodosio reconoció su culpa, aceptó la penitencia pública que el obispo le imponía, y durante ocho meses permaneció en la puerta de la iglesia.

XXVII. — FIN DEL IMPERIO ROMANO (1).

Fustel de Coulanges, *Estudios sobre las instituciones de la antigua Francia.* — Tácito, *La Germania.* — Geffroy, *Roma y los bárbaros* — Bordier y Chartón, *Historia de Francia.*

EL MUNDO BÁRBARO EN EL SIGLO IV.

Guerra contra los germanos. — En las márgenes derecha del Rhin é izquierda del Danubio, en los países

(1) De aquí en adelante la *historia de la civilización* se confunde con la de las naciones modernas. Nos limitaremos, pues, á mencionar los principales acontecimientos indicando su influencia en el desarrollo de los pueblos.

llamados hoy alemanes, habitaban pueblos todavía bárbaros, que en Roma llamaban *germanos*, y que eran, como los indostánicos, los persas, los griegos y los romanos, de raza arya, procedentes de Asia, pastores al principio y labradores más tarde, á la vez que guerreros. Dividíanse en varias tribus (unas cuarenta), que se gobernaban con independencia unas de otras y que se hacían á menudo la guerra. Cuando los germanos de la frontera se encontraron frente á frente de los ejércitos romanos, cosa que ocurrió desde el siglo I, empezaron á luchar con ellos. Entonces comenzó la serie de guerras parciales interrumpidas por tratados de paz; las grandes batallas eran escasas, pero en cambio abundaban las incursiones, los incendios de caseríos, la reducción de los habitantes á la esclavitud y, de tiempo en tiempo, algunas grandes matanzas. En el año 18 penetraron en los pantanos y los bosques del Tentoburgerwald tres legiones romanas mandadas por Varo, y las tres perecieron sin que escapase ni un solo hombre (1); pero lo general era que los romanos, mejor armados y disciplinados que los bárbaros, los vencían, los hacían prisioneros y los vendían como esclavos. Las cosas ocurrían así todavía en el siglo IV; un oficial romano, que había servido en esas campañas (2), dice con motivo de la batalla de Estrasburgo : « Los bárbaros nos eran superiores en estatura y fuerza muscular, y nosotros en la

(1) Se ha escrito varias veces, sobre todo en Alemania, que entonces hubo un levantamiento nacional de los germanos contra Roma; y el jefe vencedor, Arminio, ha sido llamado libertador y hasta le han erigido estatuas. La verdad es que Arminio no mandaba sino una tribu, si bien es indudable que la causa de la irritación de ese pueblo fué el horror que le causaban las leyes romanas, que Varo pretendía imponerles. Parece que los guerreros bárbaros, al tener en sus manos á un abogado romano de la escolta de Varo, le arrancaron la lengua diciéndole : Silba ahora, víbora.

(2) Amiano Marcelino.

practicar la antigua religión. El que ofrecía un sacrificio, adoraba un ídolo ó entraba en un templo pagano, debía ser condenado á muerte como criminal de Estado, y sus bienes eran confiscados en provecho del denunciador. Todos los santuarios del culto romano fueron destruídos ó transformados en iglesias. Así es que Teodosio fué considerado por los escritores eclesiásticos como el modelo de los emperadores; la verdad es que dió ejemplo singular de sumisión á la Iglesia. Los habitantes de Tesalónica se habían sublevado, dando muerte á su gobernador, y derribando las estatuas del emperador; Teodosio lleno de ira mandó pasarlos á cuchillo, y 7000 personas perecieron. Pues bien, cuando el soberano se presentó poco tiempo después en la catedral de Milán, el obispo San Anselmo le salió al paso, le echó en cara su crimen ante todo el pueblo, y declaró que no podía permitir que entrara en la iglesia un hombre manchado por tantos asesinatos. Teodosio reconoció su culpa, aceptó la penitencia pública que el obispo le imponía, y durante ocho meses permaneció en la puerta de la iglesia.

XXVII. — FIN DEL IMPERIO ROMANO (1).

Fustel de Coulanges, *Estudios sobre las instituciones de la antigua Francia.* — Tácito, *La Germania.* — Geffroy, *Roma y los bárbaros* — Bordier y Chartón, *Historia de Francia.*

EL MUNDO BÁRBARO EN EL SIGLO IV.

Guerra contra los germanos. — En las márgenes derecha del Rhin é izquierda del Danubio, en los países

(1) De aquí en adelante la *historia de la civilización* se confunde con la de las naciones modernas. Nos limitaremos, pues, á mencionar los principales acontecimientos indicando su influencia en el desarrollo de los pueblos.

llamados hoy alemanes, habitaban pueblos todavía bárbaros, que en Roma llamaban *germanos*, y que eran, como los indostánicos, los persas, los griegos y los romanos, de raza arya, procedentes de Asia, pastores al principio y labradores más tarde, á la vez que guerreros. Dividíanse en varias tribus (unas cuarenta), que se gobernaban con independencia unas de otras y que se hacían á menudo la guerra. Cuando los germanos de la frontera se encontraron frente á frente de los ejércitos romanos, cosa que ocurrió desde el siglo I, empezaron á luchar con ellos. Entonces comenzó la serie de guerras parciales interrumpidas por tratados de paz; las grandes batallas eran escasas, pero en cambio abundaban las incursiones, los incendios de caseríos, la reducción de los habitantes á la esclavitud y, de tiempo en tiempo, algunas grandes matanzas. En el año 18 penetraron en los pantanos y los bosques del Tentoburgerwald tres legiones romanas mandadas por Varo, y las tres perecieron sin que escapase ni un solo hombre (1); pero lo general era que los romanos, mejor armados y disciplinados que los bárbaros, los vencían, los hacían prisioneros y los vendían como esclavos. Las cosas ocurrían así todavía en el siglo IV; un oficial romano, que había servido en esas campañas (2), dice con motivo de la batalla de Estrasburgo : « Los bárbaros nos eran superiores en estatura y fuerza muscular, y nosotros en la

(1) Se ha escrito varias veces, sobre todo en Alemania, que entonces hubo un levantamiento nacional de los germanos contra Roma; y el jefe vencedor, Arminio, ha sido llamado libertador y hasta le han erigido estatuas. La verdad es que Arminio no mandaba sino una tribu, si bien es indudable que la causa de la irritación de ese pueblo fué el horror que le causaban las leyes romanas, que Varo pretendía imponerles. Parece que los guerreros bárbaros, al tener en sus manos á un abogado romano de la escolta de Varo, le arrancaron la lengua diciéndole : Silba ahora, víbora.

(2) Amiano Marcelino.

táctica y disciplina. Los romanos fiaban en la inteligencia y sus enemigos en la fuerza bruta. »

Los pueblos germánicos. — Los germanos no poseían, como los griegos y los romanos, poblaciones fortificadas en que vivían los ciudadanos, ni querían tenerlas. Un escritor romano dice que « temen la residencia en las ciudades, que consideran como tumbas donde el hombre se entierra vivo. » Así es que habitaban, sea en casas aisladas, ó en caseríos protegidos por una empalizada (1). Cada familia era dueña de una morada, un campo y una pradera; los bosques, los pastos y los ríos eran propiedad común de todo el pueblo. Las aldeas de una región formaban una misma tribu, que celebraba asambleas de justicia para poner término á las cuestiones particulares, y otras generales para tratar de los asuntos de gran importancia. Los germanos asistían á esas reuniones completamente armados, pues entre ellos todo propietario era guerrero, y cada tribu un ejército. — Cuando aumentaba el número de habitantes, de modo que no bastaba á sustentarlos el territorio que poseían, parte de la tribu, y en ocasiones toda ella, se ponía en marcha con las mujeres y los niños, llevando sus muebles en carros, hasta encontrar una región más conveniente. Frecuentemente se presentaban en la frontera romana y pedían tierras, resueltos á tomarlas por fuerza si no se las daban. Más de un pueblo germánico fué destruído en una de esas marchas por los ejércitos romanos. El año 269, pasaron el Danubio 300.000 guerreros godos con sus mujeres é hijos, seguidos por una larga fila de carros. El emperador Claudio los atacó con un pequeño ejército, trabándose una gran batalla;

(1) La palabra inglesa *town* (ciudad) significó primitivamente empalizada, coto; en alemán es *zaun*.

además, durante todo el invierno siguiente, hubo combates constantes en los Balkanes. Al fin de la campaña, los bárbaros habían desaparecido; los hombres murieron peleando y las mujeres fueron reducidas á esclavitud.

Las bandas. — La mayor parte de los guerreros germanos no consideraban digna del hombre más que la guerra. « Cuando no batallan, dice Tácito, pasan su tiempo cazando y sobre todo, en domir y comer... Los más valientes y belicosos no hacen nada, dejando que cuiden de sus casas y campos las mujeres, los ancianos y los débiles, y ellos viven como adormecidos. » Cada pueblo contaba multitud de esos guerreros de oficio, que se reunían en torno de otro noble ó famoso y le juraban fidelidad. De este modo se constituía una banda de *compañeros* afectos á un jefe, que vivían con él, comían en su mesa, que lo rodeaban en el combate y morían defendiéndolo. Estas bandas necesitaban de la guerra, los simples compañeros para distraerse de la vida de comilonas y de ociosidad, el jefe para sostener á sus hombres. Cuando una tribu ó pueblo estaba en paz, las bandas de guerreros se iban con sus jefes á pelear en compañía de otro pueblo y también á guerrear por su cuenta. Lo que principalmente les atraía era el Imperio; así es que unos se iban á saquear las provincias fronterizas, y otros entraban al servicio de los romanos contra los invasores bárbaros. En ocasiones volvían á su patria para disfrutar de sus ganancias ó de su botín, pero la mayor parte tomaban gusto á las aventuras y no regresaban jamás.

Las confederaciones. — Este régimen acabó por dejar exhaustas todas las tribus de la frontera. Al cabo de tres siglos no quedaban sino bandas errantes y restos

de pueblos. Entonces, allá por el siglo III, aparecen confederaciones, con nombres nuevos, que no son los de las tribus. Había tres:

Los alemanes, en el recodo que forman el Rhin y el Danubio superior;

Los francos, en la parte inferior del Rhin hasta su desembocadura; y

Los sajones, á lo largo del mar del Norte, entre el Rhin y el Elba.

Esas grandes confederaciones no eran Estados.

Cada grupo de los que los constituían tenía un jefe llamado *rey*, que ordinariamente guerreaba por su propia cuenta.

EL MUNDO ROMANO Á FINES DEL SIGLO IV.

El fisco. — Los romanos habían exigido siempre á sus súbditos mucho dinero; y los emperadores del siglo IV que, además de su ejército, tuvieron que sostener el lujo de la corte y un cuerpo numeroso de funcionarios, reclamaron más todavía.

Las dos contribuciones más importantes eran la territorial, que los propietarios pagaban todos los años, la industrial ó crisargirio, cada cinco. El producto de ellas ingresaba en la caja imperial ó *fisco*. En el siglo IV, los pueblos tenían mayor dificultad en pagar, tal vez por causa de las guerras civiles y de la invasión bárbara, y los agentes del fisco necesitaban recurrir á la fuerza. « Cuando llega la época de la *colación lustral* (impuesto sobre la industria), dice un escritor de entonces, no se oyen en toda la ciudad más que lloros y lamentos. Los que no pueden pagar reciben palos y malos tratos; las madres venden á sus hijos para satisfacer á los colectores. » Los contribuyentes eran sometidos á tormento

en algunos casos; Constantino lo prohibió, pero dejó subsistente la prisión. Era natural que los artesanos y los pequeños propietarios se arruinaran y desapareciesen ante lo opresivo de ese régimen.

Los curiales. — Los romanos no se tomaban el trabajo de cobrar por sí mismos lo que les debían sus súbditos. El emperador se limitaba á indicar con arreglo á su voluntad (generalmente cada cinco años) la cuota que debía pagar cada provincia; el gobernador avisaba á las ciudades, y éstas, sus gobiernos, es decir, la *curia* era la que entregaba la suma exigida. Mientras el distrito era rico, la curia se limitaba á repartir la carga entre los habitantes; pero si éstos eran incapaces de pagar, la curia era responsable del impuesto, y el fisco mantenía sus derechos. — La función de *curial*, que hasta entonces se apeteció como una honra, pues un curial era en su distrito lo que un senador en Roma, se convirtió en empleo ruinoso que todo el mundo rehusaba. Entonces los emperadores dictaron leyes contra los que se negaban á aceptarlo y hubo curiales por fuerza. Todo el que poseía 25 arpentas de tierra tuvo que ser, *velis nolis*, miembro de la curia. Muchos preferían renunciar á sus propiedades y huían de su pueblo, haciéndose clérigos, monjes, funcionarios ó soldados. Los emperadores mandaron que los capturasen y los llevaran por fuerza á sus ciudades. Una ley los llama « esclavos del Estado. » El gobierno trataba, según se ve, de conservar los senados de las ciudades; pero como los arruinaba con sus impuesto, los curiales diminuían constantemente. En la época del Alto Imperio, un senado se componía ordinariamente de cien miembros; á mediados del siglo IV, habiendo estallado motines en una provincia, un emperador mandó que le llevaran tres cabezas de curiales por

cada ciudad. El gobernador contestó: « Dígnese vuestra clemencia resolver qué se hace donde no hay tres curiales... »

Despoblación del Imperio. — Entonces ocurría en el imperio lo que en todas las sociedades antiguas, en Esparta, en Grecia (1), en Italia: la población diminuía y los hombres libres eran reemplazados por esclavos. Es cierto que la *ciudad romana* lejos de decaer, aumentaba constantemente; ya en el siglo I había más de 1 millón de ciudadanos; en el III (212) dió derecho de ciudad á todos los habitantes un edicto imperial. Entonces hubo millones de *ciudadanos romanos* (2): la ciudad subsistía á expensas del mundo. Pero el régimen romano devoraba poco á poco á todos los pueblos del Imperio, como consumiera antes los de Italia; necesitaba demasiados soldados y sobre todo, demasiados esclavos. Además, favorecía demasiado á los ricos, de tal modo que los pequeños propietarios no podían luchar con ellos, se arruinaban y tenían que hacerse soldados. El gran propietario compraba entonces sus tierras, y á la larga no quedaban en un país sino dominios inmensos cultivados por esclavos. Esta población servil no se renovaba, y cuando uno de los accidentes tan comunes entonces, epidemias, guerras ó incursiones de bárbaros destruían los cultivadores de un dominio, la tierra quedaba inhabitada. Poco á poco fueron quedando sin hombres los

(1) Grecia entera, decía Plutarco en el siglo II, no podría suministrar hoy 3000 hoplitas, tantos como la sola ciudad de Megara mandó á Platea.

(2) Los habitantes del Imperio se llamaron todos romanos á partir de entonces. Cuando los bárbaros entraron en la Galia no encontraron galos, sino *romanos*; y aun en Oriente, donde se hablaba griego, el pueblo se llamó siempre *romano*, hasta la conquista turca. Aun hoy, la region donde está Constantinopla se denomina *Rumelia*.

campos, sobre todo por la parte de las frontera, y sólo hubo habitantes en las ciudades. En muchos puntos se formaron verdaderos desiertos; los emperadores trataban de poblarlos instalando allí bandas de bárbaros vencidos, en calidad, no de propietarios, sino de *colonos*, parecidos á los ilotas de Esparta, pues estaban adscritos á un campo que no podían dejar, ni ellos ni sus hijos y pagaban un derecho al propietario: eran arrendatarios forzosos y perpetuos. Sin embargo, este método violento no bastaba para rehacer una nación y los colonos morían ó huían. En el siglo V, después del paso de los grandes ejércitos devastadores, de Radagaso y Atila, quedaron en las campiñas huecos que los emperadores no pudieron colmar. En todo Occidente, en la Galia, España é Italia se convirtieron en eriales parte de las tierras por falta de brazos, y las provincias fronterizas quedaron desiertas. Desde Suiza hasta los Balkanes, no se veía en toda la cuenca del Danubio ni una sola población romana, y los habitantes habían desaparecido de modo tan completo que, á partir del siglo VI, no quedan en esas regiones sino pueblos germánicos ó esclavos. Análogamente, los francos no encontraron en Bélgica sino un desierto.

Decadencia del ejército romano. — Este territorio desocupado atraía nuevos habitantes; los bárbaros procuraban constantemente penetrar en él. Mientras el gobierno romano tuvo á su servicio un mediano ejército, les fué fácil tenerlos á raya; pero con los soldados pasaba lo que con el dinero, cada vez era más difícil procurárselo. Los habitantes del Imperio habían contraído la costumbre de llevar vida sosegada y ni remotamente deseaban ingresar en el ejército. Fué necesario pedir reclutas á los grandes propietarios, que daban algunos

arrendatarios (colonos) de sus tierras. Estos miserables, arrebatados por fuerza al arado, eran soldados pésimos. En el siglo IV, los legionarios no eran ya bastante robustos para usar coraza y habían reemplazado el casco por un sombrero.

Los generales prefirieron emplear guerreros bárbaros, que por lo menos se batían con ardor. Desde mucho tiempo atrás había bandas de germanos al servicio del Imperio. Á fines del siglo IV, los romanos alistaron bandas enteras de ellos, acantonándolos con sus mujeres, sus hijos y servidores en tierras que les concedían para recompensarlos. Esos guerreros conservaban, aunque vivían en país romano, su lengua, sus costumbres, su armamento y sus jefes; pero combatían con los ejércitos imperiales. Llamábanlos *letes* (auxiliares) ó *confederados* (aliados). En el siglo V, ya no fueron bandas, sino pueblos enteros, como los visigodos y los burgundas. Éstos habían atravesado la frontera, á veces por fuerza; pero luego, en vez de combatir al emperador, se pusieron á su servicio. Entonces se vieron ejércitos romanos compuestos de pueblos bárbaros y mandados por un general bárbaro también: las tropas que rechazaron el año 451 la invasión de Atila, estaban formadas por visigodos, francos y burgundas; el general romano Aecio era huno como Atila. El Imperio, defendido únicamente por los bárbaros, iba á ser muy pronto invadido por ellos.

APÉNDICE.

LOS ARYAS DE LA INDIA.

El Rig-Veda. — *Libro de la ley de Manú.* — BURNOUF, *Introducción á la historia del budismo.* — LENORMAND, *Historia antigua.* — VAN DEN BERG, *Pequeña Historia antigua.* — TAINE, *Nuevos ensayos de crítica y de historia.* — BRÉAL, *Hércules y Caco.*

LOS ARYAS.

Lenguas aryanas. — Las razas que pueblan actualmente Europa, griegos, é italianos al sur, eslavos en Rusia, germanos en Alemania, celtas en Irlanda, hablan lenguas muy diferentes. Sin embargo, cuando se estudian atentamente estos idiomas, se observa que tienen ciertas palabras comunes, ó por los menos ciertas voces radicales, que se encuentran también en el sánscrito, antigua lengua de los indostánicos y en el zend, lengua primitiva de los persas. Así por ejemplo, *padre* se dice *pitar* en sánscrito, en griego y latín *pater*, en germánico *father*, viniendo á ser el mismo vocablo pronunciado de modos diferentes. De ahí se ha deducido que indios, persas, griegos, latinos, celtas, germanos y eslavos hablaron en otro tiempo el mismo idioma y que, en consecuencia, formaron un solo pueblo.

El pueblo arya. — Entonces se llamaban aryas y vivían al noroeste de la India en las montañas de Pamir, desde donde se dispersaron en todos sentidos. La mayor parte de ellos, griegos, latinos, germanos y eslavos olvidaron su origen; pero los libros sagrados de los indostánicos y de los persas han

arrendatarios (colonos) de sus tierras. Estos miserables, arrebatados por fuerza al arado, eran soldados pésimos. En el siglo IV, los legionarios no eran ya bastante robustos para usar coraza y habían reemplazado el casco por un sombrero.

Los generales prefirieron emplear guerreros bárbaros, que por lo menos se batían con ardor. Desde mucho tiempo atrás había bandas de germanos al servicio del Imperio. Á fines del siglo IV, los romanos alistaron bandas enteras de ellos, acantonándolos con sus mujeres, sus hijos y servidores en tierras que les concedían para recompensarlos. Esos guerreros conservaban, aunque vivían en país romano, su lengua, sus costumbres, su armamento y sus jefes; pero combatían con los ejércitos imperiales. Llamábanlos *letes* (auxiliares) ó *confederados* (aliados). En el siglo V, ya no fueron bandas, sino pueblos enteros, como los visigodos y los burgundas. Éstos habían atravesado la frontera, á veces por fuerza; pero luego, en vez de combatir al emperador, se pusieron á su servicio. Entonces se vieron ejércitos romanos compuestos de pueblos bárbaros y mandados por un general bárbaro también: las tropas que rechazaron el año 451 la invasión de Atila, estaban formadas por visigodos, francos y burgundas; el general romano Aecio era huno como Atila. El Imperio, defendido únicamente por los bárbaros, iba á ser muy pronto invadido por ellos.

APÉNDICE.

LOS ARYAS DE LA INDIA.

El Rig-Veda. — *Libro de la ley de Manú.* — BURNOUF, *Introducción á la historia del budismo.* — LENORMAND, *Historia antigua.* — VAN DEN BERG, *Pequeña Historia antigua.* — TAINE, *Nuevos ensayos de crítica y de historia.* — BRÉAL, *Hércules y Caco.*

LOS ARYAS.

Lenguas aryanas. — Las razas que pueblan actualmente Europa, griegos, é italianos al sur, eslavos en Rusia, germanos en Alemania, celtas en Irlanda, hablan lenguas muy diferentes. Sin embargo, cuando se estudian atentamente estos idiomas, se observa que tienen ciertas palabras comunes, ó por lo menos ciertas voces radicales, que se encuentran también en el sánscrito, antigua lengua de los indostánicos y en el zend, lengua primitiva de los persas. Así por ejemplo, *padre* se dice *pitar* en sánscrito, en griego y latín *pater*, en germánico *father*, viniendo á ser el mismo vocablo pronunciado de modos diferentes. De ahí se ha deducido que indios, persas, griegos, latinos, celtas, germanos y eslavos hablaron en otro tiempo el mismo idioma y que, en consecuencia, formaron un solo pueblo.

El pueblo arya. — Entonces se llamaban aryas y vivían al noroeste de la India en las montañas de Pamir, desde donde se dispersaron en todos sentidos. La mayor parte de ellos, griegos, latinos, germanos y eslavos olvidaron su origen; pero los libros sagrados de los indostánicos y de los persas han

conservado el recuerdo de esas remotas edades. Se ha tratado (1), de imaginar la vida que llevaban esos antepasados nuestros en sus montañas, antes de separarse. — Eran una raza de pastores; no cultivaban la tierra y vivían con el producto de sus rebaños de bueyes y casas y hasta tenían aldeas. — Sus instintos eran guerreros; conocían la lanza, el dardo arrojadizo y el escudo. — Vivían patriarcalmente: el hombre no tenía más que una mujer; una vez jefe de familia era para su mujer, hijos y servidores al mismo tiempo sacerdote, juez y rey. — Los aryas llevaron á todos los países en que se instalaron esta vida patriarcal, guerrera y pastoril.

RELIGIÓN PRIMITIVA DE LOS INDOSTÁNICOS.

Los aryas en el Indo. — Unos 2000 años antes de nuestra era, varias tribus aryas pasaban los desfiladeros del Indostán y penetraban en la India, cuyas fértiles llanuras encontraron poblados por gentes de cutis oscuro, cabellos lasos, industriosos y ricos; esos indígenas fueron llamados por ellos dasyus (los enemigos). Hiciéronles la guerra durante siglos, acabando por exterminarlos ó someterlos y poco á poco ocuparon todo el país del Indo, la región de los 5 ríos que hoy constituye el Padjah. Entonces tomaron el nombre de indus, ó indios, que nosotros llamamos indostánicos, ya que el último de los anteriores nombres se ha dado también á los primitivos habitantes de América.

Los vedas. — Los aryas tenían la costumbre de cantar en sus fiestas himnos (*vedas*) á sus dioses; cánticos, coleccionados entre los siglos XIV y VIII antes de J. C. (2), cuando los invasores no habían pasado todavía el Indo, formaron libros que se han conservado hasta el presente.

(1) Hé aquí la manera de proceder. Cuando se encuentra en varias lenguas aryanas al mismo tiempo una palabra, ó mejor dicho, una de esas voces raíces, madres, de que se derivan otras muchas, se admite que los aryas se servían de ella antes de separarse y que, por consiguiente, conocían el objeto que esa voz designa.

(2) Es difícil saber la antigüedad de los libros indostánicos, que no tienen fecha; además sabemos muy poco de la historia del país para poder calcular en qué momento fueron escritos. Así es que después de haberse sostenido que los Vedas eran 20 siglos anteriores á J. C., ahora sólo se les conceden ocho. Las leyes de Manú, que primero se creyeron del siglo x antes de J. C., pasan hoy por ser sólo del VI de nuestra era.

El indostánico llama á sus dioses *devas* (los resplandecientes). Cuanto brilla es una divinidad; el cielo, la aurora, las nubes, las estrellas; pero principalmente el Sol (Indra) y el fuego (Agni).

Indra. — El Sol, Indra, el potente, « rey del mundo, señor de las criaturas », alumbra y calienta, cruza el cielo en un carro tirado por caballos celestes, lanza el rayo, derrama la lluvia y disipa las nubes. Como la India es un país de violentos huracanes, el arya explicaba este fenómeno á su modo. La nube negra le parecía ser una envoltura en que estaban contenidas las aguas del cielo, aguas benéficas, que llamaba vacas rosadas de Indra. Cuando se forma la tempestad es porque un genio perverso, Vitra, serpiente de tres cabezas, ha sustraído las vacas encerrándolas en una caverna oscura donde se las oye mugir, esto constituye el lejano retumbar del trueno. Indra se lanza á buscarlas, y pega en la cueva con su masa; el mundo oye los golpes, que son el rayo; la serpiente saca su lengua puntiaguda esto es el relámpago. Por fin, el monstruo es vencido, la cueva se abre, las aguas libres ya se precipitan sobre la tierra, é Indra vuelve á lucir vencedor y resplandeciente.

Agni. — El fuego (Agni, el inquieto), es considerado como otra forma del Sol. El indostánico, que lo produce frotando rápidamente dos pedazos de madera, se imagina que el fuego sale de la leña, donde lo ha metido la lluvia; así es que lo considera como el fuego del cielo que ha bajado á la tierra, y la prueba es que las llamas suben, como si quisieran volver á

lo alto. Agni disipa las tinieblas, calienta al hombre, cuece los alimentos; es el bienhechor y el protector de la casa. También es « el fuego interior », el alma del mundo; el padre de la raza humana es « hijo del relámpago ». De modo que las divinidades del indostánico son el calor y la luz, manantiales de toda vida.

El culto. — Para adorar á sus dioses recurre el indio á imitar lo que ve en el cielo. Empieza por encender un fuego terrestre frotando la madera y lo alimenta echando en el hogar manteca, leche y *soma*, bebida fermentada. — Á fin de complacer á sus deidades, les lleva ofrendas, frutos, pasteles, y hasta les sacrifica bueyes, carneros y caballos. Después los invoca cantándoles himnos: « Cuando te llamamos para beber el soma, ven con tus caballos leonados, oh dios que lanzas el granizo. Nuestro sacrificador está sentado conforme al rito, se ha extendido por el suelo la hierba sagrada; gusta pues nuestra ofrenda, oh héroe. Regocíjate con estas libaciones y cánticos, vencedor de Vitra, tú á quien festejamos en nuestras ceremonias, oh Indra. » — El indostánico piensa que sus dioses, contentos con sus ofrendas y homenajes, lo harán en cambio feliz, y así lo dice con llaneza: « Haced prosperar á los dioses con vuestros sacrificios, y ellos os ayudarán á su vez. Cambiemos nuestras fuerzas y vigor, oh Indra, como cuando se ha determinado el precio; dame algo como yo te doy: tráeme algo, como yo te traigo. »

Culto de los antepasados. — El indio adora al mismo tiempo á sus mayores que se han convertido en dioses, y quizás este culto es el más antiguo de todos; en él se funda la familia. El padre que ha transmitido á sus hijos « el fuego de la vida » hace cada día, en el hogar que nunca debe apagarse, la ofrenda á los dioses y á los mayores y dice las oraciones. Esto explica que entre los indostánicos fuera el padre, como en todos los pueblos aryanos, señor y sacerdote al mismo tiempo.

LA SOCIEDAD BRACMÁNICA.

Los indostánicos en el Ganges. — Los indostánicos salieron de la región del Indo por los siglos XIV al X antes de J. C. y conquistaron la inmensa llanura del Ganges. Cuando se encontraron en ese feraz país, de clima ardiente, y en medio de un pueblo de esclavos, fueron cambiando poco á poco de costumbres y de religión. Entonces se fundó la sociedad bracmánica, que todavía subsiste en la India. En esa región se han conservado multitud de obras en lengua sánscrita (1), que con los Vedas, forman la literatura santa de los indostánicos. Los principales son los grandes poemas épicos, el Mahabarata, que tiene más de 200.000 versos, el Ramayana con 50.000 y las Leyes de Manú, código sagrado de la India.

Las castas. — En esta nueva sociedad no hay ya sólo poetas que cantan himnos á los dioses, como en tiempo de los vedas, los hombres que conocían las oraciones y las ceremonias se han convertido en teólogos de profesión, que el pueblo venera y obedece. Pues bien, hé aquí cómo concebían la sociedad. — Brahma, el dios supremo ha creado, dicen ellos, cuatro especies de hombres, confiándoles distintas misiones. De la boca sacó á los *bracmanes*, que son los teólogos, y que tienen por encargo estudiar, enseñar los himnos y efectuar los sacrificios. — Los *kchatrias*, que proceden del brazo del dios, son los guerreros, encargados de proteger al pueblo. — Los *vaicyas* proceden del muslo de Brahma y deben criar los animales, cultivar la tierra, prestar dinero y comerciar. — Los *sudras* han salido del pie del dios y son los servidores de los demás.

En el pueblo arya había ya teólogos, guerreros, trabajadores y, por debajo de todos ellos, los indígenas reducidos á servidumbre; pero estas eran *clases* en que se podía entrar y de

(1) El sánscrito es una lengua muerta como el latín; pero las lenguas que hoy se hablan en la India son derivadas de ella, como el francés ó el español lo son del latín.

las cuales era lícito salir. Mas, los bracmanes resolvieron que todo hombre debe continuar en su condición nativa, perpetuamente, él y sus descendientes; el hijo de un trabajador no puede llegar á ser guerrero, ni el de un guerrero teólogo. Así, cada cual permanece sujeto á su estado. En consecuencia, la sociedad se divide en cuatro *castas* hereditarias y cerradas.

Los impuros. — El que no está incluido en una de esas cuatro castas es *impuro* y queda fuera de la sociedad y de la religión. Los bracmanes cuentan 44 especies de impuros; la última y más despreciada de todas son los *parias* y este nombre por sí es un insulto. Los impuros no pueden ejercer ninguna profesión honrosa ni acercarse á los demás hombres: sólo les es lícito tener perros y asnos, animales impuros también. « Que se vistan con los trajes de los muertos, que coman en tiestos, que se adornen con objetos de hierro, y que vayan constantemente de un punto á otro. »

Los bracmanes — Estos tomaron para sí el primer puesto en la sociedad que organizaban. « Los hombres son los primeros entre los seres inteligentes, y los bracmanes los primeros de los hombres, superiores á los guerreros y aun á los reyes. » « Entre un bracmán de 10 años y un kchatria de ciento, el primero debe ser considerado como padre. » Esta clase no se compone de sacerdotes como en Egipto ó en Caldea, sino únicamente personas que conocen la religión y que pasan su tiempo en leer y meditar los libros santos, viviendo de los presentes que les hacen los demás hombres. Esta casta domina todavía en la India; como no se casan sino unos con otros, han conservado mejor que los restantes indostánicos el tipo aryano y se parecen más á los europeos.

La nueva religión. Brahma. — Los bracmanes continuaron adorando los antiguos dioses de los Vedas; pero á fuerza de meditar inventaron uno nuevo. Dirigiendo oraciones á los dioses se consigue que hagan lo que se les pide, porque, según ellos,

la oración es más fuerte que las deidades. De este modo se convirtió la oración (*Brahma*) en la divinidad principal. Los fieles la invocan con temor (1) : « Oh Dios, ves en tu cuerpo todos los dioses y las bandas de seres vivientes. Apenas puedo mirarte todo entero, pues brillas como el fuego y el Sol en tu inmensidad. Eres lo Indivisible, lo supremo Inteligible, el tesoro soberano de este universo.... sin principio, sin medio, sin fin, dotado de potencia infinita. Tus brazos no tienen límite, tus miradas son como el Sol y la Luna, tu boca tiene el brillo del fuego sagrado. Tú sólo bastas para llenar el espacio que hay entre el cielo y la tierra, y llegas á todas las regiones.

Brahma es, no sólo el dios supremo, sino también el alma del universo. De él se derivan todos los seres, naturalmente, no como sale el objeto de manos del obrero, sino « como el árbol de la semilla, y de la araña la tela. » Este dios no ha *creado* el mundo, sino que constituye la *substancia* misma del universo.

Transmigración de las almas. — Hay, pues, un alma, parte de la de Brahma, en todos los seres, en los dioses, en los hombres, en los animales, y hasta en las plantas y las piedras. Pero estas almas pasan de un cuerpo á otro, *transmigran*. Cuando muere un hombre, se examina su espíritu; si es bueno, va al seno de Indra á gozar de la dicha; si es malo, cae en uno de los veintiocho infiernos, donde es devorado por cuervos, y donde se ve obligado á tragarse panes ardientes, en medio de las torturas de los demonios. — Pero las almas no permanecen eternamente en el cielo ni en los infiernos, sino que salen de esos sitios para empezar otra vida en un nuevo cuerpo. La que fué buena antes, entra en el cuerpo de un santo y á veces de un dios; pero la perversa decae, y se aloja en algún animal impuro, como el perro ó el asno, y hasta en una planta. En este nuevo estado puede decaer ó elevarse como antes; la transmigración continúa hasta que el espíritu llega, de grado en grado, hasta el superior. Según los bracmanes, en recorrer esa escala se tardan 24 millones de años. Una vez que el alma al-

(1) Oración del Mahabarata citada por Lenormand.

canza la perfección, llega á la altura de Brahma, de donde bajara, y es absorbida por él.

Carácter de esta religión. — La religión sencilla y alegre de los aryas, era la que conviene á un pueblo joven y vigoroso. Esta es complicada y seca, por haberla constituído hombres ociosos, debilitados por el calor y hastiados de vivir (1).

Las prácticas. — El culto se complicó más aún, pues si bien continuaron adorando á los dioses con himnos y sacrificios, los bracmanes imaginaron sucesivamente multitud de prácticas minuciosas, que absorben la vida. Las hay relativas á todas las ceremonias del culto, oraciones, ofrendas, votos, libaciones y abluciones; las hay sobre los trajes, los adornos, la etiqueta, lo que se bebe, lo que se come, la manera de andar, de acostarse, de dormir, de vestirse, de desnudarse y de bañarse. « Que un bracmán no salte por encima de la cuerda con que está atado un becerro; que no corra mientras llueve; que no beba agua en el hueco de la mano; que no se rasque la cabeza con las dos manos. El hombre que deshace las motas de tierra, que corta la hierba con sus uñas, ó que roe éstas, corre rápidamente á su perdición, lo mismo que el impuro (2) » Está prohibido matar á los animales, pues en su cuerpo puede haberse alojado el alma de un hombre; y está prohibido comerlos so pena de ser devorado en la otra vida por ellos. — Estos ritos tienen virtud má-

(1) Más tarde aceptaron los bracmanes otros dioses que probablemente adoraban ya los habitantes de la India: Civa es un dios perverso, que gusta de la destrucción y de ver correr la sangre; Vichnú es un dios bienhechor, que cuando ve el mundo presa del vicio y de los sufrimientos se encarna en un cuerpo, apareciendo en forma de pez, de león, de enano ó de guerrero, para « salvar á los justos, destruir á los malvados y afianzar la virtud. » Cada encarnación se llaman un *avatar* (bajada de Vichnú). Los bracmanes hicieron con estos dioses y con Brahma una trinidad (*trimurti*), triple y una al mismo tiempo, compuesta de Brahma *creador*, de Vichnú *conservador* y de Civa, *destructor*. Los indostánicos actuales adoran esa trinidad.

(2) Leyes de Manú, IV, 37, 63, 71, 82.

gica; el que los observa todos es un santo, el que olvida algunos es un animal.

La pureza. — El principal deber consiste en la pureza, pues toda suciedad es un pecado y da un punto de apoyo á los malos espíritus. Los bracmanes son severísimos en esto: los hombres que no forman parte de las castas, muchos animales, la tierra, y hasta los utensilios usados en la vida doméstica son objetos impuros; el que los toca queda manchado y debe limpiarse. La vida se consume en purificaciones.

Las penitencias. — Cuando se falta á algún rito hay que recurrir á penitencias que en ocasiones son terribles. El que mata sin quererlo una vaca, debe vestirse con su piel y seguir y servir durante tres meses en esa situación á un rebaño de dichos animales (1). El que ha bebido la sustancia llamada *arak*, tiene que tragarse un líquido hirviente que le abrase las entrañas, hasta morir.

Los solitarios. — Lo mejor para preservarse del peligro y permanecer puro es huir del mundo. Es frecuente que un bracmán entrado en años se retire al desierto, para ayunar, velar, permanecer en silencio, exponerse desnudo (2) á la lluvia ó permaner en pie entre cuatro fuegos bajo un sol abrasador. Al cabo de unos cuantos años el solitario se convierte en penitente, y ya entonces vive sólo de limosnas, permaneciendo días enteros con un brazo levantado sin hablar, reteniendo el aliento; ó bien se desgarra la piel con navajas de afeitar, ó permanece con los puños cerrados hasta que las uñas le atraviesen las manos. Estas mortificaciones destruyen en él la pasión, le hacen mirar con indiferencia la vida y mediante la contemplación se eleva hasta Brahma. Este camino de salvación se reserva para los bracmanes, y aun éstos no tienen derecho

(1) *Idem*, XI, 110.

(2) Los griegos llamaron á estos solitarios *gimnosofistas* (sabios que viven desnudos).

para retirarse al desierto sino cuando son viejos, después de haber estudiado toda la vida los Vedas, y fundado una familia.

EL BUDISMO.

El Buda. — Millones de hombres que no eran bracmanes padecían con tantas angustias y minucias. Entonces apareció un redentor, con una doctrina de emancipación: no fué un bracmán, sino un guerrero, hijo de un rey del norte (1), que vivió hasta la edad de veintinueve años en el palacio de su padre. Un dia tropezó con un anciano de cabeza calva y miembros temblorosos; otro con un enfermo incurable, cubierto de úlceras, y que no tenia dónde acogerse; una tercera vez un cadáver corrompido, devorado por los gusanos. Entonces pensó que la juventud, la salud y la vida no resisten á la vejez, la enfermedad y la muerte, por lo cual compadeció á los hombres y buscó remedio á sus males. Encontróse con un religioso mendicante, de aspecto grave y digno, y este ejemplo lo afirmó en la idea de renunciar al mundo. Esos cuatro encuentros decidieron de su vocación. — Huyó al desierto, vivió siete años haciendo penitencia, soportando el hambre, la sed y la lluvia; pero estas mortificaciones no devolvían la tranquilidad á su espíritu. Pero comió de nuevo, recobró fuerzas y descubrió la verdad: entonces volvió al mundo para predicarla y en torno suyo se agolparon discípulos que lo llamaron *el Buda* (el sabio); cuando falleció al cabo de 45 años de predicación, estaba fundado el budismo (2).

El nirvana. — Buda enseña que vivir es ser desdichado. Todo hombre sufre, porque desea los bienes de este mundo, juventud, salud, vida, sin poder conservarlos. La vida es un sufrimiento y éste nace del deseo; para destruirlo, hay que dejar de querer vivir, « hay que librarse de la sed del ser. » El

(1) De la familia de los Sakia; por esto se le llama Sakia-muni (el solitario de los Sakias).
(2) No se ha podido poner en claro en qué siglo vivió Buda.

sabio es aquel que se desprende de cuanto lo sujeta á la vida y lo hace desdichado, y que deja inmediatamente de sentir, de querer y de pensar. Entonces, emancipado de la pasión, de la voluntad y hasta de la reflexión, deja de sufrir y puede llegar después de su muerte al bien supremo, que consiste en verse exento de toda vida y sufrimiento. El fin que el sabio se propone es el *nirvana* ó aniquilamiento de la personalidad.

La caridad. — También los bracmanes consideraban la vida como un valle de dolores y hacían consistir la dicha en el anonadamiento. Lo nuevo en Buda no es, pues, la doctrina, sino los sentimientos.

La religión bracmánica era egoista. Al contrario, Buda tuvo piedad de los hombres, los amó, y predicó á sus discípulos la caridad, precisamente la tierna palabra que necesitaban aquellas almas desesperadas. Aconsejó que se amase hasta á los enemigos. Purna, uno de sus discípulos, iba á ponerse en camino para predicar la verdad á los bárbaros: queriendo ponerlo á prueba, Buda le dijo: « Esos hombres son crueles, violentos, feroces; ¿ qué pensarás si te dirigen palabras soeces? — Pensaré, contestó Purna, que son hombres buenos y dulces, pues me dirigen palabras duras; pero no me castigan con la mano ni me arrojan piedras. — ¿ Y si lo hacen así? — Entonces pensaré que son hombres buenos, pues no me hieren con el palo ni con la espada. — ¿ Y si recurren á estas armas? — Entonces diré que los hombres que me hieren con el palo ó la espada son buenos, pues no me privan de la vida. — ¿ Y si te quitan la existencia? — Pensaré que son buenos, pues me libran con tan poco dolor de este cuerpo miserable. — Bien, Purna, muy bien; puedes ir al país de esos bárbaros. Ya que has llegado al nirvana completo, haz que los demás lo alcancen también.

La fraternidad. — Los bracmanes, que tenían el orgullo de su casta, se consideraban más puros que los restantes hombres; Buda ama por igual á todos éstos, y los invita á la salvación; sean bracmanes, parias ó bárbaros, todos son

iguales á sus ojos. « El bracmán es hijo de una mujer, lo mismo que el paria, decía; ¿ por qué ha de ser él noble y vil el otro ? » Y en efecto, aceptó como discípulos á los barrenderos de las calles, á los mendigos y mutilados, á las mujeres que duermen en estercolares, y hasta á los asesinos y ladrones. No temía mancharse tocándolos y les predicaba en medio de la calle, en lenguaje llano y sirviéndose de parábolas.

La tolerancia. — Los bracmanes pasaban su vida en prácticas minuciosas, y consideraban criminal á cuantos no cumplían los ritos. Buda no exige ceremonias ni estudios: según él, para alcanzar la salvación basta con ser caritativo, casto y benéfico. « La benevolencia, dice, es la primera de las virtudes. Hacer un poco de bien vale más que practicar ritos difíciles. El hombre perfecto no es nada si no derrama mil beneficios sobre las criaturas, si no consuela á los afligidos. Yo enseño una *doctrina de misericordia*; por esto no agrada á los dichosos de este mundo. »

Destinos del budismo. — De este modo se propagó, cinco siglos antes de J.C., una religión enteramente nueva, que no tiene dios ni culto, que únicamente manda amar al prójimo y hacerse mejor, prometiendo como recompensa suprema el anonadamiento. Sin embargo, por la primera vez oye el mundo predicar la abnegación, el amor del prójimo, la igualdad de los hombres, la caridad y la tolerancia. Los bracmanes le hicieron encarnizada guerra, logrando extirparla de la India; pero los misioneros la llevaron á Ceilán, á Indochina, al Tibet, á China y el Japón; hoy cuenta 500 millones de adeptos.

Alteraciones del budismo. — En los veinte siglos que van transcurridos se ha alterado el budismo. Su fundador creó comunidades de monjes, y los que entraban en ellas renunciaban á sus familias, hacían voto de pobreza y de castidad, y debían vestirse con andrajos y mendigar el sustento. Estos institutos se multiplicaron rápidamente, hubo conventos en toda el Asia Oriental, y concilios que fijaron la doctrina, decretando

dogmas y fijando reglas. Así acabaron los religiosos por desvanecerse con su poder, como los bracmanes, y por creerse superiores á los restantes fieles. « El laico, decían, debe sustentar al monje y considerarse muy honrado cuando éste acepta su ofrenda. Es más meritorio sostener un solo monje que á muchos miles de laicos. » En el Tibet, los religiosos de ambos sexos forman la quinta parte de la población total, y su jefe, el Gran Lama, es adorado como una encarnación de Dios.

Al mismo tiempo que se transformaban estos monjes en señores, imaginaron una teología complicada, llena de números fantásticos. Según ellos, hay número infinito de mundos. Si se rodeara con una pared un espacio capaz de contener 100.000 veces 10 millones de esos mundos y si se elevara esa pared hasta el cielo, llenando dicha extensión con semillas de mostaza, el número de granos no llegaría á la mitad del número de mundos que ocupan una sola región del cielo. Y esos mundos están llenos de criaturas, dioses, hombres, animales, demonios, que nacen y mueren. — El universo vuelve también á la nada y otro lo reemplaza. El tiempo que cada universo dura se llama *kalpa*. Hé aquí cómo se da idea de lo que dura una kalpa. Si existiese una roca de 20 kilómetros de alto, de ancho y de largo, y si se la tocara cada cien años con un pedazo de tela fina, esa roca se habría gastado, reduciéndose al tamaño de un hueso de fruta antes de que hubiera transcurrido la cuarta parte de una kalpa.

Buda convertido en dios. — Los budistas no se han contentado con hacer de su fundador un hombre perfecto, sino que lo han convertido en un dios que los chinos llaman Yo y al cual se erigen altares y se le tributa culto. También veneran á los santos, sus discípulos. Sus huesos, dientes y harapos se conservan en pirámides y relicarios. Los fieles acuden de todas partes á adorar el rastro del pie de Buda.

La oración maquinal. — Los budistas modernos consideran la oración como una fórmula mágica que produce efecto por sí misma. Así es que pasan el día rezando, ya anden ó coman,

y á menudo en una lengua que no entienden. Hasta han inventado máquinas de orar, que son unos cilindros giratorios cubiertos de papeles en que están escritas las oraciones; cada vuelta del cilindro equivale á haber dicho la oración tantas veces como está escrita en los papeles.

Dulzura de las costumbres. — Sin embargo, el budismo sigue siendo una religión de paz y de caridad. Donde ella impera, los reyes renuncian á la guerra y hasta á la caza, fundan hospitales, posadas para las caravanas, y hasta hospicios para los animales. Los pueblos budistas reciben con bondad á los extranjeros, aunque sean clérigos cristianos; dejan salir á las mujeres sin velo que les tape la cara, y no riñen ni pelean. En Bangkok, ciudad de 400.000 almas, hay apenas un asesinato al año. El budismo ha debilitado las inteligencias, suavizando los caracteres (1).

(1) La India es para nosotros el país de los Vedas, de los bracmanes y de Buda; se conoce su historia religiosa, pero se ignora la política.

FIN.

ÍNDICE.

y á menudo en una lengua que no entienden. Hasta han inventado máquinas de orar, que son unos cilindros giratorios cubiertos de papeles en que están escritas las oraciones; cada vuelta del cilindro equivale á haber dicho la oración tantas veces como está escrita en los papeles.

Dulzura de las costumbres. — Sin embargo, el budismo sigue siendo una religión de paz y de caridad. Donde ella impera, los reyes renuncian á la guerra y hasta á la caza, fundan hospitales, posadas para las caravanas, y hasta hospicios para los animales. Los pueblos budistas reciben con bondad á los extranjeros, aunque sean clérigos cristianos; dejan salir á las mujeres sin velo que les tape la cara, y no riñen ni pelean. En Bangkok, ciudad de 400.000 almas, hay apenas un asesinato al año. El budismo ha debilitado las inteligencias, suavizando los caracteres (1).

(1) La India es para nosotros el país de los Vedas, de los bracmanes y de Buda; se conoce su historia religiosa, pero se ignora la política.

FIN.

ÍNDICE.

ROMA

APÉNDICE

8752-94. — Paris. Imprenta de Ch. Bouret.

